



COLECCIÓN
TAL CUAL

IGNACIO GONZÁLEZ CAMUS

EL DÍA EN QUE MURIÓ ALLENDE



Catalonia

udp

escuela de
periodismo

IGNACIO GONZÁLEZ CAMUS

**EL DÍA EN QUE MURIÓ
ALLENDE**

GONZÁLEZ CAMUS, IGNACIO

El día en que murió Allende / Ignacio González Camus

Santiago de Chile: Catalonia, 2018

ISBN 978-956-324-196-9

ISBN Digital: 978-956-324-248-5

PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN

070.40.72

Diseño y diagramación: [Sebastián Valdebenito M.](#)

Diseño de portada: Cortés | Justiniano

Foto de portada: Horacio Villalobos

Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo o en parte, ni registrada o transmitida por sistema alguno de recuperación de información, en ninguna forma o medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo, por escrito, de la editorial.

La presente investigación se realizó bajo el auspicio del Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, ICHEH, al cual entrego mis profundos agradecimientos.

I.G.C

Primera edición Catalonia: agosto 2013

ISBN 978-956-324-196-9

ISBN Digital: 978-956-324-248-5

Registro de Propiedad Intelectual N° 70.063

© Ignacio González Camus, 2018

© Catalonia Ltda., 2018

Santa Isabel 1235, Providencia

Santiago de Chile

www.catalonia.cl – [@catalonialibros](https://twitter.com/catalonialibros)

Índice de contenido

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[NOTA A LA EDICIÓN AUMENTADA](#)

[PRÓLOGO | EL CARISMA DE ALLENDE](#) Alfredo Joignant

[ALARMA](#)

[CÍRCULO](#)

[AGONÍA](#)

[MUERTE](#)

[EPÍLOGO](#)

A mis tres mujeres, con amor:

Mi madre

Mi esposa

Mi hija

NOTA DEL AUTOR

Este relato se basa casi exclusivamente en entrevistas realizadas entre abril de 1986 y marzo de 1988, complementadas con antecedentes que figuran en libros, periódicos y grabaciones.

No pretende ser un exacto reflejo histórico, porque no constituye una fotografía, sino una pintura a la cual diferentes personas aportaron su pincelada. Posiblemente, los propios recuerdos de esos protagonistas evolucionaron y, en más de un caso, lo que rememoran es más de lo que habían anotado el día 11 de septiembre de 1973. Quizás por ello, varias de las versiones entregadas por los entrevistados registraban algunas contradicciones al ser comparadas entre sí.

Hubo ciertos protagonistas que declinaron referirse a los acontecimientos en que habían tenido participación, a pesar del esfuerzo de convencerles para que lo hicieran.

Al recoger los testimonios, el autor intentó el empleo de la mayor rigurosidad posible para el manejo de esos materiales que regresaban desde las profundidades del pasado.

La presente narración no tiene ningún propósito de juzgar o calificar el papel de quienes aparecen en sus páginas, ni de sostener alguna tesis. Pretende ser una descripción ambiental y humana que registre el microcosmos que brota de los recuerdos del día del golpe de Estado.

NOTA A LA EDICIÓN AUMENTADA

Esta nueva versión contiene agregados que tienden a profundizar rasgos y caracteres de algunos personajes. Por su parte, las correcciones propiamente tales incluidas se refieren, principalmente, a ciertos hechos que se han precisado en mejor forma gracias a nuevos testimonios surgidos después de haberse publicado la primera versión del libro.

En todo caso, la estructura de la obra permanece invariable.

El autor

Santiago, diciembre de 1989.

PRÓLOGO

EL CARISMA DE ALLENDE

Alfredo Joignant¹

Las páginas que se leerán un poco más adelante constituyen un relato conmovedor, a menudo increíble: algo así como una narración de hechos y sucesos, azares y casualidades, en la que convergen en un solo día la vida y la muerte de miles de chilenos, pero también acciones y vacilaciones de un puñado de líderes civiles y militares. En medio de ese vendaval de episodios vertiginosos, se yergue la figura excepcional de Salvador Allende.

El último Presidente legítimamente electo bajo la Constitución de 1925 es retratado como el protagonista de una trama de la que siempre sospechó un trágico desenlace, desde su temprano anuncio que saldría muerto de La Moneda si no se respetaba la voluntad del pueblo, hasta su ratificación de no claudicar ante un acto de fuerza durante aquella mañana del 11 de septiembre de 1973.

Cada gesto del ex Jefe de Estado prefiguró, durante mil días, el ejercicio excepcional de su mandato presidencial, desde el jolgorio popular que acompañaba cada frase pronunciada ante una masa de chilenos, hasta el sugerente entusiasmo de un niño al momento de ser tocado por el Presidente (“mamá, ¡me tocó, me tocó!”), tal como lo relató el diario *Clarín* en algún momento del gobierno de la Unidad Popular. En cada gesto y palabra de Salvador Allende es posible detectar ese poder de ratificarlo todo, parafraseando una bella imagen de Jonathan Franzen en su novela *Libertad*.

¿Cómo no detenerse en ese fascinante poder performativo de transformar las cosas con palabras, de provocar algarabía entre obreros y campesinos, y de emocionar hasta las lágrimas, como cuando le solicitó a aquel pueblo volver a sus casas y abrazar a sus niños en la triunfal noche del 4 de

septiembre de 1970? Pues bien, ese poder performativo que podemos hoy reconocer como magnífico sería muy distinto si el 11 de septiembre no hubiesen convergido un hombre, un acontecimiento y un sentido de trascendencia histórica. No es sólo un asunto de heroísmo personal, el que naturalmente existió: es sobre todo una cierta conciencia de lo que se jugó durante mil días lo que se expresa en esta extraña palabra, “carisma”, la que describe una fascinante asociación entre un individuo y una situación.

La prefiguración de este poder y trascendencia de Allende ya era posible intuirlo en las postrimerías del gobierno de Frei Montalva, con más claridad probablemente que en 1964. Mi padre, buen conocedor de Allende y verdadero libro abierto del periodo más convulsionado de la historia de Chile, contaba cómo este se enojaba cuando alguien llegaba a cuestionar su disposición a levantar una cuarta candidatura presidencial. Cierta vez, allá por 1969, cuando Allende era presidente de la Cámara Alta, luego de tres intentos fallidos por llegar a La Moneda, el futuro gobernante escuchaba atentamente una reflexión coloquial, en torno a quién podría ser el candidato de la izquierda para las elecciones de 1970. Con una sutil expresión de molestia, Allende golpeó la mesa y espetó, como reafirmando una predestinación: “No quiero ser Presidente ;necesito ser Presidente!”. Esta extraordinaria frase, en la que se afirman una voluntad de poder y un destino, puede fácilmente malinterpretarse como señal de una ambición desmedida, y no como un sentido de la trascendencia bañado en convicción. En cualquier caso, entre el dicho y el hecho hubo una elección, en la que Allende se impuso estrechamente ante sus dos contendores, Jorge Alessandri y Radomiro Tomic (ganó por lejos entre los votantes hombres, y perdió categóricamente entre las mujeres). El resultado condujo a un dramático Congreso Pleno, el 4 de noviembre de 1970, en el que fue ratificado como Presidente de la República con un sonoro “¡viva Chile mierda!” del diputado socialista Mario Palestro. A partir de entonces se inició un verdadero experimento revolucionario, legitimado por las urnas, consagrado por ambas cámaras y sustentado en una generalizada voluntad de cambio social, de la cual fue también expresión la candidatura de Tomic.

Lo que vino luego es conocido por todos: mil días convulsionados de Historia (con mayúscula) y un epílogo que se concentra en una aciaga jornada de septiembre de 1973, una fecha en la que nuestras existencias

cambiaron para siempre. En primer lugar, cambiaron las vidas de quienes fueron protagonistas directos durante esa jornada, que tan bien describe González Camus en las páginas que siguen: un cúmulo de acciones, dudas y omisiones de dirigentes de partidos de izquierda, centro y derecha, laicos y católicos, gobiernistas y opositores; en fin, *momios* y *upelientos*, para utilizar un lenguaje de la época. Pero también esa jornada marcó a fuego las vidas de los chilenos de ayer, de hoy y de mañana, de abuelos, padres y nietos, de generaciones pasadas, presentes y futuras. ¿Cómo no verlo? El 11 de septiembre aglomera en unas cuantas horas un acontecimiento total, que puso en suspenso biografías enteras, además de gatillar profundas transformaciones de la sociedad y nuevas formas de vivir juntos sin reconocernos como iguales. Horas en las que confluyeron el jolgorio y la tristeza, la comedia y la tragedia. Y en medio de todo la figura enorme de Salvador Allende.

¿Por qué es posible hablar del “carisma” de Allende? No porque el ciudadano Salvador Allende haya tenido dotes naturales de orador y líder, o porque como persona sobresaliera por sus convicciones. Tenía ambos atributos de sobra, sin duda. Pero eso no es lo más importante. Lo que constituye su grandeza y que dio origen a mitos y leyendas (partiendo por la manera de cómo habría muerto, para muchos asesinado y para algunos acribillado, que es lo que se desprende de un fantástico testimonio relatado por Gabriel García Márquez pocos meses después del golpe², y que no es muy distinto de un supuesto complot criminal por parte de agentes cubanos, tal como es imaginado por un periodista francés³), es su actuación en un día crítico. Si bien el carisma de Allende se origina en el contexto experimental de una forma revolucionaria de socialismo por la vía legal, lo que lo nutre es su larga trayectoria política (con la imagen de su afamada “muñeca” y su elogiada capacidad negociadora), la profundidad del proceso de cambio que él impulsó, la dura reacción opositora y esa legitimidad popular que lo rodeó y que es posible ver desplegada en algunos documentales. En tal sentido, el carisma de Allende tiene poco y nada que ver con sus atributos personales, puesto que se refiere sobre todo a un momento en el que converge la vida entera de un político (con todas sus contradicciones y aciertos), la naturaleza crítica de una fecha y un proceso revolucionario que inflamó la imaginación de muchos. Es esa fusión entre el hombre y una

dramática jornada histórica, la que es narrada de modo vívido por González Camus.

Notas

¹ Profesor Titular, Escuela de Ciencia Política UDP. Doctor en Ciencia Política, Universidad de París I Panthéon-Sorbonne. Su padre, estrecho colaborador de Salvador Allende, era director de la Policía de Investigaciones al momento del golpe, tras lo cual estuvo más de tres años en prisión. Poco después de ser liberado, la familia salió al exilio a Francia y solo pudo retornar a partir de 1989.

² Esta fantasía testimonial la narramos en Alfredo Joignant y Patricio Navia, Ecos mundiales del golpe de Estado, Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, en prensa.

³ Alain Ammar, Cuba nostra, les secrets d'Etat de Fidel Castro, París: Plon, 2005.

ALARMA

A las 6.30 horas de la mañana del martes 11 de septiembre de 1973, el capitán de Carabineros José Muñoz despertó a causa de un llamado telefónico.

Un miembro del Grupo de Amigos Personales¹ de Allende, los GAP o guardia de seguridad, estaba al otro lado de la línea.

Lo llamaba desde la residencia del Presidente Salvador Allende. Le pidió que fuera inmediatamente hacia allí.

Muñoz se levantó. Vivía en un bungalow ubicado en Tomás Moro 108: exactamente al lado de la amplia casa particular del Mandatario. Era cosa de caminar unos pasos.

La vivienda de Muñoz estaba pintada de color blanco. Alguna vez la había querido ocupar Beatriz Allende, la *Tati*, hija favorita del Presidente.

Muñoz se dirigió a la casa del gobernante. Estaba a cargo de la sección de seguridad presidencial de Carabineros de Chile.

En la residencia, rodeada de muros altos y gruesos, que estaban para proteger vidas y secretos, había sobresalto. Muñoz escuchó los comentarios recelosos, agudamente nerviosos, al ingresar.

Se hablaba de un levantamiento de la Armada en Valparaíso. Los GAP estaban contenidos, excitados, como si alguien los estuviese amenazando por detrás de la cabeza con un garrote. Olían el peligro.

En la calle, todo parecía tranquilo. Demasiado. Había un automóvil estacionado a alguna distancia del gran portón de entrada de la residencia.

Dentro del vehículo, inadvertido, sacándole hasta la última posibilidad de humo a su cigarrillo, estaba un oficial de Inteligencia. Vio cómo la figura de

un oficial de Carabineros —Muñoz— franqueaba el portón.

El observador había permanecido la noche entera vigilando. El interior del vehículo estaba denso y fuerte con el olor a tabaco.

Muñoz entró a la casa. Le condujeron hasta donde se encontraba Allende. El Presidente vestía una chaqueta de tweed gris y una chomba de cuello redondo. No tenía, ni lejanamente, su elegancia habitual.

—¿Con cuánta gente cuenta? —le preguntó el Presidente.

Muñoz le dio la cifra. Allende añadió otra interrogante: si todos estaban preparados.

El oficial asintió.

—Nos vamos a dirigir a La Moneda —añadió el gobernante. Escoja el mejor camino.

Muñoz sentía mucho orgullo por sus funciones. Se dirigió a su auto. Desde allí realizó consultas a la central de radio de Carabineros. Averiguó las informaciones sobre la situación y lo que estaba sucediendo en Valparaíso. Era un hombre celoso de sus prerrogativas y siempre intentaba ejercerlas.

Poco después, la caravana de tres autos y tres tanquetas de Carabineros en la que iba Allende salió de Tomas Moro. El grupo de vehículos tomó la mayor velocidad posible. Muñoz había escogido la ruta de Avenida Santa María y Bellavista, al lado Norte del río Mapocho.

El oficial de Inteligencia les vio partir y se comunicó con el Ministerio de Defensa: un edificio gris, pesado, rectilíneo, de ocho pisos, situado a unos cien metros de La Moneda.

El mensaje hizo sus recorridos. El destinatario acusó recibo con su rostro sonrosado, de ojos azules y bigote canoso.

Era el sub jefe del Estado Mayor General, general de la Fuerza Aérea Nicanor Díaz Estrada.

Él había dispuesto la noche anterior la vigilancia sobre Allende. Había enviado a un oficial que le merecía absoluta confianza, colaborador suyo en la investigación del asesinato del Edecán Naval del Presidente, comandante Arturo Araya.

Un rato después, fue informado de la llegada de Allende al Palacio de La Moneda. En el fondo de sus ojos, hubo un destello sardónico. Allende, protagonista del bando enemigo en esta guerra que se iniciaba, ya estaba en movimiento.

*

Mientras las luces del Ministerio de Defensa recién se iban apagando, la periodista Verónica Ahumada leía en su oficina de La Moneda los diarios de la mañana.

Era una joven morena, de labios gruesos, soltera. Tenía 23 años y todo el entusiasmo de estar participando en algún tipo de revolución.

Militaba en el Partido Socialista. Había comenzado a trabajar con Allende, su ilustre correligionario, en 1970, recién egresada de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

Se había unido al comando de la Unidad Popular que llevaba adelante la campaña presidencial de Allende. Luego del triunfo del abanderado, pasó, junto con todos los demás, a la Casa del Maestro, en calle Bulnes, en el viejo sector de Santiago Poniente, de grandes casas del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

Esa vivienda era “La Moneda chica”, como la bautizaron los periodistas. En sus habitaciones, Allende afinaba sus planes y su futuro gabinete, intentando desmontar las maniobras que pretendían impedir en el Parlamento su ratificación como nuevo Primer Mandatario.

Como sólo había logrado una mayoría relativa en las elecciones, necesitaba de la confirmación del Congreso.

Allende negociaba y negociaba. La habilidad le salía a través de sus ojos alertas y socarrones. Cuando caminaba, era como un acorazado que avanzara seguro de sí mismo.

Desde que se había integrado a las tareas del Comando de la Unidad Popular, a Verónica se le había asignado la cobertura de las actividades de Allende. Cuando el político fue investido como Presidente, la muchacha pasó a la Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia para encargarse de la información de prensa acerca de las audiencias del Mandatario.

Terminó con una pequeña oficina en el segundo piso del Palacio, compartida en los primeros tiempos con otro periodista: Carlos Jorquera, *el Negro*, amigo de Allende y, más que nada, de Augusto Olivares, *el Perro*, un cronista político muy cercano al Presidente.

Verónica había llegado esa mañana del 11 observando con un atisbo de intranquilidad La Moneda.

A las cinco de la mañana, había recibido el llamado telefónico del argentino Jorge Timossi, director de la oficina local de la agencia informativa cubana Prensa Latina. Timossi le anunció que la Armada se había sublevado en Valparaíso.

Pero en el palacio, en la semioscuridad de las primeras horas de la mañana, nada parecía anormal. El edificio gris, color cemento, sin pintura, erigido en el siglo XVIII, parecía una construcción que permanecería hasta la eternidad.

Como de costumbre, Verónica tomó una taza de café.

Diariamente, llegaba a la misma hora. Su primera tarea era resumir para Allende los ataques en su contra contenidos en diversos diarios. Lo hacía con letra mayúscula y a doble espacio, a fin de facilitar la lectura al Presidente. El propio Allende le había dado instrucciones para realizar esa labor.

Sobre el escritorio de la periodista, estaba la habitual pauta de actividades del gobernante. A las 11 horas, se contemplaba su visita a la Universidad Técnica del Estado.

Verónica sabía que, en ese lugar, a través de un discurso, Allende convocaría a un plebiscito.

La Moneda se sentía silenciosa y aplastante, con sólo el personal del repostero del segundo piso y del aseo moviéndose. Muy pocas personas habían llegado a sus oficinas.

Verónica miró hacia la puerta: había aparecido, con alarma en su actitud, uno de los auxiliares.

—Señorita Verónica, están llegando unos tanques.

La periodista echó a caminar apresuradamente por los pasillos, hasta la sala de edecanes, situada en la fachada principal del palacio, en el segundo piso.

Los ayudantes de los edecanes ya estaban allí.

Verónica cogió el citófono y llamó a la residencia de Tomás Moro. Un GAP la atendió. Ella preguntó por Allende.

—No, no está. Ya salió para La Moneda.

—Pero, ¿él sabe lo que está pasando?

—Sí.

Verónica bajó por la escalera de mármol que daba a la entrada principal del edificio. Observó a miembros de la Guardia de Palacio, un grupo seleccionado de la policía uniformada. En sus tenidas verdes, se veían vigilantes y alertas, como cualquier día, pero con un atisbo de expectación. Aguardaban a Allende.

Verónica se sintió más tranquila. Esos hombres altos, de actitud resuelta, estaban con el Presidente, según le pareció.

Tenía un profundo recuerdo que contribuía a serenarla: el fracaso de un intento de sublevación militar desencadenado poco más de dos meses antes, el 29 de junio. Había sido el tanquetazo protagonizado por el Batallón Blindado 2.

Ella estaba en su oficina en esa ocasión.

Había escuchado el ruido de los tanques —un sonido de hierros que no calzaban bien— encabezados por el rebelde coronel Souper.

Allende había permanecido en Tomás Moro. Había llamado cuatro veces por teléfono a Verónica. En el primer telefonazo, le había pedido que le describiera la situación.

La periodista lo hizo. Se había asomado por las ventanas de la sala de edecanes y luego había hecho lo mismo desde el costado opuesto de La Moneda, en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Poco después, había aparecido el oficial a cargo de la Guardia de Palacio, señalándole que ella era la única mujer en La Moneda y que resultaba conveniente que abandonara el edificio.

El uniformado había pronunciado ante sus hombres, una frase que tenía muchos precedentes. No sonaba, en las circunstancias, tan altisonante como era:

—¡La Guardia de Palacio no se rinde!

Verónica se negó a abandonar el edificio. Dijo que ése era su sitio y que tenía la obligación de informar al Presidente de todo lo que estaba ocurriendo.

Allende la había llamado más tarde, una vez sofocada la sublevación. En signo de reconocimiento y con la intención de estimularla, le dijo:

—Tres coloradas, Verónica.

Habían pasado bien un trance peligrosísimo.

La muchacha volvió a su despacho, tranquilizada por tales recuerdos y por lo que veía: uniformados que parecían leales como en cualquier otra jornada.

Esa experiencia anterior, más la inminente llegada del Presidente y los demás signos, la hacían sentir que enfrentaba una situación que la ponía nerviosa, pero que no era extrema.

*

El día lunes 10 de septiembre, víspera de lo que sobrevendría, el presidente del Partido Demócrata Cristiano, senador Patricio Aylwin, se fue caminando desde el Senado hasta el edificio de su partido, en la Alameda.

Por la mañana, había estado reuniendo las firmas de los senadores para una presentación colectiva de renunciaciones, con el objeto de precipitar una solución política para la situación del país.

La actitud se había resuelto dos días antes —el sábado— en una reunión de presidentes provinciales del PDC.

Los representantes de las diversas regiones estuvieron duros, impacientes, en esa oportunidad.

Sus puntos de vista eran categóricos, poco matizados. En provincia había menos sutileza.

Primero habló el presidente de Arica, Héctor Aguilera. Aylwin iba tomando nota de lo que cada cual decía.

Aguilera lanzaba fuego por la boca. Aylwin fue anotando con un lenguaje sintético:

Crisis económica. Fracaso de las empresas tomadas. Bases piden línea dura, especialmente la gente modesta. Fuerzas Armadas como tabla con nosotros. Roces con la Unidad Popular y gobernador. Situación política no da para más. Otros partidos capitalizan nuestras vacilaciones. El Partido Nacional crece en Arica. DC debe recuperar el liderazgo. Disciplina. Respeto a los

acuerdos de la Junta (Nacional del PDC). Rechazo declaraciones desconciertan bases. Caso concreto Tomic: que se le pase al Tribunal de Disciplina.

Todos los presidentes esgrimían el hacha de guerra contra el gobierno.

En la reunión terminó proponiéndose que los parlamentarios renunciaran a sus cargos y que lo mismo hiciera el Presidente de la República, para que el pueblo dirimiera el conflicto.

Cuando Aylwin llegaba a la entrada del edificio cuadrado, sin gracia, de su partido, un alto funcionario administrativo del PDC le tomó del brazo. Lo llevó a un aparte:

—Patricio, tengo que decirte una cosa: me acaban de informar que esta noche se produce el golpe.

En los últimos meses, en Santiago, todos hablaban del eventual golpe militar. Aylwin había alojado varias veces fuera de su casa durante ese lapso. A partir del 29 de junio, tras la explosión sofocada del “tanquetazo”, había un sobresalto colectivo: las inquietudes habían aflorado y crecían.

Una noche, varios destacados miembros del PDC habían dormido en la casa de un amigo, en la Avenida Américo Vespucio, a causa de una falsa alarma.

Aylwin se quedó un momento silencioso, pensando en lo que el otro le decía.

Los rumores de ese día indicaban que el golpe se preparaba para el día miércoles 19, durante la Parada Militar en que las tropas desfilarían ante el Presidente, en el curso de la tradicional ceremonia anual.

Aylwin miró a su camarada con escepticismo. Dudó de la efectividad de una sublevación militar para esa noche. Aguardaba el discurso de Allende del día siguiente, en que éste convocaría a un plebiscito para resolver la crisis política. El ministro del Interior, Carlos Briones, había confirmado al PDC que así lo tenía proyectado el Presidente.

Allende debía haber hablado el día anterior, pero Briones tranquilizó a los demócratacristianos indicándoles que se trataba de una mera postergación de 24 horas.

Aylwin subió a su despacho del quinto piso del partido. Cuando terminó con su trabajo, cerca de las diez de la noche, se dirigió hacia el barrio alto, en dirección a su casa. En el camino, decidió pasar a ver al ex Presidente de la República y presidente del Senado Eduardo Frei.

Se desvió hacia la derecha en su camino y entró en la calle del barrio de la clase media donde vivía Frei, en una casa de dos pisos.

Una vez dentro de la vivienda, Aylwin le contó acerca de la advertencia que le habían entregado.

Frei se quedó masticando el mensaje dentro de su rostro grave, alargado, lleno de tendones. Señaló a Aylwin que un militar, ex edecán suyo, le había llamado por teléfono, aconsejándole que no alojara en su casa.

Aylwin conversó algunos minutos más y luego siguió su viaje en su automóvil. En su hogar, contó a su mujer, Leonor, el aviso de golpe que le habían entregado. El político y su esposa quedaron con la impresión de que era un nuevo rumor falso.

Pero al día siguiente, a las 7.30 horas, el ex ministro de Educación Máximo Pacheco telefoneó a Aylwin.

Ambos tenían un compromiso: se juntarían a almorzar en el restorán El Escorial, a pocos metros de La Moneda.

Pacheco estaba en cama y su mujer le había informado de las noticias que se estaban difundiendo por radio. El ex ministro avisó lo que sucedía a Aylwin, tras imponerse de esos comunicados alarmantes.

Aylwin colgó el teléfono, estupefacto, y encendió el receptor. Escuchó. El tantas veces rumoreado golpe estaba sucediendo.

*

Aylwin había estado con Allende el mes anterior —agosto—, en casa del cardenal arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez.

El prelado le había llamado por teléfono.

—Le quiero pedir un servicio —le indicó. Que usted venga a comer mañana conmigo y con el Presidente. No estaríamos más que los tres.

—¿Y a qué se debe todo esto? —preguntó Aylwin.

Desconfiaba.

El cardenal le explicó que Allende le había pedido arreglar ese encuentro. Añadió que creía que era necesario tratar de materializarlo.

Aylwin se resistió un poco. Era una oferta que le sorprendía. No la había esperado.

—Yo le he dicho a mi partido y he dicho públicamente que no tendré conversaciones secretas. Usted me está pidiendo una conversación secreta. Voy a quedar en situación incómoda, porque estoy faltando a un compromiso que contraje.

Con su voz de pronunciación dura, pero persuasiva y apasionada, el cardenal insistió.

Señaló a Aylwin que pensara en la necesidad de que no recayera sobre la DC, ni siquiera por asomo, la acusación de que no había hecho todo lo posible por arreglar los aspectos negativos del régimen y por evitar la posibilidad de un golpe militar.

Le indicó que se lo pedía por favor.

El cardenal se había jugado por entero. Aylwin decidió ir y aceptó.

No conversó con nadie sobre su decisión, excepto con su mujer, Leonor.

Allende creía que las negociaciones con la DC debían proseguir.

Su ministro del Interior, Carlos Briones, le había expuesto su punto de vista. Había que desempantantar las conversaciones que se habían realizado con anterioridad y que habían fracasado estrepitosamente y públicamente.² Había que buscar una salida a la crisis.

Los ojos azules y lacrimosos de Briones veían hacia dónde era necesario dirigirse: a remover obstáculos en la DC y en el Partido Socialista. En julio último, en la residencia de Tomás Moro, el ministro lo había expuesto largamente a Allende. Semanas después se lo había repetido.

Briones pensaba que en la directiva de la DC había una tendencia a endurecerse en la negociación. Quizás no tanto en Aylwin.

También observaba claramente que la dirección del PS —su partido— era contraria a las conversaciones. Los socialistas creían que el diálogo efectuado a la vista del país entre Allende y Aylwin no debía haberse propuesto ni realizado y que era necesario que el gobierno continuase adelante, velozmente, con el proceso en que estaba empeñado.

Briones tenía un pensamiento mucho más frío y moderado que los líderes de su tienda. Sostenía que la institucionalidad existente no era capaz de resistir el desarrollo de las políticas del gobierno. Había que frenar y consolidar lo que se había hecho. Era necesario un proceso de ordenamiento.

El pequeño ministro pensaba que si se seguía profundizando en la misma dirección, se producirían reacciones ante la posibilidad de que se estuviera marchando y llegando a una coyuntura revolucionaria.

Observando a Allende y escuchándole, Briones estaba convencido de que el Presidente quería una solución política para el problema, y no un enfrentamiento.

Allende, por su parte, repetía que había un proceso de sedición en marcha. Se estaba conspirando. Había informes, indicios, soplos.

Pero el Presidente pensaba que todos los embates iban a tropezar con el profesionalismo de las Fuerzas Armadas. Siempre hacía hincapié en que él

había respetado las Fuerzas Armadas y a sus escalafones. Parecía esperar algo a cambio de ello: una prescindencia o asepsia militar.

Catorce años después, sentado ante un gran escritorio en su oficina de Teatinos, con sus mejillas algo enrojecidas, Briones afirma:

—Allende nunca metió las manos para quebrar los mandos ni nada de eso.

*

Mientras se aproximaba la hora de la cena que sostendrían Allende y Aylwin, alguien tocó el timbre en la casa del cardenal.

Era un bungalow situado en calle Simón Bolívar, con un jardín relativamente amplio tras una pared con planchas de hierro que no permitían atisbar hacia el interior.

El padre Luis Antonio Díaz salió de la casa y se dirigió a abrir.

Se desempeñaba como secretario del cardenal. Era un hombre de anteojos, de cutis sonrosado, que siempre daba la sensación de pulcritud, de venir saliendo de la ducha. Cruzó el jardín. Cuando abrió la puerta, se encontró con tres hombres de rostro serio y duro. En la calle, frente a la puerta, había un auto.

A los recién llegados sólo les faltaba ponerse un cartel que dijera: “Guardia de Seguridad”.

Dijeron a Díaz que querían revisar la casa, porque estaban encargados de la integridad física del Presidente.

—Eso no es posible —dijo Díaz, meneando la cabeza.

El jefe insistió.

—No —respondió Díaz.

Se le había coloreado suavemente el rostro de disgusto. Agregó:

—La casa del cardenal no se revisa.

Los otros asintieron y se retiraron. Se fueron con la boca torcida, mascullando.

*

Aylwin partió en un automóvil conducido por Sotito, el chofer del partido. Salió desde su casa de calle Arturo Medina.

Cuando el vehículo se detuvo frente a la residencia de Silva Henríquez, el senador señaló al conductor que volviera a buscarle a la una de la mañana, y que, entre tanto, se fuera a su casa.

Descendió del auto Sotito, un hombre de pequeña estatura, orejas estiradas y ojos alertas, esperó un momento. Vio al político tocar el timbre.

Transcurrieron unos segundos. La puerta se abrió. Aylwin entró.

Sotito hizo partir el vehículo. Pocos metros más adelante, el resplandor de los faros delanteros le mostró un auto con varios hombres dentro, estacionado ante la entrada del garaje de una casa.

Su intuición le dio el aviso: eran GAP. O policías.

Poco después que sobrepasó el vehículo, éste se puso en marcha. Por el espejo retrovisor, Sotito vio como tomaba por la misma calle. Pero no le siguió. El auto dobló poco después, hacia el norte. Sotito supuso que el grupo estaba vigilando la llegada de Aylwin: si el político ingresaba acompañado o no a la casa de Silva Henríquez.

El secretario del cardenal había abierto la puerta al presidente del PDC.

Este le saludó.

—¿Llegó el Presidente? —le preguntó.

—No, don Patricio. Adelante.

Aylwin ingresó en el jardín. Pero detuvo al sacerdote.

—No quiero pasar. El Presidente puede creer que estoy preparando algo con el cardenal si me ve con él. Pero, por otro lado, estoy nervioso. Paseémonos aquí fuera.

Caminaron lentamente, porque el espacio no era infinito ni mucho menos.

—¿Sabe? —dijo Aylwin—. He venido contra la opinión del partido, solamente por ser fiel al cardenal. No creo que saquemos nada de aquí. Aún más, me parece que Allende quiere prolongar, dar la sensación de estar en conversaciones. Pero esta situación no resiste más si él no toma ciertas determinaciones.

Se pasearon largo rato. Allende seguía ausente. El aire refrescaba.

Decidieron entrar: se había recibido un mensaje del Presidente, que se excusaba porque demoraría en llegar.

Aylwin entró con Díaz. El cardenal, anfitrión pausado y atento, aficionado a recibir gente en su casa, le señaló:

—Tengo este whisky. ¿Usted lo conoce o no? Es marca President —señaló, con un matiz de broma ante la coincidencia que ese nombre representaba.

Aylwin supuso que sería digno de beberse, y así se lo dijo.

Allende llegó poco después. El vehículo que lo conducía ingresó al patio. El Presidente iba solo, sin guardias. Bajó. El auto salió y el portón fue cerrado.

Allende había instruido al chofer que volviese a buscarle con los demás autos a la una y media de la madrugada.

Saludó con su habitual cortesía. Estaba, como siempre, muy dueño de sí mismo. De eso podía pasar fácilmente al estilo cortante. Tenía una chispita de triunfo en la mirada.

—Las cosas que pasan —dijo—. Me ha renunciado Ruiz Danyau.

Se refería al comandante en jefe de la Fuerza Aérea y ministro de Transportes.

—¿Y cómo quería, Presidente, que no renunciara? —preguntó Aylwin.

—¿No ve que no sabe? —le señaló Allende, como si lo reconviniera.

—¿Qué es lo que no sé, Presidente?

—Es que yo no lo había nombrado ministro de Transportes. Lo nombré ministro de Tierras. Y él pidió el Ministerio de Transportes.

“Le dije que ese Ministerio iba a ser muy complicado. Yo quería nombrar a José María Sepúlveda (general director de Carabineros) allí. Pero él hizo cuestión de que no aceptaba quedar por debajo del general director de Carabineros en un Ministerio de poca importancia. Por eso lo nombré.

“Pero lo grave es que quería irse del Ministerio y seguir de comandante en jefe. Pero yo le dije que si renunciaba tenía que hacerlo a las dos cosas. Por eso me demoré en llegar esta noche, porque fue una discusión más o menos larga”.

Se introdujo la mano derecha en el bolsillo exterior del mismo lado de su chaqueta. Extrajo un papel.

—Pero aquí tengo la renuncia.

Se la guardó. Sacó la tapa del bolsillo y la golpeó.

Pasaron a comer. El padre Díaz los acompañó.

*

Hacia poco más de un año, en los meses de mayo y junio de 1972, se había registrado entre el gobierno y el PDC otro intento por solucionar uno de los conflictos que se iba a abordar esa noche: el problema de las tres áreas de la propiedad.

Pero la negociación había fracasado.

El senador Renán Fuentealba, entonces presidente de la DC, y el ex ministro del Interior Bernardo Leighton, habían llevado adelante la iniciativa por parte de los demócratacristianos. Por la Unidad Popular lo había hecho el ministro de Justicia, Jorge Tapia.

Se habían reunido en el segundo piso del señorial Club de Carabineros, en calle Dieciocho. El tema de las tres áreas era uno de los asuntos incendiarios que perturbaban al país.

—Llegamos a acuerdos muy avanzados —señala Fuentealba—. Acuerdos en un 90 por ciento.

“Hubo algunas cosas que no aceptamos. Después que terminaron las conversaciones, el gobierno me envió una carta de carácter público, tratando de hacer una síntesis de lo acordado. Era un poco chueca la carta, porque incluía cosas que no habíamos resuelto. Contesté, junto con la comisión que me asesoraba. Y las conversaciones seguían”,

Luego fue convocada la elección extraordinaria de un diputado por Coquimbo. El abanderado opositor era el radical Orlando Poblete, quien enfrentaba a una candidata comunista.

Las conversaciones sobre las tres áreas continuaban. Los radicales se molestaron. Consideraban inconveniente los contactos, afirmando que éstos dañaban las posibilidades de Poblete. Se lo hicieron presente a Fuentealba.

El presidente demócratacristiano se vio obligado a interrumpir el diálogo. Pero Poblete resultó, de todas formas, derrotado.

—Si se hubieran reanudado los contactos después de la elección, se podría haber llegado a un acuerdo —afirma Fuentealba.

Lanza agudas frases de acero. Tiene un aspecto retraído y una sensibilidad viva y en guardia bajo la piel. Pero, a la vez, esconde un fuerte temperamento en su cuerpo enjuto y pequeño. Es capaz de grandes cóleras, que a veces se manifiestan como tormentas eléctricas.

A sus 65 años, Allende tenía un aspecto vigoroso, saludable y pulcro. Sus ojos miraban tras unos anteojos de marco grueso.

Una sólida energía movía su cuerpo. Había madurado y se había endurecido a través de años de recorrido por Chile en toda clase de vehículos y hasta a lomo de caballo, con boina, sombrero o a cabeza descubierta, pronunciando miles de discursos a lo largo de su carrera política.

Tenía el país en su memoria.

Provenía de una familia de la clase media alta. Su abuelo, Ramón Allende Padín, había sido Serenísimo Gran Maestro de la Masonería y diputado, y se le había conocido como **El Rojo** Allende. Médico y anticlerical, había abogado por la separación de la Iglesia del Estado, hecho que sólo vino a producirse en 1925.

Había organizado una de las primeras escuelas laicas de Chile: el liceo Blas Cuevas, de Valparaíso. La Iglesia Católica había terminado por excomulgarle.

Salvador Allende hablaba con gran orgullo de su abuelo, así como de otros antepasados. Recalcaba que don Ramón siempre había repartido entre los pobres la mayor parte de sus ingresos de médico.

El padre de Allende había sido abogado, notario y militante del Partido Radical. Se llamaba Salvador Allende Castro. Debió ser hospitalizado a causa de una grave diabetes cuando Allende terminaba sus estudios de medicina, en Santiago.

Cuando su padre empeoró, Allende se encontraba enjuiciado por una Corte Marcial por motivos políticos. Se le permitió, a él y a un hermano también encausado, ir a ver a su progenitor. Al día siguiente, Allende Castro murió. En sus funerales habló Allende. Dijo que se consagraría a la lucha social.

Al ejercer después la Medicina, y al igual que su abuelo, casi no había cobrado por sus atenciones. Uno de sus primeros empleos fue como anatómico patólogo en el hospital Van Buren de Valparaíso. Alcanzó a realizar, según afirmaba, más de 1.500 autopsias.

Sabía lo que quería. A los 29 años fue elegido diputado. A los 30, el Presidente Pedro Aguirre Cerda, de quien se había hecho muy amigo, le nombró ministro de Salud. Allende había dirigido la campaña de Aguirre Cerda a la Primera Magistratura en Valparaíso, donde era presidente del Frente Popular.

Allende fue cuatro veces a la dura carrera presidencial. En la primera, en 1952, había obtenido escasamente un 5,4% y el último lugar, con 51.975 votos: una migaja que había hecho flaquear a sus consejeros.

Pero no a él. En el local de su candidatura, un viejo caserón, se subió a una mesa y habló de la campaña. Y llamó a no desesperar: si el mundo se había construido en 7 días, no se iba a lograr construir el socialismo en corto tiempo, porque, mientras el mundo era imperfecto, el socialismo era la perfección.

Su tenacidad era invulnerable. Trabajaba sin tregua. Dormía apenas 5 horas diarias.

En su cuarta postulación presidencial, en 1970, había logrado estrechamente el triunfo sobre el derechista Jorge Alessandri.

Toda esa vida, y sus experiencias de senador y sus viajes, estaban en su piel y en su actitud.

Sus emociones se reflejaban no sólo en su mirada, sino hasta en el peso de su sangre. Era capaz de reírse de sí mismo y de ironizar, distendiendo la cara, ladeando su cabeza ligeramente hacia la derecha y sonriendo bajo su bigote blanco. En 1964, tras ser derrotado por Eduardo Frei en su tercer intento presidencial, señaló a los periodistas:

—Cuando me muera, pondrán sobre mi tumba una lápida que dirá: “aquí yace Salvador Allende, futuro presidente de Chile”.

Se volvía acerado, combativo y con agresividad intimidatoria, cuando le fluía la irritación o se sobrepasaban sus líneas de defensa.

Había tenido afición a algunas actividades físicas. Practicaba equitación. También el tiro al blanco. Eran inclinaciones de su época de estudiante secundario. Cuando cumplió su servicio militar, le rondó por la cabeza la tentación de seguir la carrera de las armas. Pero la desechó. Tuvo choques con la disciplina castrense.

Poseía un rasgo de machismo, como un gallo de pelea que daba su paseo provocativo ante el enemigo. Era arrogante. Muchas veces había dejado de manifiesto que se veía a sí mismo como un futuro Presidente de Chile y un personaje histórico.

Desplegaba la galantería con las mujeres. No cabía duda: tenía un ojo de experto, la apreciación del que sabía. Y le gustaban.

Cuando ejercía su función pública, mostraba una actitud severa. Y comenzaba a exigir y a absorber a las personas y a pedir sacrificios.

Era una gran táctico y un conocedor de la maniobra. Hablaba con orgullo de su “muñeca” política: la capacidad de lograr un objetivo o de sortear una situación imposible a través de la sagacidad, del movimiento hábil o súbito o de la persistencia.

En el curso de su vida plena, variada y amada por él, había llegado a La Habana en enero de 1959, a conocer a Fidel Castro y su recién triunfante revolución.

La noche de su arribo había logrado trabar contacto con el líder. Fidel salió del Consejo de Gabinete en el que participaba y le saludó, haciéndole entrar a la reunión.

Luego, ambos pasaron a otro salón, en el cual varios **guajiros** jugaban ajedrez, con sus metralletas al alcance de la mano. En esa estancia, Fidel y Allende conversaron largo rato.

Allí se había anudado entre ambos una amistad que sería larga.

El 26 de julio de ese mismo año, en medio de las celebraciones del sexto aniversario del asalto al cuartel Moncada, Fidel señaló a uno de sus

invitados:

—Yo conozco al hombre que hará la próxima revolución en América Latina. Y está hoy aquí, en La Habana.

Se refería a Allende.

*

Durante la cena en la casa del cardenal, la conversación se desplegó entre el Presidente y Aylwin. Ellos eran los protagonistas.

Aylwin, desde el mismo comienzo, quiso puntualizar su posición. Señaló a Allende:

—Yo he venido solamente porque soy creyente y el cardenal me lo pidió. No hay otra razón, Presidente.

Allende miró al cardenal, que les observaba con su rostro grave, severo bajo sus cejas tupidas.

—Cardenal, en alguna parte del Evangelio aparecen las ovejas negras o la oveja perdida. Yo no soy tan creyente como el señor Aylwin, pero Cristo también se preocupó de las ovejas perdidas, y es en ese sentido que yo le pedí que nos reuniéramos en su casa. Por eso le he pedido a la persona de más alta autoridad moral en Chile que nos reúna.

El cardenal guardó silencio. Sonrió. Era difícil saber exactamente lo que pensaba Allende. El Presidente tenía una mirada serena, pero de alguna manera imposible de penetrar. El padre Díaz veía astucia en los ojos del Mandatario.

Hubo un poco de esgrima política entre el senador demócratacristiano y el Presidente. Luego, Aylwin indicó a Allende que, bajo su gobierno, se habían hecho muchas cosas, pero que ninguna tenía raíces.

—Usted —afirmó, lanzándose al ataque— tiene que elegir. No puede ser al mismo tiempo amigo de Carlos Altamirano (secretario general del Partido

Socialista y partidario de una revolución) y de la Marina. Usted no puede estar por la vía armada y por la democracia. Usted tiene que escoger.

Aylwin observaba atentamente a Allende, tal cual se mira a un adversario: intentando determinar hasta qué punto le penetraban sus argumentos y qué podía estar pensando. Estaba pendiente de sus gestos.

Le pareció que el Presidente no tomaba muy en serio lo que él decía. Y que, al mismo tiempo, con su actitud, con su expresión, parecía decir: “No se preocupe: esto lo voy a arreglar”.

Allende indicó que consideraba que el planteamiento de Aylwin era razonable.

Señaló que los mandos medios se le escapaban. Dijo que ya tenía muy poca relación con Altamirano.

Miró al cardenal, un espectador sumido en insondables reflexiones, que tenía la actitud inexpresiva de un árbitro de tenis.

—Y a usted, ¿no se le escapan también los mandos medios? ¿No están los cristianos por el socialismo actuando contra su voluntad?

Silva Henríquez asintió, envuelto en ese pequeño juego de participación.

—Si a usted, que tiene tanto poder moral, se le escapan, ¿cómo no me va a suceder a mí? —preguntó el gobernante.

Agregó que no era partidario de la vía violenta y que jamás dejaría que el pueblo chileno saliera armado a la calle a defender al gobierno.

La conversación siguió desarrollándose en términos generales, pasando revista a aspectos medulares, desde la altura.

Se levantaron. El cardenal y sus dos invitados pasaron al escritorio. Díaz no ingresó.

Había llegado el momento de proponer y buscar acuerdos.

Allende dio una mirada a su alrededor. Elogió algunos de los objetos del cardenal. Se sentaron.

Aylwin está en el escritorio de su casa, que tiene estanterías repletas de libros, archivos, manuscritos y papeles. Su letra en tinta azul está en muchas páginas de ese material. De éste podrían salir (cualquiera lo supone al observarlo) unas magníficas memorias. En semejante habitación, parece imposible resistir el deseo de escribir.

Los labios de Aylwin van recreando la escena del escritorio del cardenal.

El Presidente preguntó a Aylwin:

—¿Qué pasos cree usted que podríamos dar para aliviar la situación?

—Primero, promulgar la reforma constitucional sobre las áreas de la economía.

—Eso me crearía una situación imposible.

—Yo le aseguro, Presidente, que podemos elaborar una fórmula. Si usted autoriza a Carlos Briones para que converse conmigo, entre él y yo podemos llegar a una fórmula que lo ponga a resguardo de los temores que usted tiene.

Allende recelaba que la promulgación de la reforma constitucional sentara un precedente: que, aún sin los dos tercios, prevaleciera la opinión del Congreso frente al veto presidencial. En consecuencia, el Congreso podría aprobar después una reforma constitucional reduciendo el período del Primer Mandatario o privándole de facultades. O disponiendo cualquier otra cosa.

Aylwin, que comprendía esas suposiciones, hizo un gesto tranquilizador.

—Yo le garantizo a usted que el Partido Demócrata Cristiano se compromete a aprobarle una reforma constitucional o una ley interpretativa de la Constitución en que se establezca, junto con la promulgación de la reforma, que para cualquier reforma que limite las atribuciones o el plazo

de duración de la Presidencia o que reduzca sus poderes de cualquier manera o que pretenda aumentar los del Congreso, serán necesarios los dos tercios. El Congreso sólo podrá hacer prevalecer su opinión en esas condiciones.

El senador demócratacristiano pasó a exponerle otro punto: los grupos armados.

Le señaló que era necesario disolverlos.

—Eso se está haciendo —señaló Allende.

—Bueno, hay que hacerlo más efectivo.

—Es que hay grupos de derecha. Además.

—Bueno, también los grupos de Derecha. Nosotros no estamos defendiendo a ningún grupo. Pero creemos que esto tiene que terminar.

El tercer punto era la reincorporación de los trabajadores del cobre que estaban expulsados luego de una huelga.

—Sí, pero menos a los fascistas. No los de Patria y Libertad —advirtió Allende.

—Según mis noticias, ninguno de ellos es de Patria y Libertad.

—Bueno, yo le encomiendo esto a Carlos Briones. Que él se junte con usted para que decidan.

Aylwin expuso en seguida la cuestión de los camioneros y del transporte, que estaba pendiente de arreglo.

Allende señaló que el general Humberto Magliochetti, el nuevo ministro, se haría cargo del problema. Le pidió que el secretario nacional del partido Demócrata Cristiano, el diputado Eduardo Cerda, hablara con Magliochetti para solucionar la situación.

Aylwin sacó el problema de Canal 9 de Televisión, ocupado por miristas. Y luego habló de los precios fijados a la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones: la Papelera.

—Son ridículamente bajos —dijo.

Le reiteró que no habían sido reajustados hacía bastante tiempo y que los costos habían aumentado considerablemente.

El gobierno tenía bajo su control esos precios.

—Quiero que le quede bien claro, Presidente —dijo Aylwin. Nosotros no defendemos a la Papelera en cuanto empresa. No soy abogado de la Papelera.

“En este caso, defendemos la garantía para que los diarios de la oposición tengan papel. Defendemos la libertad de expresión. Porque el día en que se estaticé la Papelera, creemos que los diarios opositores no van a tener papel. Y si no lo tienen, se acaba la libertad de prensa”.

—Para esto le propongo de inmediato una solución —señaló Allende. Nombre usted una persona y yo otra. Y me comprometo a cumplir lo que ellos digan.

—Listo. Le propongo ahora mismo un nombre: Sergio Molina.

Molina había sido ministro de Hacienda durante el gobierno de Eduardo Frei.

—Muy buen nombre. Me gusta. Fíjese que el almirante Montero (comandante en jefe de la Armada) me dijo que había llamado a Molina para pedirle colaboración. Y que Molina fue muy amable.

A su vez, Allende propuso un nombre: Víctor Pey, un amigo personal suyo. Añadió que esa persona telefonaría a Molina.

*

El cardenal tenía el rostro sombrío.

Eran la una y media de la mañana. Allende y Aylwin acababan de retirarse.

Miró al padre Díaz con una expresión grave. Sus palabras fueron pesimistas. Sus ojos eran vivos y escrutadores.

—No se va a lograr nada —pronosticó.

Las reuniones entre Aylwin y Carlos Briones comenzaron pocas horas después, en la oficina pequeña e incómoda del senador demócratacristiano, en el Congreso. Los contactos entre otros personeros de las dos partes se iniciaron después. Pero, al cabo de algunos días, como si la energía hubiese cesado, se interrumpieron.

*

El general de la Fuerza Aérea, Alberto Bachelet, secretario nacional de Distribución del gobierno de Allende, dormía junto a su mujer, Ángela.

Estaban en el dormitorio principal de la casa, situada en un conjunto de bungalows pertenecientes a la FACH, los que se levantaban junto al hospital de la institución.

Eran las primeras horas del martes 11.

El repiqueteo del teléfono les despertó. Era un compañero de Ángela Jeria en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile: un izquierdista que estudiaba historia.

Ángela había cogido el auricular.

—Queremos saber si nos puedes informar de una sublevación que se habría producido en Valparaíso. Un golpe.

Ella removi6 un poco a su marido, que estaba somnoliento. Le traspasó la pregunta que le hacían.

—Dile que no moleste, que se quede tranquilo, porque no hay nada. No hay nada —repitió él.

Ángela transmitió el recado. Luego se acomodó en la cama. Bachelet la miró.

—Estos cabros están viendo visiones. Están jugando a los bandidos —dijo.

Se quedaron dormidos.

El teléfono quedó mudo, agazapado, largo rato. Alrededor de las seis de la mañana, volvió a sonar. Despertaron. Era un funcionario de la Secretaría Nacional de Distribución: un mando medio. Quería hablar con Bachelet.

—General, la Armada se sublevó —le comunicó—. Copó Valparaíso. Hay un golpe de Estado.

Bachelet tuvo un estremecimiento. Era uno de los hombres claves del país: parte del grupo de miembros de las Fuerzas Armadas que cumplían altas funciones en el gobierno. Su tarea se prestaba para duras controversias políticas, porque aparecía como el encargado de la eventualidad del racionamiento alimenticio. Lo acusaban de pro allendista.

La prensa opositora a Allende le había crucificado varias veces.

En verdad, sus simpatías políticas estaban con el Presidente.

Durante el ejercicio de sus tareas, le había tocado ser participante y observador de hechos de gran importancia en que Allende había sido el protagonista, y que se le habían grabado en la mente.

Como, por ejemplo, esa reunión con el Presidente de la República sostenida el día 19 de mayo de ese año. Concurrían los generales de la Fuerza Aérea.

Estaban en el Palacio de La Moneda. Allende había dicho cortésmente, tras saludarles:

—No hablemos nada sobre el tema durante la comida. Después conversaremos en la Sala de Consejo.

La cita con Allende había sido arreglada por el general César Ruiz Danyau, comandante en jefe de la FACH: un hombre de apariencia afable, cortés, no

dotado para el choque frontal. Carecía de un carácter arrollador.

El cuerpo de generales de la FACH quería expresar al Presidente sus puntos de vista. Deseaba dar salida a sus inquietudes. Los oficiales no querían que nadie pudiera sostener que estaban conspirando.

Cuando concluyó la cena, pasaron a la Sala de Consejo. Allende pidió a Bachelet que tomara un acta de la conversación.

Los generales hablaron por orden de antigüedad. Comenzó Gustavo Leigh, el segundo hombre de la FACH.

Bachelet era amigo suyo. Habían sido compañeros de escuadrón. Se conocían desde 1939. Bachelet se había hecho cargo de la venta de la casa de Leigh y le había ayudado en los trámites de separación de su primera mujer.

Los generales presentaron a Allende su disconformidad e inquietudes. Le dijeron que no pretendían que cambiara su pensamiento, sino que fuera modificado el rumbo del gobierno hasta que se aclarara el panorama político y en tanto no hubiera consenso en el país para seguir adelante por la vía pacífica al socialismo, como él aspiraba a hacer.

Le añadieron que, de lo contrario, podría haber una colisión o un estallido.

Allende interrumpió sólo una vez. El general Orlando Gutiérrez le señaló que las Fuerzas Armadas no podían aceptar lo que ocurría.

El Presidente reaccionó sanguíneamente, con energía, rechazando su planteamiento.

Ruiz Danyau fue el último en hablar.

Después, Allende tomó la palabra. Se explayó durante media hora. Les señaló que estaban equivocados cuando le decían que iba hacia un fracaso. Que él sabía por experiencia y por edad hacia donde caminaba el país.

En su oficina de corredor de propiedades, con su rictus duro en la boca, con un general en retiro que colabora con él instalado en el despacho

contiguo, Leigh indica:

—Salí muy frustrado de la reunión. Los demás generales también.

Tiene los ojos un poco apagados: una mirada que ha llameado muchas veces, y que en este momento observa opacamente.

*

Tras el aviso sobre el golpe, Bachelet comenzó a tratar de comunicarse, desesperadamente, con el Ministerio de Defensa. Sintió que era algo serio, enorme, lo que lo estaba envolviendo.

Tenía 49 años. Su mujer, Ángela, conocida como La Roja por los generales de la FACH claramente hostiles al gobierno, era una mujer morena, de pasiones fuertes. Tenía simpatías izquierdistas. Defendía al régimen de la Unidad Popular. Estudiaba Antropología en el Instituto de Ciencias Pedagógicas de la Universidad de Chile. Sus amistades eran militantes de izquierda.

—Era una época en que uno aún podía conversar al interior de las Fuerzas Armadas —señala. Pero comencé a marginarme de las reuniones sociales de las Fuerzas Armadas. Me resultaron insoportables los ataques al gobierno que escuchaba. A lo mejor cometí un error en alejarme.

Tenían dos hijos. Michele estudiaba Medicina en la Universidad de Chile. El hijo varón vivía en Australia desde 1969. Había ido en busca de fortuna con su joven mujer. Pero ya expresaba deseos de regresar.

Bachelet había asumido sus funciones de secretario nacional de Distribución en enero de 1973. Hasta entonces era director de Finanzas de la FACH.

Cierto día, Leigh, que estaba subrogando a Ruiz Danyau, quien se encontraba en el extranjero, señaló a Bachelet que Allende había solicitado varios nombres a las FF.AA. para destinar a alguien a la Secretaría de Distribución.

—El Presidente Allende te ha pedido. A ti entre otros. Si quisieras ir, yo preferiría proponerte a ti.

Pero Leigh niega que Allende haya solicitado la sugerencia de varios nombres.

—*Recibí una instrucción del ministro de Defensa. Me dijo:*

El Presidente quiere que el general Bachelet sea puesto en comisión de servicio por unos días, a disposición suya. Pensé que el general Ruiz Danyau, cuando volviera, sabría qué hacer.

Bachelet era masón, como el Presidente. Él pensó que ese hecho pudo haber tenido influencia en su designación. Y que también había sido decisivo algo de más importancia: aunque no pertenecía a ningún partido político, compartía la filosofía de gobierno.

*

Bachelet colgó el teléfono, impotente y nervioso, y pasó al baño, a ducharse rápidamente, para salir a escape al Ministerio.

Los signos de peligro llenaban el aire. Sentía una opresión sobre el cuerpo.

El día anterior, lunes 10, había relatado a Ángela una conversación sostenida con Leigh en el Ministerio.

Esa mañana había llevado a Leigh el programa de distribución de alimentos. Pensaba que era interesante que fuera conocido al interior de las FF.AA.

Leigh le observó con su rostro endurecido, terco. Le formuló un comentario ácido y pleno de indignación en torno al discurso del secretario general del Partido Socialista, Carlos Altamirano, el día anterior.

El senador y abogado Altamirano, un hombre alto, delgado, atleta en su juventud y perteneciente a una familia de la aristocracia chilena, había desafiado a las FF.AA. en su intervención en el Estadio Chile, un recinto cerrado ante sus correligionarios.

Hizo referencia al grupo de suboficiales y marineros que habían sido arrestados por la Armada en una investigación sobre infiltración marxista dentro de esa rama de la Defensa.

—La verdad, compañeros, es que tuve una reunión con estos marinos — confesó Altamirano.

Agregó:

—Concurrí a una reunión a la cual fui invitado para escuchar a un suboficial y marineros, quienes revelaron que se estaba planeando un golpe de Estado contra el gobierno.

“Iré a todas las reuniones a que se me cite y que sean programadas por soldados que se oponen al intento golpista”, recalcó en medio del entusiasmo de su auditorio.

Bachelet comentó a Ángela las expresiones de Leigh sobre lo señalado por Altamirano. Estaba muy inquieto por la reacción que había mostrado su comandante en jefe.

Él, personalmente no aprobaba las palabras del senador socialista. Así lo señaló a Ángela. Su mujer refutó sus opiniones. Dijo que Altamirano no podía haber dicho menos con las detenciones y torturas registradas en la Armada.

Relató, a su vez, a su marido, algo que le había ocurrido en la tarde.

Al regresar a la población de la FACH, se encontró con un nuevo elemento en el paisaje: una guardia reforzada de efectivos de la Fuerza Aérea en las calles de acceso. Había pequeñas barricadas con sacos de arena.

Observó el auto del coronel Sergio Figueroa. Se acercó caminando. El coronel, que estaba en el asiento de conductor, subió el vidrio de su ventanilla. Dejó un resquicio para hablar. Ángela le comentó acerca de las barricadas. El coronel respondió que era una simple precaución frente a los desórdenes habituales.

Bachelet escuchó con ánimo receloso lo que Ángela le contaba. Estaba desplazándose a lo largo de una existencia tensa. Había llegado a casa dentro de su nueva rutina de seguridad personal.

Empleaba esas precauciones desde hacía una semana. Se había dirigido a su hogar acompañado en su auto por dos funcionarios de la Secretaría Nacional de Distribución: un comunista y un socialista.

Le habían convencido de que era peligroso que siguiera desplazándose sin más compañía que su chofer en el auto fiscal.

*

El general Herman Brady no podía dormir. Esperaba la hora para salir al Ministerio de Defensa. Trataba de no moverse para no despertar a su mujer.

A las dos de la mañana, sonó el teléfono. Era el ministro de Defensa, Orlando Letelier.

—General, ¿qué pasa con las tropas de Los Andes y San Felipe, que están en actividad?

—No tengo idea. No pueden estar en actividad.

Pidió a Letelier el número desde donde llamaba para hacer averiguaciones y telefonarle de vuelta. El ministro le dijo que él le llamaría. Brady colgó.

Un cuarto de hora después, llamó Letelier. Brady le tranquilizó.

A las cinco de la mañana, salió de su casa.

Lo relató así:

“Mi mujer me preguntó extrañada:

—¿A dónde vas tan temprano?

—Estamos acuartelados —le dije.

Fue todo lo que ella supo de la iniciación de esto”.

El macizo militar había ascendido al generalato en diciembre de 1970. Desde marzo de 1972 era director de la Academia de Guerra.

En enero de 1973, hacía muy pocos meses, se había paseado por un Moscú frío y nevado.

El gobierno de la URSS había decidido invitar a la capital soviética a quienes cursaban los últimos años de la Academia de Guerra y la Academia Politécnica. La invitación fue aceptada. Brady partió al frente del grupo.

La opinión pública tenía de él la imagen de un militar allendista. Y también el propio Allende. Con su bigote y su expresión fuerte, Brady parecía un hombre tozudo y poco expresivo bajo su gorra.

—Todas las intervenciones, todas las conferencias que se dieron en los diez días que estuvimos en Moscú, junto con lo profesional, se referían a la suerte que había tenido Chile de haber podido entrar por una vía pluralista y pacífica, a través de elecciones, a lo que era el ideal de todo país que se quisiera proyectar hacia el futuro, como era el marxismo —relató años después.

“La respuesta de mis oficiales era bastante opuesta a ese pensamiento; y las presentaciones que hicimos, las realizamos en un terreno estrictamente profesional, haciendo presente que las FF.AA. no participaban de la política contingente y que las ideas que se podían vertir en ese momento eran de carácter personal y no institucional”.

En mayo, pocos meses después del paseo por Moscú, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Augusto Pinochet, le llamó a su oficina. Le entregó una serie de documentos reservados. Le dijo:

—Léelos. Analicen este problema en la Academia y dénme su opinión.

Pinochet había depositado en sus manos los planes de seguridad interior: una parte de la planificación global que realizaba el Ejército, y dentro de la

cual se consideraban también aspectos bélicos, logísticos, de telecomunicaciones y otros.

Los documentos relativos a seguridad interior establecían medidas para evitar alteraciones del orden público que fueran más allá de la capacidad de las FF.AA. para sofocarlas.

Comenzó una tarea minuciosa de lectura y análisis. Era lo habitual en el Ejército y las demás ramas de las FF.AA.: planificar y proyectar. Brady habló con Pinochet. Le hizo presente que los planes habían quedado anticuados. Eran de reacción y no de acción, de iniciativa.

Pinochet se quedó pensativo, dándole vueltas a la situación en su mente. Dijo:

—Eso es lo que me preocupa. Ustedes me van a empezar a analizar esto en forma secreta en la Academia de Guerra y me van a desarrollar un estudio. Y me van a proponer una nueva planificación de seguridad interior para el ejército.

Brady partió con sus instrucciones.

Se reinició la tarea de encauzar a esos cerebros de la guerra hacia un mejoramiento del proyecto.

Tres veces estuvo de visita Pinochet para escuchar la descripción de los avances. En cada oportunidad, entregó algunas instrucciones, para corregir levemente el rumbo.

De pronto, más allá de las salas de estudio y de planificación, se produjo un episodio real en que la institucionalidad se sacudió: el 29 de junio, se sublevó el coronel Souper y salió a la calle con sus tanques. Se fue hacia La Moneda.

Brady reaccionó con rapidez. Un helicóptero del ejército comenzó a sobrevolar la capital. En el aparato, observaban el comandante Roberto Guillard y dos oficiales. Brady quería saber qué estaba sucediendo en Santiago.

El estampido de los disparos rebotaba en el centro de la ciudad, en las fachadas de los edificios grises y homogéneos como hermanos que albergaban las principales reparticiones del Estado.

En el segundo piso del Ministerio de Defensa, estaba la comandancia en jefe de la FACH. Los generales se habían retirado hacia el interior, hacia el hall inmediato, para evitar cualquier impacto de proyectiles.

El teléfono de la oficina del comandante en jefe sonó.

El vicecomandante Gustavo Leigh debió entrar a gatas a la habitación. Levantó el fono.

—¿General Ruiz? —preguntó una voz al otro lado.

Era Allende. Leigh se identificó.

El Presidente le preguntó por qué la Fuerza Aérea no actuaba contra los tanques. Leigh le respondió que los aviones no podían operar en un caso como ése, porque podían causar más víctimas civiles que daños a los tanques.

Allende insistió en la necesidad de un ataque aéreo, mientras Leigh reiteraba la imposibilidad de un bombardeo de precisión en pleno centro.

Leigh había ido levantando el cuerpo y la cabeza, atraído por la lucha que se libraba fuera. Vio un tanque a unos diez metros de la ventana. Un soldado disparaba desde la torrecilla hacia algo situado al oriente de la Alameda.

*

Para Brady, quedaron en limpio dos lecciones después del capítulo breve y sangriento precipitado por Souper. Uno: en el Ejército seguía manteniéndose un gran respeto por el profesionalismo y la verticalidad del mando. La rebelión no había tenido respaldo. Era indispensable actuar institucionalmente si es que se quería mover a los militares.

Segunda conclusión: el enfoque del plan de seguridad interior era aún insuficiente. No cubría todos los aspectos. Los profesores y alumnos de la Academia realizaban el proyecto pensando únicamente en buscar seguridad para los servicios públicos y locomoción colectiva. Pero en todo lo que se pudo observar ese día había más.

—Ahí tomamos conciencia clara de cómo se estaban organizando los cordones industriales con los cordones poblacionales que les servían de apoyo —afirmó Brady tiempo después del golpe en el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Chile.

“Nos dimos cuenta de otra cosa muy importante: que había bastante armamento en las organizaciones paramilitares que se estaban formando”.

Otra vez alteraron el rumbo. Los oficiales se dedicaron a hacer una revisión del plan. Pinochet estuvo pronto de vuelta, interesado en la materia. Entregó otras orientaciones.

El proyecto entró a analizar todos los puntos neurálgicos de Santiago y provincias en lo relativo a la responsabilidad de las fuerzas terrestres.

El problema se estudió como si se tratara del caso de una guerra: lo que habría que hacer si de inmediato se optaba por tomar la iniciativa; cómo colocar al enemigo en situación de tener que reaccionar, defendiéndose de la acción del Ejército, que trataría de controlar fulminantemente la situación en el menor plazo posible.

El plan se entregó a fines de julio.

*

El general Carlos Prats, ex comandante en jefe del Ejército, se levantó y caminó rápidamente hacia el living de la casa de su hija Angélica.

Gonzalo Rodríguez, hijo del general Ercivaldo Rodríguez, le había avisado hacía unos pocos minutos que el golpe de Estado se había desencadenado.

Prats era gran amigo del general Rodríguez, quien se desempeñaba al frente de la misión militar en Washington.

Se había trasladado a la casa de su hija la tarde del día anterior.

Por la noche, junto a Angélica y su marido, el médico Víctor Castro, se habían sentado a comer. Cerca de las 22.30 horas, sonó el teléfono. Era el ministro de Economía, Fernando Flores, llamando al general.

Prats tenía un especial afecto a ese joven ingeniero.

—Hay movimiento de tropas en Los Andes, general. ¿Sabe usted algo?

Prats respondió que no.

Después, no fue capaz de intentar averiguar nada. Ni siquiera se lo propuso. Quedó reconcentrado, introvertido.

Por su cabeza, volvió a crecer la idea de que el golpe era inminente. Hacía apenas diez días, en la residencia de Allende en El Cañaveral, donde comenzaban a abrirse y subir las primeras gargantas cordilleranas, había señalado al Presidente que el golpe podría producirse en los siguientes diez días, y que tenía que hacer algo.

También estaba presente Flores. Almorzaban asomados a las aguas del río Mapocho, que a esas alturas de su descenso aun no tenía su sucio color chocolate al mezclarse con caudales servidos que arrojaba la ciudad.

Allende indicó a Prats que llamaría a plebiscito el lunes 10.

Le dio una larga explicación al general. Creía que con esa medida evitaría el conflicto.

El militar discrepó profundamente con él. Le dijo que la única salida era que pidiera permiso constitucional por un año y saliera del país.

Los ojos de Allende chisporrotearon. Prats lo vio crispase.

—¡Jamás! —exclamó el gobernante.

Era aceptar una derrota histórica.

Prats mantuvo un rostro circunspecto.

Allende creía que si había un intento de golpe, algunos regimientos leales enfrentarían a los golpistas. Estaba convencido de la fidelidad de Pinochet, a quien había nombrado comandante en jefe tras la renuncia de Prats dos semanas antes. Pensaba que a Leigh, el nuevo jefe de la FACH, también lo tenía bajo control.

¡Él los había puesto en esos cargos!

Se lo señaló a Prats, como si éste estuviera dudando sin razón de la conveniencia de esas decisiones que había adoptado.

Pero, apenas tres días después de esa conversación, Prats estaba escuchando a través de la radio que la sublevación castrense que había temido se hallaba en pleno desarrollo.

Sintió que dentro de él se desplomaba algo que ya estaba vacilante.

Más de alguna vez había hablado a su familia acerca de la eventualidad del golpe. Su actitud como militar activo había sido la de no aceptar esa salida y tratar de ahogarla en sus raíces. Adivinaba un proceso sangriento, con una aguda represión.

“Dar un golpe —decía— es muy fácil. El problema va a ser un año después. Durante un año, la gente puede estar contenta. Pero después comienza el problema de fondo y ya a las FF.AA. no les queda respaldo.

“Mientras sirvan a los que las impulsaron a dar el golpe, todo está bien; pero en cuanto dejan de servir...”

Dijo lo mismo a diversas personas de importancia. Un día del mes de marzo de 1973, con ese rostro que aparentaba una impasibilidad traicionada por los rubores o por el sutil estremecimiento de los músculos en la zona de las mandíbulas, miró al senador Renán Fuentealba, presidente del Partido Demócrata Cristiano.

—Si no se produce un acuerdo, senador, aquí viene el golpe militar. Y va a ser terrible. Va a ser muy cruento, con descabezamiento de directivas políticas, sindicales, encarcelamientos, exilio... Va a ser a lo Duvalier. No. Peor que Duvalier.

Fuentealba había criticado ocasionalmente a Prats desde la Cámara Alta. Pero tenía una buena relación con él. Lo estimaba. Después de dejar su cargo de presidente del PDC en mayo de 1973 para dar paso a Aylwin (de una línea más dura y de mayor presión sobre Allende), había seguido manteniendo contacto con el comandante en jefe del Ejército.

Para Prats, Fuentealba era una importante pieza negociadora.

—Con Aylwin no me entiendo —señaló al senador—. No llego a ninguna conclusión con él. Usted tiene influencia dentro de su partido. Me gustaría que usted se moviera ahí y yo me muevo dentro del gobierno.

“Yo considero que esto se arregla solamente si se produce un acuerdo entre la DC y el Presidente Allende. El Presidente está convencido de eso”.

Fuentealba llevó el mensaje a la DC. Lo entregó en las sesiones del consejo del partido. La misma alarma transmitió a los senadores derechistas Sergio Onofre Jarpa, Víctor García Garzena y Francisco Bulnes.

Estaba inquieto. Sentía un profundo recelo. Miraba con suspicacia, con una desconfianza instintiva, a militares retirados que pertenecían a su partido. Esos ex oficiales le preguntaban, lo más diplomáticamente que les era posible, qué actitud tomaría la DC en el caso de un golpe.

Pero Fuentealba nunca pudo llevarle noticias definitivas, sustanciales, al general Prats.

Este siguió haciendo sus esfuerzos por evitar un desenlace que demoliera el orden constitucional.

Le contaban cómo crecía el recelo contra él en las FF.AA. El lo sentía porque tenía sensibilidad para percibirlo. El comandante en jefe de la FACH, César Ruiz Danyau, le miraba con profunda reserva.

Los generales de la FACH sostenían que Prats había sido desleal con respecto a un memorando que presentaron las tres ramas de las FF.AA. a Allende luego del “tanquetazo” del 29 de junio.

Lo acusaban de haber enterado a Allende del contenido del documento antes que estuviese afinado. El texto exponía al Presidente las materias sobre las cuales, a juicio de los firmantes, el gobierno debía realizar rectificaciones.

Algunos izquierdistas, especialmente de la línea Altamirano, observaban con hostilidad los esfuerzos de Prats por evitar un quiebre en el Ejército. Porque, según ellos, debía producirse esa definición. Consideraban al militar demasiado contemplativo con los conspiradores. Deseaban ver eliminados de las filas a varios generales.

Bachelet tenía una posición similar a la de esos críticos. Un día de junio llegó muy tarde a su casa. Había estado en la residencia de Prats.

El comandante en jefe del Ejército acababa de regresar de una gira por Estados Unidos, la Unión Soviética, Yugoslavia y España. Ese día, posiblemente por sugerencia de Allende —así lo pensó Bachelet— lo había invitado a conversar.

Bachelet se reunió con Prats a las ocho de la noche, cuando la oscuridad envolvía a Santiago. El frío seco y algo de bruma hacían que la ciudad se contrajera sobre sí misma, arrojando a la gente a sus casas.

El invitado planteó a Prats un tema preocupante: el golpismo de ciertos generales. Su propósito era el de presionar al comandante en jefe con ese tema, para obligarle a reflexionar y, con suerte, a decidirlo a tomar algunas determinaciones en ese terreno.

Convencido de que corrían aires cada vez más densos de complot, había comenzado a tratar de identificar a los oficiales más conspicuos de las distintas ramas que le parecían conspiradores. En distintas oportunidades insistió ante Allende en que debía llamar a retiro a varios altos oficiales del Ejército, Marina y Aviación que le mencionó.

Ante Prats, reiteró su idea y expuso sus argumentos.

Pero regresó a su casa con las manos vacías.

Estaba molesto. Señaló a su mujer, mientras se acostaba:

—Este hombre no tiene idea de lo que pasa en el país. No sabe nada. Antepone su institución al país.

—Pero, ¿por qué? Cuéntame.

—No quiere entender que están confabulando. Le di nombres. Le he dicho lo que está pasando. No lo quiere aceptar.

Poco tiempo después, Bachelet y Ángela concurrieron a un cóctel en la Embajada soviética. Era una recepción en honor de un científico de la URSS que estaba de visita en Chile.

Esa misma tarde, había tenido lugar un incidente ridículo y peligroso. Prats había enfrentado a una mujer opositora, Alejandrina Cox, en la Avenida Costanera, junto al río Mapocho.

La mujer le sacó la lengua desde una Renoleta. La presión acumulada por el comandante en jefe se desbordó y estalló; hizo que su mano se dirigiera a su arma. Prats disparó contra el guardabarros del vehículo y lo obligó a detenerse.

Luego se desató una conversación presenciada por numerosos automovilistas.

A partir de ese mismo momento, se produjo lo que se podía prever: oleadas de ataques, serios o satíricos, sobre Prats. Los disparos graneados en su contra desde la prensa opositora se multiplicarían.

Allende estaba, al igual que Bachelet, en el cóctel de la Embajada soviética. Hizo además de retirarse. Tenía el propósito de ir a casa de Prats a entregarle su respaldo.

El general de la FACH aprovechó el momento en que se despedía de él para replantearle lo que le obsesionaba:

—Presidente, ahora o nunca. Usted tiene que ver que es necesario actuar. Hay que sacar a los generales que están conspirando.

Allende lo miró con su rostro tranquilizador. A veces se le curvaba la boca en una leve sonrisa burlona. Pero, en esta oportunidad, estaba serio.

—Calma, general, calma —le dijo—. El general Prats no es de esa opinión.

Pero Prats no pudo resistir el nuevo ataque generalizado a su delicada posición. El incidente con Alejandrina Cox sirvió para el inicio del golpe de gracia en su contra. Varios funcionarios del gobierno habían quedado impresionados con su aspecto. En las horas inmediatamente posteriores a lo ocurrido, parecía deshecho.

*

Pocos días después, Allende conversó con su ex subsecretario de Justicia José Antonio Viera Gallo, en la casa de Tomás Moro.

Viera Gallo era un abogado joven, de 29 años, militante del MAPU. Una calvicie prematura le asediaba.

Había participado en las gestiones para que cuatro demócratacristianos ingresaran al gabinete: Gabriel Valdés y Domingo Santa María, ex ministros de Frei; Radomiro Tomic, ex candidato presidencial; y el arquitecto y rector de la Universidad Católica, Fernando Castillo Velasco.

La gestión había fracasado. Pero Castillo Velasco seguía siendo candidato de Allende para un Ministerio.

Sobre esta materia iba a rendirle un informe Viera Gallo.

“Era muy temprano y me hizo pasar para que lo acompañase a tomar desayuno”, escribió el abogado tres meses después en su asilo de la Nunciatura Apostólica de Santiago.

“Estaba en pijama y, en vez de bata, como era habitual, usaba una capa azul oscuro que parecía española.

“La conversación recayó primero en la posible entrada de Fernando Castillo Velasco al gabinete. El veía que la gestión que se hacía con la DC era útil, pero no confiaba en que tuviese éxito. Después, a modo de conclusión, me dijo:

“—Si Fernando renuncia al partido para ingresar al gabinete, nunca más me puedo deshacer de él, y conociendo su personalidad carismática, puede ser peligroso.

“Me miró en forma sardónica. Sabía que había hecho una broma ingeniosa. Auscultó mi reacción y rió.

“Después, ingresó un ingeniero que estaba haciendo unas reparaciones en la casa. El hombre se sintió intimidado por la `facha` del Presidente. No era corriente verlo (a Allende) tomando desayuno. Además, me vio a mí sentado en el sillón del escritorio presidencial. No sabía quién era yo, seguramente.

“El cuadro lo puso nervioso y saludó a Allende diciéndole `Excelencia`.

“—No me trate así. Dígame `compañero Presidente` —interrumpió este último.

“—No puedo, Presidente —respondió el ingeniero—. No soy compañero³

“—Entonces, dígame `hermano`. Usted tiene cara de masón.⁴ Y si es cristiano también me puede decir `hermano`.

“El hombre negó con la cabeza. Cada vez estaba más asombrado y embarazado. Allende rió:

“—¿Qué diablos es usted entonces?

“El ingeniero comenzó una respuesta que quería ser franca, pero se notaba que la había estudiado y envolvía un falso halago:

“—Yo soy independiente. Voté por el señor Jorge Alessandri en la última elección, pero como usted fue elegido sentí una gran esperanza de que, por fin, se resolverían los problemas del país.

“Allende cortó la perorata con una chanza:

“—¡Buen chasco se llevó, hombre!

“Rió a carcajadas, alegremente. El tipo se excusó y volvió a sus quehaceres. Allende lo miró con cariño. Tenía mucho aprecio por el ser humano. Se habría dicho que conocía a cada cual. Había vivido mucho.

“Luego volvió a lo serio y me dijo:

“—Estamos bien jodidos, ¿ah? Hasta el general Prats ha perdido los nervios. No me refiero al incidente de la Costanera, que fue un absurdo, sino a la forma en que enfrentó los tanques rebeldes el otro día. Expuso su vida. ¿Y si le disparan y lo matan? Es una pieza clave en la estabilidad del gobierno. La gente ya no tiene calma. Sólo yo la conservo todavía. ¿Hasta cuándo?, no lo sé.

“Se sacó los anteojos y se frotó los ojos con la mano. Se notaba abatido. Me dio pena, pero, ¿qué podía hacer yo?. Habría hecho cualquier cosa que me hubiera pedido.

“Después de un rato de silencio, que se me hizo infinito, volvió a colocarse los lentes y me miró rejuvenecido y, como si jugara, como un niño que hiciera una diablura, me dijo:

“—Toma un papel y un lápiz y anota: Ministerio del Interior... déjalo en blanco. Ministerio de Relaciones Exteriores, Partido Socialista.

“Y así seguido.

“Me alarmó el verme copiando un gabinete. Yo tenía entendido que juraría en una hora más. Comprendí que todo estaba en veremos. No me atreví a dar opiniones sobre las distintas carteras. Podía ser malo: podía interpretarlo como una intromisión o ambición.

“—Fernando Flores —me dijo— es muy capaz. Lástima que sea tan mal trajeado

“Y volvió a reír.

“Había vuelto a la vitalidad.

“Se despidió y entró al baño.

“Me retiré. Saludé al edecán, a unos compañeros del GAP y, mientras me iba, pensé que Allende era un hombre admirable; que cualquier otro habría sucumbido psicológicamente a la tensión; que sabía lo que vendría, lo intuía, pero que prefería disimular, reír, echar bromas, para poder resistir hasta el final.”

*

El 21 de agosto, a las cinco de la tarde, alrededor de 300 mujeres, muchas de ellas esposas de militares activos, realizaron una manifestación frente a la casa del comandante en jefe del Ejército en la Avenida Presidente Errázuriz.

Prats se encontraba durmiendo, en cama. Le afectaba una gripe acompañada de fiebre. Se había acostado poco después de las dos de la tarde.

Entre las mujeres, estaban las señoras de los generales Arellano, Nuño, Bonilla, Palacios, Viveros y Contreras Fisher.

Las manifestantes entregaron al portero de la casa una carta para Sofía Cuthbert, esposa de Prats, pidiéndole que intercediera ante su marido para que éste tomara en cuenta la desesperación de los soldados al ver que el gobierno los utilizaba.

El general Mario Sepúlveda Squella, comandante en jefe de la Segunda División, que incluía la poderosa Guarnición de Santiago, y jefe de Zona en Estado de Emergencia de la capital, fue informado de lo que estaba sucediendo ante la casa de Prats.

Era un hombre particularmente leal al jefe del Ejército. Le llamó por teléfono. Le comunicó que iba a enviar soldados para restablecer el orden.

La voz de Prats sonó un poco tensa, pero controlada. Pidió a Sepúlveda que no enviase militares, porque no quería inmiscuir al Ejército en esa situación.

—Entonces le voy a mandar carabineros —dijo Sepúlveda.

Prats aceptó.

Poco después, la manifestación fue disuelta por la policía uniformada.

Cerca de las 22 horas, volvió a producirse una concentración hostil a Prats frente a su domicilio.

Allende llegó a casa del comandante en jefe junto a dos ministros. Fue pifiado. Poco más tarde, impaciente ante los gritos, ordenó personalmente a Carabineros que disolvieran al grupo.

Esa noche, después de retirarse de su oficina del sexto piso del Ministerio de Defensa, alrededor de las 11, el general Sepúlveda se dirigió a su chalet de la calle Troncos Viejos.

Durmió muy poco. Estaba profundamente perturbado por lo ocurrido ante el domicilio de Prats. Durante esas horas, se fue gestando lentamente su decisión: renunciaría al Ejército. El alto mando de la institución se había quebrado al enviar los generales a sus mujeres a protestar frente al domicilio del comandante en jefe.

Al día siguiente, se topó en los pasillos del Ministerio de Defensa con el general Guillermo Pickering, comandante de los Institutos Militares: otro alto oficial que guardaba una gran lealtad a Prats y que se oponía terminantemente a la posibilidad de una insurrección de las Fuerzas Armadas.

—¿Qué te parece lo que pasó? —preguntó Pickering.

Sepúlveda apuntó a su bocamanga: un lugar en que los uniformados muchas veces guardan documentos.

—Ando con mi renuncia aquí.

—No te puedo creer. Yo ando con lo mismo que tú.

Y le mostró su propia carta.

Ambos iban a una reunión que sostendría Prats con el cuerpo de generales del Ejército.

Prats era un hombre de trato deferente, con quien se podía dialogar. Sólo en contadas ocasiones se ponía duro. En esa oportunidad, lo fue. Explicó su posición. Dijo que esperaría durante 24 horas la reacción de respaldo de los generales. Transcurrido ese lapso, tomaría la decisión que correspondiera.

Ofreció la palabra, pero ninguno de los presentes la tomó.

A través de Pinochet había tratado de lograr de todos ellos una pública solidaridad, sin obtenerla. Por eso había resuelto reunirles y plantearles su postura.

Pero, al final, quedó en claro que su autoridad se había desplomado. El generalato dejaba que el comandante en jefe cayera en el vacío. Los únicos signos de lealtad que encontró Prats fueron las renuncias de Sepúlveda y Pickering, entregadas al comandante en jefe subrogante, general Pinochet.

El día 23, Prats se reunió con Sepúlveda y Pickering. Trató de que retirasen sus dimisiones. Ellos se negaron a hacerlo. Adujeron que, valiéndose de su salida, el comandante en jefe podría tomar drásticas sanciones contra los generales indisciplinados.

Pero eso le parecía imposible a Prats. Pensaba que si llamaba a retiro a una decena de generales, estallaría la guerra civil. No tenía alternativa. Tenía que ir al sacrificio. Resolvió renunciar de inmediato. Después del mediodía se lo comunicó a Allende.

Esa tarde, cuando informó de su decisión, ya comunicada al Presidente, al general Gustavo Leigh, así como a los vicealmirantes José Toribio Merino y Patricio Carvajal y a los subsecretarios de Defensa, Carvajal dijo:

—Recuerde, general, que la abdicación de O’Higgins se inscribió en la historia de Chile como el más noble gesto del prócer.

A Prats estas palabras le sonaron sin sentido. Le respondió con cierta amargura que recordase que O’Higgins había logrado que se le reivindicara 20 años después de dimitir, cuando estaba a punto de morir.

De un golpe, el torrente político se llevaba a Prats y a los dos generales que controlaban el poder del Ejército en Santiago.

Con eso, ya se podría “hablar en confianza”, según expresaría más tarde, después del golpe, el vicealmirante Carvajal. El enfrentamiento con Allende se hacía mucho más factible.

*

Tras firmar el texto de su renuncia, Prats se dirigió a su casa de Avenida Presidente Errázuriz.

Le dominaba la pesadumbre.

Deseaba ausentarse de Chile. Tenía conciencia de que había un grupo de oficiales que le apoyaba y compartía sus ideas en torno a la marcha del país y a la posición que debía guardar el Ejército.

Pensaba que su persona podía separar o disociar. A pesar de sus amarguras y desilusiones, seguía con un principio clavado en su cerebro: evitar el quiebre de la institución.

Para él, su retiro del Ejército implicaba una consecuencia inexorable: había dejado de participar realmente en la vida pública y debía hacerse a un lado. Quería abandonar el país, para salir físicamente del escenario. La comandancia en jefe en manos de Pinochet le daba esperanzas en la mantención del régimen democrático. Pinochet le había expresado su decisión de llamar a retiro a los militares que habían apoyado con su presencia a sus esposas en la manifestación frente a su residencia.

Prats confiaba en que el nuevo comandante en jefe podría sacar de las filas a los dos o tres generales más conflictivos. A su juicio, tal acción daría más tiempo al Presidente Allende para conjurar la crisis político-militar.

Pinochet le había entregado su respaldo para sofocar el “tanquetazo” de junio. Ese era uno de los hechos que estimulaban la fe de Prats en su sucesor.

El comandante en jefe renunciado pensaba en lo que le cabía hacer, cuando le anunciaron visitas. Eran Pinochet y su mujer, Lucía Hiriart.

Esta última tomó asiento junto a Sofía Cuthbert de Prats. Era una mujer de cutis claro y hermoso.

Señaló a su anfitriona que la manifestación realizada contra el general Prats se había debido al trato familiar que ella, Sofía, tenía con las señoras de los generales y oficiales. Le agregó que si se hubiese manejado de acuerdo al grado que ostentaba Prats, el acto no habría tenido lugar.

Tenía algo de arrogancia para expresar sus ideas. Adelantó lo que ella haría como esposa del nuevo comandante en jefe: exigiría un trato especial; mantendría una distancia con las mujeres de los altos oficiales.

La señora de Prats quedó sorprendida. Se guardó sus pensamientos. Luego comentó con sus hijas las palabras de Lucía. Le parecieron desusadas y absurdas.

Durante el resto del día, Prats recibió otras visitas. Iban a verle familiares y amigos. Pero comenzó a percatarse de una ausencia notoria: llegaban escasas personas del Ministerio de Defensa.

El viernes 24, recibió un llamado telefónico desde Washington.

Una voz lejana y disminuida, le habló. Era la del general Eraldo Rodríguez, desde la Misión Militar en la capital norteamericana.

Rodríguez le expresó preocupación por su seguridad, con el lenguaje crudo y desnudo de los uniformados. Le ofreció su casa situada en Avenida

Pocuro con Tobalaba, para que se trasladara allí. Le dijo que estaba perfectamente instalada. Su hijo Gonzalo vivía en ella.

Prats le agradeció su gesto. Aceptó el ofrecimiento.

En un instante de la conversación, se sobresaltó. Rodríguez le acababa de decir que había presentado su renuncia y que deseaba volver a Chile.

Prats se mostró en desacuerdo con esa decisión. Intentó convencer a Rodríguez que no debía hacerlo. Le dijo que las renuncias de los generales Pickering y Sepúlveda le crearían problemas a Pinochet, y que otra dimisión los aumentaría.

Rodríguez hablaba con un tono muy resuelto. Le respondió que su decisión era definitiva.

Consideraba que la actitud asumida contra Prats por señoras de generales, con una manifestación frente a su propia casa, era indignante. Añadió que eso le impedía seguir compartiendo tareas de alta responsabilidad con compañeros que no habían querido o no habían podido impedir que sus mujeres intervinieran en materias de carácter estrictamente profesional.

En los días siguientes, no cesó la corriente de telegramas y cartas de solidaridad con Prats. Altos personeros del gobierno le visitaron en señal de adhesión. Intercambió cartas con Allende. Cada uno agradeció al otro el trato mantenido, y las mutuas muestras de deferencia.

Metódicamente, respondió la correspondencia con ayuda de su secretaria. Comenzó a revisar archivos y documentos y a embalarlos.

Ocasionalmente, se ocupó de las tareas de refacción de su departamento de Eliodoro Yáñez con Providencia. Los arrendatarios se lo habían entregado hacía poco. Señaló a sus hijas su decisión: lo dejaría completamente alhajado y listo para ser habitado, pero igualmente se iba a ausentar del país por un tiempo.

Sus proyectos consideraban a Argentina como un lugar para quedarse.

Tenía buenos recuerdos de ese país. Poseía amigos allí. Se había desempeñado como agregado militar en la Embajada de Chile en Buenos Aires en 1964. Los militares argentinos que conoció en esa época habían ascendido. Estaban en los más altos cargos del Ejército, tal cual le había sucedido a él.

El día 27, hubo un llamado telefónico alarmante a su casa: había una bomba en el jardín. Se realizó una revisión. No se descubrió nada.

Al día siguiente, la Central Única de Trabajadores, el organismo sindical más poderoso del país, realizó un acto público de desagravio a Prats. Pero el general fue fiel a la actitud que se había propuesto mantener. No concurrió. Más tarde leyó las versiones de la prensa opositora: ésta calificaba de “fracaso” la concentración.

Los persistentes temores que había experimentado por la suerte del régimen democrático volvieron a torturarlo. Le preocupaba mucho el cambio de actitud que notaba en el alto mando del Ejército: había postergado para octubre la solicitud de renuncia de los generales.

Sentía que se acercaban las sombras, la amenaza.

El ministro Flores seguía preocupado de la suerte de Prats. Pasó a verle. Le ofreció la posibilidad de descansar el fin de semana en Viña del Mar en el departamento de un amigo suyo: Andrónico Luksic. Prats lo pensó y aceptó.

Partió con su mujer. Sintió que le resbalaban por el cuello y la espalda miradas de vigilancia. El y Sofía experimentaban la sensación de que eran seguidos.

Desde el edificio de departamentos en que paraban, intentando determinar lo que había de sospechoso en el movimiento de la calle, Prats confirmó que eran observados.

A su regreso, encontró más correspondencia de respaldo. Había cartas de Renán Fuentealba, Felipe Herrera, ex presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y del poeta y premio Nóbel Pablo Neruda.

Una carta del ex candidato presidencial y ex senador Radomiro Tomic le indicaba:

“Sería injusto negar que la responsabilidad de algunos es mayor que la de otros, pero, unos más y otros menos, entre todos estamos empujando a la democracia chilena al matadero. Como en las tragedias del teatro griego clásico, todos *saben* lo que va a ocurrir, todos *dicen* no querer que ocurra, pero cada cual hace precisamente lo necesario para que suceda la desgracia que pretenden evitar”.

Prats seguía en la residencia del comandante en jefe. Quería abandonarla, pero los trabajos de su departamento estaban inconclusos. Todas sus pertenencias aguardaban dentro de embalajes listos para el traslado.

El día 9 de septiembre, Prats almorzó con su familia. La conversación giró en torno a lo que se avecinaba. El general insistió ante su mujer e hijas en su decisión y anhelo de salir del país.

Apareció otra vez Flores, con su cuerpo grande y grueso, sus mostachos y su cara morena levemente achinada.

Le señaló a Prats su inquietud porque siguiera viviendo en la casa de Avenida Presidente Errázuriz. Le ofreció obtenerle un departamento para que pudiera estar más tranquilo mientras le terminaban los arreglos del suyo.

Prats agradeció. Quedó de pensarlo.

Por la tarde, se fue a casa de sus padres. Sus hijas quedaron sorprendidas: Prats iba armado. En su portadocumentos, entre los papeles, había una pistola.

*

Varios médicos del equipo de Allende comenzaron a llegar a La Moneda ante el torbellino que comenzaba a desencadenarse.

Lo hacían como podían, con la mayor rapidez posible.

Uno de ellos, el doctor Patricio Guijón, no pensó que la situación fuera tan grave como se la habían pintado. Había recibido un aviso:

—*Pachi*, vente al tiro a La Moneda, porque la cosa está mala.

Vivía en una casa en el elegante sector de Vitacura, frente al Club de Polo. Desde allí partió con sus hijos en auto. Los fue a dejar al Colegio Alemán, en Eliodoro Yáñez con Antonio Varas. Luego siguió viaje hacia el centro.

Cuando llegó al palacio de gobierno, las puertas estaban cerradas. Mostró su carnet. Debió insistir para que le dejaran entrar. El edificio se había apretado sobre sí mismo, en actitud de defensa, convertido ya en un castillo que se aprestaba para un sitio.

Otro médico, Patricio Arroyo, ingresó por la puerta de Morandé 80: una entrada situada al costado de La Moneda, por la que usualmente pasaban políticos o visitantes que no querían ser observados por los periodistas.

Arroyo percibió en la calle un silencio que le impresionó. El mismo parecía ser la figura de una fotografía en la que todo estuviera inmovilizado: la escena de un día histórico.

El equipo médico del Presidente acudía con tanta celeridad por efecto de las lecciones dejadas por el “tanquetazo”.

En esa oportunidad, el Presidente había quedado sin suficiente respaldo médico en Tomás Moro. El grupo que lo atendía lo integraban cinco facultativos. Pero sólo dos pudieron llegar hasta la residencia del Mandatario.

Ante la desprotección en que quedaba Allende, se resolvió aumentar el número de médicos. El Presidente, según la planificación, debía contar permanentemente con un internista y un cirujano a su lado.

El cirujano era Arturo Jirón, y el médico de cabecera, Oscar Soto, conocido como *Cacho* por sus amigos.

Se elevó a diez el número total de cirujanos, internistas y anestesistas. En los últimos meses varios habían estado permanentemente junto al gobernante, durmiendo con él en Tomás Moro o La Moneda.

*

En medio de la emergencia del 29 de junio, Allende, en Tomás Moro, había señalado al capitán José Muñoz:

—Vamos a La Moneda. ¿Podemos ir allí? —preguntó, con una cara que anticipaba su disgusto si el otro le decía que no.

—Claro. Si usted quiere ir, de alguna manera vamos a llegar.

Se sabía que había cinco de los anticuados, pero mortíferos, tanques del Ejército, junto al palacio presidencial.

Parecía aconsejable no bajar hacia el centro. Sin embargo, la decisión de Allende era clara.

En Tomás Moro había tres tanquetas de Carabineros: unos pequeños blindados no dotados para la guerra. Muñoz habló con sus tripulaciones. Les preguntó si serían capaces de enfrentarse a los tanques. Los hombres dijeron que sí.

La caravana partió.

El resultado de esa emergencia de junio fue que la Sección de Seguridad Presidencial encabezada por Muñoz quedó acuartelada desde ese instante. Había sido necesario pensar, preguntarse por la capacidad de acción de esa pequeña escuadra humana encargada de proteger a Allende. No había un dispositivo de actuación rápida para un caso como el “tanquetazo”.

Muñoz hizo algunas recomendaciones a la jefatura de Carabineros para que tomara mayores medidas de seguridad a fin de hacer eficazmente frente a eventualidades como la ocurrida.

El capitán había llegado a esa función sin conocer personalmente a Allende.

El 5 de noviembre de 1970, un día después que había asumido el nuevo Presidente como sucesor de Eduardo Frei, la jefatura de Carabineros ordenó a Muñoz que se hiciera cargo de la seguridad del Mandatario.

Quizás eso se debió a que había trabajado con el general director de Carabineros, José María Sepúlveda. En el momento en que lo destinaron a su nueva tarea, se desempeñaba como miembro del Servicio de Investigación de Accidentes del Tránsito de la policía uniformada. Estudiaba ingeniería del tránsito en la Universidad Técnica del Estado.

Allende estaba preocupado de su seguridad. En una ocasión había dicho que no se iba a dejar “carnear” o ultimar como uno de los animales de un matadero. Se sentía una presa para la derecha o el fascismo. O quizás para la CIA.

Apenas elegido el 4 de septiembre, se constituyó una guardia de seguridad alrededor suyo, que fue el origen de quienes serían llamados, posteriormente, los GAP, Grupo de Amigos Personales.

El núcleo primitivo estuvo integrado por varios miembros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR.

—Esa era una relación de hecho que existió entre Allende y el MIR — señala el periodista José Carrasco Tapia, siete meses antes de ser asesinado, sin sospechar siquiera ese destino que se acerca.

Parece que el mostacho se le va a caer, porque bordea las comisuras de los labios y se ve pesado. Está en su pequeña oficina de madera en el segundo piso de la revista Análisis. Es una habitación que da al poniente y que en ese instante se encuentra caldeada por el sol. Carrasco es miembro del Comité Central del MIR. Sería muerto de 13 balazos en la cabeza junto al costado exterior de la muralla de un cementerio de Santiago, y abandonado en el mismo lugar, en represalia por el atentado del 7 de septiembre de 1986 contra el gobernante de Chile, el general Augusto Pinochet, ocurrido pocas horas antes.

Cuando sus captores le llevasen de madrugada a la muerte, bajo toque de queda, el portero del edificio, que había sido arrojado a su lado en el

asiento del automóvil por sus secuestradores, escucharía su respiración desencajada, animal, que parecía un estertor: la de quien intuía que iba hacia su fin.

Carrasco habla sin interrumpirse, sin pensar casi, como si lo estuviera viendo todo, sin necesidad de caminar, de dar pasos, hacia los recuerdos.

—Allende le tenía mucho afecto a Miguel Enríquez (líder del MIR). Con frecuencia, le telefoneaba para juntarse y conversar con él.

El Presidente se había reunido muchas veces con Enríquez en su despacho de la casa de Tomás Moro.

Discutían con franqueza ese revolucionario de elevada estatura con ese Mandatario que tenía una actitud didáctica, como si poseyera el verdadero secreto de las cosas.

Allende respetaba a los miristas. Le ponían las cartas sobre la mesa. Cuando resolvían lanzarle un ataque público, le avisaban de antemano. A más de alguien, el Presidente le había confiado que no tenía nada que reprochar al MIR.

*

Al asumir sus tareas junto a Allende, el capitán Muñoz se encontró con un dispositivo de seguridad formado por tres partes: Carabineros; Investigaciones; y el grupo de civiles o futuros GAP. Estos últimos eran quisquillosos, llenos de celo y algo teatrales.

Muñoz tuvo varios roces con ellos los primeros seis meses. Periodistas y diplomáticos chocaron con esos vigilantes exagerados y arremetedores.

Cuando el Presidente se desplazaba en automóvil, le acompañaba una pequeña y rápida caravana. Un auto de Carabineros le precedía varios minutos antes. Luego venían los motociclistas de la policía uniformada, seguidos de dos vehículos de Carabineros, dos de Investigaciones y los del GAP cerrando la marcha, generalmente en Fiat 125 de color azul oscuro.

Cuando Muñoz llegó, se dio cuenta de que había que aumentar el profesionalismo de los carabineros asignados a la seguridad del gobernante.

Hasta 1970 esas tareas habían sido más bien protocolares. Chile parecía una República en regla. Había más bien violencia verbal, pero seguían vigentes las costumbres de convivencia desarrolladas a lo largo de decenios.

Pero después del asesinato del comandante en jefe del Ejército René Schneider⁵, todos comprendieron que se había pasado a una nueva época. El país ya no era una romántica isla. Había que cambiar la concepción de seguridad.

Tras hacerse cargo de sus tareas, Muñoz preparó un trabajo para el Presidente Allende y la jefatura de su institución en torno a las modificaciones que consideraba necesarias.

Señaló que había que reformular la escolta y que se necesitaba una preparación más profesional. Agregó que era necesaria la asesoría de otros servicios e instituciones, para entrenamientos en paracaidismo y pilotaje. La sección a su cargo terminó disponiendo de helicópteros.

Una de las innovaciones planteadas fue el cambio de los revólveres por pistolas. Muñoz también logró un aumento del 25 por ciento en los sueldos de sus hombres.

El capitán propuso olvidar el terciado y el sable y usar una chaquetilla corta, que llegaba hasta la cintura, gracias a la cual resultaba más fácil extraer la pistola. Buscaba la rapidez.

A medida que transcurrían las semanas, Muñoz le iba tomando afecto a Allende. El Mandatario pasó en una ocasión por su casa, antes de ingresar en su residencia, y le dejó chocolates a sus niños. El capitán se hallaba en otra ciudad en ese momento.

Cuando observaba, satisfecho, cómo se iban logrando resultados, Muñoz sonreía al recordar su choque con el Presidente, en los primeros tiempos de su función de seguridad. Ya no era sino una anécdota. Le enorgullecía y la relataba.

Se había hecho cargo hacía poco de sus funciones. Cierta día, el teniente que estaba a cargo de las relaciones del cuerpo con la escolta presidencial le transmitió una instrucción: debía presentarse en su unidad de origen.

¿De vuelta a las antiguas funciones?. Muñoz se desconcertó. Preguntó al teniente la razón para esa orden.

El otro le dijo que la ignoraba.

Muñoz dio cuenta del hecho al general Oreste Salinas, secretario general de Carabineros, de quien dependía.

—Bueno, vas a tener que conversar con el Presidente —le dijo Salinas.

—Pero es que no me corresponde ir a conversar con él, a pedirle razones. Creo que usted debería hacerlo.

Salinas le insistió.

Era un día sábado. Muñoz se quedó pensando. El malestar le aguijoneaba y le impedía estar tranquilo. Sintió desesperación por hacer cuanto antes el esfuerzo.

El domingo entró en la residencia de Tomás Moro y pidió una entrevista con el Presidente.

Allende lo recibió. El capitán sintió confusión en su rostro. Le explicó lo que sucedía y le pidió que le diera a conocer la causa del cambio, para enterarse del error que había cometido.

El Presidente se ponía duro de veras cuando miraba de ese modo, con la barbilla apenas levantada.

—El teniente me informó que ustedes estaban usando armamento corto —dijo Allende.

—Sí, es cierto, Presidente.

Y se lanzó en las explicaciones.

El plan que había presentado para hacer más eficiente el servicio de seguridad consideraba el paso gradual de armas cortas a largas a través de una tarea semanal perfectamente planificada.

Era el primer contacto personal, a solas, entre Allende y Muñoz.

El capitán le describió las reformas que estaba proponiendo.

El Presidente le pidió una copia del proyecto. Le señaló:

—Primero, no tenía conocimiento de esto. Segundo, retiro la decisión que había adoptado. Había sido mal informado. Usted sigue conmigo.

Muñoz sintió que la certeza y la confianza se le iban extendiendo por dentro como una bebida caliente que le dieran en invierno. Aprovechó la acogida de Allende para plantearle otro problema.

—Presidente, he tenido ciertos problemas en cuanto que se dispone un recorrido determinado y sucede que me cambian el trayecto y, con eso, yo no sé donde anda usted. No tengo acceso a la información y yo estimo que soy el jefe de seguridad.

Era la guardia de civiles miristas y socialistas la que disponía las rutas de desplazamiento. Allende formuló a Muñoz varias preguntas. Concluyó:

—El aspecto seguridad personal y los traslados recaen en ustedes, porque ustedes son los profesionales. Desde este momento, las cosas van a cambiar. Cualquier problema y usted habla conmigo.

—¿Puedo hablar con usted en cualquier momento?

—Lógico, si usted es el jefe de seguridad presidencial.

Y todo había seguido sin graves alteraciones hasta esa mañana del 11 de septiembre, en que Allende, protegido por autos y tanquetas de Carabineros, bajaba velozmente hacia el centro de la ciudad.

El auto del Presidente y su caravana de protección llegaron hasta el Cuartel General de Investigaciones, en calle General Mackena.

Allende ordenó que los vehículos se detuvieran. Bajó de su auto. Muñoz observó cómo conversaba en la puerta del edificio de la policía civil con algunas personas. Las preguntas y respuestas se extendieron alrededor de diez a quince minutos.

Luego Allende montó en su auto. El grupo de vehículos se puso en marcha en dirección a La Moneda. El Presidente ingresó al edificio.

*

El almirante Raúl Montero Cornejo, comandante en jefe de la Armada, era un hombre escrupuloso, a la antigua.

Recordaba las lecciones de su padre, que le había enseñado a no darle demasiada importancia al dinero. Sentía un orgullo silencioso por su propia sobriedad, por considerar que formaba parte de la estirpe de los servidores públicos que no intentaban lucrar.

Cuando el ex ministro de Defensa de Allende, José Tohá hablaba de Montero, le atribuía una frase. Según él, el almirante había dicho:

—Yo soy un marino hijo de España, pero, desgraciadamente, hay muchos oficiales que son hijos de Drake.

Varios dirigentes de izquierda lo calificaban de “caballero del mar”.

El almirante poseía una casa en Viña del Mar. La había comprado hacía muchos años, con los ahorros que pudo juntar en España al desempeñarse como agregado naval.

En Santiago, Montero vivía en la residencia para el jefe de la Armada que se levantaba en Sánchez Fontecilla. Frente al chalet pasaba el canal San Carlos: susurrante y quieto en verano. En invierno se hinchaba y engordaba como un sucio guarén de agua barrosa.

Montero habitaba la casa junto a su mujer y una hija de diez años, María Eugenia.

Era un hombre de baja estatura y rostro delgado, de piel clara. Miraba protegido por unas tupidas cejas, una segunda visera bajo la gran gorra de la Marina. Caminaba ligeramente inclinado. De su cuerpo, de su expresión, emanaba un aire de timidez.

Durante los días sábado 8, domingo 9 y lunes 10 de septiembre, había guardado cama. Tenía pensado levantarse ese martes 11.

Estaba seriamente afectado por una úlcera. Era la tensión: una presión que se transformaba en un agobio sobre su cuello y sus hombros y que le afectaba la piel, la vista y el oído.

Montero se encontraba en serio conflicto con gran parte del almirantazgo. Los altos oficiales querían que dimitiera. Se lo habían planteado a fines del mes anterior, por boca de uno de ellos, en Valparaíso.

En esa oportunidad, él había ordenado a su segundo, el vicealmirante José Toribio Merino, que disolviera la reunión, lo que éste hizo.

Pero le habían encajado un tiro profundo. La misma noche, de regreso a la capital, presentó su renuncia a Allende, quien quedó de estudiar la situación. Algunos de los estrategas de la Unidad Popular pensaban que Montero estaba dispuesto a seguir adelante en su cargo y que ese hecho debía ser adecuadamente considerado por el Presidente. Porque Merino era un uniformado indudablemente antigubernista.

Montero encendió el receptor de radio.

Comenzó a escuchar comunicados y una rara programación.

Su chofer no se había presentado. Lo sabría después: alguien lo había llamado muy temprano a su casa para pedirle que se fuera directamente al Ministerio de Defensa, pues Montero ya se encontraba en su oficina.

Trató de comunicarse a través de alguno de los cuatro teléfonos con que contaba. Estaban aparentemente cortados. Pero uno de ellos pareció responderle por su cuenta: repiqueteó. Era el que le ligaba con el jefe del

Estado Mayor de la Armada, almirante Hugo Cabezas, quien tenía su oficina situada en el Ministerio de Defensa.

Cabezas estaba al otro lado de la línea. Le dijo que se había producido un pronunciamiento militar. Y que el vicealmirante Merino ya estaba en Santiago.

Cabezas habló persuasivamente. Le recomendó y le pidió que no intentara salir de la casa.

Montero señaló al almirante que lo único que deseaba, un deber último que tenía que cumplir si es que todo estaba consumado, era entregar dignamente su puesto. Le señaló que tenía que devolver los fondos reservados: unos 65 mil dólares.

Ese dinero, según las normas presupuestarias, podía emplearlo a su arbitrio, sin tener que rendir cuentas. Más de una vez, Montero había usado parte de esos recursos en auxiliar personal de la Armada. En una oportunidad le dio plata a un oficial para que consultara un médico por una afección a la vista. Porque la vida de los marinos era muy apretada económicamente.

Montero se levantó y se puso el uniforme. Consideró que era una obligación suya ir a La Moneda. Debía intentar salir.

Cuando abrió la puerta de calle y observó, vio al frente, en los jardines junto al canal San Carlos, un grupo de soldados. Se encontraban semiemboscados y en tenida de combate, sin señales distintivas en sus uniformes.

Estaban vigilando la residencia. No era posible intentar franquear la reja en esas condiciones. Montero entró de nuevo en la casa. Era el prisionero de una situación irreal.

Sus automóviles estaban inutilizados. Ninguno arrancaba. Montero pensó que probablemente la noche anterior un comando de la Armada había ingresado al garage a hacer ese trabajo.

Trató de lograr un nuevo contacto con el almirante Cabezas. Le fue imposible obtener comunicación. Estaba virtualmente maniatado y reducido a una absoluta impotencia.

Un helicóptero comenzó a sobrevolar la casa, en grandes círculos.

Su mujer y su hija creyeron que la vivienda iba a ser bombardeada por el aparato.

Se asustaron. Tuvo que tranquilizarlas.

Desde hacía algún tiempo, la preocupación lo había corroído. Notaba una viva reacción, de violencia reprimida, en la oficialidad de la Marina.

Eso lo había impulsado, junto con los comandantes en jefe del Ejército, Carlos Prats, y de la FACH, César Ruiz Danyau, a efectuar reuniones en que estuviesen presentes, simultáneamente, los generales y almirantes de las tres ramas de las Fuerzas Armadas.

El propósito era que lo que cada uno de los tres comandantes en jefe dijera, adquiriese mayor fuerza.

Esos encuentros de consulta y adoctrinamiento se habían estado llevando a cabo en el Ministerio de Defensa.

Lo que se ocultaba debajo de los uniformes y tras los gestos y la rutina profesional, salía a la luz, de alguna manera, en las reuniones.

No había críticas abiertas e inequívocas a Prats, Ruiz Danyau o Montero. La mordacidad se dirigía hacia el gobierno cuando había referencia a acciones o políticas oficiales, como el proyecto de la Escuela Nacional Unificada, que pretendía un cambio sustancial en la educación.

Para muchos de esos oficiales, ese nuevo sistema de enseñanza sólo pretendía la propagación del marxismo.

Montero le tenía simpatía a Allende. Altos oficiales de otras ramas de la Defensa observaban con hostilidad al almirante. Gustavo Leigh tenía un

juicio tajante —como todos sus juicios— sobre él: no era un izquierdista, sino un allendista, pero “irrecuperable”.

Allende era muy deferente con Montero y los demás uniformados. El almirante pensaba que el Presidente no estaba convencido de que se produciría un golpe de Estado. Allende repetía que estaba desarrollando un gobierno agresivo, pero dentro de los cauces constitucionales.

Pero lo que discurriera Montero iba importando menos. La figura de relieve, el virtual comandante en jefe para altos oficiales de la Armada —el almirante Merino— había estado sosteniendo diversas reuniones encaminadas al derrocamiento del gobierno.

Pero nadie avisó una palabra a Montero. Este carecía de ese peculiar sexto sentido que hace percibir el peligro que se desliza tras las espaldas de uno. Le faltaba habilidad política.

*

Durante varias noches antes del día 11 de septiembre, se había desarrollado un intenso trabajo en las oficinas que ocupaba radio Agricultura, en calle Teatinos, a tres cuadras de La Moneda.

Había una luz cegadora de soldaduras; un ambiente de maestranza. Se estaban realizando trabajos de blindaje de la emisora. Dirigentes de la Asociación de Industriales Metalúrgicos, una organización empresarial, habían facilitado planchas y barras de hierro.

El trabajo obedecía a una razón logística. La emisora sería cabeza de la cadena de las Fuerzas Armadas el día del golpe. Además, sus ejecutivos aseguraban que desde la sede del Partido Comunista, situada al frente, se había disparado contra el local.

La radio pertenecía a la Sociedad Nacional de Agricultura, que agrupaba a los grandes dueños de la tierra. Los agricultores estaban en frontal oposición a Allende. Se les estaba aplicando con intensidad desatada la reforma agraria. Protestaban por la ocupación de sus propiedades por la fuerza.

Había un ambiente de guerra en los campos, con muchas escopetas cargadas. Y unos cuantos muertos.

Supervisando los trabajos en la radio, se encontraba el periodista Federico Willoughby.

Había sido funcionario del gobierno derechista de Jorge Alessandri, antecesor de Frei. Había trabajado algún tiempo en Miami. Era uno de los hombres fuertes en la radio Agricultura: comentarista, coordinador y miembro del directorio.

Venía de una comida en su casa con algunos estudiantes que preparaban una protesta para el día siguiente.

Willoughby era un hombre de poco más de treinta años. Guardaba cuidadosamente sus secretos. Eludía preguntas con una sonrisa que no decía nada.

Estaba participando en la “Operación Silencio”.

Era el plan que desarrollarían las Fuerzas Armadas para controlar, al día siguiente, los medios de comunicación, al desencadenar el golpe.

Willoughby tenía experiencia: como miembro del equipo de gobierno de Alessandri en el campo de las comunicaciones, le había tocado preparar numerosas cadenas nacionales de radioemisoras.

La “Operación Silencio” era una parte substancial en el propósito de derrocar a Allende.

Para diseñarla, desde el comando en jefe del Ejército se pidió que el oficial que trabajaba en Telecomunicaciones —el teniente coronel Roberto Guillard— se pusiera a disposición del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Oficialmente, su misión era participar en la elaboración del plan de telecomunicaciones de las Fuerzas Armadas.

Guillard se reunió con oficiales de la Armada y la FACH para elaborar el esquema y detallarlo. Dentro del proyecto, se contempló el modo de

manejar las radios y los canales de TV.

Se establecieron tres grupos de radioemisoras: las que estaban con las Fuerzas Armadas y las apoyarían sin restricciones; aquellas a las que habría que persuadir para que colaboraran con los uniformados; y las que respaldaban al gobierno de la Unidad Popular.

Estas últimas deberían ser silenciadas sin contemplaciones en caso necesario, lo que contribuiría a impedir el derramamiento de sangre, según la argumentación militar.

Poco después de la medianoche, cuando el martes 11 ya había comenzado a avanzar, sonó un teléfono. Era para Willoughby.

Un hombre a quien él identificó inmediatamente le dijo:

—Se soltó la lancha.

Willoughby entendió: la Armada había iniciado las acciones planificadas para el derrocamiento del gobierno.

Pocos minutos más tarde bajó a calle Teatinos. Caminó. Se encontró con un oficial vestido de civil: el enlace del Estado Mayor.

Partió con él. Iban a participar en el silenciamiento de la radio de la Universidad Técnica del Estado, manejada fundamentalmente por los comunistas.

En la madrugada, regresó a su casa. Durmió. A las 6.45 horas, lo despertó la campanilla del teléfono.

Atendió Marta, su esposa. La llamaba una amiga, casada con un oficial de Ejército que en ese instante se encontraba en su unidad.

La mujer contó a Marta que su marido le había avisado que ese día se realizaría la acción militar contra el marxismo.

Willoughby se alarmó al escuchar a su esposa relatándole la conversación. Trató de tranquilizarla. Le dijo que era imposible intentar llevar a cabo ese

día y a esa hora una acción de ese tipo. ¿Cómo podía ocurrírsele que los oficiales iban a estar llamando a sus mujeres para contarles algo así?

El periodista se levantó poco después. El plan debería comenzar a operar dentro de pocos minutos, a las 7 de la mañana. Todos los oficiales que realizarían las conexiones para la cadena nacional ya estaban designados. A las 7.45 horas, se leería la proclama de la Junta Militar que había grabado, con su propia voz, el teniente coronel Guillard.

Willoughby se dirigió al Ministerio de Defensa.

Subió a la oficina del vicealmirante Patricio Carvajal, en el Estado Mayor de la Defensa.

El marino era el de siempre: el estereotipo de un inglés. Se encontraba en una actitud relajada, con las puertas de su despacho abiertas. Tenía flema y un rostro de piel clara, de rasgos más bien finos. Caminaba erguido como si tuviese un palo en lugar de columna vertebral, igual que Merino y otros altos oficiales de la Armada.

Había movimiento de uniformados que entraban y salían, buscando o llevando sus instrucciones.

Carvajal era el hombre más adecuado para encontrarse en ese sitio, en la cúpula del golpe.

En 1968, en un curso del alto mando, había conocido a los entonces coroneles Augusto Pinochet, del Ejército y Gustavo Leigh de la FACH.

Además, había sido discípulo del bienhumorado vicealmirante Merino en la Escuela Naval, donde habían iniciado su carrera.

Por eso, hablaba con mucha libertad y desenvoltura con los tres.

Había asumido en enero de 1973, hacía ocho meses, la jefatura del Estado Mayor. El socialista José Tohá, un hombre alto, delgado, de movimientos dignos y con una barba quijotesca, era Ministro de Defensa.

Carvajal siempre recordaba en su mente o en los círculos de su más íntima confianza, un hecho que le parecía pintoresco y significativo.

A comienzos de diciembre de 1970, recién asumido Allende, le había correspondido encabezar la procesión de la Virgen del Carmen, patrona de las Fuerzas Armadas chilenas, en compañía de un representante del Ejército y otro de la FACH.

A veces sonreía cuando contaba la anécdota, porque, según su relato, los periodistas rusos que habían asistido a la investidura de Allende como nuevo Presidente estaban sorprendidos de ver militares mezclados con obispos bajo un gobierno marxista.

El vicealmirante observaba a Allende considerándolo un ser maligno. En los primeros meses de gobierno se había reunido con el comandante de la Armada, Sergio Rillón. Este, que conocía muy detalladamente el Antiguo Testamento, consideraba que la descripción de Satanás contenida en ese libro sagrado concordaba exactamente con la personalidad del nuevo Jefe del Estado.

Desde esta perspectiva cargada de filtros y acentos religiosos, en la que se atribuía a Allende un aura diabólica, Carvajal veía al Presidente como un ser que manejaba a los hombres con una habilidad y perfidia consumadas.

El vicealmirante colocaba al general Prats y al almirante Raúl Montero entre los títeres que Allende manipulaba. Y, en menor medida, al general César Ruiz Danyau, que no evidenciaba la energía ni el carácter suficientes como para resistir la personalidad del Mandatario.

Federico Willoughby estuvo algunos momentos en la oficina de Carvajal. Luego, se reunió con el hijo del general de Ejército Sergio Arellano. El muchacho estaba colaborando. También conversó con Álvaro Puga, comentarista de radio Agricultura y de ideas ultraderechistas. Puga se hallaba a cargo del puesto instalado por la emisora en el Ministerio.

*

Cuando Carmen Castillo Echeverría, doctora en Historia Contemporánea de América Latina y profesora de la Universidad de Chile, se enteró de que el golpe estaba en marcha, no se inquietó por la suerte de su compañero y líder del MIR, Miguel Enríquez. Pensó, con su lógica mirista, que Miguel seguramente sabía de la acción militar de antemano y que por eso no había llegado a casa la noche anterior.

Habitaban un modesto bungalow de color verde en calle Zurich Sur, en La Cisterna, cerca de la Gran Avenida. Era una vivienda que, conforme a los procedimientos del MIR, había sido arrendada a través de una tercera persona, para no dejar huellas. Se encontraban allí desde hacía tres meses.

En la casa vivían, además de Carmen y Miguel, el doctor Humberto Sotomayor, miembro de la Comisión Política del Movimiento, su mujer, sus dos hijos y su madre, la señora María, a quien todos llamaban la Abuela; la hija de Miguel, Javiera, y la de Carmen, Camila, nacida de su matrimonio con Andrés Pascal Allende, otro de los jefes miristas.

Javiera, de 4 años, era fruto del matrimonio de Enríquez con Alejandra Pizarro: una bella muchacha de Concepción que se había suicidado arrojándose al paso de un tren en 1972.

Miguel y Sotomayor habían partido el día anterior, tan temprano como de costumbre por la mañana, en el auto del primero.

Carmen y Enríquez admiraban a la Abuela. Esta tenía unos cincuenta años. Sotomayor era hijo ilegítimo, producto de un amorío de esa mujer de origen humilde con un hombre de Viña del Mar, de mejor posición socio-económica. En esta ciudad, donde vivía, ella había sacado adelante a Humberto, haciendo trabajos sacrificados como camarera en uno de los grandes hoteles. Hasta que logró que Sotomayor se titulara de médico.

Luego, cuando el muchacho ingresó al MIR, le había acompañado como una gallina clueca. Se había adaptado a las modalidades de la vida semiclandestina.

El bungalow verde tenía un amoblado mínimo: unas cuantas mesas, sillas y camas. Y una gran cantidad de libros. Todo había sido transportado hasta el

lugar en una camioneta, el Austin mini de Miguel y el Fiat 600 de Carmen, que la muchacha había adquirido con sus sueldos en la Universidad.

Cristián Castillo, el hermano arquitecto de Carmen, también mirista, había levantado las separaciones confeccionadas en tabiquería en el living, para que el inmueble fuese capaz de albergar a todos.

Carmen era una mujer atractiva, de facciones finas y nariz ligeramente respingada. Su relación con Miguel se había mantenido en secreto. Jamás habían aparecido públicamente juntos. Ella aparentaba ser una profesora proveniente de una familia muy conocida, separada de Pascal Allende, y que no realizaba ninguna acción espectacular en su vida.

Era hija del rector de la Universidad Católica, Fernando Castillo Velasco.

Al anochecer, desaparecía de su actividad habitual. Entraba en su existencia reservada.

Junto a la mujer de Sotomayor, analizaba los diarios y revistas para hacer un resumen de su contenido. Los informes eran destinados a la Comisión Política del MIR.

Antes de su relación con Carmen, Enríquez había tenido otro amor: la periodista Manuela Gumucio. De ese lazo había nacido el segundo de los hijos del revolucionario: Marco Antonio. Una noche del mes de junio de 1973, en medio de su trayectoria sinuosa y sobresaltada, Miguel apareció en la clínica Vitacura, a visitar a Manuela y a la criatura recién dada a luz.

Miguel tenía conciencia de su vida plena y peligrosa. Había confiado a Manuela que moriría a los treinta años, porque estaba envuelto en una tarea llena de riesgos.

Poco tiempo después del nacimiento de Marco Antonio, Enríquez y todos los que vivían con él se habían puesto todavía más cautelosos, porque había una orden de detención contra el líder mirista, a quien se acusaba de participación en el complot subversivo de la Armada.

Pero las precauciones llegaban sólo hasta cierto punto. Aún usaban papeles de identidad genuinos.

Sin embargo, en ese momento, ese martes 11, la radio les decía que la situación estaba muy áspera. Tenía un olor acre.

Mientras escuchaban las noticias sobre la insurrección militar, Carmen, la Abuela y la mujer de Sotomayor guardaban silencio.

—Teníamos una gran tensión —señala Carmen, a la sombra de un inmenso nogal, en el jardín de la casa de su padre, un día de enero de 1988.

Está con un permiso temporal de ingreso a Chile otorgado por el gobierno. Debe irse. Retornará a París pocos días después.

—De esa tensión, tengo imágenes: era silenciosa, porque una no podía dejarse llevar por la emoción, porque tenía que hacer cosas permanentemente. Había que mantener la fachada en el barrio, o quemar papeles. Entonces, había como un silencio real entre las tres mujeres de esa casa para pasarnos energía, sin un minuto para bajar la guardia.

Una disciplina de reserva guiaba la conducta de las mujeres: una actitud de negarse a que las emociones las arrastraran. Así mantenían una disposición de permanente lucidez.

Carmen salió de la casa. Se dirigió hacia una plaza situada a unas pocas cuadras de distancia, a llamar por teléfono.

Confiaba absolutamente en la habilidad de Miguel para desenvolverse en ese golpe que se estaba llevando a cabo. En cambio, temía por su hermano Cristián y por sus padres.

Llamó desde la cabina pública. Su madre le señaló que había estado recibiendo llamadas desde poco después de las 6 de la mañana. Preguntaban por Cristián, para advertirle que algo grave sucedía.

Pero el joven no vivía con sus padres, sino en otro lugar.

Cuando volvió a casa, tras la conversación, Carmen observó grupos de gente que caminaban por la Gran Avenida, alejándose del centro. Su sensibilidad le hizo verles como masas que tenían aspecto perdido, con la vista fija.

*

El ex ministro secretario general de gobierno y de Educación y militante del Partido Radical, Aníbal Palma, conocido como el Pibe entre los periodistas por su juventud, se sentía mal el 10 de septiembre.

La tensión nerviosa le pesaba sobre su cuerpo. Estaba en su casa de Avenida Presidente Kennedy, a una cuadra de la rotonda Américo Vespucio.

Se le había desarrollado un problema de colon irritable. Un médico concurrió a examinarle. Palma resolvió acostarse temprano, según la recomendación del facultativo.

Comentaba humorísticamente que estaba cesante. Pero se encontraba en tramitación un decreto según el cual Allende nombraría a José Tohá, Sergio Bitar y a él como ministros coordinadores de la Presidencia: una suerte de ministros sin cartera.

Bitar quedaría a cargo de la zona norte del país, Tohá, de la sur; y Palma, de la zona central.

Pero no sólo la tensión le tenía en cama. Se hallaba cansado. Había llegado desde Arica, agotado tras participar en una concentración de la Unidad Popular el día 4 de septiembre, nuevo aniversario del triunfo de Allende en las urnas.

El ex ministro sabía, como todos los políticos, que el aire apestaba a golpe.

En el desempeño de sus cargos ministeriales, especialmente en la Secretaría General de Gobierno, había conocido información sobre conspiraciones. Pero restaban importantes nebulosas: la fecha y, sobre todo, la proporción de las Fuerzas Armadas que se involucraría en la eventual sublevación.

El gobierno pensaba que podía contar, al menos, con una parte de las FF.AA. que le sería leal.

Desde luego, se tenía la seguridad en cuanto a Pinochet, que había sido nombrado con el aval de Carlos Prats y de José Tohá, que le conocían.

En cuanto al cuerpo de Carabineros, se contaba con el alto mando. En la FACH se contabilizaba una parte a favor de Allende: había en su interior un grupo que se denominaba “los constitucionalistas”, el que se oponía a una insurrección uniformada contra el gobierno de la Unidad Popular.

Las sumas no estaban muy claras ni precisas. Pero había cierta seguridad de que no se enfrentaría un golpe homogéneo, irresistible.

—El gobierno confiaba en que si había un grupo de sectores leales de las FF.AA., esos grupos, más sectores populares que apoyaban a las autoridades, podrían contrarrestar el intento de golpe —señala Palma, con su cara huesuda y su nariz que pareciera haber recibido un puñetazo en el tabique.

“Pero la disyuntiva de los sectores populares, más algunos grupos paramilitares que pudieran existir, enfrentándose al conjunto de las FF.AA., era una situación imposible. Allende tenía eso perfectamente claro —agrega.

El Pibe tiene un cuello largo y delgado. Cualquier camisa parece quedarle holgada. Está en su oficina de abogado que instaló después de su retorno desde el exilio.

Palma compartía el planteamiento expresado por Allende acerca del inminente plebiscito: se perdiera o se ganara, el referéndum se salvaría el proceso y la democracia. Se superarían todas las situaciones de discrepancia interna que desgarraban y enfrentaban a las fuerzas políticas que apoyaban al gobierno.

Pero el despertar de Palma fue más bien rudo después de una noche poco apacible. Arcalaús Coronel, que se desempeñaba como secretario del Partido Radical, le telefoneó y le dijo que encendiera la radio.

Palma lo hizo y escuchó, sorprendido. ¿Era el golpe? Ahora vendría la prueba sobre las fuerzas con que realmente contaba el gobierno.

Se vistió rápidamente. Trató de comunicarse con el presidente del Partido, Anselmo Sule. Pero éste se encontraba en el sur del país.

Llamó a su hermana, que vivía en Viña, para informarle sobre la situación. No logró contacto. Su alarma aumentó. Sacó su auto, un pequeño Fiat 600, y se dirigió hacia La Moneda.

Se topó con muchos vehículos que volvían del centro. Vio algunos automovilistas que celebraban el golpe. Se escuchaban bocinazos. Alguien le reconoció y le envió un insulto con un elocuente gesto de las manos.

Bajó por la Avenida Costanera, el Parque Forestal y enfiló por la calle que le llevaba hacia el costado del cerro Santa Lucía. Giró por Moneda, hacia el palacio presidencial.

Había una barrera a la altura de Ahumada. La sobrepasó con rapidez por un costado.

Enfrentó otro obstáculo en la esquina de Bandera. También lo sorteó, como un corredor que fuera tras una obsesiva meta.

Pero en Moneda con Morandé era muy distinto. Había una sólida barrera que cruzaba de lado a lado. Algunos carabineros lo hicieron detenerse.

Acercó el auto al borde de la acera y lo dejó estacionado detrás de un Fiat 125, frente a la puerta de la oficina de Correos. Los policías uniformados le pidieron sus documentos.

—¡Déjenlo pasar! ¡Es el ministro Aníbal Palma! —gritó alguien.

Palma miró hacia arriba. Era el intendente Julio Stuardo, asomado al balcón de su despacho del segundo piso de la Intendencia.

Stuardo, un socialista de elevada estatura, de personalidad áspera y dominante, estaba tratando de hacer algo, como si el balcón fuera un puente de mando.

Miraba La Moneda, situada a apenas unos metros. Pero se encontraba incomunicado. Los teléfonos de su despacho estaban muertos.

En medio de una situación ambigua —en la propia Intendencia había una discusión entre carabineros que querían sumarse al golpe y otros que lo resistían— Stuardo intentaba manejar la situación.

Los carabineros que rodeaban a Palma, ante los gritos del intendente, dejaron seguir al ex ministro.

El *Pibe* siguió a pie la treintena de metros hasta la puerta de La Moneda. Entró en ese palacio de paredes lisas, desprovisto de todo adorno en sus severas murallas exteriores.

Palma subió las escaleras de mármol y se dirigió hacia el despacho del Presidente. Cuando ingresó a la habitación, escuchó a Allende hablando en voz alta. Lo vio con el citófono en la mano. Estaba pronunciando un discurso a través de las radios de izquierda que permanecían en el aire. Le rodeaba gente que se había situado en un semicírculo.

Palma observó al canciller Clodomiro Almeyda, así como a José Tohá y al hermano de éste, Jaime.

Allende terminó de hablar. Se levantó y saludó a varios de los presentes.

Le dio la mano a Palma.

Tenía un trato algo paternal con su joven ex ministro. Muchas veces bromeaba con él. Palma le señaló con su voz estrangulada, no muy firme, tratando de decir algo simpático:

—Usted ha dicho que cada uno vaya a su puesto de trabajo. Y como yo estoy cesante, le he venido a pedir un puesto de trabajo.

Allende le miró muy serio y le señaló:

—Aníbal, yo sabía que usted iba a estar.

—Cada vez que recuerdo esto, me emociono —dice Palma. En efecto: se le han humedecido los ojos.

*

El domingo 9, el general Gustavo Leigh escuchó el discurso de Carlos Altamirano. Le dominó la cólera. Pensó que la situación se encaminaba hacia el desastre.

Su casa, situada en la calle Padre Hurtado con Dunquerque, en la misma población en que vivía Bachelet, comenzó a verse invadida por los generales de la FACH.

Leigh escuchaba sus palabras indignadas. No eran sino la repetición de lo que él sentía. Señaló:

—Quédense tranquilos. Voy a hablar con Pinochet. Voy a ver qué efecto produjo esto en el Ejército. Y veré qué podemos hacer. Yo también estoy de acuerdo en que esto no da para más.

Era un hombre de carácter fuerte. Mordía las palabras cuando expresaba su voluntad más manifiesta o cuando se enojaba. Sonreía rara vez.

Había tenido serios roces con Allende.

Uno había ocurrido el viernes 17 de agosto. El Presidente le había llamado a La Moneda.

Era algo gordo lo que deseaba comunicarle: le propuso ser comandante en jefe de la FACH.

Leigh se echó hacia atrás en su sillón, frente a Allende, como si quisiera apreciar mejor la situación.

Le formuló una pregunta al Presidente: ¿Por qué le ofrecía el cargo si Ruiz Danyau no había presentado renuncia alguna y, por lo tanto, seguía a cargo de la institución?

No esperó la respuesta, sino que siguió dando otras razones.

—Como segunda cosa, quisiera decirle que yo no participo en gabinetes de ninguna clase, porque no soy político. Soy militar. En tercer lugar, quiero irme para mi casa. Tengo treinta años de servicio. Tengo derecho a mi retiro. Quiero que usted me permita hacerlo.

—General, usted está equivocado —señaló Allende—. Es cierto que su comandante en jefe no ha renunciado. Pero va a renunciar, y a sus dos cargos.

El Presidente hablaba muy seriamente, con una expresión de seguridad en lo que decía.

Leigh volvió al Ministerio de Defensa, luego de acordar con Allende que éste le llamaría más tarde.

Solicitó hablar con Ruiz Danyau. Le dio cuenta de lo que sucedía. El comandante en jefe quedó perplejo. Leigh le añadió que él no iba a asumir esas funciones.

Entre los generales de la FACH volvían a circular los viejos temores: Allende podría nombrar a un coronel de la Fuerza Aérea a la cabeza de la institución. Eso significaría la defenestración de todos los que estuvieran por encima suyo en la jerarquía. Una carnicería en la cúpula. O bien podía pedir al Ejército que interviniera la FACH.

Allende llamó a Ruiz Danyau desde La Moneda, para que concurriera a su despacho. Luego hizo citar a Leigh.

Cuando éste último llegó, el Presidente estaba reunido en la Sala de Consejo con Ruiz Danyau, Montero y Prats. Leigh se sentó a esperar en la antesala.

Se abrió la puerta de la habitación. Salió Ruiz Danyau. Tenía los ojos bañados en lágrimas. Se veía muy vulnerable y herido. Le dio un abrazo a Leigh.

—Pero, ¿qué pasó? —preguntó Leigh.

—Hasta luego.

—Sale Allende de atrás —recuerda Leigh— y me dice: “Su general renunció a la Comandancia en jefe y al Ministerio de Transportes. Así que usted, ahora no debe tener ningún obstáculo para asumir”. Esa conversación se desarrollaba ahí, con los dos de pie.

Leigh señaló al Presidente que lamentaba la renuncia del comandante en jefe y añadió que lo ocurrido produciría un enorme deterioro en la institución. Le indicó que Ruiz Danyau era muy querido por todo el personal de la FACH.

—“Yo no soy el indicado para parchar la institución, ni unificarla, ni cohesionarla”, le respondí a Allende. Le agregué que no me sentía en condiciones de hacerlo y que pedía el retiro para irme a mi casa.

“Él se alteró. Me indicó: “Eso es lo que dice usted. Pero sus compañeros no deben decir lo mismo. Y le voy a decir una cosa más: yo soy Presidente de la República, tengo 65 años y no soy huevón”. En vista de esas palabras, le di la espalda y me fui”.

Al día siguiente por la mañana, a las 9.30 horas, Leigh fue citado por Allende para que concurriera a su despacho. El Presidente convocó, asimismo, a quien seguía a Leigh en antigüedad: el general Van Schouwen, jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea.

Cuando se sentaron ante el Mandatario, éste se dirigió a Van Schouwen:

—Aquí está el general Leigh, quien no acepta la comandancia en jefe ni el Ministerio de Transportes. Así es que le pido a usted que asuma.

Van Schouwen respondió:

—Si el general Leigh dice que él no puede mandar ni unificar la FACH, menos lo puedo hacer yo. Así es que le ruego, señor Presidente, que me deje fuera de esto.

Allende miró a Leigh. Había tanteado el terreno y jugado con la eventual ambición de ambos generales.

—Bueno, conforme —señaló a Leigh—. No reciba el Ministerio. Vaya a consultarlo con su gente. Y le acepto la devolución del general Bachelet.

Tanto Ruiz Danyau como Leigh eran partidarios de que Bachelet se reintegrara a la FACH. Dentro de la institución había rumores sobre los “rojos”: los partidarios de Allende. Los generales hacían encabezar a Bachelet esa lista no escrita. Consideraban que éste se hallaba involucrado en cuestiones políticas.

Les desagradaba, por sobre todo, que ese general evitase cuidadosamente pronunciarse sobre el gobierno. A veces le hacían unas bromas intencionadas:

—Así es que estás preparando el racionamiento.

Había ácido en esas palabras.

El lunes 20, el general Leigh llegó a su oficina del Ministerio de Defensa en calidad de virtual comandante en jefe.

Trató de contactarse con Ruiz Danyau. Quería ponerse de acuerdo con él para fijar la hora de la ceremonia de la entrega del cargo.

A Leigh le cruzaba una sombra por la mente, un desasosiego.

La noche anterior, el general Ruiz Danyau había llegado de uniforme al programa de TV de más alta sintonía: **A esta hora se improvisa**, de canal 13.

Era un espacio con participantes estables, representativos de distintas posiciones políticas, donde se debatía la actualidad. Los programas se ponían cada vez más caldeados, conforme al clima político del país. En ocasiones, los panelistas cruzaban insultos.

Leigh había observado cada palabra y gesto del ex comandante en jefe de la FACH ante la pantalla. El uniforme de Ruiz Danyau significaba,

evidentemente, algún signo de rebeldía contra el gobierno. Daba la impresión de que el general todavía no estaba fuera de las filas. Y eso provocó una molestia indefinible y sutil en Leigh. Tras la observación clínica e implacable del espacio, llegó a la conclusión de que Ruiz Danyau no había dicho nada concreto.

Mientras aguardaba el contacto con él le anunciaron la presencia del comandante del Grupo 10, general Juan Pablo González. El uniformado pasó al despacho y le señaló que tenía un problema muy delicado: su unidad estaba en armas y el general Ruiz Danyau se había constituido en su propia oficina.

—Pero, ¿qué pasó? —preguntó Leigh.

—No sé, mi general, porque el general Ruiz está con todo el Estado Mayor allá.

Leigh decidió partir de inmediato hacia el Grupo 10.

Cuando se aprestaba a salir, alguien le telefoneó.

Era el general Prats, quien le preguntó qué ocurría con Ruiz. Leigh le explicó.

El comandante en jefe del Ejército le insinuó la posibilidad de prestarle ayuda. Leigh fue cortante. En su tono se adivinaba su falta de simpatía hacia Prats. Eufemísticamente, le sugirió que no se entrometiera.

Partió a la base. Se hizo acompañar por un general que era amigo personal de Ruiz.

Cuando entró a la sala de comandancia donde se encontraba el ahora rebelde Ruiz, su tono fue duro. Las ideas que había masticado con ánimo de disgusto fueron directo a su objetivo.

—“A ver qué ocurre —le dije—. Yo he asumido la comandancia en jefe después que usted renunció. Y vi su renuncia. Allende me obligó, y como aceptó mis condiciones, yo acepté, no más, a ver si puedo hacer algo.

“Pero si usted en este momento ha cambiado de opinión, si tiene otra intención, me pongo a sus órdenes, a pesar de que usted no es el comandante en jefe. Pero yo me pongo a sus órdenes para ver qué es lo que usted desea hacer, qué se está gestando aquí. Porque yo veo todo esto en armas.

“Ruiz se paseaba de un lado a otro y no me contestaba.

—“Mire, mi general —le agregué—. Si usted no me quiere decir qué es lo que pasa, permítame reunirme con los comandantes de unidades que veo aquí y preguntarles a ellos.

“Me hizo un gesto. Salí.”

Leigh se enfrentó a los seis o siete comandantes que estaban presentes en la acción de respaldo a Ruiz. Pertenecían a distintas unidades de Santiago.

El rostro de Leigh estaba distorsionado por la ira:

—Señores, ¿qué hacen ustedes aquí? ¿Con orden de quién? ¿De un comandante en jefe que no es comandante en jefe? ¿O van a obedecer mis órdenes?

“Esto quiero que me lo digan en este minuto, porque aquí o yo me voy a mi casa o me quedo y los destituyo a todos ustedes.

“Lo que se está haciendo aquí es algo estúpido y criminal. ¿Qué pretende la Fuerza Aérea? ¿Derrocar al gobierno, señores? Están muy equivocados. La Fuerza Aérea sola no es capaz de hacer absolutamente nada. Ustedes están haciendo un show estúpido. ¡Ustedes me abandonan de inmediato este recinto!”

Leigh se volvió hacia el general Ruiz, que había llegado a la habitación y observaba la escena en silencio.

“—Bueno —le señalé—. Aquí le he dicho a los comandantes que se está haciendo el disparate más grande. Aquí respondo yo por la institución o sencillamente me voy a mi casa y le entrego el mando a usted. ¿Usted

quiere levantarse y hacer una revolución? Tome el mando y yo me voy. ¡Si el mando no me interesa!

“—Permítame que nos reunamos con los oficiales aquí, en el casino de oficiales, y les explicamos —me señaló Ruiz”.

Toda la guarnición de Cerrillos fue convocada.

“—Don César dio su versión —explica Leigh—. Una versión que no era nada en concreto. Explicó y detalló lo que había pasado en los días anteriores, pero nada más”.

Leigh señaló ante el conglomerado de uniformes azules:

—Aquí, señores, hay un solo comandante en jefe, que soy yo. Y todo el mundo obedece mis órdenes. Lamentablemente, yo siento más que ustedes que se haya ido don César Ruiz, a quien todos los generales aconsejamos que no renunciara.

“Después, he asumido yo. Y ¿ahora qué? ¿Se piensa levantar la Fuerza Aérea, hacer un movimiento? Mucho cuidado, señores, con lo que estamos embarcándonos”.

Luego, los generales Leigh y Ruiz se trasladaron a la base El Bosque. Se reunieron en el teatro con el personal.

Posteriormente, ambos resolvieron que la ceremonia de entrega del mando se hiciese por la tarde, en el gabinete del comandante en jefe. Esa noche, Leigh ya fue, oficialmente, la nueva cabeza de la institución.

*

Ese domingo 9 se estaba transformando en un día tenso, extraordinario, en virtud del discurso de Altamirano.

Leigh había permanecido en casa tras escuchar los comentarios alarmados y llenos de indignación de sus generales.

A pocos metros de su residencia, en calle Oxford con Padre Hurtado, vivía el general Nicanor Díaz Estrada. A las 15.30 horas, sonó el teléfono de la casa de éste.

Era el jefe del Estado Mayor de la Defensa, vicealmirante Patricio Carvajal.

—Oiga, Nicanor, ¿tiene usted el teléfono del general Leigh?

—¿Para qué será? —preguntó Díaz Estrada, directo y curioso.

—Porque aquí hay un amigo de Leigh. No contesta su teléfono.

Díaz le explicó que hacía poco que les habían cambiado el número a los generales de la FACH.

—Mire, yo voy a ir a hablar con él, porque no sé su nuevo número —dijo—. Yo le digo que lo llame.

Carvajal le dio el número en que se encontraba.

Díaz salió y fue a casa de Leigh. Encontró al comandante en jefe acompañado del auditor de la Fuerza Aérea, Julio Tapia Falk y del general Herrera.

Leigh estaba terminando de redactar la proclama que se leería el día en que se diera el golpe.

Díaz le dio cuenta del telefonazo de Carvajal. Le facilitó el número. Leigh se ausentó un instante de la habitación para telefonar al marino. Volvió y señaló:

—El almirante Huidobro está aquí. Vino a hablar conmigo de parte de Merino. Después va a ir donde Pinochet.

“Yo no he hablado con Pinochet, así es que los voy a echar a ustedes. Iré a verlo. A las 8.30 van a venir a hablar conmigo Carvajal y Huidobro”

*

El almirante Huidobro, jefe de la Infantería de Marina, llevaba consigo un mensaje del almirante Merino a Leigh y Pinochet.

Había viajado desde Viña del Mar con el capitán de navío Ariel González, jefe de Inteligencia del Estado Mayor de la Defensa. El documento que portaba había surgido esa mañana tras una reunión de altos jefes de la Armada en Las Salinas.

El día anterior, sábado 8, Merino había acelerado los preparativos del golpe.

En una reunión con oficiales realizada por la mañana, explicó que el desenlace se acercaba. Estaban presentes desde tenientes primeros hacia arriba.

Merino habló con su estilo conciso y cortante. Les dijo que pronto entrarían en acción. Pero recalcó que había que guardar la más estricta reserva y atenerse, más que nunca, a las instrucciones del alto mando de la institución.

Por la tarde, se reunió en la Academia de Guerra, en Valparaíso, con los almirantes. El vicealmirante Patricio Carvajal estaba presente.

Fue una reunión muy larga, iniciada a las cinco de la tarde.

Carvajal hizo una exposición. Dijo que la Fuerza Aérea estaba lista para participar en el movimiento contra Allende, pero que el Ejército aún no confirmaba su adhesión.

El clima comenzó a ponerse difícil. Algunos almirantes hablaron del peligro que entrañaba el que el Ejército no hubiese entregado su aceptación definitiva. Si la Armada y la FACH participaban, y no lo hacía el Ejército, podría producirse una guerra civil, con miles de muertos.

La reunión se hundió en estas interrogantes. Comenzó a girar en el mismo círculo vicioso, que no encontraba una respuesta categórica en ese momento. La impaciencia corroía a Huidobro. La posibilidad de una decisión parecía disolverse.

El vicealmirante Carvajal se levantó. Debía retornar a Santiago.

Huidobro dejó su silla y le acompañó.

Carvajal insistió ante Huidobro en que había que obtener el asentimiento de los almirantes para ponerle fecha y hora al movimiento.

Huidobro regresó a la sala. La discusión continuaba. Propuso que siguieran al día siguiente.

—¿Dónde? —preguntó alguien.

Había que buscar un lugar seguro en el que la concurrencia de los almirantes no llamase la atención. Según los informes de que disponían, varios estaban vigilados. Huidobro era seguido por policías del Servicio de Investigaciones, de acuerdo a lo que había podido determinar.

El almirante Pablo Weber propuso que la reunión se realizara en su casa, que estaba al lado de la capilla naval de Las Salinas. Después de misa, podrían pasar a la vivienda. Eso no llamaría mucho la atención.

La asamblea se levantó. Huidobro comenzó a idear una triquiñuela. Era necesario precipitar la decisión de todos esos altos jefes.

Llamó a Santiago. Pidió a Ariel González que viajase de inmediato a Viña, y que lo fuese a ver a su casa, ubicada en Recreo.

González viajó. Llegó en su auto, en tenuta deportiva. Estuvieron conversando en la residencia de Huidobro hasta altas horas de la madrugada.

Se pusieron de acuerdo. En la reunión en casa de Weber, Huidobro aseguraría haber viajado esa noche a Santiago, a entrevistarse con los representantes de la Fuerza Aérea y el Ejército; y que ambas instituciones habían confirmado su participación en el golpe.

Según la historia que prepararon, González había estado presente en esos conciliábulos.

Por la mañana, partieron a la misa en la capilla naval. Después del oficio religioso, pasaron a la casa de Weber con los almirantes.

González quedó aguardando fuera de la sala.

Huidobro dio cuenta de sus supuestas reuniones de la noche anterior. Y entregó la información que había preparado: el Ejército estaba listo.

Uno de los marinos, suspicazmente, preguntó a Merino si él había estado en la capital, en esas conversaciones. Merino señaló que no.

—Almirante —dijo Huidobro, dirigiéndose a Merino. ¿Me permite hacer pasar al comandante González, que puede ratificar mis informaciones?

—Que pase.

Invitaron a González a entrar. Huidobro le indicó:

—Informe a los señores almirantes sobre las reuniones que tuvimos ayer en la noche.

González hizo su relato.

Tenía el rostro cansado, al igual que Huidobro. Su historia parecía verosímil.

Luego, se retiró de la habitación.

Los almirantes concordaron en que podía fijarse la fecha de la acción: el martes 11, a las 6 de la mañana.

Era necesario enviar a alguien a Santiago, a formalizar el compromiso y la fecha.

—Tiene que ir el almirante Merino —dijo uno de los presentes.

La proposición fue rechazada. La presencia de Merino en la capital implicaría altísimos riesgos para él.

Se propuso a Huidobro, lo que fue aceptado. Se acordó entregarle la calidad de plenipotenciario para sus conversaciones con la Fuerza Aérea y el Ejército.

Huidobro y González treparon en el viejo auto de éste. Se dirigieron a la casa de Huidobro. El almirante se mudó de ropa. Ambos, vestidos con tenida informal, iban a sostener, en caso necesario, que iban a pescar.

Al pasar frente al santuario de Lo Vásquez, Huidobro rezó en silencio por el éxito de la operación. Poco después, González señaló:

—Almirante, ¿me da la plata para el peaje?

Huidobro se palpó los bolsillos. Constató que no llevaba ni dinero ni documentos. González tampoco tenía plata.

Debieron regresar.

Cuando bajaban por Agua Santa, les ayudó la suerte: Huidobro vio a su ayudante, que caminaba con su esposa. El auto se detuvo y él bajó. Le pidió dinero prestado al joven oficial.

—¿Ya estamos en acción? —preguntó el otro.

Huidobro le dio una respuesta humorística y evasiva.

Pasaron por Recreo a buscar los documentos del almirante y siguieron a Valparaíso. Iban a casa de Merino, en la Avenida Independencia. Se habían dado cuenta de que no llevaban ningún documento acreditando su misión o proponiendo algo específico a Leigh y Pinochet.

Merino se sorprendió al verlos:

—Creí que ya estaban en Santiago.

Ante la solicitud de Huidobro, escribió un papel con un mensaje:

“9 de septiembre de 1973

“Gustavo y Augusto:

“Bajo mi palabra de honor, el día H será el 11 y la hora H 06.00. Si ustedes no pueden cumplir esta fase con el total de las fuerzas que mandan en Santiago, explíqueno al reverso. El almirante Huidobro está autorizado para tratar y discutir cualquier tema con ustedes. Les saluda con esperanza y comprensión: Merino”.

Al otro lado de la hoja, escribió: “Gustavo: Es la última oportunidad. J.T.”

Y debajo de esta frase, otra: “Augusto: Si no pones toda la fuerza de Santiago desde el primer momento, no viviremos para el futuro. Pepe”. También escribió la palabra “conforme”; y bajo ésta, los nombres “Gustavo Leigh”, y “A. Pinochet”, para que ellos firmasen.

Huidobro y González partieron por segunda vez hacia Santiago.

*

Leigh obtuvo la dirección de Pinochet y partió a la casa del jefe del Ejército.

Pinochet estaba en medio de una celebración: el cumpleaños de su hija Jacqueline.

Hizo pasar a su visitante al escritorio. Leigh quedó con la impresión de una estancia desordenada, con papeles amontonados. Con motivo de su reciente nombramiento al frente del Ejército, Pinochet estaba actualizando sus archivos.

—¿Qué te parece lo que dijo Altamirano? ¿Te diste cuenta de lo que dijo?
—preguntó Leigh.

Pinochet estaba enterado.

—En la Fuerza Aérea la gente no da más. Me cuesta contener a los generales. Y a los generales les cuesta contener a los mandos. No sé que irás a hacer tú, pero la FACH va a actuar o voy a renunciar yo y todo el alto mando. Pero algo vamos a hacer.

Pinochet escuchaba, pensaba.

Leigh relata lo que sucedió entonces:

“—Pero, ¿te has dado cuenta que todo esto nos puede costar la vida? —me dijo Pinochet. En ese momento llegó la delegación de la Armada con el mensaje escrito de Merino y poco después decidíamos la acción”.

Leigh y Pinochet firmaron el papel. Pinochet puso su sello de comandante en jefe del Ejército en el documento.

*

Leigh llegó a las 8.30 horas del día lunes 10 a su despacho.

Se dedicó a afinar la coordinación del golpe.

Una de sus acciones fue comunicar a los comandantes de brigada de la FACH en provincias que el movimiento sería al día siguiente. Lo hizo a través de mensajes redactados en un lenguaje escueto y mezclado con una clave.

Esta era la palabra “Golf” con que comenzaban las comunicaciones. Los generales sabían que los textos encabezados de esa manera procedían de Leigh.

La notificación se envió a través del sistema de comunicaciones radiales de la FACH ubicado en el Ministerio de Defensa.

Leigh leyó con atención especial el informe de Inteligencia de la FACH, el que se entregaba todos los lunes. Daba cuenta de atentados con bombas, inquietud en los mandos y de comentarios que se formulaban en las unidades, entre la oficialidad, en torno a la situación nacional.

Estos documentos de especialistas que desmenuzaban los hechos no dejaban mal al secretario general del Partido Comunista Luis Corvalán.

El pequeño político, un maestro de pelo canoso y nariz aguileña, conocido como Condorito por su perfil, aparecía señalado generalmente como uno de

los más reacios a una acción dura del gobierno contra los altos mandos de las FF.AA.

Corvalán no se inclinaba por el descabezamiento del generalato.

Las evaluaciones de inteligencia concluían que el jefe de los comunistas no creía que fuera a materializarse un golpe de Estado, a pesar de que veía claramente el peligro.

En cambio, el secretario general del Partido Socialista, Carlos Altamirano, era descrito como un hombre de posición distinta. Propiciaba el cambio de los altos mandos, la implantación del Estado de Sitio y la adopción de facultades extraordinarias.

Y a partir de esa catapulta, el aceleramiento del proceso hacia el socialismo.

Sus adversarios dentro de la izquierda y en la oposición le describían como un hombre que pretendía inocular la locura revolucionaria en la situación política del país. Altamirano deseaba la definición final.

*

Leigh almorzó con Pinochet en el 5º piso del Ministerio de Defensa, en un pequeño comedor anexo a la oficina del comandante en jefe del Ejército. Les sirvieron la colación del día: una comida muy simple.

Estaban presentes varios generales del Ejército, entre ellos Herman Brady, Sergio Arellano y César Raúl Benavides. Había también un almirante.

Pinochet comentó a Leigh.

—Este es el único grupo de generales al que le puedo informar lo que va a suceder mañana. No les puedo decir a todos, como tú.

Leigh describió la posición de la Fuerza Aérea y sus fundamentos. El almirante dio cuenta de lo que pensaba la Armada y sus planes para el día siguiente, con el retorno de la Escuadra a Valparaíso luego de hacerse a la mar simulando que iba a participar en la Operación Unitas.

Durante el transcurso del almuerzo, Leigh entregó a Pinochet la proclama de la futura Junta de Gobierno que sería leída al día siguiente. También le relató su conversación sostenida en la mañana con el general de Carabineros César Mendoza.

Este se encontraba celebrando su cumpleaños con un cóctel en la Dirección General de Carabineros, cuando Leigh pidió a un ordenanza que le comunicasen telefónicamente con él.

Mendoza no devolvió la llamada. Leigh se disgustó. Envió un oficial a las oficinas de Mendoza, situadas en un edificio pegadas al Ministerio de Defensa. El oficial informó a Mendoza que el comandante en jefe de la FACH necesitaba comunicarse urgentemente con él.

Mendoza se hizo luego presente en el despacho de Leigh con su actitud cauta, astuta, expectante.

Usaba un fino bigote. Hablaba casi entre dientes, sin abrir mucho los labios. Se atenía a una prudente máxima: “Quien poco habla poco yerra”.

Leigh le señaló:

—Quiero proponerle para que asuma un cargo en la Junta como general director del cuerpo de Carabineros. El general Arturo Yovane me propuso su nombre.

Yovane había sido el candidato original para quedar al frente de la policía uniformada. Era un hombre resuelto. Conspiraba desde hacía un año contra el gobierno desde su cargo de jefe de zona de Carabineros en Valparaíso.

Aprovechando la noche se reunía con oficiales de diversas unidades situadas entre La Serena, por el norte, y Rancagua, por el sur.

A su tarea se habían sumado, a partir de febrero de 1973, otros dos generales de su institución: Mendoza y Enrique Gallardo.

Pero quien realmente hacía el esfuerzo era Yovane. Mendoza actuaba más bien como observador.

Ante la oferta de encabezar el Cuerpo de Carabineros a partir del golpe, Yovane había movido negativamente la cabeza. Adujo que, si aceptaba, deberían ser eliminados varios generales que estaban por encima suyo.

Por eso, su candidato fue Mendoza. Esa era la senda que había llevado a éste hasta el asiento en que se encontraba frente al general Leigh.

El comandante en jefe de la FACH pasó a su interlocutor la proclama que había preparado. El alto jefe de Carabineros, reticente y cuidadoso, leyó con lentitud el documento.

Miró a Leigh y le señaló que compartía el contenido de ese futuro mensaje al país. Pero declinó firmarlo mientras no estuviera estampada la rúbrica de Pinochet.

Leigh le pidió que volviera a las 4 de la tarde, porque él debía almorzar con Pinochet.

Este escuchó el relato que le hacía Leigh de su conversación con Mendoza. A su vez, leyó la proclama y la suscribió.

Durante el almuerzo se conversó muy poco de los aspectos técnicos del golpe.

Luego, Leigh regresó a su despacho a continuar su trabajo. Insensiblemente, el ritmo iba adquiriendo más velocidad, acicateado por la inminencia de los decisivos acontecimientos del día siguiente.

Mendoza apareció a la hora convenida. Volvió a leer línea por línea la proclama. La firmó. Por el almirante Merino lo hizo Carvajal. Leigh dio instrucciones al general de la FACH encargado de las comunicaciones, el “telecomunicante”, como le llamaba, para que estableciera la red de mando y comunicaciones con el Ejército.

Trabajó hasta las 20 horas.

Había muchas luces encendidas en el Ministerio, a pesar del propósito de simular que la rutina era la misma de cualquier día.

La esposa de Leigh estaba enterada de lo que iba a suceder. Era una mujer de hermosas facciones, considerablemente más joven que su marido. El general le había pedido de antemano que se preparara para ir a dormir con sus dos pequeños hijos, de 4 y 3 años, a casa de un oficial de la FACH en Los Domínicos.

Luego que salió de su oficina, Leigh pasó por su mujer y sus dos niños. Cenó en la casa de su compañero de armas en Los Domínicos. A las 23 horas, sigilosamente, se trasladó a la Academia de Guerra de la FACH.

Durmió poco. A las 5.30 horas, estaba en pie, mientras afuera había una oscuridad completa.

Notas

¹ Denominación improvisada por el propio Allende para salir del paso a preguntas que le hacían los periodistas opositores sobre esos hombres que le custodiaban. La prensa de oposición creó de inmediato la sigla GAP, que tenía un sentido burlesco.

² Estas conversaciones se efectuaron en la segunda quincena de julio de 1973. Se buscaba un acuerdo entre el gobierno y la DC sobre puntos que suscitaban gran controversia política, especialmente el problema de delimitación de las tres áreas de la economía y la devolución —por parte del MIR— del canal de televisión de la Universidad de Chile.

³ Tratamiento que se daban entre sí los izquierdistas.

⁴ Los masones se trataban de “hermanos” entre sí.

⁵ Ultimado el 22 de octubre de 1970 por un comando derechista que pretendía secuestrarlo para provocar una situación que impidiese que Salvador Allende asumiera el poder.

CÍRCULO

La noche del lunes 10, en la residencia presidencial de Tomás Moro, Hortensia Bussi de Allende relataba en la mesa su visita a México, que había concluido el día anterior con su regreso a Santiago.

La escuchaban Salvador Allende, su hija Isabel, su asesor personal Joan Garcés, de nacionalidad española, así como el ministro del Interior Carlos Briones, y el periodista Augusto Olivares.

La *Tencha* había viajado en compañía de Isabel y del edecán aéreo del Presidente, comandante Roberto Sánchez.

Su misión, como Primera Dama, había sido entregar a nombre del gobierno de Chile un riñón artificial al pueblo mexicano, luego de las inundaciones que se habían producido en una zona cercana a Guanajuato. La mujer del Presidente mexicano Luis Echeverría había estado en Chile con ocasión de un terremoto. Había vínculos de profunda simpatía entre el mandatario mexicano y su colega chileno.

La casa de Allende era una acumulación de obras de valor artístico-político.

El doctor había recibido muchos presentes en su larga vida política, cruzada por viajes y contactos con políticos prominentes de izquierda de todo el mundo. En las murallas, colgaban cuadros de Roberto Matta, Guayasamín, Picasso y Siqueiros. Más de una vez, con un esbozo de sonrisa, Allende había “expropiado” a amigos suyos—inmovilizados por el halago y la perplejidad— algún objeto que le gustaba.

Más allá, en la biblioteca, había una fotografía del Che Guevara dedicada a Allende. Este había conocido al revolucionario en La Habana, al mismo tiempo que a Fidel.

El Ché, al momento de encontrarse con Allende, sabía perfectamente quien era su visitante. Había seguido la figura del senador durante la campaña

presidencial chilena de 1952. Había escuchado dos discursos suyos. Uno — le confesaría más tarde— le había parecido muy bueno, y el otro muy malo.

Había querido conversar personalmente con Allende en Santiago. Había pedido audiencia. Pero la gente del equipo allendista no se la había concedido, a pesar de sus esperas de muchas horas. Y el futuro combatiente, cuyas ideas iban definiéndose, sólo pudo mirar de lejos al candidato presidencial. Allende pensaría después con disgusto hacia sus colaboradores, que le habían impedido la oportunidad de conocer, en sus inicios, a alguien que sería una figura en la historia política latinoamericana. No había intuido hasta donde llegaría ese joven argentino.

El Ché, ya amigo de Allende, había obsequiado al político chileno un ejemplar de su libro Guerra de guerrillas con una dedicatoria: “A Salvador Allende, que por otros medios trata de obtener lo mismo. Afectuosamente, Ché”.

En otro lugar de la biblioteca del Mandatario, miraba un rostro con la peculiar expresión asiática que siempre parece de astucia. Era Ho Chi Minh. El ex Presidente peruano Juan Velasco Alvarado había escrito en una fotografía suya una dedicatoria que era un juego de palabras, casi una rima: “Al Chicho Allende. El Chino Velasco”.

Eran colecciones que se habían acumulado casi espontáneamente. Se habían aproximado hasta Allende de modo inevitable, como el presente de los artistas o el recuerdo de los líderes a un hombre que avanzaba en la carrera del poder y con el cual se identificaban ideológicamente.

Hasta había un caimán embalsamado. Era un obsequio de Fidel Castro. Estaba en una suerte de pérgola, situada en el jardín, cerca de la piscina, dotada de chimenea y dispuesta con un living y una mesa de reuniones.

En la amplia casa, se apreciaba un tablero de ajedrez. El gobernante jugaba allí, lo mismo que su hija Beatriz. Le apasionaba ese juego. Era su entretenimiento favorito. Se lo había enseñado en Valparaíso, cuando adolescente, un viejo anarquista italiano al que había escuchado y admirado en largas conversaciones.

La residencia tenía un aspecto vivo, colorido, con todos sus objetos.

Allende había ido personalmente el día anterior a esperar a su mujer, su hija Isabel y al comandante Sánchez al aeropuerto.

Apenas les encontró y les saludó, les hizo un comentario: la situación en Chile era muy difícil. Agregó que hablaría en la Universidad Técnica del Estado, al día subsiguiente.

Luego subió con su mujer e Isabel en su automóvil y partió con su caravana de escolta. El edecán Sánchez se fue en otro vehículo.

Durante el trayecto de regreso a Tomás Moro, el Presidente habló muy poco. Su esposa lo observó de reojo. El gobernante estaba muy tenso.

*

Al mediodía de ese domingo, Allende había almorzado con su hermana Laura en Tomás Moro.

La mujer, madre de Andrés Pascal Allende, uno de los miembros de la dirección del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, era diputada por el Partido Socialista.

Muy hermosa, había sido reina de belleza en su juventud. La mala salud y el tiempo le habían ido resquebrajando la apariencia. Estaba enferma de cáncer.

Primero se había hecho extirpar un tumor en un pecho. Pero el cáncer le había pasado a los ganglios del brazo izquierdo. La quimioterapia le había afectado esa extremidad, que se mostraba hinchada y que en ocasiones tomaba dimensiones monstruosas: parecía un parásito de carne adherido al hombro.

Ella disimulaba la anormalidad con blusas. A veces, el dolor la obligaba a dormir con el brazo en alto, amarrado a la cabecera de su cama.

Durante el almuerzo, había llorado ante Allende.

Venía saliendo de su segunda operación de cáncer. Sentía el alma apretada y llena de temores: la había invadido una fragilidad extrema.

Su sensibilidad parecía exacerbada.

Allende se levantó. La estrechó e intentó consolarla.

Sus palabras fueron cortas, sobrias, intentando ser persuasivo. Dijo que había hecho todo lo posible por el éxito de su gobierno.

Los gestos y las conversaciones eran premonitorias. Aludían a las amenazantes perspectivas. Laurita se estaba asomando intuitivamente, percibiendo con su cuerpo, algún olor de desastre y de muerte.

Allende la quería profundamente. Y había confesado una vez ante una amiga suya:

—Ella es uno de mis grandes amores y pequeñas debilidades.

Agregó, con expresión de picardía:

—Porque los grandes hombres no nos permitimos más que pequeñas debilidades.

Laura abandonó la casa, pero luego regresó. La fatalidad parecía haber ido creciendo y estar atrayéndola hacia sí.

Allende la miró de una manera aguda y autoritaria. Le formuló una advertencia: si algo sucedía, ella no debía acudir a La Moneda.

Él pensaba en sus propias decisiones, en su voluntad preparada para resistir.

El Presidente se disponía a ir a Pudahuel a recibir a la *Tencha* y a su hija Isabel. Pidió a Laura que le acompañara. Ella se excusó. Se sentía extremadamente débil.

La *Tencha* seguía relatando su viaje a México y haciendo hincapié en las gentilezas del Presidente Echeverría.

Allende estaba tranquilo.

Después de cenar, haría un punteo de su discurso del día siguiente para anunciar el plebiscito, asesorado por el ministro Briones y los demás.

Por la tarde, luego de oscurecido, había estado conversando con su canciller, Clodomiro Almeyda, en La Moneda. El ministro venía retornando en esos momentos de una conferencia en Argel. El Presidente le había confiado lo que se proponía hacer. Estaba seguro de que su convocatoria al referéndum iba a apaciguar toda la tensión. Le atribuía un efecto instantáneo.

Había tomado una decisión difícil, porque muchos sectores de la izquierda eran hostiles a la idea.

Cada día le costaba más convencer a las fuerzas que integraban la coalición de gobierno para que respaldaran sus propuestas.

No era historia reciente. Tenía raíces en el sistema de cuoteos y pases de los partidos de la Unidad Popular a las decisiones del Ejecutivo. Era un sistema que imperaba desde el comienzo del régimen.

Allende estaba satisfecho del respaldo de los trabajadores a su administración. Lo consideraba real y eficaz. Tampoco se quejaba de la actitud mantenida por las Fuerzas Armadas. Habían respetado su investidura constitucional.

Pero, como más de alguna vez lo había confesado, la oposición del veto partidario a sus decisiones le impedía una conducción eficaz.

En abril de 1973, hizo llamar al diputado del pequeño partido Izquierda Cristiana, Julio Silva Solar, para que acudiera a su despacho.

Silva Solar concurrió donde él. Allende le señaló que había querido designarle ministro del Interior. Todos los partidos habían dado su

conformidad, excepto la propia Izquierda Cristiana.

—En vista de eso —le indicó— quiero que usted sea ministro de Minería.

Silva Solar, abogado e ideólogo, dijo que le faltaba idoneidad para desempeñarse en Minería y recomendó a otro miembro de la Izquierda Cristiana: un técnico.

El veto de su partido se había originado, en realidad, en el temor de que un probable cambio de rumbo del gobierno hacia posturas expresamente moderadas implicase disturbios político-sociales y la consiguiente represión por parte del titular del Interior. Ese “no” había bastado para paralizar al Presidente.

El propio Silva Solar y otros miembros de la Izquierda Cristiana habían escuchado, en una oportunidad anterior, reflexiones del Mandatario acerca de sus amarras: cómo, desde hacía tres meses, su partido no le entregaba su aprobación para que removiera a una dirigente socialista de juntas de vecinos que carecía de toda idoneidad.

Sus visitantes le plantearon que actuase independientemente de las fuerzas que sustentaban su gobierno.

Allende les indicó que eso significaría la división incluso dentro de su tienda, el Partido Socialista. Y que él no podía ponerse en situación de tener que reprimir a sus propios correligionarios. Una mayor autonomía le conduciría a un choque inevitable.

Allende debía haber hablado a las 11 de la mañana de ese lunes. Pero su intervención había sido postergada 24 horas.

Había un conflicto desatado en torno a la reforma constitucional sobre las tres áreas de propiedad. Pero el problema había crecido, y era mucho más que eso. Existía la sensación de crisis generalizada, de un inminente choque entre dos cuerpos colosales: el gobierno y la oposición. Se iba a decidir el futuro del país y alguien sería derrotado.

Eso se veía a simple vista. En el centro de la ciudad, se olía usualmente un aire enrarecido por las bombas lacrimógenas lanzadas hacía horas o minutos. La metrópoli se crispaba cada día más.

La gente tenía el rostro castigado, severo, por los nervios. Era difícil sobreponerse a la inseguridad. El desorden y la aspereza entraban por la nariz, con su aroma picante. La ciudad deslucida y desprovista de esperanza.

La oposición y, sobre todo, la clase media, se quejaban del desabastecimiento alimenticio, las colas y el desorden.

La incertidumbre les estrangulaba y endurecía.

El Presidente había discurrido la salida plebiscitaria.

—El gobierno se iba a jugar el todo por el todo —señala Briones—. Se había desencadenado un conflicto que alguien tenía que solucionar: el pueblo.

Allende quería que la ciudadanía se pronunciara sobre las reformas constitucionales y resolviera el duro conflicto de interpretación de la Carta Fundamental suscitado entre el Ejecutivo y los opositores.

Si la postura oficial era derrotada, cabía que quedasen nulas todas las estatizaciones de empresas efectuadas por el régimen. Y todavía más: el gobernante estaba dispuesto a dejar su cargo.

Pero, cualquiera fuese el desenlace, el Mandatario lograría el objetivo político de reunificar la tormentosa izquierda. Si abandonaba sus funciones, su gesto generoso y democrático pasaría a la historia; y las fuerzas que le apoyaban quedarían en pie de guerra electoral, irritadas por el resultado del referéndum, y preparándose para el siguiente episodio.

*

Pero Allende confiaba en un triunfo en el plebiscito.

Se lo señaló el día jueves 6 de septiembre al ex secretario general del Partido Demócrata Cristiano, Belisario Velasco.

Este había concurrido a conversar con él luego de varias reuniones sostenidas por el grupo de la Democracia Cristiana encabezado por el senador Renán Fuentealba y el diputado Bernardo Leighton que desarrollaba una tarea extraoficial desesperada por evitar un golpe.

Junto a Fuentealba, Leighton y Velasco, participaban en los esfuerzos el diputado Mariano Ruiz Esquide y otros.

Las gestiones para buscar una solución política se habían extendido hasta Italia. Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista de ese país, había conversado en Roma con importantes personeros políticos chilenos un par de meses antes, en julio, en casa de un periodista italiano.

Estaba consciente de la explosión que se preparaba en Chile. Coincidió con el diagnóstico que se le entregaba. Indicó que contactaría a sus camaradas chilenos para intentar que se buscara una salida.

Sin embargo, la confrontación política había seguido endureciéndose en Chile.

Velasco, representando parte de la voluntad que pretendía quebrar la trayectoria que llevaba a la conflagración, llegó a las 15.30 horas a la residencia de Tomás Moro, citado por Allende. Le hicieron pasar al salón principal de la casa.

El visitante se fijó en los numerosos cuadros de pintores contemporáneos que colgaban de las paredes. Las obras eran llamativas. Pero los muros no se veían recargados. Las pinturas tenían un peculiar sello latinoamericano.

Allende entró en el salón. Se saludaron. El Presidente ofreció té o café a Velasco, quien aceptó un té.

Cuando entraron en la conversación, el Presidente dijo estar perfectamente consciente de la situación crucial por la que atravesaba el país.

Velasco, esa misma noche, traspasó al papel el desarrollo de la reunión, según los recuerdos frescos, vívidos, que tenía en la memoria:

“Se extendió (Allende) sobre logros del gobierno que le darían un inmenso respaldo en caso de putsch de la CIA y de la derecha.

*“Además, dijo contar con respaldo del Ejército y **todas las Fuerzas Armadas y Carabineros (...)** Redondeó bien la frase para decir **todas las FF.AA.**”, anotó.*

Velasco explicó al Mandatario que, a juicio del sector encabezado por Leighton y Fuentealba, era necesaria una definición urgente frente a la posición ultrista de Carlos Altamirano y el sector del Partido Socialista que le seguía, y del cual el MIR no era sino una prolongación.

“El Presidente se molestó”, prosiguió escribiendo Velasco en su cuaderno. “Dijo que él controlaba la situación y al Partido Socialista y que todos los partidos y movimientos que lo apoyaron le eran leales y que el pueblo estaba con él.

“Dijo que las elecciones de marzo (parlamentarias) le habían dado un 44 por ciento y que eso, a nivel del pueblo, era un 55 por ciento; y que la CUT (Central Única de Trabajadores), mayoritariamente, en más del 60 por ciento de los trabajadores, le apoyaba.

“Que la CIA y la derecha nada sacaban con sabotear la producción y fabricación, importación y distribución de todo tipo de artículos.

“Que con organización y disciplina el gobierno del pueblo los derrotaría.

“Le dije que nosotros, honestamente, no veíamos esa organización y disciplina y que creíamos que la situación era de `vida o muerte’.

“Él se volvió a enojar, pero me dijo: ¿Qué piensa Renán?”.

“Le contesté que (Fuentealba opinaba) lo que le estaba diciendo; que pensaba que se había iniciado la cuenta regresiva y que era necesario que resolviera ya —mañana o pasado mañana— sobre las áreas de la

economía, sobre la base de un plebiscito con la propuesta Fuentealba-Juan Hamilton.

“Me contestó que tenía resuelto algo más completo y definitivo que esa cosa puntual. Que el problema no era ése”.

El Presidente indicó que la CIA y la derecha contaban con un apoyo cupular de la DC *“que representaba bancos, industriales e inversiones norteamericanas y alemanas, pero que él sabía que las bases demócratacristianas también le respaldarían (a él). `Piensan como los progresistas de la DC’, como ustedes.”*

—Le encargué a Carlos la preparación de una intervención mía para el lunes o martes próximo —señaló Allende.

—¿Qué Carlos?

—Al señor ministro del Interior, Carlos Briones ...para que lo tenga claro.

Pensó un momento y añadió:

—Tengo que hablar ahora con él. Ese discurso debe estar listo antes para revisarlo con...

Dejó la frase inconclusa.

—¿Con quién? —preguntó Velasco.

El Presidente rió. Le respondió que no le había dicho con quién, pero que él lo iba a revisar. Reiteró que apuraría a Briones para que cumpliera su encargo.

Velasco insistió en que, según lo veían los demócratacristianos, la situación era extrema. Le agregó que el Partido Comunista les había señalado en algunas reuniones su creencia de que el gobierno no podría controlar a los termocéfalos del Partido Socialista.

“El Presidente se volvió a enojar”, escribió el visitante, “y me dijo que no fuera tan repetitivo y que me había entendido perfectamente. Después se

puso un poco más amable y dijo que sabía que éramos demócratas, que Bernardo (Leighton) era demócrata y Fuentealba también, al igual que las bases populares de la DC, que él conocía, pero que no encontraba en (Patricio) Aylwin la misma disposición que en esos sectores”.

Velasco volvió otra vez a la inminencia del golpe, señalándole que “*teníamos informaciones serias que coincidían con el Partido Comunista que había un golpe preparado por la derecha y, la CIA, según decían, el que era inminente; y que en todas partes ya se hablaba de la rebelión de la Marina.*

“Dijo que sabía las cosas antes que sucedieran y que los demócratacristianos debían tener presente que él llamaba a plebiscito sobre bases más completas que las propuestas por la DC. Que iba a ganar el plebiscito con más del 55 por ciento y que iba a apurar a Carlos Briones en la preparación del discurso,” concluyeron las anotaciones del ex secretario general DC.

Velasco dejó la casa de Tomás Moro a las 17 horas. Había conversado una hora y media con Allende.

*

Esa noche del 10 de septiembre en que proseguía la cena en Tomás Moro iba a ser de muchas tensiones.

En plena comida, algo tarde, mientras la *Tencha* seguía relatando algunos hechos pintorescos o significativos de su viaje a México, llegó el ministro de Defensa Orlando Letelier.

Era un hombre pelirrojo, de grueso bigote y tez blanca. Estaba cuidadosamente peinado y vestido.

Durante años había sido funcionario internacional en Washington. Tenía carisma: desprendía una suerte de atractivo y de aplomo en sus movimientos y en sus palabras.

Luego que la *Tencha* y su hija Isabel se retiraron, el Presidente, junto con Letelier, Briones, Garcés y Olivares, se enfrascaron en la tarea del punteo en el escritorio de la residencia. Analizaron las posibilidades políticas del plebiscito y la manera en que se debía conducir esa acción.

Había problemas subsistentes: cómo compatibilizar el llamado a plebiscito con las conversaciones con la Democracia Cristiana, a pesar de que se las consideraba virtualmente sepultadas.

La reunión comenzó a sufrir interrupciones: llamados telefónicos.

Alfredo Joignant, director de Investigaciones, preguntó por Briones. Cuando el ministro se puso al teléfono, le indicó:

—La Guarnición de Santiago está acuartelada y no sabemos por qué.

Briones le agradeció la versión. Preguntó a Letelier si sabía algo sobre ello. El ministro lo ignoraba.

Allende se mostró molesto e impaciente:

—Pero, ¿cómo? Llame, averigüe.

Letelier telefoneó al general Herman Brady. El militar le señaló que preguntaría de qué se trataba. Pidió a Letelier el número de teléfono para llamarle de vuelta. El ministro le indicó que él le telefonaría.

Cuando Letelier se comunicó nuevamente con Brady, éste indicó que, efectivamente, se había dispuesto un acuartelamiento, pero a última hora. Por eso no le había informado.

La medida era —explicó— en previsión de desórdenes que pudieran ocurrir al día siguiente, en el transcurso de la huelga de transportistas.

A causa de ese movimiento, se había dado protección militar a las estaciones gasolineras.

El propio Brady había informado a Briones que en esos locales se producían discusiones que no resultaban convenientes para los oídos ni la

disciplina del personal. Los conductores que llegaban a cargar bencina hablaban indignadamente, con rudeza, atacando al gobierno.

Al dar cuenta a Briones de tales situaciones, Brady pidió al ministro que no objetara el retiro de personal desde las gasolineras que pretendía hacer en los días siguientes, porque había que preparar la tropa para la parada militar del día 19 en el parque Cousiño.

Letelier informó a Allende del motivo del acuartelamiento del que acababa de darle cuenta el general.

El ministro sintió otra vez cómo el peligro se aproximaba. Lo conocía bien.

El viernes último, hacía apenas tres días, había analizado la posibilidad de ese golpe que parecía, inexorablemente, ir tomando sus rasgos definitivos.

El encuentro había sido con dirigentes de su partido, el socialista, en casa de Carlos Lazo, presidente del Banco del Estado.

Estaban Carlos Altamirano, el senador Adonis Sepúlveda, el secretario de organización del Partido, Ariel Ulloa y Arnoldo Camú.

Letelier informó que ese mismo día había conversado con el comandante en jefe del Ejército, general Augusto Pinochet. Este había visitado varias unidades militares sondeando el pensamiento de la oficialidad. Cumplía instrucciones en tal sentido.

El ministro indicó que Pinochet le había manifestado que algunos oficiales eran partidarios de que hubiera “100 mil muertos hoy día” y no “un millón de muertos mañana”.

Ulloa reaccionó, tocado:

—¡Cómo es posible que tú, como ministro de Defensa aceptes que el comandante en jefe te diga eso! ¡Eso es sedición!

Pinochet había dado muy desapasionadamente su informe a Letelier, como si se limitara a retransmitir una realidad o un boletín meteorológico.

Los asistentes a la reunión discutieron la situación. Letelier había recibido carta blanca de Allende para que procediera con respecto a las Fuerzas Armadas. Hasta ese momento, el Presidente había resguardado celosamente sus prerrogativas, manteniendo bajo su más estricto control el tema castrense.

La conversación en casa de Lazo terminó con un acuerdo: se propondría al Primer Mandatario el llamado inmediato a retiro de una decena de generales y almirantes que, según las informaciones, preparaban un golpe: José Toribio Merino, Sergio Huidobro, Patricio Carvajal, Leigh, Oscar Bonilla, Sergio Arellano Stark y otros.

El riesgo era evidente: intentar el descabezamiento podía desencadenar la acción militar contra el gobierno. Pero era preferible hacerlo que continuar con esa situación que estaba demoliendo al gobierno y a sus cúpulas.

Luego se separaron.

*

La reunión en casa del Presidente prosiguió. Se iba cargando de un elemento impalpable que les hacía distraerse a todos, y especialmente a Letelier, del discurso del día siguiente.

Poco después, se recibió otro llamado de Joignant a Briones.

El director de Investigaciones le indicó que el intendente de Los Andes deseaba urgentemente comunicarse con él. Briones le pidió que avisara a ese funcionario donde le podía ubicar.

Al cabo de unos instantes, se recibió la llamada del intendente, quien señaló a Briones:

—Hay un movimiento muy raro de tropas, con camiones que salen. Es muy extraño. Tengo la impresión de que estos regimientos están movilizándose.

A Briones, la información sobre movimientos de tropas y acuartelamientos le daba vueltas dentro del cráneo. Sospechaba. Esos hechos que llegaban

nerviosamente, uno tras otro, hasta la casa de Allende, unidos a los juicios que él tenía sobre la situación, le hicieron comentar de pronto, sin dar espectacularidad a sus palabras:

—Esto es el golpe.

Olivares, corpulento, de gruesos anteojos y con un bigote de cepillo, estaba visiblemente desasosegado.

No se había podido concentrar en la conversación.

Era un hombre emocional, sensible ante lo que le rodeaba.

Desde hacía varios días, se mostraba pesimista frente a la gente cercana a él. Veía una situación inexorable: una insurrección militar imposible de detener.

Era director del Canal Nacional de Televisión. Allí había conversado con su secretaria. Indicando su escritorio, había pronosticado:

—Aquí se va a sentar un señor con gorra. Y lleno de pelitos.

Hablaba de una imagen: un “gorila”.

—Y va a haber torturas —agregó.

Insinuó a la mujer que se suicidaría si las Fuerzas Armadas derrocaban a Allende.

Escuchó el teléfono. Era un llamado para Letelier del secretario general del Partido Socialista, Carlos Altamirano. Este repetía las versiones sobre movimientos de tropas en Los Andes.

Briones estaba absorbido por el golpe, al igual que Olivares. Ya se había olvidado del plebiscito.

En las últimas semanas, se le habían entregado informes políticos de Investigaciones sobre la situación en Valparaíso. Los documentos daban

cuenta que quien dirigía la facción golpista de la Armada no era José Toribio Merino, sino los vicealmirantes Ismael Huerta y Sergio Huidobro.

Los papeles también indicaban que quienes habían dinamitado oleoductos pertenecían a la Armada y tenían vinculaciones con Huerta. Se daba cuenta de violentos altercados sostenidos entre éste y el jefe de Investigaciones de Valparaíso, a propósito de las pesquisas que se realizaban.

Briones señaló:

—Voy a recoger más información.

Eran cerca de las 2 de la madrugada. Partió hasta su casa de Mardoqueo Fernández, en Providencia.

No le esperaba la tranquilidad de la cama, sino nuevos llamados. Joignant le comenzó a dar informes sobre los movimientos de tropas.

El teléfono con Joignant funcionaba bien. Pero el que comunicaba al ministro directamente con los intendentes estaba cortado.

Alrededor de las 6.30 de la mañana, Joignant le informó del alzamiento de la Marina en Valparaíso, junto con el copamiento de la ciudad.

Briones trató de comunicarse con Allende. Hizo varios intentos hasta que lo consiguió. El Presidente lo escuchó y le dijo:

—Ya me llegó la información, no se preocupe. Tenemos que organizarnos, ver qué podemos hacer aquí. Tenemos al Cuerpo de Carabineros. Me voy a La Moneda en un rato más.

*

El senador Carlos Altamirano había llamado a la casa de Allende, durante esa noche agotadora, desde la residencia del embajador de Cuba, Raúl García Incháustegui, en calle San Patricio, junto a Vitacura.

El político había arribado al hogar del diplomático en su Fiat 600: “mi única propiedad”, repetía.

En su casa de Avenida Kennedy (inmueble que en realidad pertenecía a su mujer, Paulina Viollier), había dejado el número de teléfono del diplomático por si había alguna emergencia.

A la comida también asistían Ulises Estrada, consejero político de la Embajada, y Ariel Ulloa, del Partido Socialista.

Altamirano y Ulloa dieron a conocer a García y Estrada su visión sobre el momento político: había una situación que se veía irreversible; el golpe palpitaba y respiraba encima de ellos. El cuadro se les había hecho muy claro en los últimos días.

Plantearon que la decisión de los socialistas era tratar de enfrentar firmemente lo que venía, apoderándose de las industrias y empresas para resistir, o mediante otras fórmulas.

Ulloa había notado que Altamirano estaba deprimido, porque la situación le parecía incontrolable.

Señalaron a los diplomáticos cubanos que se habían esfumado las posibilidades políticas de llegar a algún acuerdo, en particular porque con la Democracia Cristiana se estaba en punto muerto. También se refirieron al plebiscito que iba a anunciar y realizar Allende.

A pesar de la información que manejaba, García se mostró impresionado.

El tenía la misma idea que sus invitados: era difícil evitar el golpe. Señaló que iba a comunicar de inmediato la situación a Fidel Castro.

Pero la cena del embajador comenzó a verse cortada en pedazos. Fue a causa de los llamados telefónicos. Eran para Altamirano. Desde el otro lado de la línea, hablaban al senador de movilizaciones de regimientos, de tropas que avanzaban sobre Santiago.

Eran mensajes no muy concretos, pero capaces de asustar.

Altamirano se comunicó varias veces con Allende. Analizó con García, Estrada y Ulloa las informaciones y su grado de verosimilitud.

Cerca de la una de la mañana, la figura de Altamirano apareció en la puerta de calle. El político se despidió del embajador y los demás y se introdujo en su pequeño vehículo, plegando su cuerpo y sus largas piernas de antiguo saltador de alto. Partió de vuelta a su hogar.

Ulloa se dirigió en su auto a su casa ubicada en Pedro de Valdivia Norte. Apenas alcanzó a pegar los ojos. Un telefonazo le puso en movimiento.

Era un dirigente del Comité Regional sur del Partido Socialista. Le informó que las tropas de la Fuerza Aérea de la base El Bosque estaban acuarteladas.

Ante las preguntas de Ulloa, su correligionario insistió: era clarísimo el acuartelamiento.

Cuando el otro colgó, Ulloa marcó el número de la casa de Altamirano. Le relató su conversación.

—Bueno. Voy a llamar al Presidente —dijo Altamirano.

Pocos minutos después, telefoneó Ulloa. Le señaló que Allende había formulado algunas consultas y que se le había dicho que había tranquilidad en Santiago.

—Y si hay una situación golpista y tenemos que pelear, peleamos, no más —había dicho a Altamirano el gobernante.

Ulloa estaba muy inquieto y era un hombre exigente. Algo se lo comía por dentro. Señaló al secretario general de su partido que la respuesta de Allende le parecía absolutamente insuficiente, y que había que comunicar a los compañeros socialistas que el golpe venía.

—Mira, Carlos —señaló enfáticamente—. Nosotros tenemos que tomar medidas para que nuestra gente se submarinee o tome posiciones en las empresas. Pero que todos cumplan con sus indicaciones.

Había instrucciones para la plana mayor socialista: casas de seguridad, sitios de funcionamiento de los comités regionales distintos de sus lugares

acostumbrados, un sistema de comunicaciones a través de teléfonos y télex.

—Mira, yo creo que hay que esperar hasta mañana —respondió Altamirano.

Quedaron de acuerdo en ello.

Altamirano se quedó dormido. A las seis de la mañana el teléfono sonó. Había movilización y acuartelamiento de tropas. Lo difuso adquiría perfiles.

Telefoneó a Allende a Tomás Moro. Le comunicaron con él. La voz del Mandatario sonaba extrañamente flemática y desapasionada. Hablaba con frases escuetas. Efectivamente, había un intento de golpe, pero no tenía mayor información. Se iba a dirigir a La Moneda dentro de algunos minutos.

El senador se levantó y se vistió. Telefoneó a Ulloa. Le dijo:

—La cosa va en serio.

Y le repitió la información que le había entregado Allende.

—Te paso a buscar al tiro —añadió.

Altamirano ponía en práctica una de las normas de seguridad que su partido había acordado: si ocurría un hecho imprevisto, algo tan especial como un intento de golpe de Estado, la dirección del Partido Socialista se reuniría en un lugar determinado de antemano.

Ese punto había sido cuidadosamente elegido por los especialistas que velaban por la integridad personal de los jerarcas socialistas. Era la industria Mademsa.

*

En el edificio General Norambuena de Carabineros, que se levanta en Catedral esquina Amunátegui, hubo noticias directas de lo que sucedía en Valparaíso a las cinco de la mañana.

La campanilla del teléfono que estaba al lado de la cama del subdirector del Cuerpo de Carabineros, general Jorge Urrutia, despertó al oficial.

Llamaba el prefecto porteño Luis Gutiérrez, comunicándose bajo la oscuridad previa al amanecer a más de cien kilómetros de distancia.

—Mi general, le llamo porque en este momento las tropas de marinería han salido a las calles de Valparaíso y disparan. Llaman al pueblo a que no salga de sus casas. La situación es gravísima.

Urrutia marcó inmediatamente el número de Tomás Moro. Preguntó por el Presidente Allende. Habló con él y le relató lo que estaba sucediendo.

—Voy a tomar medidas —señaló el Mandatario, vagamente, pero en tono firme.

Urrutia avisó al general director de Carabineros, José María Sepúlveda. Este señaló que se levantaría de inmediato para hacerse presente en la Dirección General del cuerpo. Había sido nombrado hacía poco en el cargo de ministro de Tierras y Colonización. Era la razón por la cual Urrutia le subrogaba.

Media hora después volvió a llamar el prefecto de Valparaíso. Urrutia le escuchó.

Los acontecimientos se atropellaban y hacían perder un tanto el orden mental. Era imposible adecuarse tan rápidamente a ellos.

Gutiérrez le informó que el regimiento Maipo había abandonado su cuartel. Sus efectivos habían montado en vehículos militares, partiendo hacia las vías de acceso a Valparaíso.

Urrutia volvió a telefonar a Allende. Le señaló:

—Presidente, me traslado a la Dirección General.

El Presidente le dio una instrucción luego de pensar brevemente:

—Dispongan lo conveniente de tal manera de cerrar la carretera de acceso hacia Santiago desde Valparaíso.

—Sí, Presidente. Voy a disponer que se trasladen de inmediato refuerzos al túnel Lo Prado.

Urrutia venía llegando de Concepción. Allí se había desempeñado como prefecto.

Pero su destinación en la zona penquista había finalizado a causa de un incidente con el secretario general del Partido Socialista local. Urrutia había chocado con él al producirse el homicidio del cabo de Carabineros, Aroca. Balas disparadas desde la sede del PS le habían provocado la muerte al suboficial.

Los hilos de la política se movieron y Urrutia cesó en el cargo. Sin embargo, le dieron una salida: iba a ocupar la subdirección general de Carabineros. Debía trasladarse a Santiago.

Y el 11 de septiembre estaba en la capital, ocupando un departamento en el octavo piso del edificio Norambuena. Su familia todavía permanecía en Concepción.

Urrutia hacía una vida ordenada y regular. La noche anterior se había recogido temprano.

*

Urrutia entró al ascensor y apretó el botón del piso bajo, para salir del edificio y dirigirse a su oficina en la Dirección General.

Se le vino a la memoria una escena vivida el 22 de agosto, apenas veinte días atrás, en la cual Allende se había referido al eventual golpe.

Se había reunido el Consejo Superior de Seguridad Nacional, Consupsena. En La Moneda estaban, entre otros, los tres comandantes en jefe: Carlos Prats, que terminaría por renunciar al día siguiente, y de la FACH, Gustavo Leigh. También el vicecomandante de la Armada, almirante Merino.

Allende había comenzado con algunas observaciones sobre la seguridad del país.

Dijo que Bolivia había adquirido 200 tanques. Y que Perú había comprado a Israel tanques para operar en el desierto. Habló de una carretera de importancia estratégica recién inaugurada en Bolivia y que se había construido con la colaboración brasileña.

Algunos uniformados pensaron que el gobernante quería inquietarlos con una suma de alusiones pesimistas tendientes a hacerles agruparse en torno al gobierno.

Luego, Allende se refirió a la forma en que se iba configurando el clima político interno para derrocar a su régimen.

—Creo que esta va a ser la última reunión, porque hoy la situación de mi patria es muy grave. Apelo a ustedes, señores comandantes, para que, viendo el problema y su gravedad, actúen como corresponde —señaló el Presidente.

Allende dijo algo que sonó melodramático a sus adversarios presentes en la reunión:

—Yo no quiero ver a mi patria sumida en sangre.

Algunos anotaban, como un ayuda memoria, las ideas que iba vertiendo el Jefe del Estado.

Allende abordó el tema de la tarea que correspondía a un gobierno. Dijo que “proyectar a un pueblo a su grandeza es muy diferente a destruirlo envileciéndole”.

—No me voy a suicidar ni a renunciar —afirmó, y en esas palabras se deslizó un desafío—. Hoy tengo más claras las ideas. Haré todo lo que pueda para evitar una guerra civil. Pero si se sobrepasan las fuerzas del Estado, apelaré al pueblo.

“Aquí está en marcha un golpe de Estado. Apelo a los jefes de las Fuerzas Armadas y al general director de Carabineros para evitar que se produzca”.

Señaló que la radio Sociedad Nacional de Agricultura, la noche anterior, había transmitido insistentemente un mensaje de carácter sedicioso en clave.

Aclaró que el gobierno no aceptaba Fuerzas Armadas paralelas:

—El grupo fascista Patria y Libertad está financiado por la SOFOFA (Sociedad de Fomento Fabril), la SNA (Sociedad Nacional de Agricultura) y el Partido Nacional. Se declara en la clandestinidad para combatir al gobierno.

Allende insistió en que la seguridad nacional descansaba en evitar el enfrentamiento. Y en que el papel del Consupsena era ése.

Indicó que la Democracia Cristiana y el ex candidato presidencial Radomiro Tomic, con sus ideas de socialismo comunitario, tenían parecido a la Unidad Popular.

—Mi gobierno es muy definido en cuanto al papel de las Fuerzas Armadas—insistió Allende—. Deseo integrarlas al rol nacional de progreso.

Poco menos de dos semanas después de esta reunión, Urrutia había estado con Allende en circunstancias aún más especiales. Había sido en plena madrugada en casa del Mandatario.

A la una de la mañana del día 4 de septiembre, el Presidente le había telefoneado a su departamento del edificio de Carabineros. Le preguntó si podía ir a verle a Tomás Moro en ese momento. Urrutia aceptó.

Era un hombre que respetaba las jerarquías. Así le habían enseñado, y esas lecciones formaban parte de su personalidad.

Llegó a la residencia presidencial. Lo condujeron ante Allende, que le invitó a sentarse al frente suyo.

—General, lo he llamado y perdone que lo convoque a esta hora, pero es necesario que usted me llame a retiro a los generales Mendoza y Yovane.

Urrutia lo quedó mirando. Su mente trató de razonar aceleradamente. El general intentaba acomodarse dentro de la situación que se le planteaba tan a quemarropa.

—Presidente, ¿me puede hacer el favor de decirme qué antecedentes tiene para tomar esa decisión?

La pregunta quedó, por el momento sin respuesta. Allende le siguió observando.

Urrutia se vio obligado a asumir la iniciativa.

—Porque yo no tengo ningún antecedente —dijo Urrutia—. Y quiero expresarme solamente en cuanto a Mendoza, porque del general Yovane no tengo mayor conocimiento. En realidad yo estaba en provincia, en Concepción, y los ascensos se producen a veces cuando uno no está dentro de la política institucional, que se hace en Santiago.

“Pero el general Mendoza es un oficial que le ha dado cierto prestigio a Carabineros en el deporte. El participó en varios concursos hípicas internacionales como miembro de las Fuerzas Armadas y de Orden, que con sus respectivas ramas ecuestres han concurrido a esos torneos. Y ocupó buenos lugares.

“En consecuencia, como yo no tengo ningún otro antecedente y sólo tengo éstos que hablan a favor de este general, no puedo decirle nada más”.

Allende le explicó que los datos que se le habían entregado daban cuenta que Mendoza, cuando era prefecto de Santiago, había recibido en su oficina a enemigos del gobierno.

—Presidente, no lo entiendo —señaló Urrutia, con su peculiar voz viva, que no se apagaba tratando de ser lo más convincente posible—. No le entiendo eso de que como prefecto jefe recibía a enemigos del gobierno.

“Porque es un calificativo que no creo que corresponda; porque un prefecto, si un ciudadano le pide audiencia, no entra a averiguar si es amigo o enemigo del gobierno. Carabineros se debe a la ciudadanía toda”.

Allende le clavó sus ojos especulativos. No se sabía en qué estaba pensando. O si, simplemente, dejaba transcurrir unos segundos con algún propósito.

—Bueno —dijo—. Tiene usted un poco de razón. Queda, entonces, bajo su responsabilidad.

—Bajo mi responsabilidad están todos en este momento en que soy general director de la institución. Pero usted sabe mejor que yo que la política institucional no la llevo. No puedo llamar a retiro ni trasladar a nadie.

“Así que, en este caso, es usted el que lo está ordenando y yo voy a cumplir la orden. Usted es mi superior. Si me da una orden, yo la voy a cumplir”.

—Entonces, estamos de acuerdo. ¿Y en cuánto al general Yovane?

—En cuanto al general Yovane, se cumple la orden.

En vista de la respuesta, Allende se guardó las razones de su determinación.

Se levantaron. El Presidente señaló a Urrutia, mientras le acompañaba a la puerta:

—Quiero que el general Mendoza hable conmigo.

—Como usted ordene, Presidente.

—Yo le indicaré el día y la hora.

Urrutia regresó a su departamento, meditando en las decisiones y motivaciones de Allende.

Al día siguiente, llamó a su presencia al general César Mendoza, quien era jefe del Departamento de Estudios de la Dirección General.

Urrutia entró bruscamente en materia.

—Recibí la orden del Presidente de llamarlo a retiro —le dijo.

El impacto se notó en el rostro de Mendoza.

—Pero no te alarmes, porque frente a las razones que él me dio y que te voy a contar, le expliqué las cosas al Presidente. El dijo que tú, en la Prefectura de Santiago, habías recibido a enemigos del gobierno. Ante ello, respondí lo que me correspondía.

Le explicó qué respuesta había dado.

Mendoza tomó por ese mismo camino cuando habló. Jamás había recibido a enemigos del gobierno, a gente que hubiera sabido que eran enemigos.

—Pero el Presidente puso una condición —le advirtió Urrutia—. Tú vas a tener que hablar con él, porque eso fue lo que me pidió.

Mendoza abandonó el despacho con un aspecto sombrío.

Urrutia hizo citar también al general Arturo Yovane. Le notificó que iba a ser llamado a retiro.

—Yo sé por qué me llama a retiro —dijo Yovane con notoria molestia.

—¿Por qué te llama a retiro? Yo no lo sé.

—Por razones políticas.

—¿Cómo? —preguntó Urrutia con el rostro coloreado—. No sabía que los generales pudieran tener razones políticas para ser llamados a retiro. Parece que te estás olvidando que perteneces a una institución jerarquizada, disciplinada y no deliberante. Porque así lo dice la Constitución Política.

Yovane quedó en silencio.

—Cortemos esta conversación que es perjudicial para ti —sentenció Urrutia—. Porque tú ya debes ir comprendiendo que yo puedo tomar una determinación en este momento, y que no quiero tomar, de detenerte.

Yovane asintió.

—Mira, para facilitarte un poco las cosas y para hacerlas por la línea que yo quisiera que hicieran conmigo, porque soy un general y no me pueden estar llamando a retiro como se llama a cualquier subalterno inferior... porque a un general no se le puede dar de baja... preséntame tú la petición de que te llame a retiro. Da cualquier motivo de orden particular y yo acojo la petición y le doy curso.

*

Mendoza llevó a cabo su conversación pendiente con Allende el sábado 8, en una comida realizada en la Escuela de Carabineros a insinuación del Presidente.

Era una cena durante la cual el general director, José María Sepúlveda, agradecería al gobernante su designación al frente de la cartera de Tierras y Colonización.

Allende hizo bromas a Mendoza a propósito de los consejos que el oficial le había dado sobre el modo de cabalgar. El Presidente iba a la Escuela a practicar equitación. Hubo fuertes carcajadas. Algunos oficiales llegaron a pensar, por el solo hecho de las risas, que Mendoza, a quien se consideraba un general disidente, estaba con Allende.

Yovane se encontraba ausente esa noche. Para evitar alguna posible molestia al Jefe del Estado, se le había pedido que fuese a una recepción a la Embajada de la República Popular China, representando a Carabineros. Los chinos celebraban un nuevo aniversario de la creación del Ejército Rojo de su país.

*

Urrutia salió caminando rápidamente del ascensor. Partió en su auto conducido por su chofer a la Dirección General, para comenzar un día que se le presentaba como una gran incertidumbre.

Sepúlveda aún no había llegado. Arribó alrededor de las siete y media. Señaló a Urrutia que reasumía de inmediato su cargo de general director.

—Entonces, yo me retiro —dijo Urrutia.

—Pero, ¿cómo que te retiras? —preguntó Sepúlveda, alarmado.

—No, no, me retiro a mi cuarto piso, a mi oficina.

Lo había dicho como una simple broma.

Sepúlveda le indicó que iría a La Moneda a reunirse con Allende. El general Urrutia subió a su despacho y allí quedó a la espera.

*

El senador Renán Fuentealba estaba con una fuerte gripe el día martes 11 en su casa de Avenida Vitacura, frente al estadio Manquehue.

Un correligionario suyo pasó personalmente a verle. Le dio la noticia del intento de golpe de Estado que se estaba iniciando.

Fuentealba se levantó. Como innumerables personas, se puso a escuchar un aparato de radio.

Lo llamó el ex ministro del Interior Bernardo Leighton. Quería ir a La Moneda. Fuentealba lo convenció de que no lo hiciera. Le explicó que se había dado una lucha para que la sublevación no ocurriera. Pero sin éxito. Todo había terminado.

El senador tenía un sentido realista. Veía lo que existía y no se negaba a creerlo.

No sólo había esparcido múltiples advertencias y mensajes tendientes a prevenir la posibilidad de golpe. También le había tocado ser interlocutor en uno de los postreros intentos de la UP para desmontar la eventual acción de las Fuerzas Armadas, durante la semana anterior.

El jueves 6 de septiembre, el mismo día en que el demócratacristiano Belisario Velasco se entrevistaba con Allende, Fuentealba se encontraba en su oficina del décimo tercer piso de un edificio situado en Huérfanos esquina Amunátegui.

El senador compartía el departamento con el diputado Mariano Ruiz Esquide en ese inmueble de gran superficie que parecía destinado al deterioro.

Sonó el teléfono. Era el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán.

Quería hablar personalmente, y con urgencia, con Fuentealba, quien le señaló que lo podía recibir de inmediato.

El secretario del PC llegó, con su aspecto cazurro e inofensivo, en compañía del diputado de su partido Jorge Insunza. Fuentealba se instaló con ellos en una pequeña salita. En ese lugar recibía usualmente a sus visitantes.

—Quiero hacerte una consulta —dijo Corvalán—. Quiero saber tu opinión.

Había ido al grano sin rodeos.

—Hemos pensado que lo que podría ser una solución para esto sería llamar a una asamblea constituyente de aquí a dos o tres meses más para elaborar una constitución que solucione los impases que existen actualmente entre el Presidente y el Congreso.

Fuentealba movió negativamente la cabeza. La propuesta le parecía increíble. La Unidad Popular había perdido, a su juicio, la credibilidad.

—Esto va a parecer una maniobra dilatoria —señaló—. Porque, mientras tanto, de aquí a tres meses en que se convoque la constituyente, ustedes van a continuar pasando al Estado industrias, tomándose fundos, etcétera. Yo lo encuentro un disparate. ¡Si estamos con el golpe encima!

—No, no te enojés —respondió Corvalán, ante el tono cortante de Fuentealba—. Sólo queríamos saber tu opinión, que para nosotros es importante.

—Mi opinión es negativa. Creo que esa fórmula es un error. Lo que Allende tiene que hacer es llamar a plebiscito sobre las tres áreas. Y si pierde, se va.

Esa es mi opinión.

Corvalán asintió y se levantó junto con Insunza.

La conversación había sido muy corta. El sondeo de Corvalán había fracasado.

*

El detective Quintín Romero era uno de los que estaba convencido, observando a Allende en sus giras a provincias, que si se intentaba un golpe de Estado, el pueblo iba a hacer frente a la insurrección y la iba a sofocar.

Tenía 28 años. Formaba parte de la sección Presidencia de la República del Servicio de Investigaciones. Era una unidad que trabajaba junto a la de Carabineros y al GAP.

El jefe de la sección era el inspector Juan Seoane: un hombre de buen talante y actitud cordial, sin la rigidez ni la dureza que, poco a poco, iban adquiriendo muchos funcionarios de la policía, como parte de su naturaleza.

En los desplazamientos del Presidente a provincias, Romero se admiraba de la masa humana que seguía a Allende. Pensaba que los trabajadores no permitirían que el Mandatario fuera depuesto.

La posibilidad de un golpe era un tema que analizaban los detectives con la gente del GAP. Constituía un tópico frecuente, igual como lo era el fútbol.

Ambos grupos convivían en la noche en los comedores de las dependencias anexas de Tomás Moro, después de terminar la guardia. Conversaban, comían y veían televisión.

Romero era un hombre de baja estatura, muy erguido, que daba la idea de soportar bien cualquier prueba. Tenía el aspecto de marinero de un buque de guerra. Se veía compacto y resistente.

En la mañana del martes 11, urgido y pensando en lo que estaría pasando con el levantamiento de la Armada, saltó en la esquina de Balmaceda con

Teatinos del microbús Pila Recoleta en que viajaba. Se lanzó al trote por Teatinos en dirección a La Moneda.

Iba sin afeitarse. Llevaba al cinto su pistola Browning calibre 9. En su parka se había echado dos cargadores (uno más que lo habitual) y un cortaplumas suizo con toda clase de hojas. Este le había sido regalado por Allende en la última Navidad. Los demás detectives de la sección Presidencia de la República habían recibido el mismo presente.

Ni siquiera acezaba en su trote. Su combustible era la energía nerviosa, exacerbada por las noticias.

Vivía en Emiliano Zapata: una calle situada a la entrada de Recoleta, en la comuna de Conchalí.

Su mujer, una profesora, se estaba levantando esa mañana, cuando escuchó la radio con las noticias alarmantes. Alertó a Romero. El detective no tenía teléfono en la casa. Nadie podría haberle avisado.

En cambio, su jefe, Seoane, a la misma hora, estaba poniendo en acción la cadena que había montado de una manera permanente para avisar a la gente de la sección en caso de una emergencia.

Desde su domicilio de calle Valenzuela Castillo, entre Manuel Montt y Miguel Claro, había avisado telefónicamente a sus subordinados. Y las órdenes, conforme la organización establecida, se irían traspasando.

Un GAP le había notificado desde Tomás Moro que se había producido un levantamiento en Valparaíso. Le agregó que el Presidente quería que partiera de inmediato hacia allá, porque deseaba dirigirse a La Moneda.

Luego que echó a andar la cadena, que seguiría avanzando por sí sola, Seoane trepó en su auto, un Chevy perteneciente al servicio, y se lanzó hacia el oriente de la ciudad.

Llevaba consigo una pistola Browning. En el auto había una ametralladora Walter con un cargador. El inspector había dejado en su casa un revólver Colt corto.

Pasó a buscar a otros tres funcionarios.

El Chevy tenía instalado un radiotransmisor que captaba tres canales: el servicio de carreteras de Carabineros, la central de Investigaciones y las transmisiones del equipo del Presidente de la República.

Mientras subían hacia Tomás Moro, Seoane y sus acompañantes se iban enterando de los movimientos de Allende a través del radiotransmisor. Escucharon que el Presidente había salido de su casa.

Alguien se quejó con una interjección ante la noticia. La carrera sonaba a viaje perdido.

Llegaron a Tomas Moro y casi de inmediato partieron de nuevo, a la siga del Presidente. Bajaron velozmente hacia el centro de la ciudad.

En Teatinos con Huérfanos había una barrera custodiada por Carabineros. Los uniformados se hicieron a un lado sin necesidad de que les dijese una palabra.

Al parecer, los identificaban a ellos y al automóvil.

Poco más adelante, el Chevy se detuvo unos segundos. Seoane había reconocido a dos detectives de su equipo, los que iban al trote hacia La Moneda. Se detuvo. Una de las puertas fue abierta. Los dos hombres saltaron al interior.

Los policías les informaron que el levantamiento de los uniformados se estaba extendiendo.

El auto carecía de un radio receptor de onda larga. Sus ocupantes nada sabían acerca de lo que había estado sucediendo más allá de los tres canales que podían escuchar.

El vehículo dio una vuelta en torno a La Moneda, por delante de la fachada del Ministerio de Relaciones Exteriores, y se estacionó frente a Morandé 80, hacia el costado del Ministerio de Obras Públicas. Seoane ingresó al

Palacio de Gobierno con sus tres compañeros. Allende ya estaba en el edificio.

Quintín Romero también. Varios carabineros le habían detenido en su trote sostenido por Teatinos. Les mostró su placa y el carnet especial firmado hacía un año y medio por quien era, en ese entonces, prefecto de Carabineros de Santiago: César Mendoza.

Los uniformados le dejaron seguir.

*

No sólo los detectives, los médicos y otro personal estable se estaban congregando en La Moneda. Comenzaron a llegar conocidas figuras del gobierno. Y no únicamente ellos: asimismo, funcionarios anónimos que se desempeñaban en reparticiones públicas situadas en las cercanías y que señalaban que iban para defender al Presidente Allende y su régimen.

Seoane, junto a los detectives, observaba a quienes arribaban, como si fuera espectador, y no protagonista. Pensaba que lo que estaba sucediendo podía ser similar al “tancazo”: nada decisivo, nada que implicara un cambio del cielo a la tierra.

Si no se planteaba aún como un hecho irresistible y fatal el panorama de golpe de Estado que se estaba dando en el país, era probablemente porque no asociaba una insurrección militar con sangre. ¿Un golpe de Estado? Su mente lo percibía “a la argentina”: un cambio de ocupantes del palacio presidencial y prácticamente ninguna baja. Aséptico y limpio como transferencia bancaria.

Conversó con sus hombres, para examinar de qué manera podían participar en una eventual defensa del edificio. Pero no consideraba seriamente una posibilidad de trabar combate con las Fuerzas Armadas.

Era un profesional de la policía: alguien que trabajaba con armas. Le bastaba eso para comprender que con los juguetitos que tenían en las manos no podían enfrentarse con un tanque.

Se dirigió a la oficina que tenía Investigaciones en La Moneda. El recinto estaba en el patio de los cañones, en una habitación que compartían con los carabineros de la escolta que encabezaba José Muñoz.

Seoane levantó el citófono y se comunicó con el director del Servicio de Investigaciones, el socialista Alfredo Joignant. Este era un funcionario designado políticamente.

—Señor director, aquí estamos. Hay 18 funcionarios. Me gustaría saber la situación que hay y qué vamos a hacer.

Joignant le señaló que el Ejército y la Armada se habían sublevado y que pretendían tomarse el poder.

—Pero usted se queda ahí con el Presidente, en defensa de La Moneda. Quédese con el Presidente y defiéndalo. Esas son sus instrucciones.

—Comprendido.

*

Cuando faltaban 20 minutos para las siete de la mañana, el émbolo del golpe en Carabineros, el general Arturo Yovane, jefe del Departamento de Servicios de la institución, estaba instalado en el décimo piso del edificio Norambuena, en la central de radio.

Se encontró con una sorpresa: el general director subrogante, Jorge Urrutia, no había sido detenido.

La noche anterior, había ordenado a dos tenientes coroneles que prestaban servicios en Norambuena y que estaban alineados con el golpe, que detuvieran a las seis de la mañana a Urrutia en su habitación.

Los dos oficiales asintieron.

Pero el llamado a Urrutia del prefecto de Carabineros de Valparaíso, Luis Gutiérrez, había puesto en movimiento, muy temprano, al general.

Tiempo después, al reflexionar sobre el aviso recibido por Urrutia desde el puerto, Yovane sonreiría ante una paradoja: Gutiérrez, bajo el gobierno de Allende, había sido acusado de tratar con dureza a la Izquierda. Se decía que dos hijos suyos militaban en el movimiento ultraderechista Patria y Libertad.

Por su supuesto “filo-derechismo,” Gutiérrez había sido llamado a Santiago en 1973 para insistir acerca de la necesidad de que cambiara de proceder. Y, sin embargo, había sido el primero en dar una noticia cierta sobre el inicio del golpe.

Yovane, en la central de radio, al comando de las comunicaciones, se sentía como un vencedor o un casi vencedor: a punto de dar vuelta la situación.

En dos oportunidades, Allende había tratado de deshacerse de él, disponiendo su retiro de la institución.

Una de las intentonas presidenciales había sido la notificación de retiro que le había transmitido el general Urrutia el 5 de septiembre. Ahora le sonaba ridícula. Pero antes se había registrado otra: el día 22 de agosto.

El día 21 había sido trasladado desde Valparaíso a Santiago. Recibió la orden con perplejidad, sintiéndose descubierto en sus reuniones clandestinas. La instrucción indicaba que al día siguiente debía presentarse en el despacho del general director, José María Sepúlveda.

Yovane tenía una relación estrecha con Sepúlveda.

Este era muy amigo de un hermano suyo, Manuel, coronel de intendencia de Carabineros y gerente del club de la policía uniformada. Sepúlveda y Manuel Yovane eran masones. Tenían afinidades de carácter. Ese lazo amistoso se extendió hacia Arturo Yovane.

A éste, Sepúlveda le debía algo: su permanencia a la cabeza de la institución.

Allende, luego del “tanquetazo”, resolvió pedir la renuncia al general director, quien se hallaba de viaje en Europa. El Presidente estaba irritado.

Le pareció que Sepúlveda no se había hecho presente de ninguna manera en la emergencia.

Yovane reaccionó. Tenía iniciativa. En una reunión de generales de Carabineros, sostuvo que no podía aceptarse la pretensión del Presidente. Tocó un punto sensible para esos altos oficiales. Dijo que la determinación que Allende había adoptado con el jefe máximo de Carabineros difícilmente la emplearía con los comandantes en jefe del Ejército, la Aviación o la Armada.

El generalato de la policía uniformada respaldó a Sepúlveda. Esa postura colectiva lo salvó.

Yovane llegó de Valparaíso y se presentó en el despacho de Sepúlveda.

El general director observó a su amigo y subordinado. Era alrededor de la una y media de la tarde.

—El Presidente me ha pedido que lo llame a retiro —le dijo abruptamente.

—Bueno, si eso está decidido, no me queda otra que cumplir.

Yovane tenía un gesto un poco torcido de la boca y una expresión algo estoica, difícil de penetrar. Su mandíbula era terca.

—Pero usted no se va a ir —señaló Sepúlveda, astutamente—. Espérese un ratito.

Cogió el citófono blanco que le comunicaba directamente con Allende. Marcó y se puso en contacto con el Mandatario.

Le saludó. Le dijo que no había novedades. Yovane, un poco inconfortable, escuchaba la conversación.

—Presidente —señaló Sepúlveda—. Tengo aquí al general Yovane.

—¡Pero cómo tiene ahí a ese general sedicioso!

—¿Cómo dijo, Presidente? —preguntó Sepúlveda, y acercó el citófono al oído de Yovane.

—¡Cómo puede tener ahí a ese general sedicioso! —repitió Allende.

Siguieron conversando. Sepúlveda dijo luego al Presidente:

—¿Me permite una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Usted tiene confianza en mí?

—Ciento por ciento. Eso usted lo sabe.

—Bueno: yo tengo confianza en el general Yovane. Déjemelo a mí, Presidente. Yo respondo por el general Yovane.

—Bien. Usted sabrá lo que hace. Pero usted me responde.

Sepúlveda colgó el aparato y miró a Yovane con una expresión socarrona. Ni siquiera le preguntó si estaba verdaderamente involucrado en algún intento de sublevación.

Yovane logró sortear el obstáculo, pero se le destinó al cargo de jefe del Departamento de Servicios: una función en la que sólo se contactaba con civiles y no tenía mando de tropa.

Pero a pesar de los obstáculos y de la decisión de Allende de deshacerse de él planteada dos veces, esa mañana estaba instalado en la central de radio, listo para lo que vendría.

No había dejado de conspirar, y con eficacia, hasta último momento. Había ganado para el golpe unidades claves de la policía uniformada, entre ellas, el escuadrón de ametralladoras.

La última acción decisiva la había cumplido la noche anterior.

Junto con Mendoza, había concurrido a la Escuela de Carabineros para obtener la adhesión de esa entidad formadora de futuros oficiales. Lo había logrado.

De paso, ordenó a un capitán que hiciera guardia junto a la casa del intendente de Santiago, Julio Stuardo, que vivía muy cerca de la Escuela, para impedirle salir a la mañana siguiente.

Luego, Yovane se había dirigido a Maipú, a dormir en casa de un amigo suyo: Juan Kassis, fabricante de cecinas. En esa misma vivienda el general había estado reunido con oficiales de Carabineros analizando el eventual derrocamiento de Allende.

A las 7.30 horas, vio entrar al general Mendoza en la oficina en que se encontraba.

Mendoza tenía un rostro airado y perplejo.

—¿Y qué fue lo que pasó? ¡Está lleno de carabineros y tanquetas alrededor de La Moneda!

—Quédate tranquilo —dijo Yovane—. Está todo organizado por nosotros.

El general Urrutia había ordenado, muy temprano, el traslado de 22 tanquetas desde la Escuela de Suboficiales a La Moneda, así como de mil hombres para defender el edificio.

Yovane llamó por radio a un par de oficiales a cargo de las tanquetas para demostrar a Mendoza que él controlaba realmente esa fuerza. Sonrió al futuro general director después de la prueba.

Las órdenes que había dado era de que acataran las instrucciones que recibieran de Mendoza y de él, pero que fueran pasivos en toda otra circunstancia y que no se enfrentaran, por ningún motivo, con los efectivos de las Fuerzas Armadas.

Si todo funcionaba como se había planeado, Sepúlveda quedaría sumido en la impotencia, anulado, sin que la tropa le obedeciera realmente.

Yovane había pensado más de una vez si sería acertado advertir a Sepúlveda del golpe, invitándole, además, a participar.

Llegó a la conclusión de que constituiría un riesgo. El general director era calificado como un constitucionalista. Formaba parte del gabinete de Allende y quizá ese hecho le obligaba a la lealtad con el Presidente.

Por eso, Yovane, que trabajaba con seguridades, decidió dejarle al margen.

*

El doctor Edgardo Enríquez, de 61 años, ministro de Educación, había sido médico de la Armada.

Era el padre de Miguel y Edgardo, líderes del Movimiento de Izquierda Revolucionario, MIR. Llegó a tener el grado de capitán de navío. El año 1970, le habría correspondido ascender a almirante.

Pero en 1969 había pedido permiso sin sueldo en la Marina, a fin de asumir la rectoría de la Universidad de Concepción. La comunidad del plantel lo había elegido para el cargo, según el sistema imperante en las universidades chilenas.

Tuvo choques con el gobierno del Presidente Frei. Por eso prefirió finalmente, el retiro de la Armada.

Era un hombre alto, con un porte de dignidad. Pertenecía al Partido Radical.

Esa mañana del 11 se había levantado, como de costumbre en los últimos años, a las cinco de la mañana.

—Es una costumbre de viejo —decía. A los viejos los bota la cama.

Vivía con su mujer en un departamento de Avenida Providencia.

Se instaló a trabajar. Escribía el discurso que debía pronunciar en un acto que presidiría en el teatro Municipal. Se iba a celebrar el Día del Maestro. Entregaría diplomas a profesores que iban a cumplir 30 años de servicio.

Cerca de las 8 de la mañana, sonó el teléfono. Enríquez se levantó y caminó hacia el aparato, que estaba a cierta distancia.

Era un amigo suyo quien le llamaba.

—¡Se sublevaron las Fuerzas Armadas! ¡Ven a mi casa, que te escondo!

El rostro moreno y difícil de alterar de Enríquez, cruzado por un bigote canoso, permaneció igual. Las palpitaciones eran imperceptibles bajo esa piel.

—No —respondió—. ¿Por qué me voy a esconder? Yo me voy a mi Ministerio. Allá voy a estar yo.

Su auto oficial, conducido por su chofer, ya había llegado. Enríquez se despidió de su esposa, bajó, trepó al vehículo y partió hacia su oficina.

Tenía un carácter firme. Su cuerpo grande, su mirada directa y esa voz que no vacilaba, terminaban por abrirse paso y por reivindicar derechos. Era difícil negárselos y oponérsele.

A veces, relataba una anécdota: un incidente que había tenido con quien, años más tarde, sería el vicario general castrense, Francisco Javier Gillmore.

El choque se había registrado a bordo del acorazado Almirante Latorre, cuando él era teniente.

El día domingo, en la mesa, a la hora de almuerzo, Gillmore se había dirigido en voz alta a un capitán, delante de todos.

—No lo vi en la misa esta mañana.

—Es que me quedé dormido, señor —respondió el oficial.

—Ni tampoco al doctor —señaló mirando a Enríquez.

—No me va a ver nunca, puesto que no soy católico —dijo Enríquez, secamente, con la sangre haciéndole oleajes contra las paredes de su cuerpo

—. Así es que no se haga problemas conmigo.

Hubo un silencio durante algunos segundos, porque había asomado su cara fea la ira, en medio de esos rostros educados a los que gobernaba el autocontrol. Gillmore quedó en silencio.

Al domingo siguiente, el capellán logró que se tocara llamada general en la nave. La tripulación apareció por todos los agujeros y se formó. Gillmore ofició misa ante el ordenado grupo.

Enríquez decidió protestar. Pidió hablar con el segundo comandante del acorazado.

—Eso que hizo Gillmore es inconstitucional. No puede ser —señaló molesto.

Luego concurrió a encararse con Gillmore. Le dijo que llevar gente a la fuerza a misa era un pecado.

Quedó con mala opinión del capellán.

Cuando ese hombre no dado a los rodeos llegó al Ministerio de Educación, ya en alerta sobre el golpe, subió a su despacho en el séptimo piso. Le esperaba el subsecretario de su cartera, el socialista Waldo Suárez.

Este le señaló:

—Ministro: las mujeres del Ministerio no se quieren ir.

Enríquez hizo llamar a las dirigentes femeninas. Se había instalado en su oficina. Cuando las funcionarias llegaron a su presencia, les indicó, con un tono paternal:

—Miren, tienen que evacuar el Ministerio. Va a haber balas. Esto va a ser muy peligroso.

Las mujeres se negaron a retirarse.

—No nos vamos. Nos quedamos aquí, con nuestro Presidente —respondió una de ellas.

—Entonces, cuando menos desocupen el hogar infantil y la sala cuna. Hay que evacuar esto, porque los niños no se pueden quedar aquí. Va a haber balas, bombas lacrimógenas.

En el parvulario del Ministerio, los empleados dejaban a sus hijos pequeños.

Las mujeres se dirigieron hacia esa dependencia.

Enríquez miró a Suárez. Se levantó. Le pidió, así como a otro alto funcionario, que le acompañaran. Iba a ver al Presidente Allende.

Bajaron en el ascensor. Y cuando salieron a la calle para echar a caminar hacia La Moneda, eran alrededor de las 8.20 horas.

*

Desde el mes de junio, fecha del “tanquetazo”, los miembros de la Comisión Política del MIR —la más alta dirección del movimiento— trataban de dormir en distintos lugares cada noche. Habían adoptado extremas medidas de seguridad.

La aplicación de la Ley de Control de Armas presionaba a los miristas. Además, estaba la orden de detención contra el secretario general, Miguel Enríquez.

Dentro de su sigilo, nueve o diez miembros de la Comisión Política se reunían diariamente en una casa dedicada especialmente a esa función. No era un local estrictamente secreto. Sin embargo, pocas personas lo conocían.

Pero las precauciones se relajaban. Los miristas no eran tan profesionales ni inflexibles. En la noche del lunes 10 de septiembre, uno de sus más importantes dirigentes, el economista Roberto Moreno, durmió en su domicilio.

El MIR estaba informado de que Allende iba a realizar una acción política de importancia trascendental: el anuncio de un plebiscito.

No les agradaba la decisión del Presidente. La calificaban de “capitulación”, por mucho que pretendiera conjurar el golpe de Estado.

Enríquez había estado con Allende la noche del día domingo 9, hasta cerca de las dos de la madrugada.

El Presidente le había pedido que lo fuera a ver. El MIR no estaba en las mejores relaciones con Allende a causa de la Ley del Control de Armas, que no les dejaba reposar ni actuar cómodamente.

Los miristas habían estado reunidos ese mismo domingo para analizar lo que el eventual plebiscito representaba. Su resolución fue oponerse frontalmente a esa salida.

Enríquez, en su conversación de la noche, sentado frente a Allende, informó a éste de los puntos de vista del MIR. Le señaló que, hasta el momento, se había estado viviendo una situación pre-revolucionaria. Resultaba perfectamente posible avanzar en un proceso más firme y profundo y dentro de una perspectiva socialista.

Alto, decidido, con un bigote como pintado con tinta china y el pelo cayéndole sobre la frente, Enríquez parecía carecer de dudas.

Se había graduado como médico y especializado en Neurocirugía. Un día comunicó a su padre que había estudiado medicina para ayudar al pueblo, pero que creía que en esa profesión estaba restringido y que podría lograr más trabajando en un partido político que pretendiera mejorar las condiciones de vida de los postergados. En ese instante comenzó su nueva vida.

Enríquez afirmó a Allende que su oferta de renuncia en caso de perder el plebiscito implicaba una claudicación y que podría producir un enorme retroceso en la lucha por establecer un estado socialista en Chile. Si el Presidente se retiraba, se habría consumado un “golpe blanco” de la

burguesía y los militares. Sin sangre ni muertos, esos poderosos sectores recuperarían el poder.

Los miristas consideraban el plebiscito concebido por Allende como el fruto de la presión de los opositores al gobierno. Aunque les parecía que esa fórmula podría dejar sin fundamentación ni base plausible el golpe, la rechazaban.

El MIR pensaba que había fuerzas populares como para resistir esa ofensiva y lanzar, en cambio, una contraofensiva. Esto, sin duda provocaría un enfrentamiento. Pero la Comisión Política del movimiento estimaba que la reacción del pueblo organizado, junto con el empleo de armas, podría impedir la consumación del golpe y provocaría la derrota política de las Fuerzas Armadas.

La ofensiva de las masas, pensaban los miristas, tendría repercusiones al interior de las Fuerzas Armadas. Los miristas manejaban unos cálculos imprecisos, pero en los que tenían fe. Confiaban en que en distintas unidades o regimientos había un importante sector de oficiales que no estaban por el golpe o que, claramente, simpatizaban con la izquierda.

Estos grupos pesarían en el momento en que el intento de sublevación castrense fuese enfrentado y detenido por la movilización popular.

Dentro de estas posibilidades estratégicas, el MIR incluía al Ejército, la Armada y la FACH.

“De Carabineros no teníamos una visión muy clara”, dice Roberto Moreno, en la cafetería un poco artificial del hotel Camino Real de Buenos Aires. “No teníamos mucho trabajo allí ni nosotros ni otros partidos. Pero tampoco considerábamos a los Carabineros una fuerza decisiva para la eventualidad. Más bien creíamos que operando al interior del Ejército y las otras Fuerzas Armadas, podría lograrse ese efecto”.

Moreno es de estatura más bien baja, de piel morena, y con calvicie. En esos días de septiembre de 1973, tenía 36 años. Habla con voz suave. No concuerda con la idea de la energía agresiva o voluntad poderosa y visible que se le puede atribuir a un mirista.

*

Esa mañana del 11 de septiembre, sin saber lo que estaba ocurriendo, Moreno partió a dejar a su mujer a su trabajo, en auto. Ella iba a la estatizada Industria de Radio y Televisión, IRT, en Avenida Vicuña Mackenna. Salieron desde su departamento en el sector de los bloques de Carlos Antúnez.

El MIR no había considerado que el golpe pudiera producirse tan pronto.

El día anterior se había reunido la Comisión Política del movimiento, para escuchar la cuenta de Miguel Enríquez acerca de su larga conversación con Allende. Los propósitos del Presidente también se comunicaron a los distintos regionales de Santiago, así como los de Valparaíso y Concepción, que se reunieron en el curso de la jornada.

Se reafirmaron las primeras conclusiones. El plebiscito abría una perspectiva de retroceso de la Unidad Popular. Se iniciaría una negociación que implicaría concesiones del gobierno. El régimen quedaría vulnerable e iniciaría una virtual caída.

El vehículo de Moreno avanzaba, con él y su mujer con la mente un poco fija e inmóvil después de la levantada.

De pronto, el dirigente comenzó a notar que en algunos autos que se movían a gran velocidad, había personas con el cuerpo semi asomado, agitando banderas chilenas.

El estómago les vibró a él y a su mujer. El dirigente mirista intuyó lo que estaba sucediendo.

Dejó a su mujer en IRT y siguió hacia el sur por Vicuña Mackenna, a la casa en que se realizaría ese día una reunión plenaria de la Comisión Política del MIR.

La vivienda estaba junto al paradero 12 de la Gran Avenida. Moreno aceleró el auto.

Era uno de los hombres de mayor importancia del movimiento. Como encargado de organización, se veía cada día con Miguel Enríquez y con el responsable de las tareas militares.

Mientras avanzaba, notó nuevos signos que le confirmaron sus sospechas: algunas personas en la calle, sonrientes, dándose abrazos y apretones de mano; más banderas chilenas.

Pensó que seguramente necesitarían trasladarse a la casa de acuartelamiento.

Era un inmueble situado en las afueras de Santiago. Tenía comunicaciones no sólo a través del teléfono, sino mediante un equipo de radio. Disponía de un taller de documentación, armamento y dinero.

Moreno ubicó la casa de reunión. Siguió de largo un par de cuadras. Dejó su vehículo estacionado y regresó caminando.

Ya había ajetreo y alarma en la vivienda. Le confirmaron: un intento de golpe de Estado se encontraba en marcha, lanzado por las Fuerzas Armadas. A través del teléfono, desde la casa se estaba convocando a dirigentes que trabajaban en distintas estructuras del MIR.

Miguel Enríquez ya había llegado. Dirigía las actividades en el inmueble.

Se pusieron en contacto con dirigentes de otros partidos. Querían averiguar qué grado de reacción popular se registraba.

De partida, ellos ya sabían de un lugar en que poco podría ocurrir: en Temuco, donde la represión contra el MIR había comenzado hacía dos días, con allanamientos de la Fuerza Aérea a campamentos o poblaciones pobres.

Enríquez llamó al Presidente Allende a La Moneda.

El Mandatario tenía una voz tranquila. Le dijo que creía que iba a poder controlar el brote de sublevación.

—La situación es extraordinariamente grave. Pero no está todo perdido — señaló.

Le pidió que se mantuviera a la expectativa.

Allende trasmitía una sólida serenidad.

*

Cuando el Peugeot 404 de color celeste de Carlos Altamirano se detuvo ante la casa de Ariel Ulloa, éste salió y trepó dentro del auto.

El Peugeot era un vehículo oficial del partido, asignado a Altamirano como secretario general.

El senador señaló a Ulloa, mientras viajaban, que se dirigirían hacia el centro, a las oficinas de la Corporación de Mejoramiento Urbano, y no a la industria Mademsa. En la CORMU se encontrarían con otros dirigentes del partido.

Originalmente se había elegido a Mademsa como centro de reunión de la más alta jerarquía socialista en caso de un intento de golpe. Motivos: porque ahí trabajaba una masa obrera importante que, supuestamente, protegería a la dirección partidaria en caso necesario. Por lo demás, los socialistas habían instalado en esa empresa su aparato de comunicaciones luego de haberla designado como su eventual cuartel general.

El auto de Altamirano se desplazaba velozmente. Eran alrededor de las siete de la mañana.

Las oficinas de la CORMU estaban en Portugal con Marín, en el ex colegio de las Monjas Inglesas. Llegaron hasta allí Adonis Sepúlveda, Carlos Lazo (gran amigo de Altamirano), Hernán del Canto, ex ministro del Interior, Rolando Calderón, ex ministro de Agricultura, y Arnoldo Camú.

Poco después, telefonearon a Allende a Tomás Moro.

El Presidente no estaba en la residencia. Había partido hacia La Moneda.

Altamirano logró hablar con el gobernante alrededor de una hora después.

Escuchó atentamente lo que decía Allende. Pero éste no dio ninguna orientación precisa o aclaratoria. Sólo comunicó que se estaban haciendo todas las gestiones posibles con el Ministerio de Defensa. Agregó que la tarea le había sido encomendada al ministro Orlando Letelier.

Los demás percibían la frialdad de la conversación entre el Presidente y el senador.

Este insistió ante Allende acerca de la opinión de los dirigentes socialistas reunidos en la CORMU en ese momento: debía salir de La Moneda. Era inconveniente que se quedase allí. Le sugirió que se dirigiera a la Escuela de Suboficiales de Carabineros.

El gobernante rechazó la proposición.

La voz de Altamirano sonaba maquinal y metálica en su diálogo con el Mandatario. Estaba hablando sin ofrecer mayor argumentación, sin intentar convencer encarnizadamente a Allende.

Lo hacía así porque no creía en la eficacia de sus esfuerzos. Desde mucho antes, conocía cual sería la decisión del Presidente: permanecer en el palacio de gobierno y no salir del edificio si ocurría un golpe de Estado.

Colgó e hizo un gesto escéptico, dando a entender que no era mucho lo que había averiguado ni sacado en limpio.

Intentaron reunir noticias de lo que sucedía haciendo diversos llamados telefónicos. Hablaban con la mayor cautela, cuidando las palabras y buscando eufemismos. Temían la interceptación de las comunicaciones.

A medida que transcurría el tiempo, había más retazos de información. Escuchaban las noticias de las radioemisoras. Sus interlocutores en la línea telefónica agregaban datos.

Había en la sala un comienzo de asfixia: un clima de creciente derrota. Las conclusiones afloraban por sí solas: las tres ramas de la Defensa aparecían actuando juntas.

Ellos sabían que, en caso de darse decididamente ese fenómeno, era imposible la resistencia. Y, hasta ese momento, no se conocía de dimensiones significativas entre los uniformados.

Se hacían preguntas que iban adquiriendo un tono de reproche hacia sí mismos y a los demás. ¿Dónde estaba el general Prats? ¿Intentaría algo o no?

Resolvieron que Hernán del Canto fuera a La Moneda. Intentaría convencer al gobernante que saliera del palacio. También trataría de reunir información precisa.

Altamirano quedó descartado para cumplir esa misión porque era demasiado conocido. Su presencia se haría muy notoria. Se exponía a un atentado contra su vida.

Adonis Sepúlveda, subsecretario general del partido, tampoco era buen candidato. Tenía mala relación personal con Allende.

Del Canto parecía el mejor enviado. Representaba bien las opciones de la Comisión Política. Y había tenido estrecha relación con el Presidente como su ministro del Interior y ministro secretario general de Gobierno: dos funciones íntimamente ligadas al diario ejercicio de la Primera Magistratura.

Del Canto era un hombre más bien menudo. Se deslizó fuera del edificio. Un joven médico del Partido Socialista había sido encargado de trasladarle hasta La Moneda. Subieron al Austin Mini del facultativo y se alejaron.

Detrás suyo siguieron las especulaciones.

¿Resistencia popular? Los dirigentes comenzaban a dudar de que se produjera esa reacción.

—Las armas de que se hablaba eran todas una fantasía y una falsedad — argumenta Altamirano en el living de su casa en París. Es una vivienda de tres pisos, estrecha y alta, bien decorada y con las vigas a la vista. El ex

secretario general del PS hace hincapié en que un remezón, un leve remezón telúrico, quizás desplomaría el viejísimo inmueble.

Altamirano tiene el pelo y el bigote canosos. Su figura es la misma de antes: delgada y derecha. Viste un suéter y unos pantalones de cotelé. A veces habla sarcástica, burlescamente, haciendo énfasis en ciertas palabras. Era un polemista burlesco, sangriento y ofensivo en su apogeo político en Chile; pero la nieve de la cabeza y los contrastes le han limado. En su interior hay otra realidad; y él está puesto, además, en otro mundo, y no en la cámara de lucha polarizada que era Chile.

—Había ar-mas (y separa las dos sílabas); como todo el mundo tenía ar-mas; como yo tenía ar-mas, un par de pistolas, y el otro tenía una carabina, una escopeta y otro tendría su metralleta, pero en forma absolutamente espontánea. Así es que, de no existir disidencia en algunas unidades militares, no había ninguna posibilidad de resistencia.

“Certeza absoluta de que no había disidencia, no existía en ese momento de la mañana. Había, sí, y existía ya, la convicción de que sólo un milagro podría cambiar la situación y que si se producía ese milagro, la idea era que distintos dirigentes del partido, en distintos lugares y en contacto con los dirigentes del Partido Comunista y del MIR, pudiéramos contribuir a la defensa del gobierno en el caso de existir algunas unidades disidentes, aunque fueran muy pequeñas o mínimas”.

*

El movimiento de tropas de Los Andes, que había ocasionado los inquietos llamados de noche y madrugada a Allende y a las autoridades civiles, se había originado en una orden impartida desde Santiago ese mismo día lunes: debían dirigirse a la capital un batallón del regimiento Andino, parte de la Escuela de Montaña y un regimiento de San Felipe.

Estaba comenzando la plena aplicación del plan de seguridad interior elaborado según las instrucciones del general Pinochet.

En la misma mañana del lunes, Pinochet había comunicado esta instrucción.

El comandante en jefe del Ejército citó a su despacho, a las 9 horas, a los generales Herman Brady, comandante de la Segunda División y de la Guarnición de Santiago, César Raúl Benavides, Sergio Arellano Stark y el general Javier Palacios, quienes iban a tener el mando de tropas al día siguiente.

También se incluyó en la reunión al general Polloni, que tendría a su cargo las telecomunicaciones del Ejército.

Pinochet les expresó (y verdaderamente los estudiaba a fondo mientras les hablaba) que los comandantes de las tres instituciones de la Defensa Nacional, así como el general César Mendoza, de Carabineros, habían tomado la determinación de exigir al gobierno de Salvador Allende que cesara en sus funciones a partir de la mañana del día siguiente.

Agregó, escuetamente, que comenzaba a operar el plan de seguridad interior.

Los generales presentes, a insinuación suya, hicieron un juramento de secreto y de cumplimiento de sus obligaciones.

La reunión había sido muy breve: no más de 15 minutos.

Brady citó a su oficina al jefe del Estado Mayor del Ejército y a los comandantes de las unidades de Santiago. Por la tarde, ya estaban constituidos los mandos de la capital: cinco dedos de un puño de hierro dispuestos a apretar con todas sus fuerzas desde el primer momento.

Benavides quedó al mando de las tropas situadas al oriente de la Avenida Vicuña Mackenna, con su cuartel general en la Escuela Militar; Arellano Stark se encargó de las tropas del centro, con una jurisdicción hasta los cerros del poniente de la capital; al norte del río Mapocho, tomó la jefatura el comandante del Regimiento Buin; al sur de Avenida Departamental y hasta San Bernardo, el general Viveros, de la FACH; y de San Bernardo al sur, el comandante de la Escuela de Infantería.

El general Javier Palacios quedó al frente de la reserva, a la expectativa.

*

Cuando llegó la oscuridad del lunes, el general Nicanor Díaz Estrada puso en acción un centro nervioso: la Central de Operaciones de las Fuerzas Armadas, la COFA.

A través de esa red manejada por el Estado Mayor de la Defensa, se mantenía el contacto con todos los comandantes de las zonas jurisdiccionales en que se organizaba la Defensa Nacional para los efectos de seguridad interior.

Díaz envió un mensaje a esos altos oficiales. El texto era muy simple:

“A partir de las 6 horas de la mañana martes 11 Usía se servirá asumir todas las atribuciones políticas, militares y administrativas de su zona jurisdiccional. Acuse recibo”.

Luego hizo llamar a su presencia al ayudante del ministro de Defensa Orlando Letelier: un teniente coronel de Ejército.

Eran cerca de las 21 horas.

—La compañía de guardia tiene que estar acuartelada mañana en primer grado a las 6 de la mañana, y sin que se corra la voz.

—Muy bien, señor. Y le voy a decir al ministro —señaló el oficial.

—No —le ordenó categóricamente Díaz—. Esta es una orden que le estoy dando yo a usted. El ministro no tiene que saber. ¿Está claro?

—Sí, mi general.

Díaz estaba impregnado del golpe. Había participado intensamente en sus preparativos.

Desde hacía unos diez días, había notado un consenso definitivo entre generales y almirantes acerca de la necesidad de terminar con el gobierno de Allende.

Era una madurez de la situación. El había estado en reuniones para derrocar al régimen desde el mes de julio. Algunas se efectuaron en casa de un pariente del general Arellano Stark: un abogado que vivía en Lo Curro.

Por el Ejército, concurrían Arellano Stark, Palacios y Benavides. Alguna vez llegó el general Ernesto Baeza. Por la FACH lo hacían Leigh, Herrera y el propio Díaz. Por la Armada asistieron, en una oportunidad, los almirantes Ismael Huerta y Patricio Carvajal.

Carabineros no intervenía directamente. Por ese cuerpo asumía la palabra el general Yovane, pero sus contactos eran sólo bilaterales: con Arellano Stark o con representantes de la Armada, separadamente.

Díaz tenía una posición privilegiada para auscultar el entusiasmo por el golpe. No sólo su cargo de subjefe del Estado Mayor, sino la ubicación de su propia oficina le servía para esa tarea.

El despacho se encontraba en el quinto piso del Ministerio de Defensa, en el extremo sur, colindando con el edificio de la Dirección General de Carabineros.

A ese costado había un montacargas. Usualmente, los altos oficiales ingresaban por allí al Ministerio. Cuando los generales de Ejército tenían reuniones con el comandante en jefe, aprovechaban de conversar con Díaz mientras aguardaban el montacargas. Lo mismo hacían los almirantes cuando pasaban por el lugar.

Unos pocos días antes del golpe algunos almirantes querían fijar el lunes 10 como fecha definitiva para la sublevación. Díaz se mostró contrario. Dijo que si los uniformados se acuartelaban un día domingo, todos lo notarían. En cambio, si lo hacían el lunes, los preparativos serían mucho menos perceptibles.

La propuesta de los marinos obedecía a su deseo de que la escuadra no tuviese necesidad de zarpar de Valparaíso.

A través de sus conversaciones y sus reuniones conspirativas, Díaz estaba perfectamente enterado de un factor que había demorado una decisión final

de la Armada. Los marinos deseaban ver previamente al almirante Merino como comandante en jefe, en reemplazo de Raúl Montero. Desconfiaban de éste. Afirmaban que era de la Unidad Popular.

Tenían el mismo temor que varios generales de Ejército habían experimentado con respecto a Prats: que el comandante en jefe realizara un súbito descabezamiento en las filas, para eliminar a los antigobiernistas.

Díaz estaba enterado de que los marinos habían hablado varias veces con el ministro Letelier acerca de la necesidad de cambiar al comandante en jefe. Le habían solicitado fecha para el relevo.

—Allende los tramitó varias veces —relata Díaz—. Les dijo que para tal fecha, para tal otra, que lo iba a estudiar, etc. Quienes venían a Santiago a conversar eran enviados especialmente por los almirantes desde Valparaíso.

Pocos días antes del golpe, un sábado, nuevamente llegaron a la capital los mensajeros de los almirantes. Allende les dijo que el cambio de jefatura tendría lugar en los próximos días. El vicealmirante Carvajal, jefe del Estado Mayor de la Defensa, relató a Díaz la conversación sostenida con el gobernante.

El general de la FACH le observó con una expresión sarcástica.

—O sea que Allende se los muñequé otra vez. ¿Con qué cara le pueden decir esto a los oficiales?

El sábado 8 de septiembre, Díaz debía reunirse a las 21.30 horas con Carvajal en la casa del marino, en el recinto que la Armada tenía en la Quinta Normal. Carvajal concurriría a una reunión de almirantes en Valparaíso, en la cual se tomarían determinaciones.

Arellano Stark también iría donde Carvajal. Tenía una misión: hablar con el general Pinochet, para plantearle la necesidad de decidirse por el golpe. Comunicaría a Carvajal y Díaz lo que respondiera el comandante en jefe del Ejército.

—Yo llegué a la hora —señala Díaz—. Carvajal no regresaba todavía. Cuando volvió, me dijo que había acuerdo de los almirantes para el día martes 11. Esperamos a Arellano, pero no llegó. Decidí partir. Pensé que lo habían detenido. “Pinochet no le aguantó el salto”, fue mi reflexión. Y cuando iba a doblar por Santo Domingo en auto, dejando atrás la Quinta Normal, veo a Arellano venir a pie, muy elegante. “Y vos, huevón, de dónde venís?” “De un matrimonio” “¿Y hablaste con Pinochet?” “No, no me atreví”.

*

Díaz ingresó al Ministerio a las 6.10 de la mañana del martes 11.

Venía de unas calles vacías, pensando en la forma en que se desarrollaría el golpe.

Ingresó al ascensor para subir a su despacho.

No lo sabía aún. Pero iba a permanecer ocho días con sus noches en el edificio, absorto en el desarrollo del golpe y las acciones subsiguientes.

Se sentó ante su escritorio. El teniente coronel ayudante del ministro de Defensa al que había dado instrucciones la noche anterior ingresó en su oficina.

—Cumplida su orden —dijo—. La guardia está acuartelada sin novedad.

—Muy bien. Cierre las puertas del Ministerio. Que entre el personal de servicio de las Fuerzas Armadas. Nadie más. No pueden entrar ni el ministro ni los tres subsecretarios.

Díaz vio al militar ponerse de yeso.

—¿Y si llegan?

—Los toma presos. Es una orden.

Un par de horas después, con los acontecimientos comenzando a desencadenarse, el teniente coronel volvió ante él.

—Cumplida su orden, mi general. El ministro está detenido abajo, en la guardia.

Había sido el propio guardaespaldas de Letelier quien le había apresado al ingresar al Ministerio.

No se había presentado en el domicilio del Ministro esa mañana, pretextando un problema familiar. Pero cuando Letelier había dado unos pocos pasos por el vestíbulo del Ministerio, le propinó un culatazo por la espalda.

Letelier giró. Ahí estaba el hombre asignado a su custodia, haciéndose cargo de él.

*

Sobre una mesita, la tarjeta de invitación yacía olvidada. Dentro de las circunstancias, sonaba extemporánea:

“Lucía Hiriart de Pinochet tiene el agrado de invitarle a tomar té el martes 11 del presente en el Club Militar de Campo de Oficiales (Peñalolén)”.

Una onda irreal había penetrado en la habitación luego del anuncio sobre la sublevación militar que le habían entregado a Bachelet.

El general había ingresado bajo la ducha. Nunca había sido tan urgente su pasada bajo el agua. Su mujer le aguardaba.

Sólo horas más tarde, conocidos los detalles de lo que estaba sucediendo y el desenlace, la invitación de la esposa de Pinochet le iba a sonar hipócrita a Angela. Le había llegado hacía cinco días.

La mujer de Bachelet comenzó a llamar a sus amigos y alertarlos. Luego, Bachelet intentó ubicar a varios generales de la FACH.

—No está —era la contestación invariable.

Y agregaban que no sabían dónde se encontraba el general.

Bachelet se fue sintiendo aplastado por la convicción de que no era algo difuso ni impreciso, sino una montaña, lo que afloraba súbitamente. El tiempo y las circunstancias se escapaban. Apenas el día anterior, o unos pocos días antes, la situación se habría podido controlar.

Decidió partir de inmediato al Ministerio de Defensa.

Su mujer le miró. Su pensamiento de izquierda la hacía predominantemente política en sus análisis. Veía de modo casi impúdico la situación:

—Espero que no nos encontremos en trincheras distintas —señaló a su marido.

—Tú sabes que no —dijo Bachelet, como desechando un absurdo.

Angela salió y partió en auto hacia el Instituto Pedagógico. Vio los soldados de la FACH atentos y vigilantes en los lugares de acceso al conjunto habitacional. Hizo un gesto de desagrado.

Pensaba que el Pedagógico podía ser un punto de reunión para defenderse o para intentar algo, al menos.

Tomó su ruta habitual que pasaba por Tomás Moro, frente a la casa de Allende. Desde su auto divisó al canciller Clodomiro Almeyda, que iba en un vehículo conducido por su chofer. Leía un diario. Parecía absorto, ajeno a toda noticia sobre el intento de golpe. Ángela estuvo a punto de hacerle señas para que el vehículo se detuviera, a fin de contarle lo que estaba sucediendo, si es que no lo sabía.

Luego siguió. Cerca del Pedagógico, se cruzó con un auto. Reconoció a la mujer del coronel de la FACH Carlos Ominami. La otra también había rozado la vista con ella. Ambos autos se detuvieron.

La mujer de Ominami era izquierdista, como ella. Trataba de ubicar a su marido. Bajaron de los vehículos y se confundieron en un abrazo con lágrimas.

Mientras estaban en la calle, sintiendo que su mundo se alejaba y que un nuevo poder hostil estaba asomando, vieron a personas que salían a las puertas de sus casas, incapaces de contener su alegría.

Se despidieron. Ángela siguió hacia su destino. Pero el Pedagógico, a diferencia de lo que imaginaba, no era ningún centro de resistencia.

No había las instrucciones que ella esperaba encontrar, sino apenas un angustiado desconcierto. Los dirigentes locales de los distintos partidos de izquierda estaban reunidos en una sala. Cuando eran interrogados por los estudiantes sobre lo que había que hacer, y qué ocurría, señalaban carecer de toda información.

Sus partidos no les habían entregado orientaciones.

A las 8.30 horas, la amenaza latente, todo lo que ellos imaginaban, tomó cuerpo.

Tropas del Ejército se apostaron frente al campus, en la Avenida José Pedro Alessandri. Los estudiantes fueron a observar el costado opuesto, hacia el oriente. En ese sector, en calle Los Aromos, no había señas de uniformados.

Esa era la entrada posterior del Pedagógico.

Decidieron sacar por ese lado elementos que suponían podían servir para algún tipo de resistencia o acción clandestina: mimeógrafos, máquinas de escribir, papel, fotocopadoras. No querían abandonarlas.

Alguien hizo varios viajes en automóvil llevando los objetos a un lugar cercano.

Pero el temor sería cada día más agudo en esos primeros tiempos. Más adelante, los elementos serían subrepticamente abandonados.

Hubo un grito de alarma:

—¡Los milicos van a entrar!

Las mujeres y hombres decidieron meterse en las salas, como si fueran a estudiar.

Era una simulación absurda. Una joven propuso:

—Pintémonos y arreglémonos.

Lo sentía como un camuflaje.

*

Bachelet llegó en su auto al Ministerio de Defensa. La ola del golpe lo cogió y lo arrolló de inmediato.

“El día 11 de septiembre de 1973, en la oficina del secretario de la Secretaría General de la Fuerza Aérea, alrededor de las 8.30 horas”, relató por escrito, de su puño y letra, tiempo después, “fui encañonado con un revólver por el general señor Orlando Gutiérrez, quien me conminó a entregarme arrestado por orden del señor comandante en jefe.

“El general Gutiérrez estaba acompañado de dos oficiales: los comandantes Ceballos y Vargas.

“El primero procedió en forma violenta a despojarme de mi arma de servicio y registrarme para ver si tenía alguna otra. Luego fui trasladado a una oficina en la Dirección de Contabilidad, en la oficina del director, donde quedé arrestado e incomunicado bajo la custodia de los comandantes Lisazoán y Vargas.

“Cuando ingresamos a mi oficina, el comandante Ceballos procedió a arrancar los teléfonos.

“Desde mi oficina pude presenciar gran parte del movimiento militar, el bombardeo a La Moneda, el incendio de ésta y, en general, lo que ocurrió dicho día, con las limitaciones que dan un par de ventanas.

“Aproximadamente a las 18 horas, se me comunicó que estaba en libertad y que podía regresar a mi casa. En ese instante procedí a redactar mi renuncia a la institución, la que entregué personalmente al coronel señor Eduardo

Fornet, secretario general de la FACH, ya que no se encontraba en su oficina el señor comandante en jefe.

“Tuve la oportunidad de expresarle a este jefe y al general Magliochetti, que se encontraba presente, mi profunda indignación por la vejación a que había sido sometido, lo que ellos atribuyeron a la nerviosidad propia del momento.

“Conjuntamente con dicha renuncia, procedí a presentar la correspondiente a la vicepresidencia del Deportivo Aviación y a la presidencia del Club de Tiro al Vuelo de la FACH.

“Me trasladé luego a la casa que ocupaba en la Avenida Las Condes 9037, de propiedad fiscal, y procedí a devolver de inmediato el coche fiscal que se me tenía asignado. Informé a mi esposa de lo ocurrido e iniciamos el empaque de nuestras pertenencias, a objeto de hacer entrega de la casa en el más corto plazo. Esta fue desocupada el 21 de septiembre y devuelta oficialmente dos o tres días después”.

Ese día 11, Bachelet comenzó a agrietarse por dentro. La humillación que le habían inferido le torturaba.

*

Cuando Allende y su comitiva llegaron a La Moneda, el Presidente observó con satisfacción las tanquetas de Carabineros que rodeaban el Palacio, así como los efectivos de la policía uniformada.

—Nunca dudé de la lealtad de los pacos —comentó.

Ingresó a La Moneda y subió por la escalera de mármol, a la izquierda, hacia su despacho.

Lo rodeaba un pelotón del GAP: muchos más de lo habitual. Luego, cuando caminaba por el segundo piso, se topó con la periodista Verónica Ahumada. La saludó con un beso.

—Verónica, de nuevo aquí. Pero esto no es el 29 de junio —le advirtió.

La muchacha le vio en una actitud de combatiente, con la metralleta colgada al hombro, y seguro de sí mismo.

—Sí, me estoy dando cuenta —respondió ella—. Le estoy preparando una cadena de radio para que usted hable.

Ya se había comunicado por citófono con las dependencias de la Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia, la OIR, que funcionaba en el primer piso de La Moneda. Les había pedido que dispusieran la red.

—Sí —dijo Allende—. Juntémonos en mi despacho.

Echó a caminar. Su arma era un fusil Aka. Tenía una plaqueta en la empuñadura: “A Salvador: de su compañero de armas. Fidel Castro”.

Se lo había obsequiado el gobernante cubano.

Acompañado de sus GAP, el Presidente realizó una inspección de La Moneda. Cuando regresó hacia su despacho, el edecán militar, comandante Sergio Badiola, le avisó que le llamaban por teléfono desde Buenos Aires. Era el embajador de Chile en Argentina.

El ministro Edgardo Enríquez estaba detrás del gobernante. Observó cómo Allende escuchaba y respondía:

—Sí, se han alzado.

Siguió escuchando.

—No. No todo el mundo ha sido desleal. Aquí estoy con muchos amigos que están conmigo. Y también con tu lealtad y tu amistad.

Escuchó nuevamente y señaló:

—Voy a morir en mi puesto. Adiós. Saludos a Panchita.

Se volvió. Vio a Enríquez.

—Hola, Edgardo —dijo, en un tono normal—. Muy agradecido de que haya venido.

Eran buenos amigos, pero no hasta un grado de intimidad. No se tuteaban.

—Yo me vengo a poner a sus órdenes —señaló Enríquez, con su voz profunda y ceremoniosa—. Pero tengo que volver al Ministerio, porque las mujeres, las empleadas del ministerio, que son como 300, no se quieren ir. Son leales con usted.

—Por favor, vaya y dígalas a esas compañeras que se retiren, que les agradezco mucho, pero que no se expongan.

—Muy bien, Presidente. Voy y vuelvo.

Allende le estrechó la mano y le dijo:

—Gracias, Edgardo. Adiós.

Enríquez percibió la emoción en esos ojos que a veces golpeaban con su hostilidad a los que incurrían en su desagrado. Se retiró con Waldo Suárez y el otro funcionario que les acompañaba.

Cuando se aproximaba a la escalera para descender, el ministro se topó con alguien que manipulaba una ametralladora grande, apoyado en el suelo.

Parecía estar armándola.

Era el periodista Augusto Olivares. Miró a Enríquez y sus acompañantes con sus brazos ligeramente entreabiertos. Tenía las manos manchadas con grasa.

—Hola, Edgardo. Aquí estoy.

Sonreía.

—Hombre: estamos mal —dijo el ministro—. Cuando un periodista está armando una ametralladora, quiere decir que no hay quién lo defienda. Estamos solos en La Moneda.

Él y los otros dos se despidieron de Olivares y bajaron. Salieron y echaron a caminar por Moneda hacia Teatinos.

En la esquina, un periodista se adelantó hacia ellos. Le acompañaban un camarógrafo y un iluminador. Eran de un canal de televisión.

—Ministro: ¿qué ocurre? ¿Renuncia el Presidente? —preguntó el reportero.

—No. El Presidente no va a renunciar.

—¿Por qué no renunciará?

Enríquez no hizo sino repetir el argumento que le parecía obvio, y que se había escuchado en La Moneda, en medio de las conversaciones de los ministros y de los políticos que se encontraban en el edificio:

—Porque él es el Presidente constitucional de Chile. Y tiene que mantenerse y se mantiene fiel a su juramento.

Reanudaron la marcha. Doblaron la esquina. Teatinos estaba ante ellos como una boca abierta que quizás podía triturarlos.

Suárez propuso que se fueran pegados al muro de La Moneda.

—No —dijo Enríquez—. Vámonos por el otro lado, porque nadie nos va a disparar desde La Moneda. En cambio sí que nos pueden disparar desde los otros edificios.

Cruzaron a la acera poniente, junto a la Contraloría General de la República. Caminaron. Llegaron incólumes al Ministerio.

*

Desde las ventanas de los edificios que rodeaban La Moneda, y que formaban un amplio cuadrilátero, muchos ojos se clavaban en la sede del gobierno.

Desde arriba, los observadores veían los techos de zinc del palacio. Se oía una tragedia en ciernes, que se iba desarrollando a medida que avanzaban

los minutos.

En el octavo piso del Ministerio de Agricultura, había un numeroso grupo pendiente de lo que podía precipitarse. Esas personas palpitaban, sintiendo el peligro. Eran funcionarios de la Oficina de Planificación Agrícola, Odepa.

Entre ellos había un hombre joven, de cuerpo un poco cuadrado y de estatura más bien baja: el español Vicente Garcés.

Era hermano de alguien que estaba en ese instante en La Moneda: Joan Garcés, asesor personal de Allende.

Vicente tenía 26 años. Desde ese mismo sitio en que se encontraba, le había tocado observar el “tanquetazo”. Había visto los blindados evolucionando y disparando.

En esa ocasión, los soldados del grupo insurrecto habían subido rápidamente por las escaleras y los ascensores, controlando los accesos y copando el edificio.

Les habían sacado hasta los pasillos. Allí los habían tenido sentados, mientras aguardaban órdenes.

Pero, ahora, nadie había subido. Los funcionarios parecían dueños del edificio, como si contaran con el mismo poder y las mismas facultades de siempre.

Vicente Garcés era ingeniero agrónomo.

Su hermano Joan era licenciado en Ciencias Políticas y Derecho, y dos años mayor que él. Allende lo mantenía como el hombre que traducía o respaldaba teóricamente sus planteamientos y discursos. El Presidente era un analista de situaciones. Y Joan complementaba bien al gobernante con su conocimiento y su agudeza, cuando era requerido.

Vicente habla con lentitud, sacando sus recuerdos desde un depósito muy profundo. Está en Santiago, en casa de una amiga suya, en vacaciones de

un mes. Ahora es un hombre importante en su patria: diputado del Parlamento Autónomo de Valencia y dirigente del Partido Socialista Obrero Español.

Al llegar a Pudahuel, pocos días antes, le habían negado el ingreso. Siguió a Lima. Luego de gestiones del gobierno de Madrid, pudo entrar.

Está con un gin con gin en la mano. Su cuerpo ha engrosado desde 1973. Usa barba.

El día 29 de junio de 1973, durante el “tanquetazo”, también la tenía. Pero al día siguiente ya no. Se la había afeitado.

—Quizás lo hice por reflejo condicionado, el de quien ha vivido bajo la dictadura de Franco. Les gustaba la gente afeitada —indica.

Hace un pequeño ruido con la boca, como si todo eso hubiera sido absurdo, una chiquillada.

Desde la ventana, y sin su antigua barba, Garcés pensó que estaba frente al intento de golpe que tanto había temido. Los demás, a su lado, comentaban lo mismo.

Había llegado a Chile el año anterior, luego de cursos de postgrado en Francia. En ese país europeo había conocido a varios chilenos que también eran agrónomos.

La radicación de su hermano en Santiago, así como su propia curiosidad por conocer el proceso encabezado por Allende y su deseo de colaborar en esa tarea como socialista, le habían impulsado a trabajar en Chile.

Era funcionario de Odepa.

Esa mañana, en el departamento de su novia Dolores, española como él, que vivía en Miraflores con Huérfanos, había recibido un telefonazo de Joan. Eran cerca de las siete horas.

Joan estaba en la residencia de Tomás Moro. Muchas veces se quedaba allí o en la otra casa de Allende, El Cañaveral, situada junto al Mapocho que

terminaba de bajar por la precordillera.

Habló a Vicente de movimientos de tropas en Valparaíso y del regreso de la escuadra. No sabía aún los alcances de lo que estaba sucediendo, pero quería alertarle. Añadió que se dirigiría con Allende a La Moneda.

Vicente se levantó, se despidió de Dolores y partió con la misma ropa del día anterior. No había llevado consigo prendas de recambio. Ni siquiera tenía encima su documentación.

Se dirigió al Ministerio de Agricultura en su pequeño Fiat 600 con la radio encendida, escuchando las noticias. Estacionó el vehículo en un lugar cercano al edificio y se dirigió a su oficina.

Mientras miraba a través de la ventana, hacia abajo, escuchaba la radio que alguien había encendido.

Garcés era militante del Partido Socialista de Chile.

Estaba a disposición de su colectividad política.

Las noticias radiales confirmaban el movimiento de tropas y la situación de creciente anormalidad. Allende hablaba en ese instante desde La Moneda y sus palabras se escuchaban con mucha dificultad. La calidad de la transmisión era pésima.

No había nada que hacer en Odepa. Había que ponerse en movimiento.

Garcés bajó, salió del Ministerio y partió en busca de su auto. Se dirigió hacia la Fundación Libertad, que era el lugar en que le correspondía estar en caso de alguna anomalía en la situación política.

En la puerta de la empresa, se identificó. Ya había muchas personas allí.

Escuchaban las distintas emisoras. Súbitamente, hubo algo distinto: lo percibieron. No se equivocaban: era el primer comunicado de la Junta Militar. Se sintieron algo sorprendidos, burlados, en realidad, al escuchar los nombres de los componentes de la Junta.

Todos aguardaban informaciones e instrucciones del partido.

La espera terminó cuando les indicaron que el golpe estaba desencadenado con gran virulencia. Se les instruyó para que se retiraran, tomando medidas personales de seguridad, y que esperaran nuevas instrucciones por vía telefónica o que estuvieran atentos a lo que pudiera decirse a través de las radios o por la vía de contactos personales.

Garcés no tenía la actitud ni el temperamento de un combatiente. Daba la impresión de ser un hombre manso, más bien reflexivo.

Subió a su auto y partió hacia la casa en la cual vivía con su hermano Joan, en el barrio alto. Ambos arrendaban un pequeño chalet en calle Toledo, junto a Martín de Zamora: un elegante sector.

Su intención era ir a buscar algo de ropa y regresar donde Dolores, para mantenerse refugiado en el departamento.

*

A las diez de la noche del lunes 10, víspera del golpe, alguien golpeó la puerta de Morandé 80.

Era Osvaldo Puccio Huidobro, hijo del secretario de Allende, Osvaldo Puccio Giesen.

La mirilla se abrió. Un rostro observó a Puccio. La hoja giró.

No era una puerta infranqueable ni mucho menos. Dos días a la semana se abría a la gente que llegaba con los problemas más disímiles, a ser escuchados y atendidos.

Esa rutina era conocida como “el policlínico”. Allende la estableció inspirado en una experiencia semejante que realizaba durante su mandato el Presidente Pedro Aguirre Cerda. El secretario Puccio estaba a cargo de tales audiencias populares.

Puccio hijo subió a la oficina de su padre, situada en el segundo piso, entre la escalera de acceso y el salón Independencia.

Estudiaba Derecho en la Universidad de Chile. Tenía el pelo muy rubio y era de baja estatura y delgado. Usaba bigote.

El joven pasaba habitualmente por la tarde o por la noche por La Moneda. Escuchaba las copuchas, los comentarios. Luego partía en su auto con su padre a su casa: una vivienda de tres pisos ubicada en Santo Domingo con Matucana.

En La Moneda, esa noche, había un ambiente de cierta tensión. Pero no era mucho más que lo habitual durante los últimos meses. La noticia que se comentaba era la reaparición de Pablo Rodríguez, jefe del movimiento ultraderechista Patria y Libertad, en el sur del país, y las declaraciones que había formulado.

Rodríguez había participado en el “tanquetazo”. Al fracasar el intento de insurrección, se había ocultado en casa de una periodista y luego había logrado asilarse en la Embajada de Ecuador. Se había dirigido a ese país con otros conjurados, acogiéndose al derecho de asilo.

Y ahora estaba de regreso.

Puccio padre se demoró algo más que lo habitual. Luego, se dirigió de regreso a casa con su hijo. Había despachado a su chofer. Tomaron el auto que Puccio dejaba estacionado frente a Morandé 80, junto al Ministerio de Obras Públicas.

Cuando llegaron a su hogar, comieron bistec con huevos. No comentaron sobre el plebiscito que anunciaría al día siguiente Allende.

Pero a las 6.30 horas de la mañana, uno de los llamados telefónicos alarmantes que comenzaban a cruzar hacia diversos puntos de Santiago despertó al hijo de Puccio.

Atendió. Le hablaban desde Tomás Moro. Le indicaron que su padre debía dirigirse de inmediato a La Moneda.

Casi simultáneamente, llamó una amiga del matrimonio Puccio. Era la esposa de un oficial de la FACH. Sus palabras sobresaltaron aún más al

muchacho. La mujer y su marido vivían en una población de oficiales de la Fuerza Aérea. Ella quería alertar a la señora Puccio que la situación parecía ser muy seria: habían llegado soldados y los oficiales cargaban armas.

El joven fue a la pieza de su padre y le dijo:

—Oye, papi, despierta bien, porque parece que hay golpe de Estado.

Nadie le había mencionado esa expresión por teléfono. Se le formó espontáneamente en la lengua. Correspondía al ambiente que se respiraba en el país.

Pero el muchacho tampoco pensó, en ese instante, que se estuviera precipitando un golpe hecho y derecho.

Ese día debía rendir una prueba de Derecho del Trabajo en la universidad. Su profesor era el ex secretario de justicia del gobierno de Frei, Alejandro González. Puccio se puso una ropa más elegante que lo habitual, precisamente a causa de su examen. Pensó que el día tendría un poco de incertidumbre y de desorden, y aún de peligro, pero que el problema se solucionaría y él podría concurrir a la prueba. Algo así como lo que había ocurrido en el “tanquetazo”.

Pero su padre estaba más preocupado que él.

Pidió a sus otros dos hijos, de 18 y 15 años, y a su mujer Miriam, que dejaran la casa y se dirigieran al hogar de su hermano Jaime, dentista del Ejército, situado en Las Condes, llevándose los papeles más comprometedores.

La casa se puso en acción. Todos comenzaron a levantarse.

Puccio y su hijo Osvaldo salieron alrededor de las 7.30 hacia La Moneda, dejando atrás al resto de la familia.

El auto en que viajaban enfiló por Santo Domingo hacia Teatinos. Allí dobló en dirección al Palacio presidencial.

Puccio hijo observó un quiosco de diarios en Teatinos con Huérfanos. Los matutinos estaban desplegados. El gran titular del diario comunista *El Siglo* atrajo su mirada: “Todos a sus puestos de combate”.

—Papá, la cagada debe ser inmensa, porque los pe-cé están con este lenguaje.

Su padre siguió manejando en silencio.

En el entorno de La Moneda se apreciaban tanquetas de Carabineros y muchos efectivos de la policía uniformada. Los pequeños blindados apuntaban hacia diversas calles.

—Hasta aquí vamos bien, porque tenemos pacos amigos —comentó Puccio a su hijo.

Estacionó el auto, como siempre, frente a Morandé 80. Entraron y subieron apresuradamente las escaleras. Puccio siguió a la oficina del Presidente. Eran poco menos de las 8 de la mañana.

Allende saludó a su secretario. Le ordenó llamar al ministro de Defensa, Orlando Letelier.

Puccio marcó el número del domicilio del ministro. Le respondieron que ya había salido. Se comunicó entonces con el Ministerio de Defensa.

Alguien respondió y escuchó. Pero cortó la comunicación. Luego fue imposible para Puccio lograr un nuevo contacto.

Su hijo se paseaba pensativo, analizando todo ese movimiento nervioso y desconcertado que se iba produciendo en La Moneda. Estaba seguro de que si realmente se intentaba un golpe, se desencadenaría un largo enfrentamiento: una guerra civil.

El había asegurado muchas veces, en medio de discusiones en la universidad, que iba a ser el primer pie de una cueca muy larga.

Pocos instantes después, comprendió que lo que estaba aconteciendo no era ningún juego.

Estaba en la oficina de Allende, en la que también se encontraban generales de Carabineros y altos funcionarios. Entró una secretaria de su padre. Dijo:

—Perdonen, compañeros, pero acabo de escuchar por la radio que se formó una Junta Militar.

Nadie de los que estaba allí sabía nada, porque no tenían encendido ningún radioreceptor.

Algunos mostraron cara de sorpresa. Otros lanzaron exclamaciones de incredulidad. Con sus expresiones, parecían decir: “Estos gallos están locos”.

La proclama había sido difundida a través de radio Agricultura.

A las 8 y media, bruscamente, se había escuchado a través de esa emisora el Himno Nacional de Chile.

Terminada la música, una voz categórica y resuelta: un uniformado que hacía de locutor.

—¡Atención! —señaló—. A partir de este momento, damos paso a una red provincial y nacional de radiodifusión de las Fuerzas Armadas. Se invita a todas las emisoras libres a conectarse a esta cadena. Con ustedes, se leerá la proclama de la Junta Militar de Gobierno.

El mismo le dio lectura. Era el comandante Guillard, en una grabación.

El documento señalaba que, teniendo presente la crisis económica, social y moral que destruía al país; la incapacidad del gobierno para adoptar medidas que detuvieran el caos; el aumento de grupos armados y paramilitares que conducirían a Chile a una guerra civil, las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile declaraban:

“Primero: que el señor Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile.

“Segundo: que las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile están unidos para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la patria del yugo marxista y la restauración del orden y la institucionalidad.

“Tercero: los trabajadores de Chile pueden tener la seguridad de que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental.

“Cuarto: la prensa, radiodifusoras y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario, recibirán castigo aéreo y terrestre.

“Quinto: el pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes”.

La proclama concluía con la nómina de los firmantes (Pinochet, Merino, Leigh y Mendoza) y sus cargos de jefes institucionales.

*

La secretaria que había llevado la noticia sobre la nueva Junta había vuelto a su oficina. Siguió escuchando las informaciones, cambiándose de una emisora a otra.

En radio *Magallanes*, perteneciente al Partido Comunista, estaban leyendo párrafos de la edición del día del diario comunista *Puro Chile*.

—Esta es radio *Magallanes*, con una red de emisoras constitucionalistas — señalaba el locutor.

Se irradió un comunicado del Consejo Directivo Nacional de la Central Única de Trabajadores, CUT, emitido esa misma mañana, y que llamaba a ocupar de inmediato fundos, fábricas y servicios públicos y a organizar la resistencia.

“¡A defender al gobierno legalmente constituido! ¡A parar el golpe fascista! ¡A defender las conquistas de los trabajadores! ¡Viva Chile!”, terminaba señalando la declaración.

En la radio *Sargento Candelaria*, hablaba un locutor con una voz más bien plácida, que nada tenía que ver con la gravedad del contenido de sus palabras:

—El Presidente de la República constitucional no ha renunciado. Es y seguirá siendo el gobernante de todos los chilenos que lo eligieron democráticamente.

“Ante esto, hacemos un llamado a los trabajadores, a todos los trabajadores de Chile, que se atengan a los instructivos de la CUT, que se mantengan junto a sus compañeros de trabajo, junto a sus familiares.

“Hacemos un llamado a todos los soldados patriotas que en este momento tengan algo que decir por Chile estén juntos, al lado, de los chilenos democráticos, de los chilenos honestos.

“Lo peor que puede ocurrir a este país es una dictadura. Eso lo tienen que pesar todos los soldados chilenos, los soldados honestos y patriotas. Y, por último, hacemos un llamado a todos los demócratas que, estando o no con el gobierno, están por un debate democrático... Esta es la radio *Sargento Candelaria*, una voz bien chilena”.

La mujer sintonizó la radio *Magallanes* otra vez. Escuchó la canción con la letra combativa: “El pueblo, unido, jamás será vencido”.

Luego, el locutor leyó trozos del comunicado de la Comisión Política del Partido Comunista:

—Las masas están alertas y dispuestas a realizar los mayores sacrificios en defensa de sus conquistas, del gobierno legítimamente constituido y de la revolución chilena.

Las radios de la Unidad Popular difundían canciones izquierdistas y música folclórica.

Era su forma de oponerse a las marchas militares de las emisoras que estaban con los militares. La radio *Agricultura*, cabeza de la cadena de las

Fuerzas Armadas, estaba transmitiendo en esos momentos una entrevista a Pablo Rodríguez Grez.

En el Ministerio de Defensa, el general Nicanor Díaz Estrada se encontraba controlando el cumplimiento de la Operación Silencio. Chequeaba si las emisoras que debían desaparecer del aire habían sido eliminadas.

*

Frente a la Intendencia, los carabineros retuvieron a dos vehículos que se dirigían a La Moneda.

Uno era una renoleta de color blanco. El otro, una camioneta roja de doble cabina, en la cual viajaban diez GAP encabezados por Domingo Blanco Tarras, jefe de la guardia personal de Allende.

Conducía la renoleta Enrique Ropert Contreras, de 20 años. A su lado, iba su madre, Miria Contreras Bell, conocida como la *Payita*, secretaria personal del Presidente.

La *Payita* se había dirigido desde la residencia de El Cañaveral, donde vivía, hacia la casa de Tomás Moro, acompañada por Enrique y su otro hijo, Max.

Cuando llegaron a la residencia del Presidente, éste había partido hacia La Moneda.

La *Payita* se enojó. Increpó a los hombres del GAP que permanecían en la vivienda: ¿cómo habían dejado ir a Allende sin acompañarle? Les propuso que partieran hacia el palacio. Max quedó en Tomás Moro. Su misión sería coordinar lo que se hiciera en ese lugar con lo que se resolviera en La Moneda.

La renoleta y la camioneta partieron en dirección al centro de la ciudad. Los GAP llevaban armas.

Cuando fueron detenidos por las barreras y los carabineros, frente a la Intendencia, la *Payita* observó las tanquetas que rodeaban el edificio gris de

La Moneda.

La policía uniformada tenía una actitud recelosa y hostil. Hicieron bajar a todos de los vehículos. Dentro de la camioneta, quedaron las armas.

—Se pudo haber hecho resistencia. Pudimos haber pasado si las armas hubieran sido utilizadas —recuerda la Payita en un restorán de París, vestida de azul.

Trabaja en la agencia Habana Tour, que depende del gobierno cubano. Tiene unos ojos y una boca cálidos. Pero no quiere volver mucho más allá en sus recuerdos. Se queda en eso. Remite toda pregunta a un artículo que se publicó hace años en la revista cubana Bohemia.

La *Payita*, al bajar, se rebeló contra los carabineros. Estalló en ella la hembra, la fiereza. Se abrió paso a codazos, protestando. Impresionados por su temperamento, los policías la dejaron ir. No parecían resueltos hasta el grado de arrasar con todo. Su hijo Enrique fue detenido con los GAP.

La mujer observó en la vereda de enfrente, que corría al costado de La Moneda, a un capitán de Carabineros que avanzaba, junto a un subordinado.

Cruzó la calle. Explicó la situación al oficial y le dijo que la ayudara. El uniformado la miró con un brillo evasivo de macuquería.

—Yo no tengo nada que ver con eso —le indicó, intentando zafarse.

Reanudó su caminata.

La *Payita* cruzó de nuevo la calle. Entró en el garaje presidencial. Cogió un teléfono y llamó a Allende.

Se lo ubicaron. El Presidente se acercó al teléfono, lo tomó y escuchó el relato. Señaló a la mujer que se fuera a La Moneda y que ingresara por la puerta principal, y no por la de Morandé.

La *Payita* salió apresuradamente. Acezaba la ansiedad y nerviosismo. Al ingresar en el palacio se topó con el edecán naval de Allende, el

comandante Jorge Grez. Casi lo cogió de las solapas para pedirle que la ayudara. Le rogó que fuera a hablar a la Intendencia.

Grez asintió y echó a caminar a su lado. Pero en la esquina vaciló. Se detuvo. Parecía una locomotora a la que se le hubiera acabado el vapor.

—No me van a hacer caso —le dijo.

Probablemente su cerebro había realizado un millón de operaciones en ese breve trayecto.

Volvieron a entrar. La *Payita* estaba desesperada.

Vio al inspector de policía Juan Seoane. Se dirigió a él.

—¡Haga algo! ¡Ayúdeme! —le dijo, relatándole lo que había ocurrido con su hijo.

—Aquí hay una cosa muy fácil —dijo el policía—. Si hay que decirle a alguien que consiga algo, hay que decírselo al general director de Carabineros, que está aquí.

La mujer terminó por hablar con el subdirector de Carabineros, el general Urrutia, que estaba cerca suyo. Le pidió que hiciera una gestión.

El alto oficial fue y volvió poco después. La *Payita* lo vio aproximarse a ella. El general puso una cara de excusa y decepción. Le señaló que no le habían hecho caso, porque el general Mendoza había tomado el mando.

*

En la Intendencia, un hombre había contemplado la detención desde el balcón de su oficina, un par de metros por encima de los protagonistas.

Era el Intendente Julio Stuardo.

Vio cómo los carabineros hacían descender a los ocupantes de los dos vehículos. Gritó a los uniformados que los soltaran.

—Unos carabineros lo hicieron y otros no —relata Stuardo—. Después, no siguieron haciendo caso de mis instrucciones.

Los carabineros llevaron a los detenidos al garaje del Ministerio de Obras Públicas, frente a la puerta de Morandé 80.

Stuardo les vio caminar debajo del edificio del que se asomaba. Luego el grupo salió de su campo visual.

*

Cuando escuchó en el receptor de radio el primer bando de la nueva Junta de Gobierno, el general de Carabineros Jorge Urrutia dio por hecho el derrocamiento de Allende.

Ese comunicado le sonaba como el epílogo de la situación. Su mente, como las del común de los carabineros, vivía de las realidades.

Estaba en su despacho. Pensó: “Estoy totalmente *off side* aquí. Si Mendoza está dentro de la Junta, él es el general director de Carabineros de hecho. Y como no hay duda de que esto va a triunfar, porque están comprometidas las tres ramas de la Defensa Nacional más Carabineros de Chile, entonces no hay nada que hacer aquí”.

Se preguntó qué podrían intentar el Presidente y el pueblo frente a las Fuerzas Armadas.

Urrutia ordenó que lo trataran de comunicar con Mendoza. Ya habían llegado algunas versiones a sus oídos, que decían que ese general se encontraba constituido en el edificio Norambuena.

El encargado de hacer los llamados realizó varios intentos. Nadie contestaba los teléfonos en Norambuena.

Le comunicaron que el general José María Sepúlveda le estaba llamando. Cogió el teléfono.

—Por orden del Presidente, trasládete a La Moneda —le señaló Sepúlveda.

Urrutia sintió un estremecimiento interno. Su espíritu se rebeló y se agitó, obligado a hacer frente a una situación que no le agradaba.

El se había limitado a cumplir con sus deberes funcionarios dentro de sus altos cargos. Consideraba que jamás había recibido beneficio ni prebenda alguna. Había estado a punto de dejar las filas, en forma voluntaria y encolerizado, tras su choque político con el secretario del Partido Socialista de Concepción.

Con la instrucción que acababa de darle, el general director le había echado una gran carga encima. Se sentía obligado a continuar ejerciendo un papel en el que no creía. Se levantó con gran renuencia de su sillón para ir a La Moneda.

Llamó a los generales que se encontraban en el edificio de la Dirección General: Orestes Salinas, Yáñez y Rubén Álvarez. Les indicó que lo acompañaran a la sede del gobierno.

Cruzaron los 300 metros que separaban el edificio de Carabineros del palacio gubernativo.

Las excavaciones del metro tenían profundamente herida la Alameda. El aspecto de desorden y abandono se hacía más perceptible bajo el cielo gris.

Subieron al segundo piso de la casa de gobierno. Se quedaron junto al despacho de Allende. Se paseaban.

El general Sepúlveda tenía un aspecto resuelto. Había hablado con el capitán José Muñoz, de la sección de Seguridad Presidencial, para ordenarle que se siguieran adoptando todas las medidas y precauciones necesarias.

—Vamos a estar con el Presidente hasta el fin —le advirtió.

El joven ministro de Agricultura Jaime Tohá, de 35 años, había acompañado a Sepúlveda un tramo, en un recorrido que el general había hecho para conversar con los carabineros apostados para la defensa del palacio.

Tohá encontró un rasgo paternal en lo que decía Sepúlveda a sus hombres:

—Bueno, ustedes saben lo que pasa. Los que estamos aquí estamos defendiendo al gobierno legalmente constituido. Hemos hecho un juramento y nuestra obligación es resistir hasta el final. Y si caemos en esto, será cumpliendo con nuestro deber.

El general Urrutia conversó con Sepúlveda sobre la necesidad de hacer un planteamiento realista a Allende.

—Mi general, ¿por qué no habla usted? —le indicó. Usted es el general director nombrado por el Presidente, el hombre de su confianza. ¿Por qué no le expresa que llegue a un acuerdo? Porque no hay duda de que el movimiento ya triunfó. Estamos tonteando. Y que renuncie, pero que lo haga en los términos en que lo estime necesario.

Sepúlveda le señaló que más de alguien le había expuesto la posibilidad al gobernante, pero que éste había respondido que no tenía intención de dimitir.

*

Había 18 policías civiles en La Moneda. Seoane los observaba. Confiaba en que nadie flaquease.

Pero uno de los detectives —un subinspector— sintió miedo. El hecho era notorio. El funcionario estaba mordido por la tensión. Sus rasgos se habían hecho prominentes y blanquecinos. Seoane lo miró. Después, no se preocupó más de él.

El policía asustado señaló a uno de sus compañeros que deseaba fumar, y que iría a comprar un paquete de cigarrillos, porque luego La Moneda iba a quedar sin ningún contacto con el exterior.

Poco más tarde, uno de los detectives se acercó discretamente a Seoane. Le comunicó que el subinspector se había ido.

El funcionario que defecionó lo lamentaría muy profundamente después. El humor negro y cínico de los policías lo iba a dejar marcado. En cualquier diligencia o investigación, en los años siguientes, harían bromas con él: que no se le fuera a ocurrir partir en busca de cigarrillos justamente en ese minuto.

Pero Seoane se encogió de hombros e hizo un gesto comprensivo cuando le informaron sobre la partida del policía.

El conocía precedentes. Luego del “tanquetazo”, dos detectives habían pedido cambio de destinación. Querían que los sacaran de la Sección Presidencia de la República. No podían dormir pensando en una repetición del intento de sublevación.

Seoane había autorizado su petición de traslado.

El policía veía a Allende moverse, cruzar de un lado a otro, conversar. Parecía el momento previo a algún armisticio.

Muchos de los que estaban en La Moneda creían que se produciría un diálogo o una conversación que salvara las cosas. Esperaban que alguien transara. No imaginaban el golpe consumado. Era una posibilidad que no admitían.

Allende estaba incommovible, sin conceder nada a los sublevados. Reiteró a su ministro del Interior Briones:

—No me voy a entregar ni voy a renunciar por ningún motivo. Yo voy a resistir.

Se veía muy dueño de sí mismo. Parecía haberse deshecho de sus pasiones. Llevaba puesto un casco que le había facilitado el capitán José Muñoz, con las iniciales del nombre de éste en su interior.

Los GAP y algunos detectives estaban instalando y distribuyendo todas las armas que había en La Moneda: fusiles AKA y tres lanzacohetes RPG 7. Con estos últimos confiaban en dar a algún tanque que intentara entrar para dejarlo inutilizado y transformado en tapón.

Alrededor de las nueve de la mañana, Allende se encontraba en su despacho. Con él estaban muchos de sus altos colaboradores: el subsecretario del Interior, Daniel Vergara; el ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda; Fernando Flores, ministro Secretario General de Gobierno, y los hermanos José y Jaime Tohá.

José Tohá había sido interrogado por varios periodistas al llegar. Había indicado con gravedad:

—El Presidente Allende permanecerá en La Moneda. Yo vengo a tomar mi puesto al lado del compañero Allende. No entregaremos el mando hasta el 3 de noviembre de 1976 (cuando correspondía asumir al próximo Presidente).

Escucharon un ruido que se hizo general: los motores de las tanquetas. Era un sonido alarmante, inexplicable. Varios se asomaron a las ventanas. Los vehículos blindados se retiraban.

Allende envió al general Sepúlveda a determinar lo que ocurría y a detener el movimiento de los carros. El oficial bajó por las escaleras que daban a la puerta principal del palacio. Luego regresó, demudado.

—Presidente, la tropa no me obedece.

—Pero, ¿cómo que no le obedece? —preguntó irritado Allende, como si toda la culpa fuese de Sepúlveda—. Usted es el general director.

—Es que ellos tienen la instrucción de obedecer sólo las órdenes que vienen por radio desde el edificio Norambúena. Y se tomaron la radio.

Nadie hizo muchos comentarios, porque éstos ya iban perdiendo su novedad. Habían sido gastados más temprano, cuando cada uno de los presentes había ido de sorpresa en sorpresa. Asumían los hechos tal cual se producían. Se veían estoicos.

*

El edecán aéreo Roberto Sánchez llegó velozmente a La Moneda.

Su misión angustiosa y acelerada lo hacía desplazarse como un misil. Iba a hablar con Allende sobre la posibilidad de que renunciara.

Sus trajines habían comenzado a las seis de la mañana. A esa hora, recibió un llamado. Era el secretario del comandante en jefe de la FACH, el coronel Eduardo Fonet.

El oficial le indicó que se presentara inmediatamente en el Ministerio de Defensa.

—¿Qué pasa? —preguntó Sánchez.

Ocurría algo extraño. Lo presentía.

—Aquí te cuento —señaló lacónicamente Fonet.

Sánchez confiaba en el otro. Lo conocía mucho. Habían jugado frecuentemente básquetbol cuando eran cadetes.

Se levantó, tomó su auto y partió hacia el Ministerio. Vivía en una casa situada cerca del Stade Français: un barrio elegante, limpio, impecable. Bajó hacia el centro de la ciudad. Estacionó el vehículo en su lugar habitual, junto a la plaza de la Constitución y frente a las ventanas del despacho del segundo piso del Presidente en La Moneda.

Desde allí echó a caminar hacia el Ministerio de Defensa.

Cuando ingresó en el gran edificio, se dio cuenta de que había mucha gente. Y que se registraba un acuartelamiento en grado 1, con traje de campaña.

Creyó comprender lo que sucedía. Subió a la oficina de Fonet.

El coronel le dio cuenta de todo escuetamente.

—Hoy día las Fuerzas Armadas se toman el gobierno. Tú tienes que ofrecerle al Presidente un avión para donde él quiera irse con su familia. Hay un DC 6 a tu disposición en Cerrillos. Y tú tienes que acompañarlo.

“La tripulación está a tus órdenes. Si quieres puedes hablar por teléfono con Allende y quedarte aquí. O como lo estimes conveniente”.

Fornet agregó que La Moneda iba a ser bombardeada a las once de la mañana.

Le hablaba como si admitiera la posibilidad de que él fuese del bando contrario.

Quizás todo eso era demasiado para Sánchez en tan corto tiempo. Señaló a Fornet:

—Perdóname, pero voy a ir a recibir órdenes del jefe del Estado Mayor.

Este era el general Gabriel Van Schouwen, tío de un líder del MIR: Bautista Van Schouwen.

Sánchez subió al quinto piso, a la oficina del general. Este le repitió lo mismo que Fornet. Le dijo que todo estaba conversado y resuelto. El edecán notó una maleta en el despacho. Parecía obvio que Van Schouwen había dormido allí la noche anterior.

Sánchez volvió donde Fornet, quien le repitió:

—Llama al Presidente por teléfono y dile que tiene un avión a su disposición.

Con su rostro un tanto inexpresivo, Sánchez dijo:

—Después de haber trabajado tanto tiempo con el Presidente, lo menos que puede hacer uno por espíritu de lealtad es ir personalmente al lado de él y decirle estas cosas.

Sánchez estaba siendo atrapado por el azar y la cronología. Hacía muy poco tiempo, cerca ya de terminar sus dos años reglamentarios como edecán, un deseo presidencial lo había retenido: Allende pidió que le dejaran un año más en la destinación. Había hablado con él. Sánchez había aceptado, porque era difícil negarse a un deseo presidencial de ese tipo. Además, sus vínculos con Allende eran mucho más que formales.

En realidad, le correspondía ascender a coronel.

Salió del Ministerio de Defensa y regresó a la Plaza de la Constitución a buscar su automóvil. Lanzó su vehículo, como caballo desbocado, hacia el barrio alto. Le dominaba la prisa por cumplir luego con su misión.

Subió por la Avenida Costanera, junto al río Mapocho, bajo el verde de los grandes plátanos orientales.

Iba a su casa en busca de un maletín. Pensaba que iba a sacar a Allende y a toda la familia del Presidente en el avión que se le había entregado a su mando. No meditaba en las consecuencias que su gesto y su participación en la salida del Mandatario, pudieran tener para su carrera.

Hacía cálculos, pero no sobre su futuro: consideraba el hecho de que la aeronave tenía una autonomía suficiente como para llegar a Lima o Guayaquil.

También se le pasó por la mente la posibilidad de Buenos Aires. El Presidente de Argentina era el peronista Héctor Cámpora. Sánchez había acompañado a Allende a la trasmisión del mando en Argentina, cuando Cámpora asumió. Incluso —lo recordó— el propio vicealmirante Carvajal había formado parte de la comitiva.

Vivía un momento de trastocamiento. No podía asimilar las sorpresas, ni entender claramente su magnitud.

Llevaba la radio del vehículo encendida. Creía que el Presidente todavía permanecía en Tomás Moro. Escuchó en el receptor acerca de lo ocurrido en Valparaíso. Se sintió contrariado: se informaba que el gobernante ya se encontraba en La Moneda.

Decidió seguir hacia su casa, porque estaba muy cerca de ella.

Llegó y entró rápidamente. Actuó a la carrera. Sacó su maletín azul de piloto. Puso en el interior un pijama, la escobilla de dientes y otras prendas personales.

Su mujer se había acercado, intrigada. Sánchez le dijo que no se moviera de la casa con sus cuatro hijos, porque él iba a cumplir una misión y estaba sucediendo algo muy grave. Le adelantó que la mantendría informada por teléfono.

Pensó en la señora *Tencha*. Mientras se introducía en el auto, consideró que era necesario prepararla para el viaje hablándole sobre ello. Resolvió seguir hacia Tomás Moro.

Su mente se dirigía hacia muchos lados dentro de los huesos de su cráneo. Había allí dentro un roce y un entrecruzamiento de ideas e imágenes que le hacía subir la temperatura.

Cuando llegó a la residencia del Presidente, entró. Buscó a la mujer de Allende. Trató de ser muy elocuente con ella: se habían levantado las Fuerzas Armadas y él tenía que llevar al Jefe del Estado y a su familia al exterior. Ella respondió:

—Comandante, váyase, por favor, al lado de Salvador en La Moneda. Y llámelo por teléfono ahora.

Había un citófono que comunicaba directamente con el palacio presidencial. Sánchez lo cogió, marcó y esperó. Al otro lado, le atendió el edecán militar Sergio Badiola.

—Oye, ¿sabes lo que está pasando? —preguntó Sánchez. ¿Qué sabes?

—Mira, algunas cosas... —respondió Badiola, cautelosamente, sin precisar mucho.

Sánchez le pidió que dijera a Allende que había un avión a su disposición para salir al exterior y que se preparase, porque él iba hacia La Moneda.

—Déjame hablar con él —pidió a Badiola.

El militar le pasó el citófono al Mandatario, quien estaba cerca suyo.

—Presidente —dijo Sánchez, ocultando a duras penas su excitación bajo su tranquilidad aparente—. Tengo un avión en Los Cerrillos. Pero voy a La

Moneda a hablar personalmente con usted. Estoy en Tomás Moro. Le estoy pidiendo a la señora *Tencha*, ahora mismo, que se prepare para irnos.

Allende, con mucha calma, con un dominio que chocó con la sensación interior de Sánchez y que hizo sonar su voz un tanto fría, dijo:

—Comandante, véngase para acá. Acá conversamos.

Su tono era el de quien poseía una terrible dosis de sabiduría, una cantidad de información que su interlocutor ni siquiera podía imaginar.

Sánchez miró a la mujer del Presidente. Le dijo que él le avisaría dónde se podrían encontrar para partir hacia el aeropuerto. Le pidió que, entre tanto, preparase las valijas y tuviese listo el auto.

Hortensia simplemente lo miró. No respondió si iría o no. Igual que su marido, parecía estar situada en una realidad difícil de desentrañar.

Sánchez partió de nuevo en su auto, a toda velocidad. Iba hacia La Moneda. Otra vez tomó por avenida Costanera. Había arrojado su gorra al asiento contiguo, y manejaba con la cabeza descubierta.

Le fue imposible alcanzar hasta el palacio presidencial. Los tanques circulaban por el sector céntrico como grandes cucarachas. Había un estricto acordonamiento.

Dejó su vehículo cerca de la Compañía de Teléfonos, junto a la acera. Se fue a pie hacia La Moneda.

Cerca del hotel Carrera, una mujer le interceptó. Era secretaria de Osvaldo Puccio.

—Comandante, lléveme a La Moneda, porque no me dejan pasar.

Próximo a ellos, a media cuadra del edificio gubernativo, había un fuerte cordón de policías.

Sánchez llevaba en la mano su maletín de aviador y su portadocumentos. Se identificó. Los carabineros le dejaron pasar, junto a la secretaria.

Al ingresar al palacio, se topó inmediatamente con Allende. El gobernante iba bajando por la escalera de mármol hacia el primer piso, en el ala en que estaba situado su despacho. Le acompañaban varios GAP. El Mandatario y los suyos conformaban un verdadero pelotón.

Sánchez se dirigió a Allende:

—Señor Presidente, vengo a hablar con usted en forma privada en su oficina.

—Ya, comandante. En seguida me reúno con los edecanes.

Sánchez entró a la sala de edecanes del segundo piso. Estaba Badiola. Sánchez le explicó el mensaje que traía. Luego entró el edecán Grez, de la Armada.

Sánchez les advirtió que La Moneda sería bombardeada a las 11 horas si antes no se entregaban Allende y la gente que estaba al interior del edificio.

El Presidente regresó en ese momento a su gabinete. Les hizo llamar.

Había varios funcionarios de gobierno que querían estar presentes en la conversación. Temían que los edecanes, o alguno de éstos, intentase reducir o asesinar al gobernante. Los uniformes eran para ellos, en ese momento, un signo del enemigo. Todos sus recelos antimilitares, que antes controlaban, se habían disparado.

Allende en persona los hizo salir a todos.

Varios de sus altos colaboradores pasaron a una sala al lado de su despacho: un privado en que el Presidente acostumbraba a veces a dormir siesta o en que se alojaba cuando se quedaba a pasar la noche en el palacio.

Eduardo Paredes, médico, ex director de Investigaciones y especialista del Partido Socialista en materias de inteligencia y seguridad, quería quedarse.

Era un hombre de apariencia robusta y dura, con un bigote caído más abajo de las comisuras, al estilo de la izquierda, y el pelo corto. Lo llamaban el *Coco*. A veces, sus ojos brillaban con desafío.

Allende le miró con impaciencia:

—Tenga la bondad de salir —le dijo.

El secretario del Presidente, Osvaldo Puccio, no pasó al privado contigo. Se ocultó detrás de una gruesa cortina, junto a la puerta entreabierta.

El Presidente y sus edecanes se sentaron en el juego de sillones situado delante del escritorio de Allende. El jefe de Estado tenía la cabeza descubierta, sin casco. A su lado, estaba su fusil.

Había otros dos espectadores, a alguna distancia. Los periodistas Verónica Ahumada y Carlos Jorquera se encontraban apoyados en el umbral de la puerta que daba a la sala de edecanes. La muchacha no sabía si Allende los observaba o no. Ella miraba a los edecanes.

Verónica sólo confiaba en el comandante Sánchez. Este habló. Verónica y Jorquera no escucharon sus palabras. Puccio, en su escondite, tampoco. La cortina ahogaba los sonidos. Sólo llegaban murmullos hasta él.

—Señor Presidente —dijo Sánchez—. Vengo de la Comandancia en Jefe de la Fuerza Aérea. Las Fuerzas Armadas están tomando el poder. Usted ya sabe lo que pasó en Valparaíso.

“Hay un avión a su disposición. Yo tengo orden de ir a dejarlo donde usted estime conveniente: a usted y a la gente que quiera llevar, especialmente a su familia”.

Sánchez había sido instruido para ofrecer la salida del país sólo a Allende y su familia. Pero agregó la posibilidad de otras personas porque un DC 6 podía llevar 50 pasajeros. Y quizás la oferta facilitase la aceptación del gobernante.

Le señaló que quizás él esperara apoyo de los generales. Pero le indicó que los generales no estaban con él.

Allende respondió de un modo muy cortante, aunque su tono fuese moderado:

—Ustedes se van a retirar de La Moneda, comandante Sánchez: usted me va a hacer el servicio de preocuparse de que salgan todos los uniformados, porque sus fuerzas (se refería a las ramas de la Defensa) se levantaron contra el gobierno.

“Yo no puedo responder por la vida de ustedes aquí en La Moneda.

“Díganles a sus comandantes en jefe que no me voy de aquí ni me entregaré. No voy a salir vivo de aquí, aunque bombardeen La Moneda. Me voy a matar. Así”.

Tomó el fusil, se lo puso entre las piernas y se apuntó a la barbilla.

—¡Pero cómo! ¡Cómo va ser eso! ¡Para qué va a hacer eso! —exclamaron los edecanes.

Trataban de salvar la situación y evitar una decisión de Allende que les colocaba en un terreno de culpabilidad. La persona del Mandatario desprendía un halo histórico, de inviolabilidad física, para ellos. Tenían ante sus narices, violentándoles, una perspectiva que rechazaban, que les pareció inconcebible: un Presidente ultimándose. Pero ahí estaba ese gobernante con un fusil entre las manos, en carne y hueso.

Allende desechó sus protestas. Les pidió que se retiraran y les agradeció los servicios que le habían prestado.

Se despidió de ellos y salió a dejarlos a la puerta de su gabinete. Había diversas personas aguardando. Les señaló:

—Dejen pasar a los edecanes, que se retiran de La Moneda.

Los GAP que se encontraban allí miraban con odio, con deseos de actuar, a los uniformados.

*

82 años antes, el 19 de septiembre de 1891, un hombre miraba fijamente uno de los costados del palacio de La Moneda desde el segundo piso de la Legación Argentina, donde se ocultaba.

Era José Manuel Balmaceda. Tenía un revólver al alcance de la mano.

Estaba a un par de minutos de distancia de su suicidio. Eran casi las ocho de la mañana.

Balmaceda debía haber desempeñado hasta la medianoche del 18 de septiembre el cargo de Presidente de la República de Chile. Su mandato expiraba en ese momento. Pero se había visto obligado a dimitir y a esconderse, luego de traspasar el poder al general Manuel Baquedano, héroe de la Guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia.

Décadas más tarde, Salvador Allende, en el transcurso de sus campañas y de sus acciones políticas, mencionaría muchas veces su nombre como símbolo de la lucha contra el capital extranjero, ligándolo a sus propias promesas de nacionalizar las principales industrias y recursos naturales.

Balmaceda había expresado su intención de cambiar la política chilena del salitre, que había entregado a la explotación foránea esa riqueza, con lo cual Chile se limitaba a cobrar un impuesto de salida.

Eran básicamente capitales ingleses y fundamentalmente, la figura del coronel británico James Thomas North, el “rey del salitre”, quienes dominaban esa industria.

El aristocrático Balmaceda, que observaba con una mirada intensa la sede gubernamental, era un hombre alto. Su frente amplia dominaba su rostro, como una cúpula.

Se había levantado de amanecida, arreglando minuciosamente la habitación. Luego, aguardó la llegada de una hora en que su disparo no importunase a sus anfitriones, el ministro plenipotenciario argentino José Evaristo de Uriburu y su esposa.

La sede diplomática se encontraba en Amunátegui, entre Huérfanos y Agustinas, Balmaceda se había asilado secretamente en ella en la madrugada del 29 de agosto, a las dos y media de la mañana.

El sangriento derrumbe de su gobierno se había consumado el 28 de agosto, cuando su ejército había sido derrotado en la Placilla, junto a Valparaíso, por los revolucionarios. Entre muertos y heridos el contingente balmacedista había perdido el 30% de sus efectivos. Sus máximos jefes, los generales Barbosa y Alcérreca, habían sido ultimados.

Los vencedores —los constitucionalistas— deseaban la vigencia de un régimen parlamentarista. Querían terminar con el presidencialismo que, con un misticismo atropellador, pretendía implantar el Presidente.

Al anochecer del 28 de agosto, aguardando las noticias de la batalla que aún no llegaban, Balmaceda se encontraba en La Moneda. Se celebraba el santo de su esposa, Emilia Toro. Había varios invitados a comer.

Se sentaron a la mesa. Poco después, llegó un telegrama desde Quillota.

Lo enviaba el coronel Juan Francisco Vargas, comandante de armas. Anunciaba al Presidente la completa derrota del Ejército.

Balmaceda se levantó y salió del comedor con uno de sus colaboradores. Se dirigió a su escritorio. Estuvo media hora allí.

Regresó. Se sentó. Colocó el telegrama junto al plato de sopa.

Le preguntaron si había novedades.

—Ninguna noticia —respondió lacónicamente.

Siguió conversando de otros temas, manteniendo bajo la losa de su carne lo que sabía.

Poco después, el Presidente hizo un último esfuerzo. Telegrafió al comandante Vargas de Quillota para que se intentara reorganizar en ese lugar la defensa. Pero Vargas respondió: “nada es posible, y como no hay tiempo que perder, me marché inmediatamente”.

Los jefes militares reafirmaron al Mandatario que no había nada que hacer. Además, se presentaba una perspectiva muy probable y amenazante: una

subelevación de la guarnición de Santiago al conocerse la magnitud de la derrota.

Balmaceda resolvió dimitir. Y que lo reemplazase el general Baquedano. Redactó el decreto correspondiente de su puño y letra luego que no le agradó el que le habían preparado.

Costó encontrar a Baquedano. Balmaceda se entrevistó con él cerca de las 23 horas.

El militar aceptó sin mucho entusiasmo la responsabilidad.

Después, Balmaceda regresó a La Moneda. Se despidió emocionadamente de su familia.

Santiago estaba en silencio. De pronto, comenzó a repicar la campana del cuerpo de bomberos. El tañido anunciaba el triunfo de los congresistas en La Placilla.

Emilia Toro y sus cinco hijos salieron, conducidos hacia la legación norteamericana. Poco después, en coche, con un chal de su mujer que le envolvía el cuello a modo de bufanda, el Presidente dimisionario partió hacia la legación de Argentina.

*

El general Herman Brady bajó desde el sexto piso del Ministerio de Defensa a la oficina del general Nicanor Díaz Estrada.

Este lo recibió con su aire de seguridad mezclado con socarronería.

—¿Qué es lo que buscas aquí? —preguntó.

—Me llamó Allende. Vamos a hablar con el almirante Carvajal, para no repetir dos veces lo mismo.

Eran cerca de las siete de la mañana.

El macizo Brady y Díaz pasaron a la oficina del jefe del Estado Mayor. Carvajal los miró tranquilamente.

Brady dijo que Allende le había llamado por teléfono desde Tomás Moro hacía pocos minutos. Le había dicho:

—Usted sabe que se sublevó la marinería...

—No tenía idea —respondió Brady, con su hermética cara dotada de un sordo matiz de ambigüedad.

—¿Y qué va a hacer?

—Lo que ordene mi comandante en jefe.

—¿Y dónde está su comandante en jefe?

—No lo sé, señor Presidente.

—Téngame informado —dijo Allende—. Oiga ¿Y qué hace usted a esta hora en la oficina?

—Tengo un operativo de control de armas. Y esto quiero verlo personalmente.

—Ah, ya, muy bien. Manténgame informado.

Brady colgó. La astucia del Mandatario para averiguar quedó flotando, perceptiblemente.

Díaz miraba a Brady y sentía deseos de reír y chancearse. Habló con su voz potente y ronca:

—Ya es tarde para echarse p'atrás, huevón.

—¡No pienso echarme p'atrás! —exclamó Brady, algo molesto por la broma.

Díaz rió.

Brady miró a Carvajal. Se quejó de las llamadas de Allende. Le significaban una molestia. El almirante le dijo que haría cortar la línea directa de Tomás Moro. Así lo ordenó.

Díaz regresó a su despacho. Se preparaba para cumplir las siguientes etapas de su tarea de ese día.

Aguardaba la llegada de los miembros del personal del Estado Mayor. No les había entregado ninguna citación ni instrucciones especiales el día anterior. Ordenó que se les hiciera reunirse. Él, y no Carvajal, era quien estaba en la práctica a cargo de ese grupo.

El coronel Pedro Ewing, un militar alto, de cara angulosa y mejillas sombreadas aún después de afeitarse, era el secretario del Estado Mayor. Ya tenía congregados a los funcionarios cuando Díaz entró a la habitación.

Ewing le informó, a la usanza militar, lo que era obvio: el personal estaba presente.

Díaz observó a los uniformados. Tenía dudas sobre algunos de los oficiales. Pensaba que estaban con Allende. Pero eran muy pocos dentro del total.

—Señores —dijo—. Acabamos de leer una proclama pidiendo al Presidente de la República que entregue el mando.

Era el desenlace que los oficiales habían comenzado a comprender en cuanto ingresaban al edificio, esa mañana.

Díaz explicó los detalles y significado del golpe. Sus palabras sonaban persuasivas y llenas de convicción. La cara de los oficiales era expresiva: se mostraban satisfechos. Lo esperaban y deseaban desde hacía tiempo.

—Puede que alguno de ustedes no esté de acuerdo con esta posición —dijo Díaz—. El que no lo esté lo dice y queda autorizado para retirarse sin inconvenientes del Ministerio.

“Porque el resto tiene que quedarse aquí y no sabemos hasta cuándo. Desde este momento estamos prácticamente en guerra. Esto es una revolución”.

El contenido de las palabras del general subyugaba a los oficiales.

Uno de ellos pidió la palabra.

—¿Qué pasa con nuestras familias?

—Están tan expuestas a los ataques como las de todos, como la mía. A medida que vayamos pudiendo, vamos a ver manera de protegerlas. ¿No hay más preguntas? A sus puestos, entonces.

Volvió a su despacho, a seguir atentamente las operaciones en marcha.

Alrededor de las 9 de la mañana, desde el sector sur del Ministerio, por Avenida Bulnes, avanzó la Escuela de Infantería, al mando del general Javier Palacios. Tenía que estar preparada para rodear La Moneda cuando diesen la orden.

Desde su oficina, Díaz escuchó la balacera que se inició en diversos lugares cercanos. Había francotiradores operando desde el Banco del Estado, el Ministerio de Obras Públicas y otros edificios.

En la Avenida Bulnes, los soldados al mando de Palacios se movían con cautela. En medio de su desplazamiento, empezaron a recibir impactos.

Desde un departamento, un coronel en retiro de la FACH se asomaba rápidamente para descargar su revólver sobre los efectivos del Ejército. Era partidario de Allende.

No duró mucho. En una de sus apariciones, fue arrojado hacia atrás por un impacto que le penetró en la frente. Le habían hecho puntería, cuidadosamente, desde la calle.

*

En la sede diplomática desde la cual miraba el edificio gubernamental, Balmaceda había tomado la decisión de suicidarse tras un atormentado proceso reflexivo.

Durante su permanencia en la Legación, se había visto en la necesidad de recluirse absolutamente. Las ventanas de su habitación estaban cegadas hacia el exterior. Calzaba zapatillas, para que ningún ruido delatase su presencia en la casa.

Mantecía contactos con sólo dos personas: Uriburu y la empleada chilena de éste, Rufina Lagos, de 42 años. Ante esta mujer sencilla, Balmaceda se confiaba y vertía sus pensamientos.

¿En qué medida podía entenderle alguien tan simple?

Balmaceda había tenido primero la intención de someterse a juicio ante la Junta de Gobierno. Pero concluyó que sería llenado de oprobio y que no se le trataría con justicia.

Su nombre era execrado en el país. Luego que el Senado y la Cámara de Diputados lo depusieran de su cargo el 1 de enero de 1891 y se desencadenara la revolución, dictó un decreto asumiendo la totalidad de los poderes públicos. Su gobierno actuó enérgicamente. Buscó el aplastamiento de los opositores.

Hubo ejecuciones sumarias, torturas que resultaban inéditas en el país y persecución y venganza encarnizada contra familiares y propiedades de los revolucionarios. El reclutamiento forzoso de los jóvenes para el Ejército levantó indignación generalizada.

Los diplomáticos extranjeros observaban que la gran mayoría del país estaba contra el Mandatario. Cuando el Presidente abandonó el escenario político, entró en ebullición el brutal reflujo de la venganza, que quería despedazarlo.

Discurriendo posibilidades en su asfixiante refugio, Balmaceda descartó su salida al extranjero. Para hacerlo, debería contar con la secreta conformidad de la Junta.

También rechazó la simple huida: temió que esa actitud le llevase al ridículo o al fracaso. En una carta que había escrito en esa misma mañana del 19 de septiembre para Uriburu, agradeciéndole sus intenciones, indicaba que

había “desechado el camino de la evasión vulgar, porque lo estimo indigno del hombre que ha regido los destinos de Chile, sobre todo para excusar la mano de la revolución triunfante”.

Hasta él llegaban los ecos de la implacable persecución contra sus más conspicuos partidarios, cuyas casas eran saqueadas por las turbas.

Finalmente, prevaleció en él una pretensión de alcance histórico. Su muerte daría relieve a su obra y su propuesta política. Rodearía su ideario de una oscura grandeza.

El día 14 de septiembre redactó una carta al general argentino Mitre. Le comunicaba que, tan pronto expirase su período presidencial, se suicidaría.

Indicó que “antes, sin embargo, de cerrar por mi propia mano el libro de vida, quiero expresar a la faz del mundo la razón de mi conducta como Presidente de la República de Chile. Quiero legar a los primeros mandatarios de América y del viejo continente, tanto actuales como venideros, la pauta que deben obedecer en todas las circunstancias los gobiernos honrados que tienen una clara concepción del principio de autoridad y que marchan siempre envueltos en las corrientes de la civilización y del proceso. Quiero que en la historia humana se grabe, con letras que no se borren, la página que va a continuación la cual es fiel reflejo de la verdad, viva encarnación del amor a la patria y resplandor que ilumina el vastísimo horizonte de la gloria”.

Agregó a Mitre que esperaba de él “que las presentes líneas, escritas con ánimo sereno al borde la tumba, alcance la mayor publicidad posible en la prensa americana y europea”.

Había dejado otra carta destinada a su último ministro del Interior, Julio Bañados, pidiendo a éste que escribiese la historia de su administración.

Otra misiva —dirigida al mismo Bañados y a Claudio Vicuña, que había sido proclamado candidato presidencial y luego “elegido” como sucesor de Balmaceda— constituyó el “testamento político” del ex Mandatario. En ella, indicó que “el régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero su victoria no prevalecerá”.

Balmaceda dejó de mirar desde la ventana ese palacio de gobierno donde había vivido sus tragedias. Caminó hacia su lecho y se tendió en él.

El costado izquierdo de su cabeza quedó reposado sobre la almohada. Apoyó su revólver sobre su sien derecha.

Apretó el gatillo.

El proyectil le cruzó el cerebro, salió del cráneo y se incrustó en la muralla.

Abajo, en su dormitorio, el ministro Uriburu y su mujer se sobresaltaron. Uriburu abandonó la cama. Ordenó a Rufina Lagos que subiera a ver qué había pasado. El comenzó a vestirse apresuradamente.

La empleada fue hasta el segundo piso. Se asomó a la habitación de Balmaceda.

No fue capaz de cruzar el umbral. Vio el cadáver con la cabeza teñida en sangre y con el revólver oprimido por la mano derecha.

82 años más tarde, en el mismo perímetro trágico del centro de Santiago, otro estadista triturado por las circunstancias estaba dispuesto a emplear similar salida a la que había utilizado Balmaceda.

*

El general Augusto Pinochet se encontraba en la Central de Telecomunicaciones de Peñalolén, en los faldeos precordilleranos. Desde allí, se dominaba Santiago.

Era cerca de media mañana.

Pinochet era un hombre de 58 años. Se peinaba con una partidura su cabello liso. Usaba un grueso anillo en su dedo anular izquierdo. Tenía un carácter fuerte, con instinto de mando. Se veía mucho más dominante que el general Prats: no tanta sensibilidad ni inteligencia como éste, pero mucha mayor facilidad para estirar la zarpa y zanjar las dudas.

Parecía hecho para encabezar un golpe.

Por citófono, recibió la información de que Allende se había suicidado. Inmediatamente, se puso en contacto con el almirante Carvajal.

Pinochet estaba en el Puesto 1. Carvajal, en el Puesto 5.

—Patricio necesita hablar con Augusto —señaló el Puesto 5.

—Augusto escuchando, Augusto escuchando —señaló Pinochet.

—Lo del suicidio era falso —dijo Carvajal—. Acabo de hablar con el edecán naval, comandante Grez, quien me dice que ellos, los tres edecanes, se van a retirar de La Moneda y que vienen hacia el Ministerio de Defensa.

“Le encargué que instara al jefe de Carabineros que rindiera sus tropas, porque iban a ser bombardeados. Así que los carabineros deben salir de La Moneda en estos momentos.

“El general Brady está informado para que no se le dispare a los militares que evacúen La Moneda”.

—Conforme.

—En este momento llamó Domínguez, el secretario de la Marina, y me decía que fueran los tres comandantes en jefe a pedirle la rendición al Presidente.

—Tú sabes que este gallo es chueco —dijo Pinochet, y su voz subió hacia los gritos—. ¡Es al revés la cosa! ¡Si él quiere va al Ministerio de Defensa a entregarse a los tres comandantes en jefe!

—Yo hablé personalmente con él —señaló Carvajal, con su tono correcto y bien modulado—. Le intimé a rendición a nombre de los comandantes en jefe y contestó con una serie de garabatos, no más.

—O sea... quiere decir que a las 11... (agregó algo ininteligible). A las 11 en punto se van p'arriba.

Se refería a los cuatro aviones Hawker Hunter que la FACH había dispuesto para el bombardeo de La Moneda.

—Evacuando La Moneda es más fácil asaltarla —señaló Carvajal.

—Una vez bombardeada la asaltamos con el Buin y la Escuela de Infantería. Hay que decirle a Brady.

—Vamos a esperar que evacuen los edecanes y los carabineros.

—Conforme.

Poco después, Pinochet volvió a comunicarse con Carvajal.

Se le ocurrían ideas; le inquietaban algunas dudas. Inmediatamente, consultaba al almirante, para que le aclarase sus interrogantes.

—Patricio, te pregunto: ¿Mendoza asumió el mando de Carabineros o todavía no?

—Mendoza asumió el mando, pero no sé si está en la Dirección General de Carabineros.

—¿Está trabajando o no? Dime otra cosa, Patricio: el señor Yovane, ¿está también trabajando?

—Sí, está trabajando. Él está mandando a los carabineros que rodean La Moneda. Estamos en contacto con él.

—O sea, Carabineros se está portando en forma leal.

—Los carabineros que rodean son leales.

—¿A nosotros?

—Algunos se retiraron, pero todavía no sabemos adónde y si acaso se han entregado ahora o si acaso huyeron, no más.

—Patricio: o sea, ¿está sola La Moneda ya? O sea, ¿no hay carabineros que todavía quedan adentro?

—Voy a verificar bien qué fuerzas hay, tanto de Carabineros como de las Fuerzas Armadas, alrededor de La Moneda y te informo —señaló el almirante.

—Conforme. Porque cuando se efectúe el bombardeo no puede haber nadie.

—Correcto. Yo voy a dar el visto bueno, entonces, antes que se efectúe el bombardeo.

Súbitamente, a Pinochet se le ocurrió que Allende podría haber huido oculto en una de las tanquetas de Carabineros desde La Moneda.

—Yo tengo la impresión de que el señor ESE-E (se refería a “Su Excelencia”) se arrancó en las tanquetas ... Las tanquetas hay que ubicarlas: Mendoza, pregúntale. ¿No tienen contacto con él?

—No, pero en las tanquetas no huyó. Las tanquetas se habían ido antes y yo, posteriormente, en persona, hablé por teléfono con él.

—Conforme, conforme. Entonces hay que impedir la salida. Si sale, hay que tomarlo preso.

—Y también hablé posteriormente con el edecán naval, quien me confirmó que Allende está en La Moneda —prosiguió el almirante.

—Entonces hay que estar listos para actuar sobre él. Más vale matar la perra y se acaba la leva, viejo.

—Exacto. Lo único que estamos esperando es que salgan los edecanes y los carabineros.

*

El Fiat 600 se detuvo frente a la casa de Angélica Prats Cuthbert. Al volante estaba Gonzalo Rodríguez, hijo del general Eraldo Rodríguez.

El muchacho iba a buscar al general Prats.

El ex comandante en jefe había estado largo rato en el living, abismado, levemente descompuesto, escuchando las noticias en el equipo de radio luego que Gonzalo le había avisado por teléfono lo que estaba ocurriendo. Su rostro no podía ocultar los cambios de su espíritu.

Prats se iba a trasladar a la casa del general Rodríguez, en Pocuro con Tobalaba.

Un alto oficial del Ejército le había telefonado esa mañana para advertirle que gente de la institución le buscaba para matarlo. A la incertidumbre y las sombrías premoniciones que se habían desencadenado en su espíritu con motivo del golpe, se agregaba este hecho amenazador.

Prats había accedido a trasladarse a casa de Rodríguez no sólo por la presión que ejercían sobre él su hija y sus yernos. El general no quería poner en peligro la vida de Angélica y el resto de los moradores de la vivienda con su presencia allí. Era como tener un blanco ansiado y succulento bajo ese techo.

Y Prats conocía la naturaleza de algunos militares.

Cuando subió al Fiat con su maleta, silencioso y afectado, y partió, en la residencia de Angélica comenzaron a recibirse llamados telefónicos. Eran por los derrotados: conocidos y amigos del general que querían pedirle que intercediera por personas detenidas o buscadas. Estaba funcionando la segadora de una revolución.

Pero Prats, al recibir más tarde algunos de los recados, sentiría que en esos momentos le era imposible mantener una relación con el Ejército, ni con los altos mandos. El Ejército estaba cambiado: ese día tenía un aspecto horrible para él.

La situación se hacía a cada momento más alarmante. Mientras conducía, Rodríguez le relató que había visto mucho movimiento de tropas y revisión de automóviles cuando iba a buscarle.

Salieron por la calle Imperial hasta Tomás Moro. Alcanzaron a ver tanques que se aproximaban para establecer un cerco en torno a la residencia

presidencial. Tuvieron la sensación de que habían alcanzado a pasar apenas antes de que los blindados cerraran el anillo.

Llegaron a la casa. Prats, profundamente inquieto, pidió a Angélica y a su marido que abandonaran la vivienda que ocupaban y que se trasladaran a la de su hija Sofía. Ambos aceptaron el consejo del general.

Posteriormente, siguieron en comunicación telefónica con Prats. Este se mostraba hondamente preocupado.

Se mantenía en contacto con el general Rigoberto Rubio: el único a quien había informado dónde se encontraba.

AGONÍA

Luego que Allende pronunció otro de sus discursos de esa mañana, improvisando sus palabras con un citófono en la mano, en la radio Sargento Candelaria, partidaria del gobierno de la UP, se escuchó al conjunto folclórico Los Quincheros cantando “Ayúdeme usted, compadre”.

Había un contrasentido entre la música de ese grupo antiallendista y el hecho de que se irradiaba en pleno golpe de Estado a través de una emisora de izquierda.

El locutor de la radio señaló:

—Señores auditores: buenos días. Hace algunos minutos acaba de hablar nuevamente el Presidente Allende por radio *Magallanes* (del Partido Comunista).

“Desgraciadamente, la cadena ‘La Voz de la Patria’, por problemas de interferencia, no está funcionando en forma normal.

“En todo caso, el Presidente de la República, a las 9 y cuarto de esta mañana, ha dicho que él estará al frente de esta difícil situación hasta el final, porque dijo que la fortaleza del pueblo, porque la historia, no se echará atrás; porque lo que hoy día vivimos en Chile es una transformación que está adquiriendo el mundo entero, en Chile con mayor intensidad; y nadie puede en este momento doblar la mano a la historia.

“Es por eso que el Presidente de la República, el Presidente constitucional de Chile, junto a los trabajadores, estará al frente de esta situación difícil que hoy día vive el pueblo chileno.

“En todo caso, a nosotros se nos hace un deber, aquí en radio *Candelaria*, instruir nuevamente a todos los miles y miles de trabajadores chilenos a que estén en sus lugares de trabajo, alertas; cuiden a sus familias; cuiden a sus

niños; porque estamos en un momento donde, aprovechándose de algunas personas, pueden lanzar una serie de provocaciones.

“Hasta que no se dé la orden de repeler o dar una respuesta concreta a ellas, mantenerse alertas, tanto junto a sus compañeros de trabajo como resguardando la seguridad de sus familias.

“Este fue un mensaje que estamos enviando desde los micrófonos de radio Sargento Candelaria, que este último tiempo ha estado junto a usted, junto a la mayoría de los chilenos, ha estado junto al pueblo de Chile”.

Los Quincheros volvieron al aire.

En radio *Magallanes*, un periodista señaló:

“En el día de hoy, el diario El Siglo, del Partido Comunista, tituló: ‘Cada cual a su puesto de combate. El Partido Comunista se dirige a los trabajadores de la ciudad y del campo, al pueblo chileno, a todas las fuerzas democráticas, haciendo un llamado fervoroso y urgente para que cada cual tome su puesto de combate, dispuestos a repeler la intentona de los reaccionarios que se empeñan en echar abajo al gobierno constitucional en el curso de estas horas’.

“El Partido Socialista también ha emitido llamados similares. Todas las agrupaciones de izquierda, todos los sindicatos, todas las agrupaciones de trabajadores, están haciendo llamados a todos los chilenos para mantenerse alertas y luchar contra el golpismo.

“Las masas están alertas y dispuestas a realizar los mayores sacrificios en defensa de sus conquistas, del gobierno legítimamente constituido y de la revolución chilena. Un grupo de uniformados antipatriotas no para la marcha del país hacia su definitiva liberación.

“El Presidente de la República, ya lo hemos dicho, está en su despacho de la Moneda... (hubo una interferencia). No nos amedrentarán... (interferencia)... a que dejemos de transmitir.

“No paramos de transmitir porque hemos recibido el mandato de la gran mayoría del país. Así, estaremos en el aire mientras el país siga su marcha hacia el futuro.

“El Presidente de la República es el doctor Salvador Allende Gossens. Y los trabajadores así lo han dicho en incontables oportunidades.

“Lo dijeron hace pocos días, el 4 de septiembre, cuando más de un millón de trabajadores desfiló por las calles de Santiago reiterando que el único Presidente constitucional de este país y la única autoridad legítima es la elegida por el pueblo.

“El Presidente de la República, doctor Salvador Allende, dijo hace algunos momentos, y ustedes lo han escuchado, trabajadores de todo Chile: ‘Un grupo de golpistas, por mucho que vistan de uniforme, han traicionado su juramento de fidelidad a la patria, a la Constitución y a las leyes’.

“Y su violación al juramento, su traición a los valores de la patria, les serán demandados por la historia.

“Radio *Magallanes*, transmitiendo por cadena nacional de emisoras, dirigiéndose a los trabajadores de todo Chile”.

Otro locutor repitió la declaración formulada por la Comisión Política del Partido Comunista y publicada en *El Siglo*.

De pronto, hubo un anuncio:

—Y ahora se dirige a los trabajadores de todo el país, el Presidente de la República, Salvador Allende, directamente desde el palacio presidencial.

Allende, desde su propio despacho, sentado ante su escritorio, había estado intentando comunicarse con la radio. Al final lo había conseguido.

Se escuchó su voz, con chisporroteos iniciales a causa de las interferencias:

—Amigos míos... (ininteligible) ...la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de radio Portales y radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino

decepción. Que sean ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno, también se ha denominado director general de Carabineros.

“Ante estos hechos, sólo cabe decir a los trabajadores: yo no voy a renunciar.

“Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo, y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente.

“Tienen la fuerza. Podrán avasallarnos. El capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les señalara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy está en sus casas, esperando con mano ajena conquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios”.

Era el último discurso que pronunciaría Allende. Lo estaba improvisando en su despacho, rodeado de sus colaboradores, que se habían situado en lugares alejados de las ventanas, para evitar el impacto de posibles disparos.

El Presidente sostenía con su mano derecho el teléfono a magneto, que era su micrófono. Todos le escuchaban en silencio, sintiendo, bajo el influjo de sus palabras dramáticas y de la situación, que se desplazaban de la vida hacia la muerte, que iban caminando por un callejón irreversible.

Allende hablaba a la mujer campesina, a los profesionales que se habían negado a ir a la huelga, a la juventud.

—Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando la línea férrea, destruyendo los oleoductos y los

gaseoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder: estaban comprometidos. La historia los juzgará.

“Seguramente radio Magallanes será acallada, y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. Lo seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos, mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores.

“El pueblo debe defenderse, pero no debe dejarse arrasar ni acribillar. Pero tampoco puede humillarse.

“Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición”.

Hernán del Canto hizo un comentario disconforme, en voz baja, al periodista Augusto Olivares, que estaba a su lado: las palabras de Allende demostraban mucho arrojo y decisión; pero constituían un mensaje de despedida al pueblo chileno. A su juicio, el gobernante debía haber señalado que seguiría manteniéndose como el Presidente constitucional.

Un radiocontrolador puso el Himno Nacional en la *Magallanes* luego de las palabras del Presidente.

Un periodista retomó la palabra:

—Esta es radio *Magallanes*: la voz de la Patria, la voz del pueblo, la voz de los chilenos, transmitiendo con una red de emisoras patriotas que están resistiendo el golpe fascista de un sector de las Fuerzas Armadas y de los partidos políticos que no han sabido cumplir con el primer deber que deben a la patria: respetar la Constitución.

“Llamamos a los trabajadores, a los pobladores, a los estudiantes, a defender al gobierno popular, a defender al Presidente Allende, a rodear La Moneda para detener el golpe.

“Llamamos a los soldados patriotas, a los soldados que son hijos del pueblo, a plegarse al bando de los trabajadores, al bando de los patriotas.

“Cada minuto que pasa es importante. Cada cosa que hagamos es urgente. Radio *Magallanes*, la voz del pueblo, la voz de la Patria, que representa los valores constitucionales, está en el aire y podrá desaparecer del aire en cualquier instante.

“¡Al golpe se resiste con fuerza, con entereza, no dejándose intimidar!
¡Somos tres millones de trabajadores contra 50 mil golpistas!

“La mejor arma son los puños, las balas, las máquinas, las herramientas, las palas. ¡Pueblo de Chile! ¡A no dejarse aplastar por el fascismo! ¡A luchar por las conquistas conseguidas en tres años de lucha fervorosa! ¡A no dejarse derrotar ni desanimar! ¡Cada minuto que pasa corre a favor de nosotros! ¡Viva Chile!”.

El otro periodista que había hablado antes de él le reemplazó.

—Las reiteradas denuncias hechas por las fuerzas populares sobre la permanente conspiración hoy se hacen patentes ante el mundo.

“Uniformados que traicionaron su juramento que hicieron de defender la Constitución y las leyes tratan de usar al pueblo uniformado para terminar con las conquistas del pueblo de overol.

“Los soldados y clases no deben ser instrumento de estos militares golpistas. Su lugar de combate está junto a los obreros y los empleados, junto al progreso, junto a los marinos antigolpistas.

“El gobierno constitucional lo defienden los militares patriotas, las fuerzas de Carabineros, y, en especial y fundamentalmente, el pueblo de Chile, que debe permanecer en sus lugares de trabajo, ocupar las fábricas y prepararse

para combatir el fascismo, que significa muerte, atraso, una vuelta al pasado que nadie espera ni desea.

“Es en estos momentos en que quienes se dicen demócratas deben sopesar hasta dónde les ha llevado su ceguera política.

“Han entregado el país a la violencia antidemocrática; han permitido que violen todos los principios que ellos dijeron defender.

“El Presidente de la República lo ha dicho: no va a renunciar, porque su mandato es el símbolo de las luchas de todos los trabajadores durante muchos años de combate.

“En cada fábrica los trabajadores están comenzando a escribir un capítulo heroico en su lucha por la derrota del fascismo. En este minuto, los dirigentes de la oposición democrática recogen el fruto de su falta de visión.

“Ahora es cuando deben llamar a las rectificaciones a estos uniformados que tratan de imponerle al país un régimen ilegal que históricamente ha demostrado ser incapaz de satisfacer las más mínimas aspiraciones de los necesitados.

“Los explotados de siempre están de pie. No deben dejarse arrebatar sus conquistas. La lucha recién está comenzando”.

*

En el Ministerio de Defensa se recibió una información entregada desde un avión B 26 de la FACH.

El aparato había avistado un considerable grupo de gente que marchaba por la carretera Panamericana Norte, desde los suburbios de la ciudad, hacia el centro.

El B 26 dio un giro y cruzó perpendicularmente el camino, cortando el pavimento con disparos de sus ametralladoras unos 100 metros delante de esa masa inquieta, resuelta, que quería resistir.

El avión giró y repitió la maniobra. Los manifestantes se desperdigaron y echaron a correr.

En industrias de los cordones de Vicuña Mackenna y Maipú había comenzado una resistencia armada.

Eran focos.

*

Allende observó a Hernán del Canto con hostilidad. A su lado se encontraba Joan Garcés.

Del Canto le señaló que había llegado a La Moneda por encargo de la dirección del Partido Socialista a preguntarle qué deseaba que hicieran los dirigentes; cuál podía ser su acción o su ayuda en ese momento.

La suma de discrepancias del Presidente con su partido, las que se habían sucedido durante su gobierno y especialmente en los últimos meses, y su propia frustración al haber sido arrojado al desenlace que vivía, hicieron que su lengua se convirtiera en algo muy ácido. Habló brevemente, de un modo cortante.

Señaló a Del Canto que le extrañaba que, después de tanto tiempo de no haber tomado en cuenta su opinión, se la fueran a pedir. Agregó que, por lo mismo, los dirigentes del partido seguramente sabían muy bien qué hacer. Y que él, por su parte, tenía muy claro cuál era su deber.

Del Canto quedó solo, disminuido, en cierta forma despreciado por la actitud y las palabras del gobernante.

—Después que habló con Allende, le dio una crisis nerviosa —recuerda el detective David Garrido, ante un café y un cigarrillo.

Tiene una voz ronca de fumador. Su esposa se mueve alrededor suyo. Lo llama “papi”. Garrido parece un hombre de acción, alguien que sabe lo que quiere.

—Lloró de desesperación —sigue, refiriéndose a Del Canto. “Nos van a matar, nos van a matar”, decía. Hubo que pedirle que se fuera para que no se creara una crisis o una histeria colectiva. La gente del GAP tuvo que sacarlo de allí.

El caserón donde tiene su sede el Partido Socialista Almeyda (llamado así porque Clodomiro Almeyda es su secretario general) se levanta en Agustinas esquina de Bulnes: un barrio que fue elegante y que vino a menos.

En el patio flanqueado por el edificio de dos pisos, se levanta el antiguo símbolo de la sangre azul de las casas chilenas: una alta palmera.

Hace años que nadie se preocupa de ella. Bajo la copa verde, están las hojas secas que no han sido eliminadas con el serrucho, y que semejan una cabellera muerta.

Hernán del Canto está de regreso en Chile tras su exilio. Viste una guayabera verde de manga larga y un pantalón gris-celeste. Su oficina sin ventanas resulta sofocante en este enero de 1989.

Su pelo es canoso, con vetas de negro en sus patillas y en la parte alta de su cabeza. Usa anteojos. Habla y mira con pocos gestos, inexpresivamente.

—Esa versión de mi conversación con Allende en La Moneda es inexacta —afirma— Es la versión de Joan Garcés.

“Yo le conté mi entrevista con Allende años más tarde. Porque yo estaba solo con el Presidente. No había testigos.

“La Comisión Política del Partido Socialista me había planteado un mandato de tres puntos para exponerle a Allende en La Moneda.

“Primero, conocer cuál era la situación objetiva; el nivel de compromiso de las instituciones militares con el intento golpista”.

“En segundo lugar, comunicar al Presidente Allende la decisión de los socialistas de luchar por la defensa del gobierno popular y convencer al pueblo y a las organizaciones populares de la necesidad de esa lucha”.

“Y en tercer lugar, plantearle la posibilidad de que saliera de La Moneda esa mañana para mantener el liderazgo en el país e impedir que se le asesinara”.

“Después que Allende habló al país en lo que se conoce como su último mensaje, pasamos a una pequeña sala que había entre la secretaría privada y la sala de la Presidencia. En muchas ocasiones habíamos conversado allí”.

“Le hice el planteamiento que enviaba la Comisión Política”.

“Con respecto al primer punto, Allende dijo que la insubordinación militar era total. Y que teníamos que atenernos a las consecuencias”.

“Respecto del segundo punto de la decisión de luchar por el gobierno popular, fue más enfático y fuerte para decir que ésa era obligación moral y política de los socialistas, puesto que los socialistas habían dicho siempre que iban a estar dispuestos a la defensa del gobierno popular y del proceso de cambios revolucionarios que se estaba realizando. Y que debíamos asumir la responsabilidad plenamente”

“Y respecto a su salida de La Moneda, la rechazó enfáticamente, puesto que desde hacía mucho tiempo había dicho al país y al propio Consejo de Seguridad Nacional, en reuniones que había tenido con ellos, que él no iba a salir de La Moneda”.

“Cuando salí del edificio, yo tenía la sensación de que el golpe no estaba consumado. Pero me enfrenté con los carabineros. La Guardia ya estaba contra el gobierno”.

“Los carabineros me pusieron el arma encima. Me decían: ‘Usted no va a salir de aquí’. ‘Es que yo voy a salir’. Y salí”.

*

Cuando el ministro de Educación, Edgardo Enríquez regresó al Ministerio, las funcionarias ya habían sacado a casi todos los niños del parvulario.

Los habían despachado de regreso hacia sus casas.

Enríquez preguntó gravemente a las mujeres qué harían. Ellas le respondieron que se iban a quedar. El ministro sintió una emoción.

Luego realizó un recorrido por el edificio. Había un buen número de empleados presentes. Tenían una apariencia seria y, a la vez, expectante. Comentaban los hechos y se asomaban a las ventanas. Había algo de ficción y de realidad en esa escena.

Escucharon un ruido potente, de hierros y maquinaria. Observaron. Pasaban tanques hacia La Moneda. Enríquez observó nítidamente el cuello alto, redondo, color naranja, que se asomaba sobre el verde de los uniformes de combate, y que era el sello distintivo de las tropas que participaban en el golpe.

Se dio cuenta de que resultaba imposible ir otra vez a La Moneda.

Se sentó ante su escritorio.

Poco después, se sobresaltó con tintineos de cristal y ruidos secos dentro de su oficina. Varias balas habían entrado hacia arriba, oblicuamente, atravesando los vidrios de las ventanas.

El ministro se levantó y salió de la habitación. Ordenó a los funcionarios que se sentaran en el suelo en los pasillos en que hubiese murallas de cemento. En la mayoría de los casos, las separaciones entre despachos del Ministerio eran de tabiques. Las balas podían cruzar sin dificultad esos materiales de extremo a extremo del edificio.

El inmueble se estremeció: algún tanque había disparado con el cañón contra sus murallas exteriores.

Enríquez volvió a su gabinete. Era una extraña figura sentada en su lugar habitual de trabajo, con su secretaria instalada en el antedespacho, en la

postura normal de cada día. La muchacha se había negado a retirarse, a pesar de que él se lo había pedido.

El ministro cogió varios diplomas que tenía sobre su escritorio. Estaban destinados a los profesores que serían premiados esa tarde por sus largos años de servicio en la ceremonia del teatro Municipal.

Los comenzó a rubricar con un lapicero que untaba en tinta china, para que su firma fuese indeleble.

Al reverso, fue colocando una leyenda en cada uno de los cartones: “Firmado durante el asalto a La Moneda y al Ministerio por las Fuerzas Armadas”.

Bajo la frase, colocaba nuevamente su rúbrica.

Unas balas cruzaron el despacho y fueron a horadar la muralla. Enríquez se dio cuenta que tenían una trayectoria más horizontal que las anteriores. Seguramente, los soldados habían ocupado alguno de los edificios de enfrente.

Pero el escritorio de Enríquez, que estaba situado en un ángulo muerto, no era alcanzado por los proyectiles.

El ministro cogió el teléfono. Llamó a su madre, que vivía en casa de su hermana Inés, diputada radical. Señaló a la anciana que se encontraba perfectamente bien. Luego, avisó lo mismo a su mujer.

Cerca de las 11 de la mañana, su secretaria le indicó que dos funcionarios del Ministerio le solicitaban una audiencia. Enríquez pidió a la muchacha que los hiciera pasar.

Entraron. Enríquez se levantó a saludarlos. Eran dos jóvenes burócratas correctamente vestidos, con la corbata puesta. El secretario de Estado los invitó a sentarse.

—Ministro —le dijo uno de ellos—. Somos de la Juventud Radical. Le pedimos audiencia porque queremos decirle algo. Queremos decirle que

cuenta con nosotros, porque lo vamos a defender.

—Pero, hombre, ¿acaso tienen armas ustedes?

—Sí. Mire.

Sacaron unas pistolas pequeñas, de reducido calibre.

—Con esto lo vamos a defender.

Enríquez se había emocionado. Les observó con su mirada húmeda, con los párpados ligeramente caídos.

—Hombre: acérquense a la ventana. Y no toquen las cortinas, porque les pueden disparar.

Ellos se aproximaron, siguiendo al ministro.

—¿Ven esos soldados que están abajo? ¿Ven el tanque?

Les miró.

—¿Qué van a hacer ustedes con estas pistolas? Por favor, sáquenles las balas, bórrenles las huellas digitales, y lánchenlas por el incinerador.

“Pero separadas de las balas, porque alguien puede prender fuego y las balas van a estallar. Porque si los pillan con estas armas, los van a fusilar de inmediato”.

Los jóvenes le observaron. Le dieron vueltas a sus palabras. Se despidieron y dejaron la oficina.

Enríquez se quedó de pie observándoles. Luego salió hacia el antedespacho. Dijo a su secretaria:

—Señorita: creo que es la última audiencia que se ha dado en un Ministerio bajo un régimen democrático en Chile, quién sabe hasta cuándo.

“Y son dos jóvenes que han venido a ofrecer su vida por un hombre viejo que no conocían más que como ministro. No eran amigos míos. Y eso me da, a la vez, mucha esperanza en que la juventud es leal y va a responder”.

La secretaria le miró con atención. Nuevamente, Enríquez estaba emocionado, a pesar de su apariencia alta que suscitaba confianza y fortaleza.

—Le voy a traer un café —señaló la mujer.

Enríquez volvió a su escritorio. De algún lugar, la secretaria regresó con una tacita humeante. Él se la agradeció y comenzó a beberla con ansias.

*

En La Moneda, los informes se agolpaban. Y algunos se contradecían entre sí, como en cualquier situación de caos. Se recibió un llamado telefónico según el cual la Escuela de Suboficiales de Carabineros se dirigía al palacio, para defender al Presidente Allende ante el intento de golpe.

El inspector Seoane, en uno de los pasillos, vio a un general de Carabineros conversando con el Mandatario.

El alto oficial aludía a alguna unidad en particular. Señalaba a Allende que en ella había 150 hombres leales.

—Bueno, si están en alguna parte, tráigalos para acá —señaló el Presidente.

Comenzaba a notarse en su voz un atisbo de irritación.

Allende había conversado informalmente con algunos ministros y colaboradores que le acompañaban: una suerte de consejo de gabinete improvisado, casual, surgido simplemente de la presencia física de todas esas personas en el momento de una insurrección militar.

Hablaron sobre las posibilidades de éxito que tenía el golpe y de la eventualidad de contar con algún sector leal dentro de los uniformados.

Estaba contabilizado como un hecho el respaldo del pueblo; pero también todos ellos tenían en claro que sacar esa gente a la calle podía implicar una masacre.

Los comentarios insistían en que una movilización popular y de los 35 mil hombres de Carabineros podrían conformar un importante elemento de fuerza. Pero los más lúcidos y fríos empezaban a creer que esas perspectivas se iban diluyendo.

Unos cuantos minutos antes del último discurso de Allende a través de radio *Magallanes*, en el mismo despacho del Presidente, el ministro de Agricultura, Jaime Tohá, le había planteado:

—Presidente, ¿y si usted hiciera un llamado para que una masa de gente se viniera a La Moneda? Yo creo que eso por lo menos podría permitir dilatar un poco las cosas.

Allende puso una expresión de estar pensándolo. Pero alguien señaló, poco después, que los militares controlaban todos los accesos al centro de la ciudad.

Luego, cuando el Presidente cogió el teléfono para dirigirse por última vez a quienes le escuchaban, sus palabras habían desestimado una resistencia del pueblo.

*

Cuando Hernán del Canto regresó a las oficinas de la CORMU, donde seguían sus compañeros de la Comisión Política, señaló que la decisión del Presidente era quedarse en La Moneda y resistir el golpe de Estado allí.

El sonido de disparos llegaba nítidamente hasta los dirigentes.

Iban convenciéndose de que la resistencia era imposible. Lo que observaban era muy crudo, muy reverberante, como para ponerse la mano sobre los ojos e ignorarlo.

Arnoldo Camú propuso que todos se trasladaran hasta el matadero Lo Valledor. Parecía un lugar más seguro.

Se dirigieron hacia el gran edificio en sus automóviles, serpenteando hacia el sur por las calles y alertas a la posibilidad de ser interceptados.

Cuando se instalaron en el matadero, trataron de contactarse telefónicamente con dirigentes del Partido Comunista. En un primer instante, fue imposible. Lograron ubicar a los miristas y Miguel Enríquez, que estaban en la Gran Avenida.

Habló Camú. Expuso la opinión de los socialistas, de que no era posible hacer frente al despliegue militar. Había que “hundirse”, submarinearse, porque, de lo contrario, se produciría una matanza.

Agregó un argumento: todos habían escuchado las palabras de Allende por las radios, rechazando la idea de exponer al pueblo a una masacre.

Se pusieron de acuerdo con el MIR: al mediodía, sostendrían una reunión conjunta en la industria Indumet, situada en Santa Rosa, junto a la población La Legua.

Carlos Lazo ya no estaba. A raíz de un contacto telefónico con un funcionario de la Escuela de Suboficiales de Carabineros, había salido en esa dirección.

Los dirigentes socialistas comenzaron a pensar en los riesgos. Entre todos, llegaron a la conclusión de que los más conocidos de entre ellos deberían ocultarse: Carlos Altamirano, Adonis Sepúlveda y Hernán del Canto.

Se resolvió que se dirigieran a casas de seguridad en la zona de la Gran Avenida.

También se acordó comunicar a todos los miembros del Comité Central del partido que se dispersaran, para esperar desde sus escondites la posibilidad de que algunas unidades de las Fuerzas Armadas estuviesen dispuestas a defender al gobierno.

Altamirano, Sepúlveda y Del Canto partieron hacia su destino. El resto hizo poco después lo mismo, tomando el rumbo hacia Indumet.

*

En el primer piso de La Moneda, en el sector de la esquina nororiente del edificio, varios médicos aguardaban y conversaban.

Sentían golpear y consumirse los minutos, acercándoles a algún desenlace sobre el cual no podían decir nada seguro.

Los facultativos no eran del círculo más íntimo de Allende. Tenían poco contacto personal con él. Entre ellos estaba el doctor Patricio Guijón.

La pieza en que permanecían era la enfermería: una estancia reducida, con una camilla y elementos de primeros auxilios, y que había sido recientemente refaccionada.

Podía servir para intervenciones menores y de urgencia. Era factible emplearla para operaciones o curaciones a Allende que se quisieran mantener en la más rigurosa reserva.

Los médicos comentaban lo que ocurría; y hacía rato que habían llegado al límite de las novedades que se podían decir. Se formulaban preguntas y suposiciones.

Allende bajó en un par de ocasiones y pasó a la habitación. Iba rodeado de diez o veinte personas. Llevaba su fusil ametralladora cogido con la mano, con la correa sobre el hombro.

En una de esas oportunidades, le comunicaron que lo llamaban de la Junta de Gobierno. Respondió el telefonazo desde la enfermería, delante de los doctores.

Guijón puso atención, al igual que el resto. Al parecer, estaban reiterando al Mandatario la oferta de salida del país en un avión.

—Métanselo por el poto —respondió secamente Allende.

Y colgó.

No quería rendirse.

Los demás le percibían con una apariencia más densa y más llena de peso, como si su conciencia de vivir un instante trascendental que le hacía rozar el fin, hubiese llegado al extremo de su lucidez.

Su decisión seguía siendo la misma que a primera hora de la mañana. Después de haber conversado con los edecanes, pidiéndoles que se retirasen, había pasado al privado donde le aguardaban sus colaboradores. Les relató que uno de los ofrecimientos había sido poner a su disposición un avión, y que él lo había rechazado.

Ante llamados y recados de los militares y ciertas insinuaciones de su propio bando, su postura era terminante: si los uniformados querían conversar, él los recibiría en su despacho de Jefe del Estado. El ostentaba ese cargo. Un Mandatario no abandonaba sus funciones.

*

En ese mismo edificio, ante sus propios ojos, otro Presidente de la República había tenido una actitud semejante a la suya: Padre Aguirre Cerda.

Allende había sido testigo de ello el 25 de agosto de 1939.

El hecho había ocurrido durante la insurrección encabezada por el general Ariosto Herrera Ramírez: un episodio que sería conocido como “el ariostazo”.

Herrera era un militar temible, una amenaza que se desplazaba por Santiago. Había sido adicto militar en Italia y bebido en su lugar de origen las ideas del fascismo. Y se había transformado en fascista.

Hasta el escritorio del ministro de Defensa de Chile había llegado un oficio desde la Embajada en Roma. El embajador aconsejaba no llamar de vuelta al país a Herrera, por sus manifiestas simpatías totalitarias.

El oficial no podría sino polarizarse sirviendo al gobierno del Frente Popular encabezado por Aguirre Cerda, que era el tercero de su tipo en el mundo (luego del francés y español) que había triunfado en elecciones.

El Frente Popular correspondía a un modelo emanado del VII Congreso Internacional Comunista, en 1935, en Moscú.

En Chile estaba constituido por el Partido Radical de Aguirre Cerda, socialistas, comunistas, el Partido Demócrata y la Confederación de Trabajadores. Se definía como antiimperialista y antirreaccionario.

El ministro de Defensa, preocupado por Herrera, llamó al oficial a su despacho. Le dio cuenta de las objeciones expuestas desde Italia para que se le hiciera retornar a la patria.

Herrera respondió que él rendía culto al honor militar y a la libertad. Y que, por lo tanto, guardaría obediencia y fidelidad al Presidente de Chile.

Pero, en su interior, se agitaba una profunda hostilidad hacia la izquierda, hacia el Frente Popular que había dejado estupefacta y choqueada a la derecha con su triunfo de octubre de 1938.

Durante el desfile de las tropas ante el Jefe de Estado, el 21 de mayo de 1939, el general observó que, junto a la bandera nacional, ondeaba una enseña del Partido Comunista. Ordenó suspender el desfile, exigiendo que la bandera roja fuese sacada.

Los trabajadores situados junto al emblema le observaron, pero quedaron inmóviles.

Herrera se adelantó y arrancó personalmente la bandera. Sólo entonces dio curso al desfile.

La prensa de la derecha lo aclamó, repitiendo lo que diversos sectores decían en su oído: era “el salvador de la Patria” y el cruzado contra “el monstruo del comunismo”.

El ministro del Interior, Pedro Enrique Alfonso, habló con Aguirre Cerda sobre el general.

El Presidente era un hombre pequeño, moreno, con el rostro algo picado de viruelas. En su niñez le decían “el negrito”. Años más tarde, despectivamente, personeros de derecha se referían a él como “el negro”.

Tenía los títulos de abogado y profesor de Castellano y Filosofía.

Al comienzo, cuando recién se le conocía personalmente, daba la impresión de un ser reconcentrado y poco comunicativo. Tenía un bigote ralo. Su aspecto era el de un hombre de típica extracción popular.

Sus rasgos distintivos, los que le diferenciaban de las características comunes, eran su amplia frente despejada y sus ojos: dos ventanitas risueñas, que a veces irradiaban magnetismo o que miraban en profundidad.

El ministro Alfonso señaló a Aguirre Cerda su convicción de que Herrera estaba conspirando.

El Mandatario replicó que el oficial había jurado por su honor lealtad al gobierno. Además, no había pruebas en su contra.

Alfonso insistió. El Presidente respondió que si se le proporcionaba una prueba, destituiría a Herrera.

En la noche del 24 de agosto, cerca de la medianoche, el ministro Alfonso visitó algunos cuarteles. Advirtió movimientos que le hicieron recelar.

Se dirigió a casa de Herrera. Todo parecía normal en la residencia.

Alrededor de las dos de la madrugada regresó a su domicilio. Cuando se acostó, dejó su revólver sobre el velador.

A las 3 y cuarto de la madrugada, el teléfono de su casa sonó. Le avisaban que el general se había instalado en el regimiento Tacna. Y que había actividad en el regimiento de infantería de San Bernardo.

Alfonso ordenó que fueran instaladas ametralladoras en La Moneda. Se levantó y partió hacia el palacio.

Aguirre Cerda mostraba gran determinación. Pidió un revólver al subdirector de Investigaciones. Le señaló:

—De aquí no me sacarán sino muerto. Mi deber es morir matando, si es necesario, en defensa del mandato que me otorgó el pueblo. De aquí no me sacan vivo.

Ordenó convocar a los trabajadores para que paralizaran las industrias y fueran trasladados en camiones a la sede del gobierno y la rodearan. Luego, dio instrucciones para la movilización de las Fuerzas Armadas.

El diputado Salvador Allende llegó a La Moneda y subió al despacho de Aguirre Cerda.

Cuando ingresó, el teléfono privado del Presidente estaba repiqueteando. El gobernante lo levantó.

Era un vocero de Ariosto Herrera. A nombre de éste, conminó a Aguirre Cerda a abandonar La Moneda, dirigirse al aeropuerto de Los Cerrillos con su familia y volar desde allí, en un avión que ya estaba preparado, al país que escogiera.

El pequeño Aguirre Cerda respondió:

—Diga usted al general Herrera que el Presidente de la República no se somete a un faccioso ni piensa escapar de La Moneda.

No pudo resistir la tentación de emplear su ironía y añadió:

—Yo le aconsejaría al general, antes de que sea tarde, aprovechar el avión preparado para mí y abandonar el país.

La rebelión fracasó.

Al mes siguiente, al disponer una reestructuración ministerial, Aguirre Cerda llevó a Allende a su gabinete, como ministro de Salubridad y

Previsión Social.

*

Allende dejó la enfermería y subió al segundo piso.

Su hija Beatriz, a la que todos llamaban *Tati*, se acercó a él. Acababa de recibir un llamado telefónico de Miguel Enríquez. Este le señaló que había tratado de comunicarse varias veces con La Moneda.

El jefe mirista aguardaba en la línea. Hablaba desde la casa de reuniones de la Gran Avenida.

Allende se dirigió a coger la bocina descolgada. Saludó a Enríquez. Miguel le indicó que deseaba juntar toda la fuerza militar de que disponía el MIR para unirla a los efectivos socialistas y así constituir una cuña que penetrara en La Moneda y lo rescatara de allí.

Allende podría sumirse en la clandestinidad y, desde esas sombras, desde el seno mismo del pueblo, encabezar la lucha contra los golpistas.

Enríquez era convincente.

Pero el Presidente meneó negativamente la cabeza. Reiteró lo que ya había dicho: no abandonaría la sede del gobierno. Pero dijo unas cuantas palabras más al dirigente mirista: le alentó a realizar todas las acciones de resistencia que le fuese posible.

El Mandatario había recibido diversas llamadas en la última media hora. Varios embajadores se habían comunicado con él. El capitán Muñoz, de Carabineros, había escuchado cómo Allende desechaba una oferta de asilo que le formulaba un diplomático.

*

El secretario de Allende, Osvaldo Puccio, habló un par de veces con su mujer.

El último de los contactos fue un llamado de despedida. Puccio le contó que iban a bombardear La Moneda. Le agregó que su hijo seguía con él, y que estaba perfectamente.

Pero no hablaba en tono fatal ni trágico. Todavía no creía que las amenazas de bombardeos fueran serias. Los ocupantes del edificio las tomaban como simple bravata, como una presión destinada a hacerlos abandonar el inmueble presidencial.

El bombardeo les parecía imposible no sólo por motivos históricos, por lo inadmisibles que resultaba pensar que se osara lanzar bombas sobre esa construcción vetusta que encerraba las más fundamentales tradiciones chilenas.

Además de que sus mentes rechazaban considerar factible semejante sacrilegio, no creían que los aviadores se atrevieran a lanzar bombas, porque podrían causar la destrucción de todo el sector aledaño a La Moneda.

En sus cabezas tenían las imágenes de los viejos noticiarios que mostraban los efectos de los ataques aliados sobre la Alemania nazi, en que las bombas habían sido arrojadas con la imprecisión y la abundancia de lluvias localizadas en ciudades.

Pero, de pronto, alguien notó un vacío, una ausencia que de inmediato se hizo evidente para todos: ya no se veía a los carabineros de la Guardia de Palacio. Se habían retirado.

Allende estaba haciendo, en ese instante, un recorrido por el edificio, para inspeccionar las defensas. Las ametralladoras de los carabineros, ya dispuestas, quedaron abandonadas. Una de ellas estaba en el despacho del ministro secretario general de Gobierno, apuntando directamente hacia la entrada principal de La Moneda, para resistir el eventual asalto si la gruesa puerta de madera maciza era derribada.

Uno de los funcionarios de la Moneda vio aparecer al ex ministro Aníbal Palma y se dirigió a él. Le contó que la Guardia se había escurrido por la puerta que daba a calle Teatinos, y que se usaba muy poco. Por ella sólo

ingresaban vehículos que llevaban víveres al palacio o que transportaban carga de otro tipo.

El capitán José Muñoz también comprobó la desertión. Encontró sólo a unos cinco o seis carabineros. Esos uniformados lo miraron con rostros huidizos. Habían quedado allí porque ninguno de sus compañeros les había avisado que se retiraban.

La Guardia de Palacio había salido por instrucciones recibidas directamente desde el edificio de Norambuena. El propio general Arturo Yovane había hablado con el mayor a cargo, señalándole que se inutilizara el armamento que los carabineros no pudieran llevar consigo.

*

En la pequeña capilla de piedra había silencio. Fue perfectamente audible para las dos personas que se encontraban dentro el ruido de la puerta del costado que se abrió y la entrada, casi a la carrera, de la madre Socorro.

El sacerdote Luis Antonio Díaz, secretario privado del cardenal arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, se levantó, sorprendido y con cierta molestia. Detuvo a la monja a mitad del pasillo.

Silva Henríquez rezaba después de la misa, sentado más adelante.

La graciosa capilla estaba situada al lado de la casa del cardenal, a un costado del patio. Su entrada principal daba a Simón Bolívar.

—¿Qué le pasa? ¿Cómo entra así? —preguntó Díaz, con un susurro enérgico.

La madre Socorro era la encargada de la residencia del cardenal.

—¡El señor cardenal! ¡Monseñor Santos lo llama urgente!

—Bueno, dígame de qué se trata, porque el cardenal está rezando.

Habían terminado hacía poco de celebrar la acostumbrada misa diaria de las ocho de la mañana. Luego, Silva Henríquez se despojó de su casulla y se

puso a rezar.

—Tiene que ser al tiro, porque se armó —dijo la religiosa.

—¿Se armó qué?

Hablaban en la voz más baja posible, pero el cardenal, ante el cuchicheo imposible de ser ignorado en un espacio tan reducido, dio vuelta la cabeza y miró bajo sus severas cejas. No se sabía si esa actitud era de curiosidad o censura. O quizá fuese las dos a la vez.

—¡Se armó la grande! —dijo la religiosa—. Están sacando a los upelientos.¹

Ella hacía la cola para las compras de alimentos. No le gustaba el gobierno de la Unidad Popular.

Díaz se acercó al cardenal. Se inclinó hacia él y le dijo:

—Mire, parece que hay algo urgente. Lo está llamando monseñor Santos.

—Respóndele tú. Dile que lo llamo en un rato más.

—Creo que es urgente —insistió Díaz, con la voz que se le ponía ronca ante las tensiones—. Hay algún problema de intento de golpe.

Silva Henríquez se levantó. Salió de la capilla y cruzó hacia la casa. Desde el escritorio se comunicó con el obispo Santos. Díaz lo esperó en el comedor.

El cardenal tardó pocos minutos en ir a esa habitación.

—Me dice monseñor Santos que se escuchan muchas balas. Que a él le llegaron informaciones de que comenzó un intento de golpe.

Ambos se observaron un instante en silencio. En los rostros se les había pintado la alteración del ánimo ante acontecimientos trascendentales, mucho más allá de la medida de todos los días.

El cardenal había regresado la tarde anterior desde la casa de ejercicios espirituales de Punta de Tralca, junto al mar.

Ese era su habitual sitio de descanso del fin de semana. Tenía una habitación de piedra y madera, con ventanales que daban hacia el surponiente. Cada día, caminaba hacia una puntilla que se observaba desde su habitación.

Avanzaba pausadamente, lleno de reflexiones.

A su retorno desde la costa se había dedicado a preparar la reunión del Comité Permanente del Episcopado que se realizaría el miércoles 12: al día siguiente.

Había permanecido esa tarde en su escritorio, aislado.

Le preocupaba intensamente la situación nacional. Tenía una esperanza, aunque muy débil, de que Allende anunciase algo pacificador, y que diera un alivio al clima polarizado y amargo. El había hecho muchos esfuerzos para tratar de convencer a unos y otros acerca de la necesidad de un acuerdo.

Pero el anuncio de Santos, a través del teléfono, daba a entender que la tragedia comenzaba a consumarse.

Silva Henríquez y Díaz tomaron desayuno en silencio. El cardenal se encontraba serio y preocupado. Del comedor pasaron al escritorio a escuchar las informaciones de las radios.

El cardenal oía sin decir una palabra. Díaz le comentó:

—Si ya estamos en medio de un golpe, entre los milicos y el MIR no hay dónde perderse. Si no se imponen las Fuerzas Armadas estamos fregados.

Silva Henríquez indicó, después de un rato:

—Esto va en serio. Esto va mal.

—Don Raúl —le señaló Díaz—. Viene el golpe. Don Augusto (el chofer del cardenal, de unos 50 años) vive en Santa Rosa. ¿Qué le parece que lo vaya a dejar antes de que sea más tarde? De otra manera, va a tener que alojar aquí y su familia se va a quedar sola.

El chofer había llegado, como todos los días, a las nueve de la mañana.

Silva Henríquez asintió.

Díaz fue en busca de don Augusto. Le enteró de la situación. Partieron en el auto del cardenal. El vehículo tenía patente diplomática. Eso parecía una garantía.

Cuando el coche iba hacia Santa Rosa por avenida Valdovinos, al sacerdote le llamaron la atención las cadenas colocadas en las puertas de varias fábricas. Observó mujeres fuera de las industrias. Daban la impresión de que iban a buscar a sus maridos.

—Va a quedar la escoba, padrecito. Mire las fábricas —indicó don Augusto.

Díaz llegó sin novedad a la casa del chofer. Le dejó, se despidió y emprendió el retorno.

Observó los aviones Hawker Hunter que bajaban y subían. Eran parejas que estaban afinando su blanco: La Moneda.

De retorno por avenida Valdovinos, el sacerdote se fijó especialmente en el gran edificio con amplios jardines de la industria textil Sumar. Vio un gran número de mujeres delante de las rejas.

Dobló por Vicuña Mackenna hacia el norte, acelerando. Poco más allá, un soldado del Ejército le hizo detenerse. Apuntaba al vehículo.

—No puede seguir —le indicó rudamente.

Era un muchacho de ojos muy negros, almendrados, sin matices. Tenía sus instrucciones grabadas a fuego en la cabeza.

—Este es el auto del señor cardenal, y yo soy su secretario —dijo Díaz.

El uniformado miró sus ojos azules y se puso a pensarlo. Nada cambió en su rostro.

—Bueno, siga, pero bajo su responsabilidad —señaló.

Le siguió con la mirada mientras se alejaba.

Pero no fue la única dificultad. Poco más allá, casi en la intersección con San Eugenio, un grupo de obreros allendistas le detuvo. Los trabajadores estaban parados delante de una fábrica. Tenían puestos sus cascos. Empuñaban cadenas y palos.

—Por favor, voy muy apurado. Soy el secretario del cardenal —les indicó el cura.

—Adelante, compañero.

Le abrieron paso.

Díaz cubrió lo más rápidamente que pudo el tramo que le restaba hasta la casa de Silva Henríquez. No quería dejar solo al prelado.

El cardenal estaba intentando comunicarse con el vicario general castrense Francisco Javier Gillmore. Pidió a Díaz que ubicara al obispo.

El secretario hizo varios llamados, pero no logró contactarlo. No estaba ni en la Vicaría Castrense ni en la Escuela Militar, según las respuestas. Esos eran los lugares en los que habitualmente se le podía encontrar.

*

La oficina de la comandancia de la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea en que se instaló el general Gustavo Leigh no tenía aparatos para las comunicaciones radiales. El sistema estaba instalado en una sala a unos diez metros de distancia.

El edificio se encontraba en un paraje lleno de árboles y parcelas en Las Condes. Era un lugar casi campestre, al que la ciudad invadía con algunas cuantas casas.

Desde su puesto, Leigh fue conociendo, a través de informes del coronel Eduardo Fonet, su secretario, las reacciones registradas en los mandos de provincia de la FACH ante los radiogramas enviados el día anterior por él, notificando que el golpe iba.

Algunos generales se habían comunicado temprano por la mañana con Fonet, para comprobar la efectividad de la orden que había recibido.

Leigh estaba tranquilo. No se había puesto en el caso de un fracaso de la sublevación: que él tuviera que huir o pegarse un tiro.

A las 8 de la mañana, recibió un mensaje: había sido interrumpido un sistema directo de comunicación de la Corfo con Cuba que, según se le había informado, estaba instalado en Renca. Los cables habían sido cortados, silenciosa y sigilosamente, a las 6 de la mañana.

El golpe se estaba materializando como debía ser: poniendo en acción toda la potencia de que se disponía. Leigh era un hombre tan resuelto como Pinochet. Cuando estallaba, su ira era más encendida, más punzante y turbia que la del comandante en jefe del Ejército.

En su cabeza, tenía muy presente las evaluaciones de inteligencia sobre la capacidad de reacción de la izquierda y las fuerzas paramilitares.

A partir del número de armas que, según los cálculos, tenían en su poder los izquierdistas, así como del apoyo de los obreros mostrados hacia el gobierno en desfiles y mitines públicos, se esperaba unos quince días de lucha a lo largo del país.

Tales estimaciones estaban influidas por las dificultades que habían encontrado en las semanas recientes los uniformados para allanar locales en busca de armas.

El propio Leigh había chocado con Allende a propósito de estos registros. El motivo de la disputa había sido el caso de una vivienda situada frente a la industria textil Sumar. Se suponía que en esa casa había armas ocultas.

Los soldados de la FACH, al pretender ingresar al inmueble, recibieron un nutrido fuego desde Sumar, sobre sus espaldas, de parte de tiradores que vestían overoles y calzaban zapatillas.

Esa noche, Leigh recibió un telefonazo inesperado en su casa. Era Allende.

El Presidente estaba perceptiblemente molesto.

—Aquí tengo a mi lado un obrero, desangrándose —señaló al comandante en jefe de la FACH.

Le agregó que el trabajador había recibido un balazo y que había testimonios de que habían sido los hombres de la Fuerza Aérea quienes habían atacado y disparado.

—Presidente, le llamo en dos minutos y le informo. Déjeme hacer algunas averiguaciones.

Marcó el número de la casa del general Viveros, que era el jefe de la guarnición. Habló con el alto oficial. Luego llamó a Allende.

Le dijo que había reunido información. Y que ella demostraba que la versión que se había entregado al Presidente era falsa. La superioridad de la FACH había tenido que enviar refuerzos para posibilitar la salida, desde la casa atacada, de los efectivos atrapados en ella por el fuego desde Sumar. Esos soldados estaban embotellados en el sitio. Se les había disparado abiertamente.

Leigh casi sintió el disgusto del Mandatario al otro lado de la línea. La situación quedó en el aire, indefinida.

Un recado desde la sala de radio le sacó de las evaluaciones que estaba realizando sobre el golpe.

Era la respuesta a un mensaje enviado por él. Leigh había pedido a Fonet que el edecán Roberto Sánchez se comunicase con él inmediatamente después de su regreso desde La Moneda en cumplimiento de su misión.

Sánchez estaba en ese instante en el Ministerio de Defensa, esperando hablar por radio con su comandante en jefe.

*

Cuando Allende les despidió luego de solicitarles que abandonaran la sede de gobierno, los tres edecanes pasaron a la oficina que ocupaban, situada a pocos metros del gabinete presidencial. Iban a retirar sus objetos personales.

Cada uno de ellos tenía a su servicio a un suboficial mayor que le atendía los teléfonos y que actuaba como ayudante. Además, contaban con un cabo escribiente y un ordenanza.

Ese día martes, se encontraban en La Moneda sólo los auxiliares de Badiola y Sánchez. No les correspondía turno a los del edecán naval Grez.

Badiola y Sánchez ordenaron a sus hombres que bajaran a buscar sus pertenencias. Las tenían guardadas en casilleros situados en un baño.

Luego, los tres edecanes descendieron por la escalera principal de mármol. Salieron al primer patio y se introdujeron de nuevo en el edificio, buscando la salida de Morandé 80.

Sánchez iba detrás del grupo, para asegurarse de que todos salieran.

Al cruzar en diagonal por el patio de invierno, observó a los médicos del equipo de Allende. Se separó del grupo y fue a despedirse de ellos. Eran sus amigos.

Les indicó que iba a tratar de demorar el bombardeo y de conversar con el comandante en jefe de la FACH para buscar alguna solución.

No sólo era su deseo personal. Había recogido una insinuación de Allende en ese sentido. Badiola había captado el mismo mensaje y tenía la intención de plantearlo a sus superiores.

Sánchez se alejó con nostalgia de los doctores. En su interior, era tironeado a cada momento más violentamente por sus dos lealtades.

Los uniformados salieron a la calle. Instintivamente, se agacharon. Había intercambio de disparos. Caminaron entre los tanques para dirigirse hacia el Ministerio de Defensa.

Cuando llegaron al edificio, Sánchez se dirigió directamente a la secretaría de la comandancia en jefe de la FACH. Iba en busca de Fonet.

—El Presidente no se rinde —informó al otro—. No va a ocupar el avión. Y dijo que se iba a suicidar.

—Por favor: sube al tercer piso y pide que te comuniquen por radio con el general Leigh.

Subió. Pidió la comunicación. Esperó brevemente. Luego le indicaron:

—La comunicación del general Leigh con usted.

—¿Comandante Sánchez? —preguntó el comandante en jefe.

—Sí, mi general, cumplí la orden. El Presidente no se rinde. No va a tomar el avión y dice que se va a suicidar.

—¡Entonces se bombardea La Moneda! —exclamó Leigh.

Sánchez bajó. Se encontró con el general Magliochetti. Le indicaron que se quedara ahí, pero no le quitaron la pistola. No sabía si considerarse detenido o no.

Vio al general Alberto Bachelet, quien, obviamente, se encontraba bajo arresto.

Cerca de las cuatro de la tarde, se enteró de que Allende había muerto. Contó a quienes estaban cerca suyo, incluido Bachelet, la noticia.

En seguida, salió de la habitación en que se encontraba. Permaneció en una oficina de menor importancia, más pequeña y descuidada. A las cinco de la tarde, Fonet le señaló que no había nada contra él y que se podía ir a su casa.

Sánchez logró dejar el Ministerio recién una hora más tarde, entre las balas. El fuego de las armas le había impedido abandonar antes el edificio.

*

Leigh se comunicó desde el Puesto 2 (era la numeración que se le había adjudicado) con el Puesto 3, ubicado en la Escuela Militar. Quería hablar con Pinochet.

No podía hacerlo directamente. A causa de un error registrado en el montaje de la red de comunicaciones, debía llevarse a cabo una trabajosa conexión indirecta a través del Puesto 3. Cada uno de sus mensajes necesitaba ser retransmitido al comandante en jefe del Ejército. Y viceversa.

Leigh pidió que Pinochet estudiase la posibilidad de realizar un allanamiento de los estudios de la radio comunista *Magallanes*, pues la emisora seguía operando.

—Conforme. Escuchado, escuchado —dijo Pinochet—. Voy a dar la orden.

Leigh decidió proponerle la urgente necesidad de emitir una proclama de la Junta de comandantes en jefe. Hizo transmitir al otro los puntos que, a su juicio, debía contener ese mensaje:

—Reiterar la unidad absoluta de las Fuerzas Armadas y Carabineros. Estas lucharán hasta las últimas consecuencias con el fin de derrocar el gobierno marxista.

“Esto no es contra el pueblo; es en defensa del pueblo democrático.

“La mayoría de los obreros y la población civil da su respaldo total a este movimiento militar. Debe instarse a la población a mantenerse en sus casas y lugares de trabajo. Que no salgan a la calle”.

El mensaje se leyó y se repitió lentamente. Pinochet hizo una observación desde su puesto en Peñalolén:

—Otra cosa. Incluir en la proclama lo siguiente: recalcar que las Fuerzas Armadas no están contra el pueblo, sino que están contra la hambruna que

estaba sembrando el gobierno marxista del señor Allende, contra las colas que rodean a todas las calles de Santiago; contra el hambre, contra la pobreza, contra la miseria, contra el sectarismo a que nos estaba llevando el señor Allende.

Poco después, uno de los oficiales de su comando indicó que la idea de Pinochet era que se agregase esos planteamientos a la proclama.

El comandante en jefe del Ejército se comunicó algunos instantes más tarde con el almirante Carvajal.

—Patricio. Patricio, se trata de lo siguiente. Dime: ¿este caballero no ha reaccionado con todo lo que se le ha hecho?

Aludía a Allende.

—No, no ha reaccionado hasta el momento —respondió el otro.

“Acabo de hablar con el edecán naval, que viene llegando de allá. Me dice que está defendida La Moneda por 50 hombres del GAP. Los aproximadamente 40 a 50 carabineros se están retirando. Me dice el general Mendoza que él está esperando que se retiren antes de seguir bombardeando.

“El edecán naval me dice que el Presidente anda con un fusil ametralladora, el que tenía 30 tiros y que el último se lo iba a disparar en la cabeza. Ese es el ánimo en que estaba hasta hace algunos minutos atrás”.

Pinochet hizo un comentario despectivo:

—Ese huevón no se dispara ni en las... —y no se entendió bien sus palabras.

—Conforme —señaló Carvajal, soltando una risita—. El general Mendoza está en contacto con nosotros y está en contacto con el general Brady, así que toda la cosa está bien coordinada.

—Conforme. Yo, 10 para las 11 voy a dar la orden de bombardeo. En consecuencia, a esa hora la actividad tiene que replegarse más o menos a

dos cuerdas de La Moneda. O sea, hay que meterse prácticamente en zanjones o donde sea, porque se puede pasar la aviación y tocarle a la tropa nuestra.

—Exacto. Yo creo conveniente decirle a Leigh que en ningún caso inicie el bombardeo sin esperar saber cómo está la situación acá.

—La tropa nuestra puede ponerse un pañuelo blanco arriba para mostrarles la línea más adelantada que tienen —indicó Pinochet.

“Repito: la tropa, hay que recordarle que para mantener la línea más adelantada tienen que ponerse un pañuelo blanco en la espalda para que los aviadores la vean”.

—Le voy a comunicar eso al general Brady —señaló Carvajal.

*

El general de Carabineros Jorge Urrutia llevaba un revólver al cinto. Su ayudante, el capitán Espinoza, además de esa arma, empuñaba una metralleta.

Urrutia y los demás generales de la policía uniformada se miraban las caras en el segundo piso de La Moneda. La tensión se iba haciendo más palpable y opresiva.

Les era difícil sustraerse a una realidad que se iba revelando hostil al gobierno.

—Acompáñeme a la Guardia de Palacio —indicó Urrutia a su ayudante.

Tenía el propósito de hablar con el oficial que estaba a cargo de ese grupo de hombres seleccionados no sólo por sus virtudes funcionarias, sino, además, por su estatura. Los guardias eran todos hombres altos.

Bajaron. Buscaron por varias dependencias. Urrutia sintió asombro: la Guardia ya no estaba. En su inspección vio sólo unos cuantos carabineros.

Hizo un gesto a Espinoza y se dirigió de regreso al segundo piso del palacio. Por las escaleras venían bajando en ese momento otros carabineros con sus fusiles.

Urrutia estuvo a punto de preguntarles dónde iban. Dudó. No lo hizo. Pensó que podían estar obedeciendo alguna instrucción del general José María Sepúlveda.

Pero al llegar al hall donde habían quedado sentados los generales, no encontró a ninguno.

—Mire, Espinoza, parece que los generales se retiraron. Y el general Sepúlveda también. Veamos a quién le podemos preguntar.

Había varios GAP en el lugar.

—Mi general, para qué preguntamos —observó Espinoza pragmáticamente, en voz muy baja—. Que se retiraron no hay duda, porque aquí no hay nadie.

Urrutia se sintió abandonado. Ya casi no quedaban carabineros en La Moneda. Eran cerca de las diez y media.

Un impulso lo hizo bajar otra vez, con Espinoza pegado a él. Estaba inquieto. Abrió la pequeña puerta colocada, como una incrustación, en el gran portón de madera del palacio.

Se asomó hacia el exterior. Escuchó los disparos que se cruzaban y trató de determinar de dónde provenían. Notó que nadie tomaba como blanco a La Moneda.

Al frente, tras las espesas murallas del edificio del diario *La Nación*, había un grupo de gente asustada: unas 200 personas.

Urrutia ni siquiera sospechaba su existencia.

Esos hombres y mujeres estaban escondidos en el subterráneo. Al comenzar la balacera en la plaza de la Constitución, habían buscado refugio.

Las detenciones habían sorprendido a algunos comprando el *Diario Oficial*, que se imprimía en *La Nación*. Otros realizaban trámites. Varios iban caminando por la calle. El resto lo constituían funcionarios de la empresa periodística.

Un lustrabotas que carecía de sus dos piernas y que era un tronco que se transportaba con sus propias manos, había ingresado a saltitos, más rápido que nunca, huyendo de las avispa de plomo que cruzaban el aire y se incrustaban contra las murallas.

Las puertas del diario habían sido cerradas. Todos habían bajado al amplio sótano en busca de un sitio seguro.

Urrutia cerró la puerta de La Moneda y luego entró en el recinto de la Guardia de Palacio, seguido por su fiel Espinoza. Se encontraba pensativo. El teléfono que había allí repiqueteó segundos después.

Urrutia se acercó y cogió decididamente el aparato.

—Aló. ¿Quién habla? —preguntó.

—¿Quién habla? —preguntó una voz.

—Habla el general subdirector de Carabineros, Jorge Urrutia.

—Mi general —dijo el otro, con una voz que intentaba ser convincente—. Le comunico que abandone La Moneda, porque en media hora más se bombardea.

—¿Quién habla?

—Habla el general Yovane.

—Bien.

Urrutia, como con un movimiento automático, colgó. Dijo a Espinoza:

—Volvamos arriba.

Cuando ingresaron de nuevo al hall, se encontraron con Allende. Los GAP lo rodeaban como si él fuera un imán y ellos unas partículas metálicas.

El Presidente se dirigió a Urrutia.

—General: ¿con cuánta gente contamos?

Urrutia no supo qué responder.

—Con el capitán Espinoza y el general Urrutia, porque no sé qué sucede fuera —señaló, como una manera de salir del paso. No sé lo que pasa en la Prefectura General. Ahí está el general Parada, pero no tengo contacto con él.

Urrutia quedó un brevísimo momento en silencio. Luego dijo:

—Presidente, quiero pedirle un favor. Tómelo como un favor, porque en realidad la situación es hartó difícil. Muy grave.

“Que los GAP no disparen, porque las Fuerzas Armadas no están disparando contra La Moneda. Si disparan desde aquí, están provocando para que la tropa del Ejército aumente su poderío de fuego y comience a disparar contra La Moneda”.

—Tiene razón, general.

El Presidente ordenó inmediatamente que no se disparara. Luego, nuevamente, desapareció, junto a los hombres que lo acompañaban.

Cinco minutos después, Urrutia vio que se aproximaba la secretaria privada de Allende, Miria Contreras, la *Payita*. Era una mujer cuyo rostro simpático y expresivo, la comunicaba con los demás. Llevaba una bandeja. El general no la conocía personalmente.

—General: qué gusto de verlo —dijo ella, y luego le tendió la bandeja—. Whisky para los valientes.

Urrutia tomó uno de los vasos. La *Payita* siguió su camino. El general se sentía fuera de lugar. Se preguntaba dónde estarían Sepúlveda y los demás

generales. Observaba a los GAP con una inquietud que intentaba ocultar. Veía sus caras y miradas oblicuas, y sus armas. Le parecían sujetos capaces de darle muerte a él y a Espinoza.

El era un funcionario, claro, un miembro de la institución encargada del orden público. Pero, ¿hasta dónde podía llegar su sacrificio? ¿Hasta qué punto podía seguir en un episodio al que no le veía sentido?

Unos veinte minutos más tarde, después de buscar a Allende, se puso frente a él. Le señaló:

—Presidente: he bajado por segunda vez a hacer una apreciación de la situación desde la planta baja. He abierto el portón y me he asomado y mirado a la calle.

“He visto que en realidad hay un tanque y que se dispara mucho desde el hotel Carrera y el diario La Nación y los edificios altos.

“Quisiera, Presidente, pedirle autorización para trasladarme a la Prefectura General y ver qué pasa: si hay personal de Carabineros o no lo hay, porque aquí no estamos más que yo y mi ayudante”.

Allende le expresó:

—Trasládese. Si hay personal, ordénele que se venga para acá. Y si está el general Parada, dígame que se traslade también.

Fue la última orden que Urrutia recibió del Presidente.

La Prefectura estaba situada en el mismo edificio de la Intendencia, a unos pocos metros.

El general se dirigió con Espinoza hacia la puerta de Morandé 80 para salir por ese costado. Pensó que los GAP no podían dispararle, porque él estaba cumpliendo una instrucción presidencial. Había llegado a temer que alguno de esos hombres lo atravesara con un balazo por la espalda si llegaba a imaginar que él era un traidor.

Se escuchaba una fuerte balacera. El general señaló a su ayudante:

—Ya, pues, Espinoza. De a uno. No pasamos los dos. Yo voy a pasar primero.

Se lanzó a correr. Cuando ya estaba al frente, en la otra acera, observó una cabeza que surgía de un tanque que había en Morandé con Moneda.

—¡Teniente! —le gritó—. ¡Protéjame! ¡Voy a pasar a la Prefectura General!

Estaban disparando desde el edificio del ex Seguro Obrero.

El teniente asomó un poco más el cuerpo, enfiló la ametralladora y comenzó a disparar hacia arriba.

Espinoza se unió a Urrutia y ambos corrieron hacia la esquina, entrando a la hermosa mansión de cuatro pisos que era sede de la Intendencia.

La oficina del prefecto general estaba en el segundo piso. Urrutia observó con un íntimo sentimiento de disgusto a los generales Yáñez y Salinas, que habían desaparecido de La Moneda. Estos habían abandonado el palacio diciéndose que no eran políticos y que, por lo tanto, estaban perdiendo el tiempo allí. El prefecto Parada se encontraba también en el despacho.

—Fabián —indicó Urrutia a Parada—. ¿Con cuánta gente cuenta usted aquí?

—Con 20 hombres más o menos, mi general.

—Bastante poca gente tiene.

Luego, Urrutia subió al baño, a lavarse las manos. Sintió un proyectil que cruzaba junto a su cabeza y se incrustaba en la muralla. Su piel había percibido el viento cortante.

Bajó. Cuando entró, miró al prefecto.

—Oiga, Parada, cómo lo reciben a uno aquí en su Prefectura —señaló, por hacer un chiste.

Y relató lo que le había sucedido. Agregó:

—Esto se va a poner serio, porque los francotiradores ya están disparando también contra la Prefectura General, contra carabineros. Retírese con su personal. Que todos se vayan a sus respectivas unidades.

Poco después, Parada se dirigió con sus hombres a la Segunda Comisaría, para permanecer allí.

*

Pasado el mediodía, las radios —sólo estaban en el aire las que respaldaban a los militares— dieron a conocer el bando número 10. Este convocaba a diversas personalidades de la Unidad Popular a presentarse en el Ministerio de Defensa.

Obviamente, se trataba de ir hasta ese lugar a estirar las manos a fin de que a cada uno le colocasen las esposas.

Los nombres estaban dispuestos en orden alfabético. El primero era el de Carmen Gloria Aguayo.

La mujer escuchó y miró a su marido, Vicente Sotta. Tenía sobresalto en sus ojos.

Estaban en su casa de calle Palerio, a los pies del cerro Lo Curro, en el sector plano, de tierras reposadas y ricas, que flanqueaba a poco más de cien metros el río Mapocho, por el sur.

En la parte posterior de la vivienda había un prado verde, luminoso, que esa mañana había perdido para ellos su frescura.

Ya habían logrado dispersar a diferentes casas de familiares a seis de los siete hijos que tenían, luego de enterarse de la sublevación militar.

Carmen Gloria se desempeñaba como directora de la Consejería de Desarrollo Social. Era inteligente. La suya constituía una de las más altas funciones ejercidas por alguna mujer en el gobierno.

Sotta miró a su esposa con alarma. Era un hombre de barba, moreno, de perfil bien delineado. Tenía un rostro español o mediterráneo. Llevaba un

poncho sobre los hombros.

Había sido diputado demócratacristiano. Luego renunció a ese partido pasando a militar en 1969 a las filas de la izquierda al constituir los disidentes de la DC el MAPU, Movimiento de Acción Popular Unitaria.

Su camioneta estaba fuera, lista para partir. Pero el viaje ya estaba obsoleto. Sotta había preparado el vehículo la noche anterior, a fin de salir muy temprano, por la mañana, hacia Melipilla, a un terreno que había comprado. En la parte trasera de la camioneta estaban ordenadamente estibados una carpa, palas y otros elementos.

Tenía un permiso de dos meses en la Corporación de Fomento de la Producción, la Corfo. Trabajaba en esa empresa estatal integrando un comité de materiales de construcción. La Corfo ya estaba en los umbrales de crear una gran sociedad que montaría fábricas de materiales de construcción a lo largo del país, para luego manejar su distribución.

Sotta se había levantado cuando todavía no aclaraba completamente. Caminaba con rigidez, con ayuda de un bastón: tenía la pierna derecha enyesada. Se había roto los ligamentos a causa de una caída en el terreno recientemente adquirido.

Sabían del golpe desde poco después de las ocho de la mañana. Les había avisado la mujer del ex ministro de Agricultura Jacques Chonchol, quien vivía en una casa cercana a la suya.

Sotta había llegado al lugar hacía 17 años. Junto a su vivienda, había un bosquecillo de álamos plantado por él hacía mucho tiempo.

Después de que se instaló en el lugar, como si hubiese sido un colono, intentó llevar a amigos suyos a vivir en las cercanías. No sólo estaba Chonchol, sino también el diputado Julio Silva Solar, otro ex demócratacristiano que había sido uno de los fundadores del MAPU. Pero luego, lo mismo que Chonchol, había abandonado esa tienda para fundar la Izquierda Cristiana. Silva Solar tenía su casa en un terreno pegado al de Sotta.

A esas alturas del día, Chonchol no se encontraba en su hogar. El ex ministro se había dirigido a ocultarse en una población modesta.

Carmen Gloria pensó un instante luego de escuchar el bando que la requería. Señaló a su marido que era conveniente que ella se entregase. Sotta desechó rotundamente la idea. Trató de disuadirla.

Escucharon unos pasos. Era el hijo de 18 años del matrimonio, que vivía independientemente, en otro lugar. Estudiaba ingeniería.

El muchacho les contó que había logrado traspasar los cordones de vigilancia que se estaban tendiendo en la ciudad. Agregó que había mucho despliegue de militares.

Cuando Sotta le contó que su madre quería entregarse en el Ministerio de Defensa, el joven se opuso. La idea le parecía descabellada, un peligrosísimo error.

Sotta se había asomado brevemente poco antes, observando las calles. Su hijo le entregó otros datos. Estaba claro: las calles de ese barrio ya estaban tomadas por piquetes de vecinos armados. Pertenecían a los comités de vigilancia o autodefensa organizados por los sectores derechistas. Ese era un sector de gente acomodada, hostil a la Unidad Popular y a Allende.

La mujer de Silva Solar, Gloria Montes, apareció por la casa. Les informó que su esposo ya había partido.

Los Sotta habían tomado medidas de precaución con sus hijos sin saber exactamente la magnitud que podía tener el intento de golpe. Habían resuelto quedar a la espera luego de dejar a todos los niños en lugares seguros.

Habían tratado de comunicarse con las jefaturas del MAPU, para averiguar qué informaciones había. Sotta habló con Jaime Gazmuri, secretario general del partido. Este le señaló que no sabía con exactitud lo que sucedía.

—Estoy en las mismas que tú —añadió Gazmuri—. Espera ahí y te vamos a dar información más rato.

Pero el tiempo había transcurrido sin que ocurriera nada. El teléfono se había quedado mudo.

Sotta y su hijo decidieron sacar a Carmen Gloria. Salieron a pie, cautelosamente, por la parte posterior del terreno. Llegaron a la calle. El muchacho tomó el auto de Silva Solar, que le había sido ofrecido por Gloria Montes, y partió con su madre. Sotta les miró alejarse.

El vehículo se dirigió a un convento en el cual los Sotta tenían sacerdotes amigos. Los religiosos hicieron entrar inmediatamente a Carmen Gloria. Eran cerca de las 13 horas.

Sotta siguió llamando a otras personas de su partido. Nadie sabía nada muy concreto. Solamente le pedían su número de teléfono, prometiéndole que le llamarían más tarde, cuando tuvieran información.

Su hijo regresó poco después. Había vuelto a duras penas, con varios clavos retorcidos o miguelitos incrustados en los neumáticos. El suponía que la siembra metálica había sido hecha por los vecinos partidarios de los militares.

*

Por la mañana, Allende había recibido en el palacio llamados del vicealmirante Carvajal.

Este le había informado que tenía órdenes de comunicarle que ya no era Presidente de la República y que la Junta Militar le ofrecía un avión que le llevase a él y su familia a cualquier punto de Sudamérica que él deseara si se rendía.

Allende lo trató de traidor y desleal. Y empleó, por añadidura, algunos insultos de mayor calibre. Carvajal, pulcramente, colgó el fono.

Poco más tarde, Allende llamó al comando en jefe del Ejército. Le atendió el general Ernesto Baeza. Se repitió una conversación con un fondo parecido, aunque más correcta formalmente.

El ex ministro José Tohá y su hermano Jaime, así como el ministro del Interior, Carlos Briones, intentaban negociar. José Tohá oficiaba de intermediario, porque había sido titular de la cartera de Defensa y conocía a los uniformados. Era un hombre alto, delgado, de barba. Tenía mucha semejanza a los dibujos de Don Quijote. Su manera de vestirse, e incluso de caminar, demostraban una conciencia sobre su propia dignidad. Sus ojos eran oscuros e inteligentes. Conversaba con Carvajal.

En el lado de los militares existía el convencimiento de que todas las argumentaciones y demoras de La Moneda eran una manera de ganar tiempo, de dilatar el desenlace en espera de un vuelco.

Carvajal insistió a Tohá que La Moneda sería bombardeada a las 11 horas.

Tohá le preguntó qué pasaría con el Presidente. El almirante respondió que se le garantizaba la vida, así como a su familia, pero que debía renunciar.

Tohá le entregó el mensaje a Allende con la mayor diplomacia posible. El Presidente indicó:

—Yo no acepto eso. No acepto garantías. No voy a renunciar.

Sus palabras se volvían todavía más resueltas por brotar de una boca situada bajo un casco.

Luego, Allende, siempre con su fusil ametralladora consigo, fue a recorrer otra vez algunos sectores del edificio.

Actuaba como un general. Conversaba con sus hombres. Les decía que tuvieran confianza en Chile.

El capitán José Muñoz iba cerca suyo. Interpretaba las palabras del Mandatario en el sentido de afirmar: “Todo esto no puede consumarse, no puede suceder. De algún modo, no sucederá”.

*

Poco después que la Guardia de Palacio se había deslizado hacia el exterior, uno de los carabineros de la sección de seguridad presidencial encabezada

por el capitán Muñoz se acercó al detective Carlos Espinoza.

Le habló en un tono confidencial y enérgico:

—Estamos hueviando aquí. Nosotros nos vamos. Y ustedes, ¿no se van? Vámonos. ¿No ven que ya se fue la Guardia de Palacio?

Espinoza meneó la cabeza, negativamente. El otro le hizo una especie de gesto de despedida y echó a caminar.

Existía una sensación de creciente desamparo. Alguien propuso ir en busca de las máscaras antigases y de las armas que hubiese dejado la Guardia de Palacio. Varios hombres bajaron. Regresaron con algunos sacos llenos de esos artefactos. También acarrearón cascos.

*

El detective Quintín Romero se había instalado en el segundo piso, en el gabinete de Allende, cuyas ventanas daban hacia la Plaza de la Constitución.

El policía se encontraba allí junto con un colega suyo y dos GAP. Uno de estos era Jano: un hombre joven de pelo corto y peinado hacia adelante.

Romero ignoraba el nombre del otro GAP. Este se encontraba tendido detrás de una ametralladora que asomaba la boca por el balcón, con la cabeza sobresaliendo apenas detrás del arma. Era un hombre delgado cuyo pelo largo casi le cubría el ojo derecho. Tenía la mandíbula alargada. Vestía un suéter blanco con cuello de tortuga. Sus ojos estaban entrecerrados, vigilando.

Romero se limitaba a aguardar. Hacía algunos minutos, junto a su compañero, se había cruzado con Allende. El Presidente se había detenido para decirles que se alegraba de que estuvieran con él y el gobierno. Les había dado la mano y palmoteado afectuosamente los hombros.

Súbitamente, los disparos comenzaron a penetrar en el despacho.

Unos fuertes impactos provocaron incendios en los tabiques de madera y las cortinas. Romero supuso que provenían de los tanques.

Cayeron trozos de madera. Las alfombras comenzaron a arder.

Romero y Jano se arrastraban, tratando de apagar el fuego con ayuda de unos cojines.

El detective miró al GAP del balcón. Se encontraba demasiado al descubierto. Había quedado inmóvil. Le habían acertado. Estaba muerto. La sangre se le escapaba del cuerpo perforado.

Romero y el otro detective se mantuvieron pegados al suelo en las esquinas de la habitación. Era imposible hacer algo eficaz en ese espacio infernal cruzado por las balas.

Jano cogió un lanzacohetes que había llevado al despacho. Quería disparar hacia fuera, darle a algún tanque. Se le había encendido la sangre.

Buscó algo que colocarse sobre los hombros para protegerse y apoyar el aparato. Encontró una capa de color azul, semejante a la que usaban los altos oficiales militares. Pertenecía a Allende. Se la ponía cuando hacía demasiado frío en el palacio o al pasearse en Tomás Moro. La llevaba a veces a la costa, en invierno.

Más de alguna vez relataba su origen: esas prendas habían sido empleadas por los médicos en las postas, cuando estaban de guardia en noches que hacían castañear los dientes.

Jano trató de acomodar el lanzacohetes. Pero le fue imposible acercarse a las ventanas. Las balas entraban como agujas.

El teléfono situado sobre el escritorio de Allende repiqueteó. Romero se arrastró hacia él. Con la mano, tiró del aparato para que no estuviera cerca de la ventana y lo bajó al suelo.

—¿Quién habla? Habla *Tencha*.

—Habla un detective de la guardia.

—¿Qué pasa allá?

—Los militares están atacando La Moneda.

—¿Dónde está Salvador?

—Está abajo, señora. Está con algunos personeros.

—¿Quién está acompañándolo?

Romero mencionó dos o tres nombres: Augusto Olivares, el intendente de palacio, Enrique Huerta.

—Yo voy saliendo. Voy saliendo de la casa. Por favor, cúdemelo mucho. Hasta luego. Muchas gracias.

La *Tencha* colgó. Pero, finalmente, no salió de Tomás Moro. Siguió allí.

*

El Presidente se encontraba en la sala donde, ocasionalmente, daba sus conferencias de prensa.

Ya había impartido instrucciones para que los defensores de La Moneda acumularan agua. También ordenó determinar las existencias de víveres disponibles.

Abajo, en la cocina, había gente trabajando. El agua de una gran marmita hervía. Diez pollos fueron arrojados a la olla. Se suponía que había que tener alimentos preparados para resistir un largo sitio.

Allende miró a un muchacho de pelo rubio casi tirando a blanco y ojos azules: Osvaldo Puccio hijo. Le pidió que fuera a precisar si entre la gente que estaba disparando y defendiendo el edificio quedaba algún uniformado.

El joven asintió. Salió. Se dirigió hacia el sector del Ministerio de Relaciones Exteriores.

—¡Agáchate, huevón, que están disparando! —le gritó alguien.

Puccio se inclinó, alarmado. Recién en ese instante se dio cuenta de que podía alcanzarle una bala. Avanzó parapetándose, doblado sobre sí mismo.

Desde el interior del palacio, la gente disparaba con fusiles ametralladoras y pistolas. Los tiradores estaban agrupados en el sector nororiente del edificio.

Pero no hacían fuego sostenidamente. Sus disparos eran ocasionales. De cuando en cuando, se escuchaba un estruendo y el frontis de La Moneda vibraba: eran impactos de los cañones de los tanques, que buscaban las ventanas.

Los defensores aguardaban una carga de infantería y de los blindados. Habían disparado con los lanzacohetes, pero guardaban el grueso de la munición de esas armas para el momento en que se produjese la embestida frontal.

Había cajas abiertas que contenían granadas. Pero, hasta ese instante, nadie las había empleado.

*

Oswaldo Puccio padre conversaba con el Presidente.

Allende le pidió que averiguara qué sucedía en la Dirección General de Investigaciones.

Puccio se dirigió a uno de los teléfonos. Se comunicó. Le atendió el prefecto de Santiago, Julio Rada.

El secretario de Allende preguntó por el director del servicio, Alfredo Joignant. Rada indicó que no estaba en el lugar. Ni tampoco el subdirector, Samuel Riquelme.

Puccio preguntó dónde se encontraban. El policía respondió que lo ignoraba, y que ambos habían dejado el servicio a su cargo.

Puccio se dirigió donde el Presidente. Le relató lo que le había indicado el prefecto.

Allende puso su cara de irritación, que se le enrojecía.

—¡Cobardes de mierda! —exclamó.

Otro servicio desierto, abandonado a manos del enemigo.

*

Los contactos entre La Moneda y los militares seguían vigentes. Poco después de las 11 de la mañana, en el Estado Mayor de la Defensa se recibió un llamado del ministro secretario general de Gobierno, Fernando Flores.

Lo atendió el general Nicanor Díaz Estrada, subjefe del Estado Mayor.

Díaz relata sardónicamente la conversación.

—Yo le dije: “¿Quién habla?” “El ministro Flores”, respondió. “Ex ministro, será”, le indiqué. “Tengo el encargo del Presidente de la República de salir y hablar con usted, para pedir condiciones”. “La condición es sin condiciones”, le respondí. “Pero tienen que parar el fuego para salir”. Yo le dije: “Cuando estén listos para salir saquen una bandera blanca por una ventana y se va a parar el fuego”. Una media hora después, Flores me volvió a telefonar. “¿Quién habla?”, le dije. “Fernando Flores”. No era ministro, ya.

Y el general ríe.

En ese nuevo diálogo, el ministro repitió su argumentación para buscar algún acuerdo. Díaz entregó la misma respuesta que antes, tendiente a lograr la rendición total de los ocupantes de La Moneda.

*

En la central de radio de Norambuena, el general Arturo Yovane escuchaba los diálogos que se cruzaban entre los seis operadores y los hombres de las diversas prefecturas y comisarías de carabineros.

Las cosas marchaban bien. No podían ir mejor.

Ya a las siete de la mañana, tras dejar su automóvil en la Dirección General de Carabineros, y mientras caminaba por la Plaza de la Constitución hacia el edificio de Norambuena, tuvo la idea de que el golpe no podría ser frenado por la Unidad Popular.

En la plaza conversó con algunos oficiales que conocía, mientras observaba de reojo La Moneda. Había complicidad de todos esos carabineros con él. Formaban parte de una hermandad que ya estaba en acción para derribar a Allende.

A media mañana, en medio de la mescolanza de sonidos de la central de radio, su impresión optimista se fue confirmando. Algunos oficiales se habían comunicado con él desde el interior del palacio de gobierno. Se hallaban preparados para seguir sus instrucciones. En los cordones industriales no se apreciaba una resistencia significativa, capaz de ser un peligro para las Fuerzas Armadas.

Un operador le hizo una seña. Un coronel lo llamaba. Lo hacía a través del aparato de comunicaciones de un radiopatrulla.

Yovane tomó el micrófono.

El coronel hablaba muy rápido. Su voz se escuchaba a través de un parlante.

—Aló. Buenos días, buenos días, oye —dijo el coronel.

—Buenos días.

—Mira: dos cosas que preguntarte.

—¡Cortito, cortito! —exclamó Yovane—. Corto, por favor.

—¿Qué?

—Rápido, rápido.

—Dime cómo está la cosa —pidió el coronel.

—El gobierno está prácticamente liquidado ya.

—Ya, ya. ¿Y Carabineros también?

—No. Se hizo cargo el general Mendoza.

—Ah, Mendoza. ¿Y por qué?

—Porque así lo dispusieron.

—Ya, ya. Conforme.

—Ordenaron evacuar La Moneda ya.

—¿A favor del gobierno?

—No. En contra.

—Ah, ya. Conforme.

—Están liquidados.

—Ya. Chao.

—Chao.

Yovane pensó apenas unos segundos en la conversación. El coronel se había mostrado como un hombre dubitativo. Había tratado de oler hacia dónde soplaba el viento.

Pero ahora, catorce años después, al examinar de nuevo el diálogo, Yovane no puede menos que sonreír. Ese coronel llegó a general en la época posterior al golpe, bajo Mendoza.

*

La *Payita* se acercó con rostro preocupado al doctor Arturo Jirón. Le pidió que fuera a buscar a Allende, quien estaba en la secretaría privada de la Presidencia. Agregó que el gobernante estaba disparando y corría peligro.

La *Payita* y Beatriz Allende ocupaban habitualmente esa dependencia, situada en el segundo piso, en la esquina de Morandé con Moneda, con ventanas hacia ambos costados.

Jirón, ex ministro de Salud, se había reintegrado hacía poco a su trabajo en el hospital San Juan de Dios. Era de elevada estatura. Tenía una voz más bien suave, mesurada.

Asintió ante la petición de la mujer. Se arrastró por el pasillo, apoyándose en los codos y en las rodillas. Se protegía instintivamente de las balas que cruzaban los techos hacia abajo o que penetraban por las ventanas, disparadas desde distintos Ministerios.

No sentía gran temor. Suponía, observándose desde fuera de sí mismo, con una actitud clínica, que ésa era una reacción de defensa. No había mucho tiempo para pensar en ello. Otros, más duchos que él, más acostumbrados al manejo de las armas, estaban asustados. Había calmado a un par.

Al ingresar a la secretaría, pegado al suelo, observó a Allende: estaba tendido sobre el vientre, con su casco puesto, disparando. Nadie lo acompañaba en la habitación.

Jirón se acercó más, hasta tenerlo al alcance de las manos. Le cogió de los tobillos y tiró hacia atrás.

—Vamos, Presidente.

Allende blasfemó. Volvió la cabeza y clavó sus ojos estrechos y duros en Jirón.

—Ah, eres tú, Jironcito.

—Bueno, jefe, vamos para allá, que es más seguro.

—No. Déjame.

—No, vamos para allá, que queremos hablar con usted.

Allende accedió y le siguió.

El gobernante había estado muy activo desde el momento en que La Moneda se había liado en la balacera y respondido al ataque exterior.

Allende había disparado varias veces. Los GAP y sus colaboradores se habían preocupado de que no se instalara a hacer fuego desde una sola ventana. Habían logrado que se cambiara de lugar, para no transformarse en un blanco fácil.

En medio de los estampidos, el Presidente ordenó a sus colaboradores más íntimos que destruyeran todo papel comprometedor y las libretas de direcciones. De esa manera, ninguno se involucraría más de lo necesario, ni arrastraría a otros a prisión, si es que eran detenidos.

Quienes le rodeaban procedieron según sus indicaciones. En el patio de invierno, hicieron una pequeña fogata y quemaron los papeles.

Poco después, el Presidente decidió que las mujeres debían salir, y que era necesario abrir la posibilidad para que el mayor número posible de ocupantes de La Moneda también lo hiciera.

Aparentemente, iba a contar con un poco más de tiempo para lograrlo. El comandante Badiola acababa de llamar desde el Ministerio de Defensa para informar que el bombardeo del palacio se había postergado para el mediodía.

El Presidente hizo reunir a los colaboradores que se encontraban con él. Se congregaron en el sector de las escalinatas de Morandé 80. Allende los observó un momento antes de hablar, como hacen los oradores para adquirir un poder inicial sobre su auditorio.

—Bueno, el que no tenga nada específico que hacer aquí, se va.

Indicó que liberaba de todo compromiso a quienes, voluntariamente, no desearan permanecer en La Moneda, porque la lucha sería muy prolongada y no se agotaría con ese episodio; y que, por ello, no había que morir inútilmente. Añadió que quienes tuviesen cualquier impedimento para combatir debían abandonar de inmediato el lugar.

Aclaró que no les haría ningún cargo. Dijo que él, personalmente, no se iba a entregar y que lucharía.

Señaló que los únicos que tenían la obligación de permanecer allí eran los miembros de su escolta personal, porque tenían el compromiso de estar junto a él. Pero que, entre los demás, había gente que, por edad, estaba llamada a tener un papel en futuro. Y que tales personas debían abandonar el edificio.

Uno de los funcionarios de la Oficina de Informaciones y Radiodifusión confesó a Allende:

—Presidente, yo no sé usar armas y tengo mucho temor. Así es que me voy a ir.

El gobernante asintió.

Fue entonces cuando algunos pequeños grupos comenzaron a salir del edificio, por Morandé 80. Eran alrededor de las 11 horas.

Allende se reunió con las mujeres que estaban en La Moneda. Lo hizo en la antesala de la oficina del intendente de palacio, Enrique Huerta. Las había convocado a ese despacho.

Quería pedirles que se retiraran de la sede del gobierno. Y sospechaba que no sería fácil convencerlas.

Frente a él se hallaban sus dos hijas, *Tati* e *Isabel*; Nancy Jullian de Barrios, y las periodistas *Frida Modak*, *Cecilia Tormo* y *Verónica Ahumada*.

El *Coco Paredes* estaba, como durante toda la mañana, a su lado. *Cecilia Tormo* era la compañera del *Coco*. Este la miró en silencio. Junto al Presidente también se hallaban el doctor *Danilo Bartulín* y el abogado *Arsenio Poupin*, subsecretario general de gobierno.

El Presidente trató de ser persuasivo con las mujeres. Les pidió que, por favor, se fueran. Les contó que ya había hablado por citófono con el general *Ernesto Baeza*.

—Va a haber un jeep esperándolas en Morandé, casi en la esquina con la Intendencia.

Agregó que ese vehículo las sacaría de la zona conflictiva.

Verónica Ahumada le señaló:

—Presidente, yo no voy a salir, porque entre morir afuera o aquí, prefiero morir aquí dentro.

La muchacha estaba segura de que si abandonaba esas gruesas murallas, recibiría un balazo. Afuera, los estampidos sonaban secamente.

—No —insistió el Presidente—. Ya hablé y me prometieron que un jeep va a estar en Morandé. Va a haber un momento de tregua y entonces ustedes van a salir.

Arsenio Poupin preguntó a Allende:

—Presidente, ¿y si el jeep no está?

—Ah, Baeza pasará a la historia como una persona que no cumplió su palabra y será responsable de la vida de todas ustedes. ¡Pero eso no va a pasar! ¡Tienen que salir! —insistió, enérgicamente.

Le hicieron presente el peligro de que las mujeres fuesen tomadas como rehenes, para obligarle a rendirse.

Allende había pensado esa posibilidad. Pero les dijo que semejante acto probaría ante el país y el mundo hasta dónde podía llegar el deshonor y la traición de los fascistas. Y descartó que se produjera.

*

Los doctores Patricio Arroyo y Oscar Soto bajaron hasta el pequeño subterráneo situado junto a la enfermería, en el primer piso de La Moneda.

En la estancia se habían refugiado, esperando el bombardeo, los doctores Patricio Guijón; Alejandro Cuevas, anestesista; y Hernán Ruiz. También

estuvo con ellos, unos instantes, el periodista Carlos Jorquera.

Guijón, Cuevas y Ruiz tenían un pequeño radioreceptor a pilas. Escuchaban las noticias.

El subterráneo disponía de luz artificial. No tenía ventanas ni tragaluces. Había un mimeógrafo y rumas de papeles. Los médicos estaban sentados sobre los paquetes que contenían las hojas en blanco. No había sillas.

Arroyo les dijo:

—Bueno, esta cuestión llegó hasta aquí, no más, porque van a salir las mujeres. Y el compromiso de ustedes llega hasta este punto, porque de ahora en adelante esto no tiene ninguna razón de ser.

Pero los médicos, luego de pensarlo, rehusaron retirarse. Se sentían comprometidos con la suerte de Allende y los demás.

Arroyo y Soto se retiraron del subterráneo con la respuesta.

Allende estaba en los mismos ajetreos. Pasó al salón Toesca, situado casi frente al Gran Comedor. En esa sala se realizaban los juramentos de gabinete.

Envió por el inspector Juan Seoane.

Estaba muy decidido. Había rechazado una nueva proposición de sus partidarios para intentar romper el cerco de La Moneda cruzando Morandé, ingresando al Ministerio de Obras Públicas y siguiendo luego por los techos del Banco del Estado, que formaba un solo cuerpo con el Ministerio.

La operación contemplaba, enseguida, un trayecto hacia la residencia de Tomás Moro o a alguna fábrica, a fin de organizar la resistencia.

Allende pensó que eso era la ruptura del más imponente símbolo: la permanencia del Presidente en el palacio de gobierno.

Cuando Seoane ingresó a la habitación, el Mandatario estaba sentado sobre la mesa, con los pies colgando. Había otras personas junto a él. Señaló al

policía:

—Mire, Juan, lo llamo porque quiero que se retire con todo su personal. Quedan liberados, porque yo me voy a quedar acá con algunos compañeros revolucionarios. Pero usted se puede retirar. No tiene por qué quedarse.

—Doctor —dijo el inspector, con un tono que dejaba traslucir un sentimiento de devoción a Allende—. Le agradezco mucho lo que usted me ha dicho, pero me voy a quedar igual, porque tengo una instrucción y una orden y por eso me tengo que quedar y me voy a quedar.

—Yo lo libero de eso —insistió el Presidente.

El inspector reiteró que, de todas formas, permanecería en el palacio.

—Yo sabía que usted se iba a quedar —señaló Allende—. Pero, de todas maneras, comuníqueme todo esto a su personal y libérelolo de ese compromiso.

Seoane reunió a los policías. Les informó sobre su conversación con el Presidente. Ellos indicaron que deseaban continuar en La Moneda.

—Esta es una cuestión nuestra. Hay que quedarse, no más. Yo ya lo pensé —dijo uno de los detectives.

Los demás estuvieron de acuerdo.

Seoane bajó a la cocina. Se preparó un café y un sandwich. Tenía hambre. No había tomado desayuno.

*

En la oficina de la Dirección de Televisión Nacional, la secretaria de Augusto Olivares recibió un llamado telefónico de éste, desde La Moneda.

Era la segunda o tercera vez que se comunicaban por la mañana. Alrededor de las diez, la esposa de Olivares, la actriz Mireya Latorre, había llamado a la secretaria para que preguntase al *Perro* si había algún inconveniente o peligro en que ella partiera con su madre a la casa de ésta en Cartagena.

Olivares había respondido que no. Y que viajara.

La secretaria escuchó la voz de Olivares en el segundo contacto. El tono del periodista no parecía demasiado alterado.

—*Monita* (así la llamaba habitualmente): ándate para tu casa. Esto no tiene vuelta. Mi decisión está tomada.

A ella se le vinieron a la mente las conversaciones que habían sostenido esa semana. El *Perro* había sido franco con ella, revelándole su pesimismo, y deslizado la posibilidad de su suicidio. Afirmó que él no iba a vivir el proceso de una dictadura militar. No iba a estar para verlo.

—¡Augusto! Yo lo puedo mandar a buscar en su auto, o ir yo a buscarlo — insistió la mujer.

—No. Tú sabes que mi decisión está tomada. Y tú debes estar con tus hijos.

Ella tenía tres hijos pequeños.

Olivares se despidió y cortó.

*

Allende habló con el capitán José Muñoz, de la sección Escolta de Carabineros. Le dijo que podía retirarse, porque estimaba que su grupo y él ya habían cumplido suficientemente.

Añadió que no quería la muerte de todos esos hombres. Agregó que la enseñanza de la democracia iba a prender luego del ejemplo de quienes habían sabido defender el Estado democrático y constitucional.

Muñoz asintió y se despidió de él. Luego fue a hablar con sus hombres.

*

Beatriz, la que tenía más instinto político de las tres hijas de Allende, se resistía a partir. Estaba embarazada de ocho meses, pero eso no le

importaba. Su marido era el diplomático cubano Luis Fernández Oña, primer secretario de la Embajada caribeña en Santiago.

Se sentía doblemente unida al Presidente, pues, además de hija, era colaboradora suya. Trabajaba con la *Payita* en la misma oficina.

Tati y Allende se mostraban un mutuo respeto. Esa mujer de 31 años tenía un aspecto serio e inteligente. No era aficionada a bromear.

Guardaba reserva con los temas confidenciales. Pero su naturaleza la llevaba a opinar sobre la situación política con sus compañeras de trabajo en La Moneda.

Hacia poco tiempo, Allende le había pedido al comandante Sánchez que si él moría en La Moneda, pusiera a *Tati* fuera de peligro.

—Es joven —argumentó— muy bien estructurada políticamente, es inteligente, espera un hijo y en Cuba podría tener un gran porvenir.

Y pocos minutos antes, al presionar a las mujeres para que abandonaran el edificio, había indicado a Beatriz que su deber era irse junto a los compañeros de la Embajada de Cuba. Que pensaba que los cubanos iban a ser provocados y que probablemente habría combate. Y que el deber de ella era estar allí.

Tati tenía perfecta conciencia de la importancia y las proyecciones del momento que estaba viviendo.

El Presidente llamó al doctor Jirón. La muchacha había sido alumna de éste en la Escuela de Medicina. Allende pidió al médico que la convenciera de la necesidad de salir.

Jirón razonó con ella.

—*Tati*, ¿qué sacas con quedarte? Esto va a ser un bombardeo en serio y alguien va a tener que decir después las cosas que han sucedido.

Allende habló luego con ella. *Tati* adivinaba, casi veía tras las palabras de su padre, una inquebrantable decisión.

El Presidente subió al segundo piso. Se comunicó con el Ministerio de Defensa pidiendo una tregua para que las mujeres pudieran retirarse. Luego bajó, tras haber obtenido la promesa de un cese momentáneo del fuego para el abandono de La Moneda.

Tati seguía resistiéndose. Se acercó al ex ministro Aníbal Palma.

Si su padre, a través de otros, deseaba convencerla de que se fuera, ella, a su vez, quería del mismo modo hacer un esfuerzo de persuasión sobre él.

—Aníbal —dijo a Palma—. Habla con él. Convéncelo de que me deje quedarme.

Palma hizo sólo un gesto, sin responder nada, evadiendo la solicitud. Estaba de acuerdo con la decisión del Presidente.

Cecilia Tormo se veía muy emocionada. Conocía a Palma, quien era amigo de ella y de Paredes.

—Convence al Coco —le dijo, angustiada—. Váyanse. Salgan. No quiero que mueran.

Pero Paredes tenía una obligación. Había sido instruido por su partido —el Socialista— para permanecer en La Moneda en cualquiera de las circunstancias difíciles que se avizoraban. Su tarea era servir de contacto entre la dirección de su tienda y el aparato superior del gobierno.

Allende hizo un gesto. Condujo a las mujeres hacia la puerta de Morandé 80. Abrió la puerta y asomó un pañuelo blanco.

Se despidió con un beso de sus hijas. *Tati* sintió que estaba siendo débil, que flaqueaba ante la voluntad de su padre. En los años siguientes, muchas veces, ante diferentes personas, lamentaría, en su exilio, haber aceptado abandonar a Allende. Sólo entonces llegaría a ella el dolor pleno.

El Presidente besó a las demás mujeres. A Verónica Ahumada le dijo:

—Verónica, tú tienes un papel muy importante, asignado ya en la historia de este país. Y tienes la obligación de salvarte.

La periodista entendió: Allende le estaba encargando la misión de relatar todo lo que había visto.

Las mujeres salieron. El propio Allende cerró la puerta. Pero no fue con ellas la *Payita*, que se había ocultado. No quería abandonar el edificio. Tampoco salió Marta Silva, secretaria del Ministerio del Interior. Por una casualidad, había quedado dentro.

Poco después, dejaron La Moneda Muñoz y sus carabineros. Atravesaron hasta el cuartel 1, situado bajo la Plaza de la Constitución, donde tenían sus vehículos. Apenas habían llegado, sintieron fuertes explosiones. Había comenzado el bombardeo.

*

Desde el Ministerio de Defensa, Carvajal reiteró a Pinochet, a través de la comunicación que mantenían, la petición de Allende de que concurrieran a La Moneda los tres comandantes en jefe.

Pinochet rechazó de plano la idea:

—No, que él concurra al Ministerio de Defensa.

Carvajal le señaló que el Presidente había rechazado ese planteamiento.

Pinochet indicó al almirante que la idea de Allende era meterlos en un sótano a Leigh, Merino y él. Le reiteró:

—Por ahora, ataque La Moneda. Fuerte.

—Sí, se está haciendo —afirmó Carvajal.

Pinochet le ordenó que transmitiera a Allende, por última vez, la posibilidad de rendición. Luego, le pasaron por la mente las imágenes de los hombres más detestados por los militares: Altamirano, en primer término. Impulsivamente, volvió a comunicarse con el Ministerio de Defensa:

—Patricio, aquí te habla Augusto. Dime, el señor Altamirano y el señor este otro, (Miguel) Enríquez, el otro señor Palestro y todos estos gallos, ¿dónde

están metidos? ¿Los han encontrado o están fondeados?

—No tengo informaciones de dónde se encuentran.

—Es conveniente darle la misión al servicio de inteligencia de las tres instituciones para que los ubiquen y los tomen presos.

“Estos gallos deben estar fondeados. Son verdaderas culebras”.

—Conforme. Conforme. El comandante Badiola está en contacto con La Moneda. Entonces, le va a transmitir este último ofrecimiento de rendición. Me acaban de informar que habría intención de parlamentar.

—Tiene que ir al Ministerio con una pequeña cantidad de gente —señaló Pinochet, refiriéndose a Allende—. Al Ministerio.

—Ellos están ofreciendo parlamentar.

—Rendición incondicional, nada de parlamentar. Rendición in condicional.

—Muy bien, conforme —asintió Carvajal. Rendición incondicional en que lo toma preso, ofreciéndole nada más que respetar la vida, digamos.

—La vida y su integridad física y enseguida se les va a despachar a otra parte.

—Conforme. O sea que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país.

—Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país. En el avión se cae, viejo, cuando vaya volando.

—Conforme, conforme —dijo Carvajal, con una risa a medias—. Vamos a proponer que prospere el parlamento ése.

En ese momento, el comandante Badiola estaba en comunicación con La Moneda. Dejó un número telefónico para que lo llamaran de vuelta desde allí. El secretario de Allende, Osvaldo Puccio, le telefoneó, tras recibir la autorización del Presidente.

Badiola le entregó un mensaje: el gobernante debía rendirse de inmediato y concurrir al Ministerio de Defensa a hablar con Pinochet.

—Aguarde un momento —dijo Puccio.

Badiola quedó esperando en el fono.

Puccio se dirigió donde Allende, a darle cuenta de la conversación. El Presidente le dijo que le transmitiera un mensaje. Y se lo dio:

—Un Presidente de Chile no se rinde. Y recibe en La Moneda. Si Pinochet quiere que vaya al Ministerio de Defensa, que no sea maricón y que venga a buscarme personalmente.

Badiola, al recibir el mensaje, sugirió suprimir la última parte. Puccio le insistió en que el recado debía entregarse íntegro.

*

Desde la Academia de Guerra de la FACH, Leigh pidió la dictación del estado de sitio. Pinochet dio su conformidad, pero agregó otra disposición: aplicar la Ley Marcial a todo el que fuese sorprendido con armas y explosivos. Se fusilaría de inmediato a los infractores.

En su cabeza seguía presente la figura principal: Allende.

—No te olvides que el primer objetivo es La Moneda, pues, viejo —señaló por el aire a Carvajal.

—Sí, pero no es conveniente actuar en La Moneda con la Fuerza Aérea, pero sí en Tomás Moro.

“En La Moneda estamos esperando la venida del general de Carabineros que va a venir a parlamentar acá”.

—Conforme —dijo Pinochet.

—Se está esperando. El comandante Badiola y su hombre de enlace con La Moneda está al teléfono.

—Ten cuidado con el señor Presidente, que es muy re'chueco. No dice nunca la verdad, así es que hay que tener mucho cuidado con él.

Poco después, desde el Estado Mayor de la Defensa, el general Díaz Estrada se comunicó con Leigh.

—Mi general —dijo a Leigh— se trata de aguantar un poco el ataque a La Moneda, porque se habló con el señor Tohá y van a mandar un parlamentario. Van a mandar un parlamentario, por lo que hay que esperarse un poquitito y yo lo llamo por este mismo medio una vez que tengamos clara la situación.

—Esta es una maniobra dilatoria —dijo Leigh, con desagrado—. Esta es una maniobra dilatoria. Mucho cuidado.

—Deben salir las mujeres y algunos hombres que quieren abandonar La Moneda. O si no, el entendido es el general Sepúlveda de Carabineros. Si no hay entendimiento con él, procederíamos al ataque de inmediato. Cambio. No más de diez minutos —indicó Díaz.

—Conforme —respondió Leigh.

Pinochet estaba muy impaciente. No le agradó la posibilidad de las conversaciones. Se lo dijo a Carvajal.

—Están ganando tiempo. No acepten ningún parlamento. Parlamento es diálogo. Rendición incondicional. Si quieren, vienen acompañados de Sepúlveda al Ministerio y se entregan. Si no, vamos a bombardear cuanto antes.

—Conforme —dijo Carvajal—. Les estamos dando diez minutos para que salgan de La Moneda. Se les está informando que en diez minutos más se bombardea La Moneda.

“Yo estoy en conversaciones con José Tohá. Me dice que están además allá Almeyda y Briones. Ya se le comunicó que en diez minutos más se va a bombardear La Moneda. Así es que tienen que rendirse incondicionalmente y si no sufrir las consecuencias”.

—Todos los que me acabas de nombrar tú, arriba del avión y se van de inmediato. A las 12 están volando para otra parte.

—Conforme, así lo voy a transmitir.

—No podemos aparecer con debilidad de carácter aceptando un plazo de parlamento a esta gente, porque no podemos nosotros aceptar plazos ni parlamentos que significan diálogos, significan debilidad —dijo Pinochet enérgicamente, hablando a baja velocidad y modulando las palabras como si estuviera haciendo un dictado.

“Todo este montón de jetones que hay ahí, al señor Tohá, al otro señor Almeyda, todos estos mugrientos que estaban por arruinar el país deben pescarlos presos y el avión que tienes dispuesto tú ¡arriba!, y sin ropa, con lo que tienen, para afuera.

—Me han dicho que espere un momento para convencer al Presidente.

—¡Negativo!

Después, Pinochet se dirigió a Leigh para que le retransmitieran un mensaje:

—Gustavo: nosotros no podemos aparecer con debilidad de carácter. En el avión que tienes dispuesto tú para el Presidente hay que embarcar a todos estos campeones que están dando vueltas: Tohá, el Almeyda.

“Todos estos señores arriba del avión y los mandamos de un viaje a cualquier parte que tú consideres necesario”.

*

Alguien del grupo que acompañaba a Allende sugirió la posibilidad de que se protegieran del inminente bombardeo en el subterráneo que había junto a la enfermería. Todos partieron hacia allí, encabezados por el Presidente.

Pero se dieron cuenta de que se trataba de una dependencia demasiado pequeña. Además, ya había gente en la habitación.

Palma, que había sido subsecretario de Relaciones Exteriores, recordó que en la Cancillería había otro subterráneo: el recinto de los archivos. Era un lugar abovedado y de cierta amplitud, que daba la impresión de ser seguro ante un bombardeo.

Un grupo formado por Clodomiro Almeyda, Carlos Briones, los hermanos Tohá, Palma y un camarógrafo de la Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia, de apellido Silva, se dirigieron hacia el Ministerio de Relaciones Exteriores. Allí se encontraron con un funcionario que era hijo del general en retiro Espinoza.

Bajaron hasta las dependencias del archivo. Pero la puerta de seguridad de esa oficina estaba cerrada.

Buscaron otro subterráneo. Y había un refugio: la sala de calderas de la Cancillería. Se acomodaron en el sitio.

Allende, por su parte, se había quedado con Osvaldo Puccio, Daniel Vergara, Fernando Flores y otros.

Puccio tenía, aunque pareciera extraño, experiencia en bombardeos. Había vivido en Berlín durante la Segunda Guerra Mundial. Había llegado a esa capital en 1941, a los 14 años, en medio de los triunfos bélicos nazis. Su padre era adicto aéreo en la Embajada de Chile. Le había tocado vivir los ataques aliados.

Con su conocimiento, Puccio ubicó a la gente en sitios en los que creía que se resistiría bien los embates de la aviación.

Sugirió al Presidente que se situara en el pasillo que iba a las cocinas. Junto a Allende se colocaron Paredes, Jaime Barrios y Arsenio Poupin.

Puccio se instaló junto a su hijo en un pequeño hueco en el que había un teléfono. Un GAP se sentó al lado de ellos. Daniel Vergara prefirió permanecer al frente de ese lugar, de pie.

Arriba, unos doce hombres del GAP e Investigaciones se habían acomodado en la sala de consejo, bajo la cual estaba el paso desde el Patio

de los Cañones al Patio de los Naranjos.

En la estancia habían sido instaladas un par de ametralladoras, para actuar sobre la puerta principal de La Moneda.

Otro grupo, en el que se encontraba el doctor Patricio Arroyo, se instaló en el pasillo paralelo a Morandé, en el segundo piso, entre el Salón Rojo y el Salón de la Independencia.

El lugar estaba a oscuras.

Abajo, aguardando, el hijo de Puccio observaba a un suboficial de Carabineros que estaba dentro de su campo visual. El policía era un hombre macizo: hasta donde se sabía, el único uniformado que permanecía en el palacio.

Allende lo había abrazado. El suboficial se había negado a retirarse señalando que se quedaba por lealtad con el Presidente.

Los aviones dejaron de mosquear sobre el edificio. Ya no hicieron pasadas de amedrentamiento. Atacaron.

El primer rocket hizo impacto. Faltaban dos minutos para las doce.

El suboficial soltó el fusil, abrió la puerta y salió del edificio. Se había aterrorizado. Hubo que cerrar la puerta tras suyo.

—Huacho —le dijo Puccio a su hijo—. Este es mi bombardeo número...

Y le dio una cifra.

El detective David Garrido, que bajaba hacia los patios en busca de armas desde la Presidencia, fue arrojado hacia arriba por la fuerza expansiva del rocket. Los tacos de sus zapatos volaron.

En el subterráneo donde estaban Guijón y los otros dos médicos, el impacto se sintió como un temblor seco y fuerte.

Guijón comentó:

—Hasta para eso somos cagones los chilenos. Le podían haber achuntado. Puchas las bombas malas.

A medida que los rockets herían La Moneda, Guijón pensaba: “No es tan violento el bombardeo”.

Arriba, en la sala de consejo en la que estaban los GAP y los policías, un rocket impactó directamente sobre el cielorraso.

El detective Quintín Romero, que se encontraba allí, vio desplomarse una masa de material y de fuego, una bola achicharrante y destructora. Ese cuerpo vivo y mortífero atrapó a varios.

Escuchó los gritos de algunos que se quemaban. A su lado, se hallaba el detective José Sotomayor. El fuego caído sobre el piso los había separado de quienes estaban frente a ellos e interrumpido el paso. Quedaron con una vía de escape hacia el lado de Teatinos.

Salieron en esa dirección. Por ese costado estaba la oficina de la *Tencha*. Intentaban bajar hacia el primer piso, aunque no conocían el sector.

Más allá, en la Cancillería, Almeyda, Briones y los demás escucharon nítidamente el bombardeo y, a través de una ventana situada a ras de piso, pudieron ver cómo se iniciaba el incendio del palacio.

*

En el Ministerio de Defensa, el general Nicanor Díaz Estrada quiso apreciar la exactitud del ataque de los aviones de la FACH. Había en ello un interés profesional, una suerte de preocupación institucional.

Díaz estaba en el despacho del almirante Carvajal.

Se asomó por una de las ventanas. Una bala se clavó a pocos centímetros de su cabeza, en la muralla. Un capitán de Ejército le empujó violentamente, sacándolo de ahí y arrojándole hacia un lado.

Carvajal le arrebató el fusil a un soldado. Comenzó a disparar hacia el frente, hacia el lugar donde suponía que había brotado el balazo.

En La Moneda, entre tanto, el humo había comenzado a elevarse resueltamente. Primero habían sido unas pequeñas columnas, que luego tomaron una consistencia y una dirección vertical, en colores naranja y negro. El fuego parecía soplado por una boca.

Desde la sala de prensa de radio *Balmaceda*, en Nueva York 53, observaban la humareda el periodista Ignacio González Camus, el control Sergio Matus y el publicista Ernesto Merino.

González estaba grabando lo que veía desde la ventana. Sus palabras no salían al aire, sino que iban a una cinta magnetofónica. A Matus se le había ocurrido que podían dejar un testimonio. La emisora estaba fuera del aire. Su antena había sido bombardeada.

Les era imposible observar directamente La Moneda, que estaba oculta por una hilera de edificios.

Merino había clavado sus ojos esa mañana, en las primeras horas del drama, en un mendigo que permanecía en la calle, abajo. Algo le fascinaba en él.

El tipo era andrajoso. Tenía una larga barba y un abrigo miserable. Su aspecto era el de no haber tomado un solo baño en su vida. Durante algunos lapsos, luego que habían comenzado los disparos en el sector céntrico y cerca del palacio de gobierno, era un hombre indiferente, intemporal, inmóvil, sentado sobre la solera y con sus pies apoyados en la calle.

Pero a veces retornaba al escenario que le rodeaba. Se levantaba y se iba a asomar a alguna de las esquinas.

Parecía estar fuera del alcance de todo, incluso de las balas. Para Merino, el sujeto escondía alguna suerte de símbolo que no le quedaba claro.

Luego el mendigo desapareció.

Poco más tarde, junto al Club de la Unión, varias personas se asomaban hacia la Alameda, protegidas por la mole del edificio. Al frente, al otro lado de la ancha avenida, había tres o cuatro hombres que también observaban lo

que ocurría, resguardados tras la gran estatua de Andrés Bello, junto a la Casa Central de la Universidad de Chile.

Cuando las balaceras se intensificaban, como si fueran chaparrones tropicales, todos esos espectadores se pegaban a su protección de cemento.

El tiempo había seguido avanzando. Después, personal de la radio se había asomado a calle Nueva York. Los funcionarios habían observado dos muertos que yacían sobre el pavimento. Eran civiles. Más allá, en calle Ahumada, habían alcanzado a ver otro cadáver.

Desde las ventanas, González, Matus y Merino habían contemplado la pasada veloz de los bólidos aéreos que se abatían con sus rockets.

—Hay curiosos —relató el periodista—. Hay un camarógrafo en calle Moneda, filmando el ataque de los aviones. Es histórico: un ataque por demolición del Palacio de La Moneda, de arrasamiento del edificio y la defensa del palacio de gobierno.

Merino y Matus miraban las columnas de humo. Estaban en silencio. González continuó:

—El Presidente de la República señaló a los dirigentes de la Unidad Popular la semana pasada que solamente muerto... (la grabación se saturó con el ruido de aviones y las explosiones de los rockets)... que solamente muerto le sacarían de La Moneda. Que no renunciaría; que de La Moneda se iría al cementerio.

“Y hace algún tiempo, algunos meses, en el palacio de La Moneda, para ser más exacto a fines del año pasado, conversando con nosotros, periodistas de Moneda, señaló que él repetía una frase que le había escuchado al Presidente Pedro Aguirre Cerda cuando enfrentó una situación delicada.

“Señaló el Presidente Pedro Aguirre Cerda, según Allende, que solamente en pijama de madera saldría de La Moneda. Y luego el Mandatario Allende señaló que él repetía las palabras de ese Presidente.

“Y si está en La Moneda en estos momentos el Presidente Allende —en estos momentos de incertidumbre no podríamos asegurar nada— está cumpliendo... está en el palacio de La Moneda... dispuesto a irse en pijama de madera hacia el cementerio”.

“Son instantes dramáticos; instantes históricos en que el palacio de gobierno es batido por aviones, al parecer Hawker Hunter, que están lanzando sus cargas sobre ese edificio”.

En ese mismo instante, quienes sintonizaban la cadena de radios de las Fuerzas Armadas escucharon un comunicado:

“Desde las diez treinta horas se ha requerido rendición de Salvador Allende, y ante la negativa de éste, se inició ataque aéreo y terrestre contra La Moneda. Con esta acción, se persigue evitar derramamiento de sangre”.

Firmaba la Junta de Comandantes en Jefe.

González seguía con el micrófono delante de su boca.

Había llegado poco después de las ocho de la mañana a la sede del gobierno. Desde la radio, le habían avisado a su casa que se fuera inmediatamente, pues había insólitos movimientos.

Pero se encontró con el gran portón de La Moneda cerrado. Se acercó, sintiendo que se estaba metiendo voluntariamente en una trampa. Alguien —o algo— le llevaba agarrado por el cuello de la camisa, contra todo lo que clamaba, dentro suyo, la prudencia. Golpeó. La puertecilla se abrió y un carabinero le dijo que no se podía entrar. De allí siguió hacia la *Balmaceda*, situada a dos cuadras de distancia.

El periodista continuó haciendo algunos comentarios. Luego agregó:

—Cualquiera debe reconocer que el Presidente de la República ha sido capaz, en este momento, de cumplir su palabra de no capitular, de no renunciar.

“En cierto sentido, es una especie de suicidio. Es un suicidio. Cuando el Presidente de la República señaló que no renunciaría, decidió suicidarse.

“¿El arma? No la tiene él. El gatillo lo aprietan otros. Pero no es más que un suicidio el del Presidente de la República, que está en ese palacio de La Moneda desde donde se levantan nubes de humo”.

Hubo otros minutos de relato. Luego, sólo el ruido ambiental.

Merino había dejado poco antes la sala.

Había observado a dos carabineros que avanzaban por calle La bolsa, en diagonal hacia Nueva York. Iban corriendo y protegiéndose en los portales. No llevaban gorras ni armas. Lo que los hacía parecer seres débiles y absurdos, violentamente degradados.

Merino fue hacia el ascensor y descendió con otro funcionario. Ambos se asomaron a la puerta del edificio. Silbaron e hicieron señales a los uniformados, para que se aproximaran y entraran allí. Los carabineros los vieron y se lanzaron hacia ese refugio que les invitaba.

Cuando entraron, Merino y su compañero les condujeron hacia el ascensor.

Uno de los policías comenzó a relatarles algo de lo que había experimentado. El otro estaba blanco, próximo al shock. Merino vio cómo se desmayaba.

Al llegar al noveno piso y descender del elevador, comenzaron a atender al exánime uniformado. Merino sacó de su bolsillo un frasco con sedantes.

Un médico se lo había recetado. Extrajo una de las píldoras para administrársela al carabinero.

El acompañante de Merino llevó las informaciones que había escuchado al periodista González. Este indicó ante el micrófono:

—Acaba de llegar a radio *Balmaceda* uno de los guardias de palacio que se entregó, que fue desarmado.

“Según su testimonio, el Presidente de la República se encuentra efectivamente en el palacio de La Moneda y ha declarado que sólo se entregará muerto. Tal como lo señaló, el Presidente de la República sólo se entregará muerto, como cadáver. No podrán hacerse cargo de él como un hombre vivo: solamente muerto.

“Ahora hay una calma. Hay un silencio. Se sigue levantando la columna de humo. Son exactamente las doce horas con 17 minutos”.

*

Los disparos se reanudaron, nutridos.

Sobre La Moneda comenzaron a descargarse bombas lacrimógenas.

Dentro del edificio no había ningún plan preciso de defensa. Nadie daba instrucciones. Cada cual hacía lo que le indicaba su instinto.

Allende había dado una orden: abrir todas las llaves y grifos de agua, para impedir que el incendio que había brotado se extendiera hasta la planta baja.

El líquido comenzó a correr e inundar el suelo.

Los ministros Almeyda y Briones, junto a los Tohá y quienes les acompañaban, comenzaron a ser violentamente afectados por los gases en la sala de calderas de la Cancillería.

Las bombas lacrimógenas eran lanzadas desde los edificios aledaños. Sus gases penetraban por el ventanuco. Las balas atravesaban los techos de zinc del palacio, que eran como espaldas vulnerables que sólo podían verse desde arriba. Desde las azoteas del Ministerio de Defensa, había soldados disparando.

Almeyda y los demás usaron sus pañuelos para protegerse. Se sentían asfixiados no sólo como efecto de los gases lacrimógenos, sino por la sensación de no poder huir, de tener que mantenerse ocultos en el subterráneo. Trataban de resistir como podían.

Decidieron arriesgarse a salir. Ya no era posible continuar allí. Abandonaron el sitio y subieron al primer piso de la Cancillería. Se encerraron en una oficina situada en el sector de calle Morandé.

Permanecieron largo rato en esa estancia.

—Aquí estamos, dispuestos a que nos maten —comentó Briones, formulando una advertencia. Los que entren nos pueden matar.

José Tohá cogió el teléfono que había en la oficina. Llamó al Ministerio de Defensa. Explicó su situación y la de los demás. Añadió que estaban sin armas. Indicó en qué despacho del edificio se encontraban.

Tohá también llamó a su casa. Habló con su mujer.

Se quedaron aguardando la llegada de los militares. Durante la espera anterior, se habían asomado cautamente al pasillo. Hacia el costado de Teatinos. Vieron dos cabezas que hacían lo mismo.

Indudablemente, esos hombres estaban ocultándose, al igual que ellos.

*

Las cabezas correspondían a los detectives Quintín Romero y José Sotomayor.

Tras haber huido, en pleno bombardeo, del incendio provocado por el rocket en la sala de consejo, se toparon con una puerta cerrada. Era como las de todas las oficinas de La Moneda: de madera y con un rectángulo de vidrio opaco en la parte superior.

Romero sacó su pistola, quebró el vidrio y pasó el brazo, abriéndola desde el otro lado.

Ambos se lanzaron bajo un escritorio, mientras seguían cayendo los rockets. Los impactos se percibían como temblores.

Lograron bajar al primer piso. Estaban en dependencias del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Avanzaron. Se asomaron en el recodo, en el sector del pasillo del frontis de la Cancillería. Pero resolvieron devolverse, para no quedar tan cerca de una puerta de acceso al edificio. Se introdujeron en una oficina destinada, al parecer, a un alto funcionario.

Era grande y cómoda, con un baño que tenía una pequeña ventana que daba al Patio de los Naranjos.

Esperaron allí, tendidos bajo el escritorio. El bombardeo finalizaba.

Uno de los detectives sintió deseos de orinar. Cogió de encima del escritorio un objeto de cerámica lleno de lápices. Prudentemente, prefería no abandonar el refugio del escritorio. Sacó los lápices, meó, colocó de nuevo los lápices y depositó cuidadosamente el receptáculo en el lugar desde el que lo había sacado.

Poco después que el ataque aéreo terminó, los gases de las bombas lacrimógenas comenzaron a saturar la oficina. Romero y Sotomayor fueron al baño a mojar con agua sus pañuelos, para humedecerse los ojos y la cara.

Se asomaban cautelosamente por la ventana mientras lo hacían. Observaban cómo ardía a el sector de la Presidencia.

Ambos estaban choqueados. No habían imaginado que la acción militar pudiese ser tan violenta. Ellos, como los demás ocupantes de La Moneda, habían tenido la esperanza de que el bombardeo no se efectuara. Estaban pensando en el momento en que los soldados, tarde o temprano, invadieran el palacio. Les pasó por la cabeza la idea de pegarse un tiro.

Sintieron ruidos. Se acercaron a la ventana del baño. Miraron.

Habían ingresado los bomberos. Habían roto las dos puertas laterales de acceso situadas en la fachada del Ministerio. Un carro bomba se introdujo en el patio.

Discutieron una idea: dominar un par de bomberos, colocarse sus uniformes y huir.

Sus planes quedaron paralizados, porque se dieron cuenta de que los militares iban revisando La Moneda oficina por oficina. Detrás de la puerta, escuchaban cómo penetraban en cada habitación del corredor, abriendo violentamente las puertas.

Dentro de dos o tres minutos, llegarían a la oficina en que se encontraban ellos.

Cuando los soldados penetraron en el despacho contiguo, los detectives salieron con las manos en alto, sintiendo que los podían seccionar a balazos.

El pelotón estaba compuesto por un capitán al que seguían cinco conscriptos. El oficial iba con una pistola en la mano.

—Somos policías —dijeron los detectives.

—¡No se muevan! ¡No se muevan! ¡Levanten las manos! ¡Abranse de piernas! —gritó el oficial.

Romero notó que los conscriptos estaban nerviosos. Apretaban sus armas.

—Estamos armados —dijo, abriendo la parka hacia un lado y dejando ver su pistola.

Un conscripto les retiró las armas, placas y los documentos. A Romero le quitaron también su cortaplumas suizo.

El detective miraba fijamente al oficial que les encañonaba. Lo conocía. Hacía un mes y medio, le había correspondido ir en la custodia del Presidente Allende, quien iba a observar ejercicios militares en los cerros de Chena. Mientras el Mandatario departía con los mandos, su equipo de seguridad fue atendido en una dependencia cercana. El anfitrión del grupo había sido ese capitán de la Escuela de Infantería que estaba al frente suyo.

El pelotón de militares condujo a Romero y Sotomayor a una oficina del Ministerio situada al lado de la entrada principal. Las hojas del gran portón del edificio estaban destrozadas: las había hecho volar un cañón sin retroceso de la Escuela de Infantería.

Los detectives fueron colocados junto a Clodomiro Almeyda, Carlos Briones, Aníbal Palma, los Tohá y los demás.

Todos estaban silenciosos. Almeyda fumaba incansablemente.

Uno de ellos preguntó a los detectives quiénes eran. Los policías se lo señalaron.

—¿Dispararon? —preguntó el otro—. Si dispararon, traten de lavarse las manos rápidamente.

*

En la azotea del Ministerio de Defensa, el general de Ejército Javier Palacios miró su reloj.

Estaba tomando el tiempo. El general Herman Brady le había ordenado que moviera los tanques quince minutos después de que cesara el bombardeo de La Moneda. Y también debía cumplir con lo más delicado y sustancial: tomar La Moneda y detener al Presidente Allende.

Palacios había observado desde las ventanas del quinto y sexto piso del Ministerio, pocos minutos antes, los mortíferos descensos de los aviones sobre el palacio de gobierno. Los uniformados que miraban la escena se sentían partícipes de una película gloriosa.

Palacios era un hombre de 48 años, con acusada calvicie y rasgos pulcros y finos. Venía regresando desde Bonn hacía poco tiempo. Se había desempeñado como agregado militar en la Embajada de Chile.

El día anterior, al quedar a cargo de la reserva, había recibido la orden de rodear y cerrar el perímetro de La Moneda con tanques. Tendría bajo su mando el regimiento Blindado y algunos refuerzos del regimiento Tacna.

Muy temprano, esa mañana del día 11, había ido hasta la sede del regimiento de los blindados. Los oficiales todavía estaban sentidos por el castigo que se había aplicado a algunos de sus compañeros por el levantamiento del 29 de junio. Palacios les habló desde arriba de un tanque.

Les trató de persuadir con su lenguaje vehemente, aunque poco preciso. Les señaló que, esta vez, la operación iba en serio, y que él estaría a la cabeza. Los oficiales se convencieron y se sumaron entusiastamente a la insurrección.

La reserva de Palacios sería la última unidad en actuar.

El bombardeo de La Moneda no sólo había significado un terrible daño en ese edificio. También había provocado efectos físicos en el Ministerio de Defensa. Los rebotes habían causado heridas a algunos de los militares que, ávidamente, miraban el ataque.

Cuando se cumplieron rigurosamente los quince minutos estipulados por Brady, Palacios bajó con su plana mayor y un grupo de soldados del regimiento Tacna que constituían su protección. El general y los dos oficiales que le acompañaban llevaban metralletas cortas.

Se asomaron cautelosamente por la puerta del Ministerio que daba a la Alameda, frente al Banco del Estado. Se deslizaron pegados a la pared, seguidos por los conscriptos.

*

El general de Carabineros Jorge Urrutia avanzaba cautelosa y rápidamente con su ayudante, el capitán Espinoza.

Habían abandonado la Prefectura General. Se dirigían hacia Avenida Bulnes, al edificio de la Dirección General.

Tomaron por Moneda, hacia el oriente, y doblaron por Bandera, hacia el sur. Iban rozando los edificios, protegiéndose.

Había algunas personas muertas en las calles. Otras se desangraban.

En la Alameda, doblaron hacia su izquierda. A los pies del imponente edificio del Club de la Unión, centro de reunión de la gente más tradicional, había dos cadáveres. Las paredes estaban inconmovibles. El mundo estaba

inconmovible. Más al oriente, en la Alameda con Estado, algunos periodistas habían contado trece muertos.

Urrutia y Espinoza siguieron y cruzaron la Alameda a la altura de Serrano. Fue el trayecto más arduo y cauteloso. Se introdujeron por Serrano y doblaron por Alonso Ovalle hacia el poniente.

Espinoza había sentido la tentación de disparar. Quería hacer frente a alguno de los francotiradores. Urrutia lo detuvo.

—Usted no dispara un tiro —le ordenó—. Si dispara nos van a disparar en forma directa. Ellos no saben qué vamos a hacer. Si somos leales o contrarios.

Observaron que desde el diario *Clarín* se hacía fuego sobre la Dirección General. Ese era un periódico popular que respaldaba al gobierno con un estilo satírico y de mofa hacia los adversarios. Se afirmaba que el propio Allende tenía una parte de su propiedad.

Urrutia y Espinoza ingresaron a la playa de estacionamiento del edificio de Carabineros y franquearon la entrada posterior del inmueble.

El general subió al tercer piso. Se sentó en su despacho, ante su escritorio.

Los funcionarios se movían ordenadamente. Cada uno estaba en su puesto. Pero Urrutia se sintió desplazado y desprovisto de peso y hasta de contorno. Quizás los otros ni siquiera lo veían.

A las dos de la tarde, le señaló a su chofer que lo llevara al Club de Carabineros. Iba a almorzar.

*

La industria Indumet estaba formada por un amplio galpón de zinc con maquinaria, un gran patio lleno de rollos de alambres y un cuarto de madera. En este último se instalaron Ariel Ulloa, Rolando Calderón y Arnoldo Camú.

En su casa de la Gran Avenida, Miguel Enríquez y otros líderes miristas se aprestaban para partir hacia la reunión con los socialistas.

El MIR estaba desdibujado y a la defensiva.

Por la mañana, habían recibido noticias alarmantes: la casa de acuartelamiento, la virtual fortaleza situada en las afueras de Santiago y destinada a albergar a la jefatura del movimiento en el período de definición de la lucha en el país, había sido allanada por los militares.

Los miristas enviados a reconocer el sitio para determinar si todo estaba tranquilo, habían logrado salir de la capital sin toparse con vigilancia militar. Pero cuando dieron una ojeada a la casa, descubrieron la presencia de soldados.

Regresaron con la catastrófica novedad: la vivienda estaba copada. A partir de ese hecho, todo el dispositivo de seguridad, la red de “caletas” para cobijarse, entraba en duda. La afectaba la peste.

Pero los acontecimientos que se sucedían eran tan urgentes, que no hubo mucho tiempo para lamentaciones.

Poco después del mediodía, Miguel Enríquez, Humberto Sotomayor, Andrés Pascal y Arturo Villavela dejaron la casa de reunión para ir a Indumet.

Edgardo, hermano de Miguel, no abandonó la vivienda.

Estaba a cargo del trabajo de información. Se comunicaba por teléfono. A ratos, salía a observar a la calle.

No tenía el carisma de Miguel. Hablaba menos, y con menor expresividad. Era ingeniero civil. Su padre le encontraba grandes dotes de organizador.

En Indumet había obreros presentes. Los dirigentes del MIR ingresaron. Se dirigieron a la oficina. Se saludaron con los socialistas. Todos se sentaron alrededor de una mesa.

Se pusieron a analizar las posibilidades de un plan de defensa ante el golpe. Los socialistas expresaron su opinión de que era necesario entrar en la clandestinidad, por la imposibilidad de enfrentar la situación de ese momento.

El debate se detuvo cuando llegó un dirigente comunista. Pertenecía a la Comisión Política de ese partido, el más organizado e influyente de la izquierda. La palabra de los comunistas tenía fuerza.

El recién llegado señaló que su partido aún no tomaba ninguna decisión sobre cómo proceder; y que no lo haría en tanto no supiera si los militares iban a clausurar o no el Parlamento.

Para los miristas, el mayor problema que se presentaba era la desorganización. Los que debían combatir el golpe no tenían las armas que necesitaban. A causa de la confusión, había problemas para precisar los lugares de los depósitos, sacar el armamento, convocar a los combatientes y distribuirlos en las zonas en que podrían darse los enfrentamientos.

Los miristas y los socialistas hablaban fluidamente sobre cuestiones que conocían muy bien, con un entendimiento casi personal.

El MIR tenía, en realidad, un acuerdo general con los altamiranistas. Lo habían construido a lo largo de diversas reuniones.

La idea de miristas y socialistas era organizar un “polo revolucionario”: una alianza más estrecha entre ambas colectividades, sumando a ella a la Izquierda Cristiana y al Mapu.

El partido Comunista se restaba a esta concepción que se buscaba, lo mismo que Allende.

Uno de los propósitos de ese acuerdo era construir un plan de defensa paramilitar común, combinando las pequeñas fuerzas con que cada uno contaba.

El proyecto no llegó a materializarse en todos sus principales aspectos, pero permitió que el entendimiento entre miristas y socialistas fuera estrecho.

El MIR tenía un núcleo de escogidos que aportar: la Fuerza Central, que era dirigida por la Comisión Política.

Estaba concebida para funcionar como una fuerza móvil que atacara determinados símbolos o concentraciones militares del enemigo. Debía organizar la resistencia popular en los lugares de trabajo y en viviendas.

Esa resistencia debía llevarse a cabo mediante armamento fácil de fabricar o improvisar: bombas molotov o granadas de hojalata o vietnamitas.

La “masa armada” que fuera puesta en movimiento y provista de esos pertrechos sería la protagonista de la resistencia.

Algunos dirigentes miristas calculaban que podrían poner en acción a unos cinco mil hombres en Santiago para esas tareas.

La Fuerza Central era un cuerpo muy calificado: disponía de fusiles, un par de cañones sin retroceso y capacidad para enfrentar el equipo blindado de las Fuerzas Armadas.

La componían unas 40 a 50 personas. Eran los que más se habían destacado en las tareas o manejo de armas.

Casi todos estaban unidos a los orígenes del MIR. Eran fundadores del movimiento. Tenían una profunda formación política. Dos o tres de ellos eran miembros del Comité Central.

Cuando el combate estuviera declarado, la Fuerza Central tomaría iniciativas para golpear al enemigo directamente, o bien ir en auxilio de lugares que estuvieran siendo sofocados o rebasados por los contingentes contrarrevolucionarios.

*

Arnoldo Camú había telefoneado mucho durante toda la mañana. Cogió el teléfono de la oficina de Indumet, distrayéndose de la reunión con los miristas. Marcó uno de los números privados de Allende en La Moneda. No

estaba seguro de si algo funcionaba en el palacio de gobierno después del bombardeo.

Escuchó cómo se establecía la comunicación.

Alguien le atendió. Era Eduardo Paredes.

Habló con el Coco. Cuando colgó, relató a los demás que el otro le había preguntado:

—¿A qué hora nos vienen a sacar?

Los miristas y socialistas se decidieron al unísono:

—Bueno, vamos a sacarlos.

Uno de los socialistas preguntó a Miguel Enríquez:

—¿Qué posibilidades tienen ustedes de juntar un grupo de gente para ir a La Moneda a rescatarlos a todos?

Miguel respondió:

—Esperemos hasta las cuatro. Nosotros podemos juntar gente para esa hora.

Camú sacó un papel de un cajón. Hizo un plano elemental, con unos cuantos trazos. Explicó que podrían avanzar en dos grupos, en forma paralela: los socialistas por Santa Rosa y los miristas por otra calle.

Un dirigente socialista asomó la cabeza por la puerta:

—¡Estamos rodeados!

Los carabineros habían llegado sorpresivamente a bordo de un bus, desplegándose en torno a la empresa.

Todos se levantaron como impulsados por electricidad. Salieron, observaron y se lanzaron a abrirse paso. Algunos dispararon.

Se dirigieron a la parte trasera de la industria.

Era una balacera loca. Uno de los miristas, conocido como León, cayó acribillado. Era uno de los acompañantes o custodios de la Comisión Política. Otros dos miristas fueron impactados a pocos metros.

Ulloa escapó hacia la población La Legua. Observó cómo llegaban dos helicópteros, que comenzaban a disparar hacia tierra. Logró encontrar refugio y ocultarse.

*

Poco antes del mediodía y del bombardeo aéreo, el general director de Carabineros, José María Sepúlveda, salió de La Moneda.

Esa mañana, había experimentado el desmoronamiento de su autoridad. Y había sido partícipe de experiencias inesperadas: diversos matices y hechos de una tragedia que se estaba desarrollando.

El asesor español del Presidente, Joan Garcés, ante el retiro de las tanquetas y de los efectivos de Carabineros, le había propuesto repartir armas al pueblo. La proposición le había dejado estupefacto. Su única respuesta fue la cara de asombro que mostró.

Poco antes de abandonar el palacio, había recibido un mensaje del general Arturo Yovane desde la central de radio de Carabineros: le ofrecía un auto y dos tanquetas para que le acompañaran y le brindaran protección. El declinó la oferta.

Dejó La Moneda a pie, por la puerta de Teatinos. Cuando dejaba el edificio, impactaron los primeros rocketazos.

Siguió caminando. Escuchaba las explosiones. Tras su caminata, que fue rodeada de precauciones, ingresó en calle Dieciocho. En la tercera cuadra, entró en un hermoso edificio: el Club de Carabineros. Había sido una mansión señorial.

Se instaló en uno de los salones. Poco a poco, el ambiente se iba soltando. Entró el coronel Manuel Yovane. Sepúlveda le dijo, en tono satírico:

—Tu hermanito, ¿ah? La media huevada que ha hecho.

De pronto, observaron el ingreso del general Urrutia. Alguien preguntó al recién llegado:

—Bueno, ¿y qué es lo que pasó?

—El Borgia Yovane nos liquidó a todos —expresó el subdirector.

Los demás le invitaron a unirse a ellos, para almorzar, pero Urrutia señaló que no se iba a quedar y que sólo comería un sandwich.

Estaba profundamente molesto con todos ellos.

Regresó pocos minutos después a la Dirección General. Se instaló en su oficina. No recibió ningún llamado telefónico. El tampoco intentó comunicarse con nadie.

Su sensación de no representar nada y de que no encontraría una auténtica obediencia de sus subordinados si los pusiera realmente a prueba, no era una ilusión. Por la mañana, el general Mendoza se había comunicado con el almirante Carvajal, antes de las once. Le indicó que el edificio de la Dirección General de Carabineros iba a quedar para el final, porque lo tenían neutralizado.

—No ha habido ninguna reacción, no han disparado nada desde ese edificio —había señalado más tarde a Pinochet en su comunicación por radio, Carvajal, para corroborar la versión que le había entregado Mendoza.

Urrutia era una simple figura sentada en un sillón. Sus poderes se habían evaporado.

*

En el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en Macul, el retumbar del bombardeo de La Moneda fue audible.

La radio había enterado a los alumnos y profesores que se encontraban allí cuál era el motivo del vuelo de los aviones y los estallidos.

Algunos estudiantes, mayoritariamente mujeres, comenzaron a llorar. Los alumnos creían que el ataque estaba alcanzando y destruyendo los edificios cercanos al palacio de gobierno.

Se acercaron al casino. Comenzaron a entonar la Canción Nacional, que sonó como un himno de desolación o un réquiem. Algunos entonaron después la Internacional, pero sin verdadero ánimo combativo.

Los militares no habían ingresado en el campus. Se mantenían afuera. Pero anunciaron que debían abandonar el recinto pues, de lo contrario, los detendrían.

Algunos jóvenes intercambiaron sus números telefónicos. Quedaron de llamarse para ponerse de acuerdo, para hacer algo: para resistir de una manera aún no definida. Por último, se desperdigaron.

*

En el castigado Palacio de La Moneda, nervio de la angustia, se produjo otro contacto telefónico con el general Ernesto Baeza. Se resolvió que saldría una delegación negociadora compuesta por Fernando Flores, Daniel Vergara y Osvaldo Puccio. Este último había llevado fundamentalmente el diálogo con Baeza, a quien conocía por haber sido ayudante de su padre, cuando éste había sido director general de Deportes del Estado.

Flores se veía nervioso, casi asustado.

Allende subió al segundo piso a mantener una reunión con ellos. Bajo una mesa, planearon lo que el grupo señalaría a los militares. La información con que contaban era espeluznante: estaban bombardeando las poblaciones.

El Presidente señaló que había que lograr que se detuvieran los bombardeos. Fuera de ello, debía formarse un gobierno militar con participación de civiles y obtenerse el compromiso de los uniformados de

que se mantendrían todas las conquistas políticas y sociales, sin que hubiese cambios en la legislación del país.

Allende indicó que sólo bajo esas condiciones renunciaría.

*

El subjefe del Estado Mayor, general Díaz Estrada, informó a Pinochet desde el Puesto 5.

—Mi general, La Moneda está totalmente rodeada. No hay posibilidad de que salga nadie.

—¿El Presidente Allende está metido ahí? ¿Seguro que está el señor Allende ahí?

—Creo que el Presidente está en La Moneda. O lo que queda de él. Cambio.

—Conforme.

Luego vino la comunicación de Leigh a Díaz:

—Misión en Tomás Moro terminada.² Misión en La Moneda está terminada. Necesito que me informe qué está haciendo ahora el Ejército.

—En este momento el Ejército avanza sobre La Moneda.

Pinochet volvió a establecer contacto con Carvajal:

—Mira, Patricio, lo siguiente: hay que lanzar un bando diciendo que no existe el gobierno. El gobierno es gobierno militar.

“En consecuencia, la gente tiene que atenerse a lo que diga el gobierno militar, porque hay gente que no quiere entregar sus puestos.

“Segunda cosa: van a mandar un bando que te voy a hacer llegar allá para que se lo tires a los extranjeros que están en situación ilegal, o bien legal, pero que tienen que presentarse en las comisarías.

“A la prensa no. Oye, aló, aló, ninguna circulación de prensa por el momento, viejo. Terminado”.

Carvajal anotó. Poco después, llamó a Pinochet:

—De La Moneda me han llamado por teléfono el ex ministro Flores y el secretario (Osvaldo Puccio).

“Manifestaron su intención de salir por la puerta de Morandé 80 para reunirse y se les ha indicado que deben salir enarbolando un trapo blanco para cortar el fuego.

“Esto se le ha comunicado al general Brady y al general Arellano. La idea no es parlamentar, sino tomarlos presos inmediatamente”.

—Conforme, Patricio, hay que tener el avión listo en Cerrillos. La gente llega ahí, ninguna cosa: la toman, arriba del avión y parten. Con gran cantidad de escoltas.

—La idea sería dejarlos presos no más por el momento. Después se verá. Pero por el momento la idea es tomarlos presos.

—Bueno, si es que los juzgamos les damos tiempo, hombre. Lo que creo que es un motivo para que tengan una herramienta para alegar.

“Creo que hay que consultarlo con Leigh. La opinión mía es que estos caballeros se toman y se mandan a dejar a cualquier parte y por último por el camino los van tirando abajo”.

—Bien, lo vamos a consultar con Leigh.

—Mi opinión es que se vayan, porque si no, vamos a tener problemas después —insistió Pinochet.

Se produjo una pausa mientras se preparaba el contacto de Carvajal con Leigh.

—Gustavo, aquí Patricio.

—Aquí Gustavo para Patricio.

—Augusto me dice que a la gente que estaba procurando rendirse, Flores y el secretario éste Puccio, secretario de Allende que trae el papel de Allende, llevarlos en un avión para que salgan del país. Me pidió que te consultara a ti.

“No creo que, de acuerdo con los asesores que tengo aquí, que no es conveniente sacarlos del país, sino que sencillamente tenerlos presos y posteriormente se decidirá”.

—Patricio, yo soy de opinión de sacarlo (a Allende) del país. Yo prefiero sacarlo del país cuanto antes a objeto de evitar problemas que puedan derivarse posteriormente.

“Yo tengo un DC6 en Cerrillos, a las órdenes de él, siempre que no me salga del continente sudamericano, o a lo sumo podría llegar hasta México”.

“Yo creo que lo mejor es mandarlo cambiar fuera del país. Salvo que ustedes estimen lo contrario. Yo me someto a la opinión de la mayoría”.

—Pinochet, Augusto Pinochet, es de la misma opinión, de sacarlos del país.

“Entiendo que esto sería extensivo a la gente que está con él, vale decir a Flores, a Puccio y a algunos otros que lo pueden acompañar”.

—Yo soy de opinión de que Puccio, muy bien, y otros ministros, muy bien. Pero el señor Fernando Flores, Vuskovic, Altamirano y todos esos carajos como Faivovich, éstos no suben al avión.

—Conforme. Entonces, los tomamos presos y ahí distribuiríamos cuál va en el avión y cuál no.

—Eso es correcto.

Pinochet volvió a terciar. Quería saber qué se había resuelto y conversado:

—Aló, Patricio, ¿qué es lo que dijo Leigh?

—Leigh dijo que él concuerda con tu opinión de sacar a Allende, a su secretario y... Pero en ningún caso que salgan Flores, ni Vuskovic, ni Altamirano.

—Yo creo que Flores... dejémoslo aquí dentro para juzgarlo. Altamirano, para juzgarlo.

—¿Y cuáles quedan presos acá? —interrumpió Carvajal.

—Vuskovic, también —prosiguió señalando Pinochet—, porque a ése hay que juzgarlo porque es un carajo que cagó al país.

“El señor Allende y el otro, el señor Puccio, hay que tirarlos... (y sus palabras resultaron ininteligibles). ¿Vienen con algún mensaje? ¿Ya se rindió Allende? ¿Cómo es la cosa? Aló, Patricio, ¿se rindió ya?”

—El secretario Puccio dice que él va a salir con Flores y otra persona con una carta de Allende. Entonces, general, si es que se produce, no hay otra que se rindan incondicionalmente. Se les va a tomar presos entonces.

—Conforme, pero ten cuidado con las famosas cartas del señor Allende, porque este gallo está jugando y juega y sigue muñequando.

—Se les deja presos —repitió Carvajal.

—Está ganando tiempo. Guárdate la carta y títalo al tiro al avión.

—Conforme.

—Cuando vaya volando leemos la carta.

Los oficiales que estaban alrededor de Pinochet y que le escuchaban, rieron.

—Conforme.

—El señor Allende está ganando tiempo porque están armando algunas poblaciones y los ha visto el helicóptero. Por esa razón está ganando tiempo.

—Conforme. Mientras tanto que sigan disparando. Hasta que no salgan con bandera blanca se les va a seguir disparando.

Carvajal buscaba una aprobación para cada orden.

—¡Dénle... (y no se escuchó bien) ...hasta el final! —gritó Pinochet, aprobando.

—Conforme. Ya las tropas están por tomarse La Moneda. Así es que, en todo caso, van a ser tomados presos dentro de poco.

Unos minutos más tarde, Carvajal informó a Pinochet que Puccio y Flores saldrían por Morandé 80. Agregó que la única condición que se les había comunicado era que se les respetaría la vida. Añadió que no se les había mencionado lo del avión.

—¿Y Allende? —preguntó Pinochet.

—Flores sugiere mantener unas condiciones decorosas para la entrega de Allende.

—¡No hay ninguna condición decorosa! —rugió Pinochet— ¡Putas, qué se ha imaginado ése! ¡La única condición es respetarle la vida!

—No hay ninguna otra condición que ésa: se le respeta la vida —repitió Carvajal, como si rezara una oración.

—¡Sin imponer condiciones decorosas!

Carvajal señaló que, bajo esa condición, el general Arellano podría enviar una patrulla a tomarles presos.

Pinochet dio su conformidad.

*

Tati e Isabel Allende, así como las otras cuatro mujeres que salieron con ellas, corrieron desde Morandé 80 hasta la esquina de la Intendencia. Isabel sintió la llovizna que caía desde el cielo gris, así como el frío.

Doblaron la esquina hacia la derecha. Iban en fila india, protegiéndose junto a las murallas de los edificios.

El periodista Jorge Argomedo, del diario *La Prensa*, que pertenecía a la Democracia Cristiana, caminaba hacia el edificio del periódico desde la esquina de Bandera. Iba al bar Roxy.

Escuchó una fuerte balacera y observó las mujeres que avanzaban. Les hizo una seña con la mano mientras se dirigía hacia ellas, indicándoles que ingresaran al diario, que estaba en un inmueble pegado a la Intendencia.

En la puerta del edificio había dos personas: uno era un archivero de La Prensa. Ellos hicieron la misma invitación que Argomedo.

El periodista había reconocido a sus colegas Verónica Ahumada y Cecilia Tormo en el grupo.

Las mujeres ingresaron al inmueble. Pero en lugar de ser conducidas hacia las oficinas de La Prensa, fueron invitadas a bajar por una escalera situada a la izquierda y que descendía hasta el subterráneo, frente a los ascensores.

Parecía el lugar más seguro ante los baleos y el inminente bombardeo.

Cuando estaban allí, los aviones comenzaron a atacar el palacio de gobierno con los rockets.

Argomedo salió varias veces del subterráneo. Cruzó la calle y, protegido tras un buzón situado junto al Correo, observó las pasadas de los Hawker Hunter y los impactos en La Moneda.

Verónica Ahumada y Cecilia Tormo habían roto en pedacitos sus credenciales de la Presidencia. En la planta baja había unos grandes ceniceros que se colocaban en el suelo, junto a los ascensores, llenos de piedrecillas. Ocultaron los trozos de cartón bajo los guijarros.

Impresionada por el bombardeo y la balacera, Cecilia comentó:

—Están yendo con todo.

Estuvieron más de una hora en el subterráneo.

Argomedeo salió con ellas y las condujo en fila india. Se deslizaron hacia calle Ahumada. Allí observaron un pequeño hotel: el Albión. Entraron. Las Allende preguntaron si había habitaciones disponibles. Les respondieron afirmativamente. Una radio estaba encendida. El locutor de la cadena de las Fuerzas Armadas informó del bombardeo de la residencia de Tomás Moro. Las hermanas Allende recordaron a su madre, que estaba allí. Se miraron y comenzaron a llorar.

La actitud de los encargados del hotel cambió. Les señalaron que no había piezas desocupadas. Las miraban con impaciencia manifiesta, instándolas a irse.

Salieron de nuevo a la calle. Decidieron separarse. Las hermanas Allende dijeron que irían a la Embajada de Cuba. Se alejaron acompañadas de sus dos amigas: la periodista Frida Modak y Nancy Jullian.

Verónica y Cecilia se fueron caminando hasta el cerro Santa Lucía y se dirigieron hacia la radio Magallanes. En ese lugar se encontraba el periodista Jorge Andrés Richards, que era amigo de Cecilia. El, en su citroneta, las llevó a sus casas.

Cuando Verónica llegó a su hogar, horas después de haber salido de La Moneda, su padre le abrió la puerta.

Le contó que Allende había muerto. La información había sido entregada escuetamente por la cadena radial de las Fuerzas Armadas, sin ningún detalle: se había encontrado el cuerpo sin vida del gobernante en La Moneda.

Se enteró que estaba requerida por el bando 19. Figuraba en el primer lugar de la nómina de las personas que debían presentarse en el Ministerio de Defensa.

Poco más tarde, carabineros de la 13 Comisaría de la plaza de Los Guindos llegaron a buscarla.

El padre de Verónica era fiscal de la Caja de Previsión de Carabineros. Había ingresado a la institución gracias a una gestión de Allende. Fue a buscar sus credenciales y las exhibió a los uniformados. Les señaló que él llevaría a su hija al recinto policial.

Los carabineros vacilaron y luego aceptaron. Partieron de regreso a su unidad.

Verónica llegó a la Comisaría poco después, acompañada de su padre. Ya se encontraban en el recinto otras personas buscadas por el mismo bando. Tenían la mirada un poco vacía, intuyendo las largas esperas, las horas en blanco y la peligrosa incertidumbre que les aguardaban.

Mientras Verónica esperaba, ingresó una muchacha de piel morena, delgada, atractiva, de pelo largo: era Cecilia Tormo. También estaba requerida.

Tras un largo rato, varios detenidos, entre ellos Verónica y Cecilia, fueron conducidos al Ministerio de Defensa.

A ambas las llevaron al subterráneo, a un sitio en que había una gran cantidad de verdura almacenada. Los soldados las trataron correctamente, mejor de lo que ellas esperaban.

*

Beatriz e Isabel Allende lograron hacer detenerse a un auto junto al cerro Santa Lucía. Habían hecho dedo.

El vehículo iba hacia el barrio alto.

Cuando llegaron a plaza Italia, observaron soldados con sus armas en ristre y personas con las manos sobre la nuca. Los uniformados pedían documentos de identificación a transeúntes y automovilistas.

Tati comenzó a experimentar contracciones. Isabel explicó a los soldados que se habían acercado, que su hermana tenía un embarazo de siete meses. Los militares observaron a Beatriz. Pidieron documentos sólo al conductor.

A poca distancia, en Providencia esquina de Seminario, las hermanas indicaron al automovilista que se detuviera. Bajaron y le dieron las gracias. Se dirigieron a casa de un amigo que vivía en ese sector.

De inmediato recibieron acogida.

*

El cuerpo delgado y largo de Carlos Altamirano era como una antena: percibía el odio de los militares y el peligro que corría. El senador intuía perfectamente el ansia de los uniformados por capturarlo.

Se encontraba en una casa situada en San Miguel y próxima al Parque Cousiño, junto a Adonis Sepúlveda, senador y subsecretario del Partido Socialista, y Hernán del Canto.

Observó a través de las ventanas los helicópteros que volaban en grandes círculos y que bajaban a poca altura, para mirar los detalles de lo que ocurría. Se escuchaba el ruido de disparos.

Dentro de la dispersión acordada para diversos miembros del Comité Central del Partido Socialista a fin de esperar algún vuelco de los acontecimientos que frenara la derrota progresiva, Altamirano y sus acompañantes habían recalado en esa vivienda. La casa tenía, por su ubicación, hasta un sentido estratégico. Al menos, así lo veían los socialistas:

—Se suponía que en ese sector del Parque Cousiño podía haber una mayor posibilidad de resistencia popular —señala Altamirano, evocando esos momentos— y mayor organización para la resistencia; y había proximidad a algunas unidades militares que, muy teóricamente, pudieran presentar problemas para obedecer las órdenes de Pinochet.

Siguieron comunicándose por teléfono con grandes precauciones, hablando en clave. Contactaron al senador Erich Schnake, que se encontraba en radio Corporación, perteneciente al Partido Socialista.

Una de las personas con las que hablaron les informó que era falso que unidades de San Felipe estuvieran desplazándose hacia Santiago para defender al gobierno.

Notas

¹ Denominación peyorativa de los adherentes a la Unidad Popular.

² Poco después del bombardeo del palacio de gobierno, tuvo lugar el ataque aéreo a la residencia presidencial de Tomás Moro. El ataque lo efectuaron aviones Hawker Hunter de la Fach. Durante éste, un helicóptero permaneció suspendido en el aire sobre la casa, para facilitar la ubicación de ésta a los pilotos que lanzaban los rockets.

MUERTE

Cuando Puccio, Daniel Vergara y Flores bajaban por la escalera de Morandé 80 desde el segundo piso, se escuchó un grito del periodista Carlos Jorquera:

—¡Se mató el *Perro* Olivares! ¡Se mató el *Perro*!

Le dio un acceso histérico de llanto.

Había encontrado a Olivares moribundo en el comedor del personal del primer piso, cuyas ventanas daban a Morandé. Era una pieza embaldosada. Jorquera iba con una máscara antigases puesta sobre su rostro. Observó que una de las ventanas estaba entreabierta.

Miró al *Perro*. Los gritos se le ahogaban. Gritaba como un buzo en el fondo del océano. Se despojó de la máscara. Salió a pedir auxilio.

Por la mañana, ambos habían protagonizado una escena aislada, aparte del resto. Olivares había sacado del despacho de Allende a Jorquera. Este tenía una metralleta en las manos. El *Perro* le había señalado:

—Hermano: yo voy a guardar la última bala. Va a ser para ti siempre que la última tuya sea para mí.

Jorquera asintió ante la propuesta.

Seguía gritando. Los doctores Arroyo y Guijón llegaron hasta la habitación en que se encontraba Olivares. Segundos después, ingresó Jirón.

El *Perro* estaba sentado en un silla con brazos de madera, inclinado hacia un lado. En el suelo había una pistola. Olivares tenía una herida de bala en la sien, con orificio de salida, según pudieron apreciar a simple vista los facultativos.

No estaba muerto aún. Lo tendieron en el suelo.

Jirón se puso en cuclillas. Le levantó la cabeza al herido. La sangre le empapó la camisa, en el bajo vientre. Observó las pupilas dilatadas de Olivares.

Intentaron hacerle respiración artificial. A los pocos segundos, el *Perro* expiró.

Jirón subió al segundo piso. Fue a enterar a Allende de la muerte del periodista. Le dio cuenta del tipo de disparo.

Allende tenía una cara de piedra. ¿Qué sentía en ese instante de hecatombe? Había vivido cien años en un solo día. Señaló que había que rendir un homenaje al *Perro* con un minuto de silencio. Todos permanecieron rígidos.

Jorquera estaba choqueado. Olivares había sido para él, siempre, más que un amigo o un camarada: un hermano.

Y cuando recuerda esos instantes, aún como exiliado, trece años después, en un hotel de Caracas, llevado al tema por una pregunta, se paraliza, debe dejar el vaso de whisky sobre la mesita y excusarse para ir al baño. Más bien ha ido a reponerse. Vuelve después de algunos minutos, pero habla lentamente, para controlarse a sí mismo, para que ningún borbotón de palabras posibilite la ruptura de su dique interior. Va soltando las frases una a una, gota a gota.

*

Los disparos seguían fuera de La Moneda.

El Presidente Allende hizo a Osvaldo Puccio un gesto de buena suerte desde lo alto de la escalera: el pulgar de la mano derecha hacia arriba y los demás dedos empuñados.

Cuando el grupo asomó cautelosamente la bandera blanca por la puerta de Morandé 80, instantes después de enterarse del suicidio de Olivares, el trapo se estremeció: dos impactos de bala lo hicieron agitarse.

Puccio regresó y tomó un teléfono para comunicarse nuevamente con el general Baeza e informarle que el tiroteo seguía, y que, en esas condiciones, era imposible salir del edificio.

Baeza señaló que enviaría un carro blindado.

Poco después llegó el vehículo. Tenía neumáticos en el tren delantero y orugas en la parte posterior. Vergara fue el primero en avanzar. Lo hizo erguido, con amarga dignidad, hoscamente, como si estuviera caminando entre filas de soldados hostiles y no en medio de estampidos. Ni siquiera se agachó.

Subieron en la parte trasera del blindado, que era descubierta, entre soldados que miraban de pie hacia los edificios, con sus fusiles apuntados para responder a los francotiradores. Puccio había llevado a su hijo con él.

El vehículo rodó por Morandé, Moneda, y luego cruzó la Ala meda por Bandera.

Los hicieron bajar del blindado. Les condujeron donde el general Sergio Nuño. Este le dijo a Puccio:

—Cuando pase todo esto te mando el cabro a tu casa en auto.

Pero eso no se iba a cumplir. El muchacho quedó detenido. Un oficial joven lo decidiría, señalando que era un mirista peligroso. Su padre quedó sorprendido al verlo llegar luego, custodiado por soldados, al subterráneo en que él se encontraba prisionero en el Ministerio.

*

El doctor Arroyo observaba el cuerpo de Olivares.

Le había notado una depresión agudizada en el último tiempo. El *Perro* percibía la situación como un embudo que comenzaba a chuparlos a todos hacia la desgracia final. De sus conversaciones se desprendía el pesimismo.

El inspector Seoane se cruzó con el doctor Oscar Soto. Le preguntó si era cierto que Olivares estaba herido, como le acababan de decir.

—No. Está muerto. Se pegó un balazo —dijo lacónicamente el médico.

Comenzó a sonar el citófono. Alguien fue en busca de Seoane.

El inspector se dirigió hacia el aparato, a atender.

Al otro lado de la línea había un detective que él conocía. Le llamaba desde la Dirección General. El policía le preguntó:

—¿Es cierto que el Presidente murió?

—No, el Presidente está aquí. Yo lo veo por aquí.

—Oye, el prefecto inspector señor Carrasco quiere hablar contigo.

Carrasco era el tercer hombre de Investigaciones. Estaba al lado del detective, aguardando. Cogió la bocina:

—Juan, dígame una cosa: el Presidente, ¿está bien?

—Sí, está bien, lo acabo de ver.

—Quiero que le informe de la situación. No hay nada que pueda hacer. Este es un golpe militar absolutamente bien preparado y triunfante.

Le preguntó por los demás funcionarios de la policía que formaban parte de su grupo. Seoane le indicó que se encontraban bien.

Carrasco, a su vez, le entregó una información:

—Del Servicio de Investigaciones se fueron el director general y el subdirector. Yo estoy a cargo por ser el funcionario más antiguo y por una instrucción del Ministerio de Defensa y de la Junta Militar.

“Dígale al Presidente que yo puedo conseguirle una tregua para que se entregue”.

Carrasco quedó de volver a llamar luego. Se despidieron. Seoane fue en busca de Allende.

El Presidente estaba en el corredor que separaba el Salón Rojo del Salón Independencia. Lo acompañaban varias personas, entre ellas el *Coco* Paredes.

Había una semipenumbra en el lugar. Las luces estaban cortadas. El humo espesaba el aire. Era producto del bombardeo y del incendio. Más allá de Allende y sus acompañantes, se divisaban otras figuras.

Seoane habló con Paredes y le dio cuenta del mensaje. El *Coco* se acercó al Presidente y le comunicó lo indicado por el inspector.

Por la mañana, Paredes había esperado ayuda. Estaba resuelto; se veía físicamente irreductible y pleno de fuerza.

Según su visión, los obreros y los trabajadores de los cordones industriales iban a reaccionar; iban a ayudar a su gobierno. Confiaba en un movimiento masivo hacia La Moneda, en que el pueblo se trabaría en combate o se interpondría ante el avance de las tropas.

Pero a esas alturas, en medio del desastre y el incendio declarado, las posibilidades le parecían muertas.

—Doctor —señaló a Allende— creo que a esta hora ya no puede venir nadie. Estamos solos.

Paredes y Allende permanecieron conversando. Casi no se movían. Intercambiaban frases descarnadas, sólo la esencia de la verdad, según le pareció a Seoane. Luego, el *Coco* indicó al policía que mantuviera la comunicación con Carrasco pendiente. Que no la perdiera.

El inspector ordenó a un detective que se quedase junto al citófono, para tomar inmediatamente la llamada del prefecto inspector si volvía a producirse.

Antes que el Presidente tuviese ninguna respuesta definitiva, el aparato volvió a sonar. Seoane se acercó al citófono luego que le fueron a buscar.

—Dígale al Presidente que ya hablé con los militares —anunció Carrasco—. Ellos dicen que pueden salir siempre que salgan de a uno y con una bandera blanca.

El policía regresó donde Allende y Paredes. Informó al Presidente acerca de lo que Carrasco le había señalado.

El Presidente mostró, instintivamente, una reacción de rechazo ante la idea de capitular. Le parecía muy difícil admitirla. Luego, como si lo hubiera pensado mejor, dijo:

—¡Ya! Vamos a salir.

En la semioscuridad, no se apreciaban bien los detalles del rostro del gobernante, sino simplemente el dibujo grueso del casco y de su cabeza que asomaba bajo esa protección de acero.

Un par de personas comenzaron a buscar algún objeto que sirviera de asta para la bandera de rendición. Encontraron un palo de coligüe. Necesitaban un paño blanco.

El doctor Guijón estaba esperando en cuclillas, junto a otros médicos. Tenía cruzado en bandolera un estuche con una correa en el que portaba una mascarilla antigás que le habían entregado, y que exhibía la leyenda “US Army”.

Llevaba su delantal blanco encima. Como todos los médicos, se lo había colocado por la mañana a manera de prevención, para ser identificado como miembro del personal sanitario y no un combatiente.

Se levantó, se despojó de la correa con el estuche y la depositó en el suelo. Se sacó el delantal y lo pasó para que fuera colocado como bandera de rendición.

Allende señaló que la *Payita* debía salir primero, junto a la secretaria del Ministerio del Interior y que él lo haría al final. Hizo formar una fila que bajaría hacia Morandé 80. Advirtió que nadie debía llevar encima papeles comprometedores.

La gente comenzó a bajar por la escalera de caracol. El detective David Garrido, acompañado por otros dos policías, abrió la puerta de Morandé 80. Varios balazos dieron en la hoja de madera. La cerraron inmediatamente.

Cuando el doctor Oscar Soto pasaba frente a un ventanal, dispararon una ráfaga desde fuera. El médico se arrojó al suelo.

Garrido y sus colegas habían sentido cómo el instinto de conservación se agitaba dentro de ellos. Subieron trabajosamente la escalera, abriéndose paso, y se situaron al final de la cola.

La hilera de gente avanzó. La evacuación había comenzado.

*

Carvajal se comunicó con Pinochet desde su puesto en el Ministerio de Defensa. Tenía novedades.

—Augusto, aquí están actualmente Flores con Puccio y con Barnabás¹ Vergara.

“El secretario del Presidente trae tres condiciones de Allende, pero yo le dije que eran inaceptables ya.

“Pero lo que aquí todos los auditores y asesores han recomendado mucho —insistió Carvajal— es que sería conveniente pensar más antes de darle la oportunidad a Allende para que salga del país.

“Porque se dice, se teme, de que este hombre se va a pasear por todos los países socialistas desprestigiándonos a nosotros. Así que sería más conveniente dejarlo aquí”.

—Ya nos ha desprestigiado una brutalidad este campeón, qué nos va a seguir desprestigiando. Sigue, no más. Son socialistas; en otras partes no lo van a recibir.

—Son las peticiones...

—Patricio, ¿me oyes? No se les puede aceptar ninguna cosa. Hay que tirarlo para afuera no más. Es más problemático tenerlo acá dentro...

—Entonces vamos a proceder a detenerlo, con la condición de que se le respetaría la vida y se le dejaría salir en el avión a él y su familia.

—Conforme, conforme, eso es lo que quiero.

—¿Lo puede acompañar el señor Puccio?

—Conforme. Oye, ¿y los otros dos señores que están ahí? ¿Cuáles son? ¿Barnabás, Flores y otro más?

—Barnabás y Flores están aquí.

—A esos dos, déjalos presos.

*

Pocos minutos después de que Carvajal le informase sobre la detención del grupo de negociadores, Pinochet llamó otra vez. Su voluntad estaba insatisfecha. Seguía penándole la suerte de Allende.

—Patricio, mira, mientras más luego, mejor: que se vaya el Presidente con todos los gallos que quieran acompañarlo a él.

—En estos momentos me avisaron por teléfono de La Moneda que cesaron el fuego, que se rinden sin condiciones.

—Conforme. De La Moneda al avión.

—Ha ido una patrulla militar a detener a la gente que se rinde.

—De La Moneda al avión —repitió Pinochet.

—Conforme, pero el avión sería para él y su familia exclusivamente y nadie más.

—Conforme, nadie más. Ningún GAP, no vayan a meter un GAP ahí. Hay que agarrarlos a todos.

—Conforme.

—Que lo lleven (a Allende) escoltadito, porque lo pueden quitar.

*

Como otros ocupantes del palacio de gobierno, el doctor Patricio Guijón caminaba por el corredor del segundo piso para entregarse a los militares. Los primeros en la fila ya habían llegado a la planta baja, tras la lenta y dificultosa bajada por la escalera de caracol.

Allende iba en dirección contraria al avance de la hilera, dando la mano a todos.

—Ya, compañero, hay que rendirse. Bote las armas —decía.

Y les agradecía su presencia y su solidaridad para con él y el gobierno.

A esa misma hora, la cadena radial de las Fuerzas Armadas entregaba un comunicado:

—El señor Allende ha dado a conocer su intención de rendirse y pide para ello cinco minutos de cese del fuego.

“Esta condición es imposible, porque no termina la acción de fuego de personas ubicadas en edificios colindantes a La Moneda”.

Tras repetir el texto, el oficial que hablaba señaló que habría nuevas informaciones “en breves minutos más”.

El movimiento de la fila en el interior del palacio proseguía.

Frente a la puerta del Salón Independencia, había un grupo de cuatro personas: los últimos. Se encontraban allí el intendente de palacio, Enrique Huerta, el detective David Garrido y otros dos policías.

Habían estado alternativamente de pie y en cuclillas, para escapar un poco del humo, pasándose una máscara antigás.

El Presidente les dio la mano, lo mismo que a los demás.

En ese momento, el doctor Guijón, próximo ya a la escalera y a la intensidad de la luz de las ventanas, se dijo: “Esta es la primera vez que he estado en una guerra. Cómo no voy a llevar un recuerdo a los chiquillos”.

Decidió recuperar la máscara que había dejado en el suelo.

Se devolvió.

Allende ingresó en el Salón Independencia.

Todas las puertas del corredor estaban cerradas. Guijón, cuando se acercaba al lugar en que suponía que estaba el artefacto antigás, observó el hueco iluminado de una puerta que, hasta pocos momentos antes, había estado cerrada.

El grupo que estaba frente a la puerta creyó escuchar un grito:

—¡Allende no se rinde, milicos...! —y el Presidente agregó un insulto.

Después imaginarían que lo había dicho mirando por la ventana hacia Morandé.

Guijón se asomó.

Vio a Allende. Escuchó las detonaciones. Creyó que el Presidente se disparaba en el momento de sentarse. Pero lo que en realidad había visto — lo pensó después— era el alzamiento del cuerpo provocado por los proyectiles.

Allende estaba sin casco. El cráneo le voló. Se hallaba sentado frente a la puerta desde la que Guijón le observaba.

El médico se acercó e hizo un gesto absurdo: le tomó el pulso.

El Presidente carecía de cráneo de las cejas hacia arriba. La masa encefálica había volado.

Le pareció, vagamente, escuchar que alguien gritaba desde la puerta:

—¡Murió el Presidente!

El grupo que estaba fuera se había asomado, mirando el cadáver. Enrique Huerta exclamó, estranguladamente:

—¡Viva Allende!

Miró a los detectives:

—¡Quedémonos! ¡Resistamos aquí! —exclamó.

Pero no había nadie más que ellos. Los demás habían bajado. Parecía absurdo seguir allí.

No lo hicieron. Sólo corrieron la voz de lo que había sucedido.

Guijón se quedó al lado del cadáver, que conservaba el fusil ametralladora entre las piernas.

Pasaron los minutos. El médico estaba sentado en un pequeño piso. Se corrió más cerca del cadáver, porque a su espalda había una ventana y fuera se escuchaban los balazos. Temió la irrupción de balas perdidas.

Tenía el aspecto de un doliente. Parecía estar velando el cuerpo de Allende.

Miró hacia la oficina de Osvaldo Puccio. Esa habitación tenía abiertas sus dos puertas, que estaban en línea, enfrentadas. Una de ellas comunicaba con las escaleras.

Guijón pensó que si los militares entraban, lo harían desde ese costado. Si le observaban tan cerca del arma de Allende, dispararían al menor movimiento suyo.

Cogió el arma y la puso más apartada, hacia la derecha del cadáver del Presidente. Ni siquiera pensó que podía haber impreso sus huellas dactilares en el fusil ametralladora.

*

Casi frente al Club de La Unión, tras haber abandonado el Ministerio de Defensa, el general Javier Palacios y quienes le acompañaban cruzaron la Alameda.

Tomaron por Bandera hacia la esquina con Moneda, y por allí siguieron hacia el sur, hacia el palacio de gobierno.

Avanzaba rápida y cautelosamente. Se introdujeron en la Intendencia.

Subieron al segundo piso, donde estaba el despacho del intendente. En el edificio sólo se veía carabineros, algunos empleados de civil y efectivos militares. Estos pertenecían al regimiento Buin, según se informó al general.

Más allá, La Moneda se consumía en la parte alta de su frontis.

Palacios observó a través de la ventana el fuego de la sede presidencial.

Veía ascender el humo mezclado con llamas. Pensó que el edificio se iba a quemar y que quizá él no podría ingresar en su interior, en busca de Allende, como le habían ordenado.

La inquietud comenzó a comerlo. Tenía la instrucción grabada en su mente. “Tengo que entrar”, se dijo. La orden era un aviso luminoso que se le encendía insistentemente.

A través de las informaciones de las radios, estaba perfectamente enterado de la resistencia de Allende a entregarse.

Se dio cuenta de que desde el Ministerio de Obras Públicas, situado a la izquierda de la Intendencia y fuera de su campo de visión, brotaban disparos. Eso impedía a los soldados acercarse a la puerta de Morandé 80.

Comprendió que esa entrada era el lugar más adecuado de acceso para las tropas. El fuego que afectaba el sector del Ministerio del Interior, junto al pórtico principal del edificio, hacía impracticable la posibilidad de filtrarse o forzar el ingreso por allí.

Un tanque avanzó por Morandé. Asomó un oficial y comenzó a disparar hacia lo alto, en dirección a las ventanas y la azotea del Ministerio de Obras Públicas. Palacios veía al joven oficial manejando la ametralladora, asomado por sobre la torreta.

Mientras Palacios miraba y escuchaba confusamente las noticias radiales, uno de los que observaban gritó:

—¡Se están rindiendo!

Palacios se asomó otra vez a la ventana, fijando su vista en la puerta de Morandé 80.

Había aparecido una bandera blanca: un palo con un trozo de tela. Comenzaron a asomar algunos ocupantes de La Moneda.

Palacios y sus hombres bajaron y salieron de la Intendencia. Cuando caminaban por Morandé, hacia el flanco abierto del palacio de gobierno, ya estaban pegados a esa puerta algunos conscriptos. Otros ingresaban a la carrera, fusil en ristre, semi inclinados, para hacer salir a los que se estaban entregando.

*

Luego que la bandera asomó por Morandé 80, la fila de unas 40 ó 50 personas que se entregaban comenzó a salir.

En la parte superior de la escalera, el inspector Seoane escuchó decir en voz baja y emocionada a uno de los médicos:

—¡El doctor acaba de morir!

El inspector experimentó algo terrible: una pérdida de orientación. Se sentía protegido y conducido por Allende. Era como haber perdido un padre. Para

él, ese líder le daba la impresión de un ser inmortal e invulnerable, más allá del bien y del mal.

Alguien dijo:

—Hagamos un último homenaje a Allende.

Comenzaron a entonar la Canción Nacional. Uno de los presentes exclamó:

—¡Viva Allende, Allende no morirá nunca!

El grupo, cuando asomó en la cima de la escalera para bajar, observó la presencia de soldados. Los uniformados ya estaban dentro. Trataban de sacar y mover la gente a culatazos. Apuntaban hacia arriba a la gente que descendía y ordenaban, urgiéndoles:

—¡Bajen! ¡Bajen!

Se sentían en peligro. Querían anular o eliminar a todo adversario potencial.

Seoane observó la presencia de un oficial rubio. Tenía una herida en el cuello. Un apósito de primeros auxilios que le habían colocado estaba enrojecido por la sangre.

Cuando llegó a la planta baja, el policía fue absorbido en la vorágine de golpes. Los conscriptos querían molerles el cuerpo a culatazos. Gritaban blasfemias e improperios, ansiosos de reducirlos. Quienes se estaban rindiendo eran sus enemigos: seres pérfidos, enemigos de la patria.

Los hicieron salir. Los pusieron de pie contra la muralla de La Moneda.

*

Junto a la puerta del jardín, en la acera, entre él y el auto estacionado en la calle, había un grupo de personas.

Percibió, a simple vista, su actitud hostil. Le miraban: esperaban mientras se aproximaba a ellos, prontos a romper en algún movimiento en contra suya.

Vicente Garcés, dubitativo, con el anhelo de perder su contorno físico, intentando hacer como si quienes le aguardaban no existieran, trató de pasar entre el grupo. En la mano, llevaba una bolsa que había llenado con ropa, un receptor de radio y su documentación personal.

Había escuchado las explosiones del bombardeo de La Moneda cuando iba en Plaza Italia, en su trayecto desde la fundición Libertad hasta su casa.

Al llegar a la vivienda, estacionó su Fiat 600 y entró a buscar lo que necesitaba. Anhelaba estar junto a Dolores, refugiado con ella en ese departamento cálido que le entregaba una sensación de seguridad.

Pero el grupo le estaba impidiendo alcanzar su auto. Garcés sintió sobre sí el aliento de la animadversión y la desconfianza.

—Este es un extranjero peligroso —dijo alguien, abruptamente, iniciando las amenazas.

—¿A qué viniste aquí? ¿Qué llevas en la bolsa?

—A ver, ¿a dónde vas?

Eran diez o quince.

Uno de ellos sacó una pistola de entre sus ropas. Esgrimiéndola y apuntándola sobre Garcés, señaló:

—¡Vamos a entregarlo a los militares! ¡Llémoslo!

—Yo me voy —dijo Garcés—. Déjenme subir al coche. Déjenme tranquilo.

Hablaba musitando, sin desafíos. No quería llegar a una postura de choque abierto con los otros. En tal caso, no habría tenido salvación.

—No —dijo uno de los del grupo—. Usted no se va. Usted se queda aquí, con nosotros. Lo vamos a entregar a los militares.

Garcés no sabía quiénes eran. Pensó que se trataba de vecinos. Seguramente sabían de su hermano Joan, o de él mismo.

Uno de quienes le rodeaban dijo enérgicamente, con el tono de quien dispone de autoridad:

—¡Yo me lo llevo y lo entrego!

Garcés no se fijó bien en su cara. Estaba en una confusión, perdido, sin capacidad de distinguir individuos en ese grupo ni de determinar la mejor forma de salir de la situación en la que estaba envuelto.

—Venga —le dijo el otro—. Súbase a mi auto.

Parecía absurdo, inconstitucional, que alguien se lo estuviera llevando como si fuera un niño y que le diera órdenes. Pero Garcés trepó al vehículo. Se sentó y se quedó allí, mirando al frente. La ley de gravedad, o algo parecido, lo aplastaba y lo clavaba en el asiento.

El otro puso el auto en marcha y arrancó. Ambos iban en silencio.

Cuando habían avanzado unas tres cuadras, el conductor le miró de reojo y le indicó:

—Yo soy un vecino. Dígame dónde quiere que lo lleve.

El tono era amistoso. Garcés le miró. ¡Qué diablos! ¿Acaso se trataba de una trampa? Esa idea le atropelló la mente.

Vacilaba.

—Lléveme al Parque Forestal —le pidió.

El conductor giró el auto, cruzó el canal San Carlos, hacia el poniente, y se dirigió hacia el centro de la ciudad.

Mientras el vehículo avanzaba, Garcés iba pensando que el otro podía tener el propósito de transportarle hacia un lugar distinto, y no a donde él le había pedido.

El auto siguió y entró, finalmente, en el sector del Parque Forestal. Garcés pidió al conductor que se detuviera cuando iban a la altura del Museo de

Bellas Artes.

Bajó, con su bolso en la mano, le dio las gracias, y echó a caminar.

Observó, mirando hacia atrás, cómo el vehículo se alejaba. Sólo entonces, resuelto, con mucha rapidez, cruzó en diagonal sobre el pasto y bajo los árboles, atravesó la calle y se metió por calle Miraflores.

Volvió a dar una mirada hacia sus espaldas. Ya no veía el vehículo por los alrededores.

En Miraflores, había muy pocos transeúntes. Garcés iba con paso rápido, intentando llegar cuanto antes donde Dolores.

Desde el portal de un edificio salió una figura uniformada que le cerró el paso. Se sintió paralizado. Era un carabinero. El policía le miraba con desconfianza, midiéndole, evaluándole.

—¿Dónde va usted? Identifíquese.

Observaba la bolsa.

—Voy a entregarle mi pasaporte —le anunció Garcés—. Soy español.

Metió cuidadosamente la mano en el bolso y sacó el documento. Se lo pasó al carabinero.

Este, con el pasaporte en la mano, se dio vuelta hacia el portal, inquisitivamente, esperando alguna orden.

Otro uniformado salió desde las sombras. Era un oficial. El carabinero le pasó el documento. Conversaron algunas palabras. El oficial hojeó la identificación.

Se dio vuelta hacia Garcés. Comenzó a formularle preguntas: quién era, hacia dónde iba, qué estaba haciendo en ese sitio.

Garcés le respondió que trabajaba en el Ministerio de Agricultura, y que se dirigía a casa de unos amigos.

Mientras hablaba, se preguntaba si de veras estaría convenciendo al policía.

El oficial comenzó a interrogarle acerca de sus actividades. A Garcés le pareció imposible determinar hacia dónde iba el otro con sus preguntas, y cuáles eran sus propósitos.

—¿Usted es de la ETA? —preguntó el oficial.

Sonaba como una interrogante ingenua y, al mismo tiempo, amenazante.

—No, yo no tengo nada que ver con eso. Entre otras cosas, yo soy valenciano, y ése es un grupo vasco.

—¿Y por qué vino usted a Chile?

—Vine a trabajar en mi profesión.

—¿Usted sabe que los extranjeros no pueden estar aquí, porque han hecho puras barbaridades? ¿Acaso no lo sabe? Yo tendría que entregarlo.

Garcés sintió que estaba en un borde, bamboleándose, a punto de caer hacia uno de los dos lados: la libertad o la detención. El oficial parecía estar reprochándole haberle puesto en un problema.

Vicente asintió.

—Bueno, pues —musitó.

No sabía cómo reaccionar. Se sentía a punto de ser engullido.

El oficial lo miró con frialdad.

—Bueno, váyase —le dijo, pasándole de vuelta el pasaporte—. Pero váyase rápido.

Garcés se alejó de él a todo lo que le daban las piernas. Sentía que iba volando hacia Dolores.

Los soldados alineaban a los prisioneros con las manos en la nuca, de pie, de cara a la pared. El general Palacios les observó junto a la puerta de Morandé 80.

Un suboficial les iba contando:

—Veintiuno, veintidós, veintitrés...

Poco después, cuando todos habían salido, Palacios y sus hombres ingresaron y comenzaron a subir las escaleras.

—¡Al Salón Rojo! —indicó el general.

Estaba convencido, sin saber por qué, que Allende se encontraba en esa estancia.

El ambiente era espeso, denso por el humo. Comenzaron a lloriquear. Se había mezclado el humo del incendio con el de las bombas lacrimógenas arrojadas sobre el palacio.

El grupo avanzaba con todas las de la ley. Los oficiales y conscriptos operaban abriendo las puertas de un puntapié y barriendo las oficinas con ráfagas de disparos.

Esa era la orden.

En el gabinete de Allende, los soldados salvaron del fuego la réplica de la espada de O'Higgins.

Palacios, en medio de sus movimientos rápidos, observaba la destrucción. Le sobrevino una desazón por el daño que sufría ese patrimonio histórico.

En uno de los salones, vio cómo el fuego devoraba algunos objetos.

—¡Salven los muebles! —gritó a los oficiales que le seguían.

Abrieron la puerta de la galería de los Presidentes. Había una ruina propia de guerra: los bustos de los ex Mandatarios habían sido destrozados por el

bombardeo. Sólo los de Arturo Alessandri y Manuel Bulnes se encontraban intactos.

Avanzaron.

—Alguien nos enfrentó en el momento en que entrábamos. Escuché un grito: “El comunismo no se rinde, mierda”.

Palacios recuerda desordenadamente en el octavo piso del edificio de la Corporación de Fomento de la Producción en calle Moneda. Viene de vuelta desde EE.UU., terminado ya el trabajo que desempeñaba por cuenta de ese organismo en Nueva York.

Le han facilitado el despacho durante algún tiempo. Es una habitación con un buen mobiliario convencional. No hay secretaria.

Parece oficina de tapadera, un escenario propio de una acción teatral, destinado a dar la impresión de que se hace algo. Palacios está impecablemente vestido con un traje oscuro.

—El tipo disparó y uno de sus tiros pegó en la muralla. Rebotó en el casco del teniente Herrera, que pertenecía al regimiento Tacna, me golpeó en la mano y siguió y se le metió en el estómago a un sargento, que fue a la postre el más herido.

“Le dispararon al tipo. Yo no, porque la bala me había hecho saltar la metralleta y tuve que cogerla. Y se me acercó el teniente Armando Fernández Laríos² y me puso su pañuelo.

“El muchacho que había disparado quedó con cinco o seis balas. Quedó tendido. Yo me acerqué y le dije:

“—¿Cómo te llamas?

“—José Huenchullán. Yo soy de la Colonia Boroa, señor, y estoy hace dos meses acá.

“Yo conocía esa colonia (araucana), que está cerca de Temuco.

“—¿Y no te hai dado cuenta, huevón, en la que te metiste? Tenís una serie de balas en el cuerpo. ¿Y por qué no te rendiste?

“—Es que teníamos un acuerdo que no nos íbamos a rendir.

“Hablabu bufando, como si estuviera ahogado en sangre.

“—Mira en la que te metiste.

“Le saqué el carné de identidad. Efectivamente, se llamaba como me había dicho. Me señaló:

“—Me ofrecieron que si pertenecía a este grupo me iban a dar departamento o casa.

“—Mira lo que te dieron.

Supe que después se lo llevaron y que murió en el trayecto al hospital.”

Un oficial se acercó a Palacios.

—Mi general, en la sala Independencia, al abrirla, estaba el Presidente, y está muerto.

—¿Cómo? ¿Dónde?

El general no conocía esa estancia.

Partió casi a la carrera, acompañado de los demás oficiales.

*

Dos conscriptos habían sido los primeros en ingresar al Salón Independencia, sin sospechar siquiera lo que encontrarían.

El doctor Guijón se levantó y alzó las manos. Tenía un rostro ingenuo, de mirada simple, y una actitud exenta de intencionalidades.

Indicó a los soldados quién era el muerto.

Ambos le apuntaban con sus armas. Uno de ellos fue a avisar del hallazgo. Poco después entró el general Palacios, seguido de otros oficiales, entre ellos Fernández Larios. Se acercó al cuerpo de Allende.

El general preguntó a Guijón a quién correspondía el cadáver. El médico respondió que se trataba del Presidente.

—Que nadie toque nada acá —ordenó Palacios, en voz alta y terminante.

Preguntó a Guijón quién era y qué hacía allí. El facultativo le explicó el porqué se había devuelto cuando iba saliendo del palacio.

—En ese momento sentí los disparos —añadió, relatándole brevemente la escena que había presenciado.

—No le creo. No le creo —señaló enfáticamente Palacios, a propósito, para contradecirlo y ponerlo a prueba. Alguien lo mató.

—No, si se mató solo —insistió Guijón.

Palacios comprendió lo que podría venir luego: las dudas y las acusaciones. Era necesario preservar todos los testimonios y pruebas. Ordenó que Guijón quedase detenido.

—Especial cuidado —recomendó a los oficiales— porque es muy valiosa su declaración.

Conocía a Guijón de oídas. El tío del médico, Federico Klein, era el embajador de Allende en Alemania Federal. A Palacios le habían contado, durante su misión en la Embajada, que Guijón era casado con una médico-laboratorista muy de izquierda, mucho más que su marido.

El general observó con mayor detenimiento el cuerpo de Allende.

El Mandatario estaba en el sofá, recostado, con la cabeza inclinada hacia la derecha, algo caída hacia atrás.

Había trozos de sesos ensangrentados junto a su pierna izquierda, sobre el sofá. En el suelo, a su izquierda, yacían más restos de masa encefálica, lo mismo que en la muralla, sobre él, estampados por la trayectoria ascendente de las balas en un gobelino que representaba una escena agrícola medioeval.

Palacios examinó la muñeca izquierda del Presidente.

Una sola vez había estado personalmente con el Mandatario, en un cóctel, en la casa del entonces comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats.

En esa oportunidad, le había llamado la atención el reloj de Allende, grande y macizo. Le había parecido hermoso.

—Es el Presidente —dijo a los oficiales, tras observar la muñeca del cadáver—. Este reloj lo conozco.

Se inclinó. Recogió un par de lentes ópticos con un marco de color oscuro. Obviamente, pertenecían a Allende.

Ordenó que fueran llamados peritos a examinar el cuerpo.

Avisó por radio a la Comandancia de la Guarnición: “Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto”.

—Me criticaron después porque di la impresión de que lo habíamos muerto —señala, como si esas objeciones hubiesen sido absurdas—. Les respondí que era para ahorrar frases. ¿Cómo iba a poner que se había suicidado? No me constaba que se hubiese suicidado.

“Estuve bastantes momentos convencido de que le habían pegado un tiro. No creía, en un primer instante, que se hubiera suicidado, sino que lo habían muerto los mismos GAP, para no dejarlo rendirse. Si un conscripto

quiere matarlo, le dispara de frente y no lo prepara y le coloca el cañón en la barbilla. En La Moneda, los tiros eran de corta distancia, pero de pecho a pecho.”

*

Carvajal y sus asesores aguardaban la salida de Allende. El almirante llamó a Leigh.

—Gustavo, aquí es Patricio.

“Aquí el comando de la guarnición estima que sería conveniente, antes de que se vaya Allende, exigirle que firme su renuncia. Yo estoy de acuerdo con esa idea.

“Entre tanto, están saliendo en este momento por Morandé 80 algunas personas. Suponemos que está Allende entre ellos. Así es que por el momento los vamos a detener a todos. Y se redactaría la renuncia correspondiente. Solicito conformidad”.

—Conforme. Si voluntariamente lo hace, se allana. Para mí, ése es un detalle. Los peruanos, cuando salió Belaúnde, no lo consideraron para nada. Si él lo firma, conforme. Pero si se niega a firmarla, ¿ustedes qué van a hacer?

“Lo importante es que salga del país, a mi juicio”.

—Conforme. Vamos a procurar que firme la renuncia. Si no, posteriormente se enviaría a Cerrillos para que salga en el avión.

—Conforme, Patricio.

—Yo creo que la salida del avión no va a poder ser tan inmediatamente, si se le está dando la oportunidad que viaje con su familia. Porque en llegar Allende y juntarse con su familia, me parece que va a pasar por lo menos una hora.

—Conforme. Yo encuentro que hay que poner horas tope, horas plazo, no nos vaya a llegar la noche y tengamos dificultades.

“Yo le puedo poner un helicóptero de inmediato en la Escuela Militar para que embarque toda su gente y la lleve al aeropuerto. Pero no nos fijemos mucho: si por último nos llega la hora de la oscuridad, Allende sube solo y se queda su familia en Chile”.

—Yo creo que sería conveniente disponerlo de todos modos, porque si no, se va a demorar mucho. ¿Qué hora límite le podríamos fijar?

—Yo estimo, Patricio, que hora tope para despegar con él son las 4 de la tarde y ni un minuto más.

—Perfectamente. Así lo vamos a hacer.

*

Palacios miraba a Allende. Se dio cuenta que estaba vestido con desaliño. “Pobremente”, escribiría más tarde en su informe.

El aspecto del cadáver contrastaba con el Allende de toda la vida: elegante y preocupado de su apariencia. Le gustaban las corbatas y se fijaba en sus dibujos y colores. Por esos gustos sus enemigos y adversarios le habían llamado, sarcásticamente, *El Pije*.

Y habían contado, con una sonrisa feroz, supuestas anécdotas en esa línea: el político cambiándose de ropa colocándose prendas sencillas cuando le tocaba tratar con gente humilde; y volviendo a recuperar su habitual aspecto después. Un camaleón de los trapos, según los ataques.

Estas alusiones satíricas se repetían interminablemente en publicaciones antiizquierdistas.

Al propio Allende le gustaba hacer bromas con su inclinación por la buena ropa. Alguna vez, se había sonreído con tenidas demasiado informales de sus altos colaboradores para ocasiones solemnes.

Ese tipo de vestuario simple era consustancial al ascenso del pueblo al poder y su invasión del aparato del Estado. La Unidad Popular tenía su estética propia; y ésta no consideraba mucho la elegancia.

En una oportunidad, cuando José Antonio Viera-Gallo ingresó a una reunión que realizaba Allende en La Moneda, el Mandatario le observó con aspecto severo. Había fruncido el ceño, tras mirarlo detenidamente.

Viera-Gallo se sintió desconcertado.

—Usted, joven, está faltando el respeto al Presidente —indicó Allende, con seriedad.

Dejó pasar algunos segundos de silencio.

—Un subsecretario no puede ser más elegante que yo —concluyó el gobernante.

Todos rieron ante el rasgo humorístico.

Palacios, de pie frente al cadáver, sintió una urgencia: debía preservar el cuerpo del Presidente, sacarlo de ese edificio que se quemaba, para que fuera definitivamente identificado. Y luego habría que hacerle la autopsia, para comprobar la causa de su muerte.

Se escuchaban algunas detonaciones al interior del palacio. Los soldados seguían enfrentándose con personas que oponían resistencia y que no estaban dispuestas a rendirse. Habían caído varios defensores de La Moneda.

Según cifras que Palacios conocería más tarde, el avance de los militares al interior del edificio iba a dejar quince cadáveres.

Llegó personal del Hospital Militar.

Había un casco de acero aprisionado bajo el codo izquierdo de Allende. Y al lado izquierdo del casco, un cargador de metralleta descargado.

Las manos del cadáver estaban manchadas de gris: se encontraban impregnadas de pólvora. Era el efecto de los disparos que había efectuado. Sus colaboradores le habían visto accionar incluso una bazuca.

Palacios observó a Guijón. Entre las 30 o 40 personas que estaban abajo, en Morandé, con las manos en la nuca cuando había ingresado al edificio, había notado varios delantales blancos.

—Entiendo que en estas circunstancias, tiene que haber médicos presentes. Me llama la atención que sean tantos, pero, en fin... Usted debe tener familia, seguramente, así es que si quiere avisar a su casa use el teléfono. Diga que está bien, pero nada más.

Dio una orden estricta para que no se dejase entrar a nadie a la habitación.

El incendio le preocupaba. Instruyó a uno de sus oficiales: los bomberos debían ingresar al palacio a combatir las llamas.

Estos se encontraban preparados. Al comenzar los siniestros de La Moneda y la sede del Partido Socialista, situada en San Martín, se habían comunicado con el Ministerio de Defensa.

Los militares les habían señalado que debían aguardar una orden del Ministerio para entrar en acción. Mientras tanto, desde los techos o ventanas de sus cuarteles, impotentes, los bomberos veían ascender el humo que marcaba los lugares de tragedia.

*

Al momento de salir con las manos en alto, el doctor Arroyo había quedado al lado del intendente de Palacio, Enrique Huerta, frente a la muralla de cemento de La Moneda. Luego les hicieron apoyarse con las manos en la pared, inclinados hacia adelante.

Arroyo observó el reloj pulsera de Huerta, que quedaba casi delante de sus ojos. Eran las dos de la tarde con diez minutos.

Mientras estaban en esa posición, les registraron.

El *Coco* Paredes había quedado junto al detective Carlos Espinoza.

—Chico —le dijo al policía.

—¿Qué?

—Murió el Presidente.

—¡Chucha! Cagamos.

Los prisioneros fueron obligados a tenderse.

Quedaron de boca al suelo, pegados uno al otro, sin espacio, con las manos en la nuca y la cabeza recostada sobre alguna de sus mejillas. Eran paquetes depositados allí, que ignoraban su destino.

—¡Hirieron a mi general! ¡Hirieron a mi general! —exclamaron algunos soldados, luego de recibir la información transmitida de boca en boca sobre la herida de Palacios en una mano.

Se pusieron excitados, furiosos, con si tiraran de unas riendas. Les invadió la dureza y el deseo de castigar a los prisioneros.

*

El general Palacios bajó a Morandé. Junto a él, custodiado, descendió el doctor Guijón.

Los soldados pidieron a Palacios que observara varios autos que había en el garage de la Presidencia. Lo condujeron allí y le mostraron el contenido de las maletas: armas.

Apareció Jaime Puccio, dentista del Ejército, hermano de Osvaldo, el secretario de Allende. Iba de uniforme. Intentó calmar a los prisioneros. Luego desapareció.

Se escuchó un grito de mujer que sonó como un alarido. Era la *Payita*. Parecía sufrir un ataque histérico.

Palacios la observó, un poco desconcertado. Vio una mujer nerviosa, pálida y demacrada. Le pareció deslavada y poco atractiva.

—¿Quién es esta niña? —preguntó.

—Es la secretaria de la Presidencia —le respondió uno de los prisioneros.

—Cálmese —le dijo a la *Payita*.

Ordenó que la llevaran en ambulancia al Hospital Militar.

Fue despachada en uno de esos vehículos, el que pertenecía a la dotación de la Posta Central, y que circulaba por el lugar.

Los soldados pidieron un médico. Uno de los detenidos se sentía mal. Tenía arcadas y deseos de vomitar. En realidad, era un GAP. Estaba transpirando. Quería desaparecer debajo del pavimento, escapar. Se sentía en los umbrales del matadero.

Arroyo se levantó, respondiendo rápidamente al llamado de los uniformados. Deseaba en forma desesperada cambiar de posición, porque se sentía intolerablemente incómodo. Varios médicos se habían incorporado, al igual que él.

Se acercaron al GAP. Este señaló que experimentaba dolores de estómago. Diagnosticaron un falso mal: apendicitis aguda. Deseaban que fuera enviado a un hospital.

Ese gesto salvaría la vida a ese hombre de seguridad de Allende. Tiempo después aparecería en La Habana.

Los uniformados hicieron tenderse de nuevo a los médicos sobre el pavimento, pero junto a la puerta de Morandé 80.

Los demás prisioneros fueron pasados al frente. Se les obligó a arrojarse de nuevo al suelo y recuperar la misma posición anterior. Quedaron al lado de las murallas del Ministerio de Obras Públicas.

El doctor Jirón estaba al lado de su colega Oscar Soto en el pavimento. Murmuró:

—*Cacho*: nos van a matar.

—Quédate tranquilo, huevón, si vamos a ganar.

*

El gesto de Palacios de permitirle hablar por teléfono y la conversación sin violencia que ambos habían sostenido en el Salón Independencia, había entregado confianza a Guijón con respecto al general.

Lo tenía ahí, al alcance de la mano. Se acercó más y le habló:

—General, como usted mismo me había dicho, somos varios los médicos que estábamos en funciones sanitarias.

Palacios le miró y adivinó:

—Bueno, hágalos pararse.

Guijón se dirigió al grupo de médicos que había atendido al GAP. Les hizo un gesto para que se incorporaran.

Los otros se levantaron. Eran Patricio Arroyo, Víctor Oñate, José Quiroga y Hernán Ruiz.

Los pusieron contra la pared, pero de pie, sin una vigilancia hostigosa y violenta.

—Vamos a ver qué hacemos con los doctores —comentó Palacios.

El doctor Quiroga le hizo poco después una curación en su mano herida, con la ayuda de un botiquín de los bomberos.

Arroyo pidió permiso para fumar al general, quien se lo otorgó.

El médico observaba sostenidamente el grupo tendido al frente. Se decidió. Le indicó a Palacios que había más médicos. El militar le señaló:

—Vaya a buscarlos.

Un soldado le acompañó, con su arma dispuesta. Arroyo hizo levantarse a tres prisioneros: Oscar Soto, Arturo Jirón y Danilo Bartulín.

Inconscientemente, descartó a Enrique París y Eduardo Paredes. Quizá pensara, en los más profundos repliegues de su cerebro, que no podían pasar como médicos, sino que se les miraba desde el punto de vista de su actuación en otras funciones. Olvidó al siquiatra Jorge Klein, que se hallaba también entre los hombres que yacían boca abajo contra el cemento.

Mientras estaba de pie, se detuvo frente a él un oficial. Lo conocía desde cuando había sido médico en el regimiento Buin.

El militar le preguntó, con acento de dureza, qué estaba haciendo allí. Le censuró. Arroyo guardó silencio.

*

Los detectives Romero y Sotomayor llegaron conducidos por la misma patrulla que los había detenido en la Cancillería. El oficial a cargo se dirigió donde el general Palacios. Se cuadró y dijo:

—Mi general, dos prisioneros más del interior de La Moneda.

Romero observó de reojo al periodista Carlos Jorquera, quien venía cojeando, con rasguños que sangraban en la cara y en una mano.

Le hizo un guiño, tratando de entregarle apoyo.

Un soldado le condujo, en compañía de Sotomayor, junto al resto de los detenidos que estaban en el suelo, al lado del Ministerio. Romero, estoico y duro de pelar, se sentía satisfecho, dentro de todo: acababa de divisar a su hermano, detective como él, que también había estado en La Moneda. Se encontraba sano y salvo.

Escuchó a algunos de los conscriptos que habían ingresado a la sede gubernamental formando parte de la incursión de Palacios.

—¿Viste cómo le disparé, cómo lo hice saltar? —comentó uno de ellos.

Parecía referirse a alguien a quien había dado muerte en el interior del edificio.

*

Alrededor de las 14.30 horas, la cadena radial de las Fuerzas Armadas entregó noticias triunfales:

—Se comunica a la población que la situación en todo el territorio nacional se encuentra absolutamente controlada por las Fuerzas Armadas y Carabineros. En Santiago la situación también está bajo control, existiendo solamente algunos francotiradores apostados en edificios céntricos.

Poco después, el locutor hizo un llamado:

—Al renacer en esta primavera una nueva esperanza para la patria, expresamos nuestra petición a la ciudadanía que manifieste su adhesión a la chilenidad colocando el emblema patrio en el frontis de sus casas.

*

La ambulancia que llevaba a la *Payita* no se dirigió al hospital militar, como había instruido a sus conductores el general Palacios, sino hacia la Posta Central de la Asistencia Pública.

La flota de ambulancias de ese establecimiento iba y venía desde el centro de la ciudad. Se movía en la zona cercana a La Moneda buscando heridos. Ese recorrido obedecía a una decisión tomada por los propios trabajadores de la Posta. Los vehículos circulaban sin necesidad de que se pidiera su presencia.

La ambulancia con la secretaria del Presidente se detuvo ante el edificio del centro asistencial. Sus tripulantes condujeron a la mujer en la camilla con ruedas del vehículo hacia el interior.

Un funcionario preguntó a la recién llegada su nombre. Ella dio uno falso.

La trasladaron hasta uno de los boxes de atención, en la sección mujeres. La tendieron sobre la camilla de la pequeña habitación.

Una auxiliar de enfermería entró. Se llamaba Marta Lizama. Vio a una mujer que temblaba, sucia, con el aspecto de haberse revolcado, dominada

por una crisis nerviosa.

Marta le preparó un tranquilizante en un vaso: bromuro con valeriana. Se lo dio a beber. Debió ayudarla a sostener el receptáculo.

—Yo necesito decir algo. Necesito desahogarme... —señaló la *Payita*.

—No tenga temor. Cayó en buenas manos —dijo Marta.

Miraba a la otra con espíritu alerta y sensible. Perteneía a las filas de la izquierda.

—Soy la secretaria de Allende. Me llamo Miria Contreras. Soy la *Payita*.

La auxiliar sintió un estremecimiento.

—¡Lo único que quiero saber es de mi hijo! ¡Qué le irá a pasar! ¡Seguro que lo van a matar! ¡Cómo poder saber de él! —exclamó la *Payita*.

Marta intentó tranquilizarla. La *Payita* trató de traducir a palabras a la auxiliar todas esas imágenes que se le agolpaban en la mente, como si pudiera encerrar en dos frases todo lo ocurrido.

Marta estaba pendiente de ese ser humano que provenía del trágico palacio presidencial y que se debatía dentro de una angustiada experiencia personal y política.

Miria vestía una blusa de seda estampada en verde y negro y un pantalón negro. No tenía ni cartera ni reloj. Marta le colocó una frazada sobre el cuerpo. Hacía frío.

Por la ventana del box se veía a varios conscriptos del Ejército parapetados tras las palmeras. Disparaban hacia los edificios de la remodelación San Borja. Algunos francotiradores habían hecho fuego desde allá.

Marta preguntó a la *Payita* si tenía alguna herida. Esta indicó que sentía un fuerte dolor en la rodilla derecha.

La auxiliar dejó libre la pierna, retirando hacia un lado la frazada, y comenzó a descoserle la pernera derecha. Bajo la tela, había un gran hematoma con una erosión.

—Allende murió —dijo la *Payita*.

—¡Cómo! ¡No lo puedo creer! —exclamó Marta.

—Sí. Está muerto.

Luego gritó:

—¡No me puedo ir a mi casa! No tengo dónde irme. Si llego allá, me matan. ¡Qué voy a hacer!

Se miró las manos. Las tenía negras.

—Debo tener negra la cara...

Marta asintió.

—Es que estuve tendida en el suelo. Estaba con pólvora. Todo sucio. No traje ni cartera ni reloj. ¡Todo se me quedó en La Moneda! Mire cómo ando.

Le relató que había permanecido hasta el final con Allende.

—La voy a dejar sola poquito rato. Quédese tranquila —le señaló la auxiliar.

En ese momento, un médico ingresó al box. Miró a la *Payita*.

—¿Esta paciente ya está atendida?

—Se va —respondió Marta, para lograr que el facultativo abandonara el lugar.

El médico salió.

La auxiliar señaló a la secretaria de Allende que iría por una persona de confianza.

Salió rápidamente. Mientras caminaba, vio cruzar una camilla con un conscripto herido hacia la sección hombres. Toda la tarde había visto pasar civiles o militares sangrando, con balas en el cuerpo.

Se dirigió hacia el edificio principal de la Posta. Subió al cuarto piso e ingresó a la sección Traumatología. Iba en busca del doctor Alvaro Reyes, su compañero y, a la vez, un hombre cuyos criterios políticos tenían peso dentro de los trabajadores de la Posta.

*

El Club de Carabineros comenzó a quedar vacío alrededor de las cinco de la tarde.

El general Arturo Yovane insistió, desde el edificio Norambuena, ante el general José María Sepúlveda, quien todavía se encontraba en el Club. Le llamó para ofrecerle nuevamente un automóvil y la escolta de tanquetas.

—Conforme —dijo Sepúlveda, aceptando.

Luego, cuando volvió al grupo que quedaba, hizo un comentario:

—Confío en Arturo.

Poco después, partió a su casa en el auto resguardado por los vehículos blindados.

*

Mientras los prisioneros de La Moneda aún estaban tendidos junto al Ministerio de Obras Públicas, Carlos Jorquera sintió una dureza que se le hundía sobre su cuello. Adivinó que era el cañón de un arma.

—Llora tus penas, huevón —le dijo un soldado.

—¡Dense vuelta, conchasdesumadre, para verles la cara! —gritó alguien, casi encima de Jorquera.

El periodista y varios que estaban cerca suyo giraron sobre sí mismos como perros que fueran a defenderse.

Jorquera se sentía mal. Tenía una especie de dislocación en un hombro. Trozos de estuco de La Moneda le habían dado en la cara a raíz de algunos disparos, hiriéndole.

Había, por sobre los prisioneros, un oficial con una boina negra y anteojos. Era el que les había gritado. Se veía extraño entre todos los militares con cascos. Llevaba colgadas unas esposas al cinto.

—¡Chitas! ¡Pero si éste es Jorquera! —exclamó.

Le hizo un gesto para que se levantara.

El periodista se incorporó. Ese movimiento atrajo las bocas de los fusiles de los soldados sobre él. Tenían las caras perfectamente dispuestas para disparar.

El hombre de la boina se dirigió hacia los conscriptos. Les hizo un gesto.

—Este es Jorquera, Carlos Jorquera —les dijo—. No debe estar aquí.

—Me tomó, porque yo casi no podía tenerme en pie —señala Jorquera—. Me cruzó por calle Morandé hasta el frente, junto a La Moneda. Mientras caminábamos, me dijo: “Tan vivos que se creían los huevones, y tenían la CIA metida hasta las narices”.

—Buen momento para darnos esa noticia —comentó Jorquera, con su lenguaje impertinente y sarcástico, que no le abandonaba.

El oficial que tenía a su lado era el coronel de Aviación Rafael González Verdugo, miembro del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, SIFA.

González le dejó de pie junto al palacio presidencial, a cargo de tres soldados que le apuntaban con sus armas.

—No haga ningún movimiento —advirtió a su prisionero.

Jorquera tuvo un gesto nervioso y se pasó a llevar sus anteojos oscuros, que cayeron al suelo. Se quedó de pie, sin hacer ningún ademán para recogerlos.

Los bomberos se movían cerca suyo, entrando y saliendo de La Moneda, mientras el agua corría por el pavimento.

—¡Marxista hijo de puta! —le gritó uno de ellos, al pasar.

González, que había cruzado hasta el otro lado de la calle, regresó.

—Sígueme —ordenó escuetamente a Jorquera.

Partieron, protegidos por los soldados. Cruzaron el gran escenario maltrecho de la Alameda, y se dirigieron hacia el Ministerio de Defensa. Una vez en el lugar, González guió al pequeño grupo hacia el sótano.

Jorquera se topó con Osvaldo Puccio padre. El secretario de Allende le hizo un gesto, una seña, que indicaba un fin, un corte. El periodista entendió: el Presidente había muerto.

González quedó en un aparte con Jorquera.

—A usted lo conozco mucho por la televisión —le dijo—. Cómo iba a dejar que lo mataran. Dígame: ¿lo han allanado? ¿Lo registraron?

—Claro, varias veces.

—Bueno, yo voy a tener que allanarlo de nuevo.

Le registró. Examinó sus credenciales.

—Voy a tener que guardarlas yo.

Jorquera asintió.

González le miró como si se fuera a despedir.

—Bueno, ¿qué más puedo hacer por usted?

Jorquera percibía la buena voluntad del otro, pero no tenía claro a qué se debía. ¿Quizá a las aficiones a la televisión de ese oficial?

—Lo primero es llevarme a mear —respondió ante la pregunta.

González lo hizo. Luego le preguntó si deseaba otra cosa.

Las fosas nasales de Jorquera vibraban con las tensiones que había vivido. Su nariz se le había afilado.

—Si me consigue un par de cigarrillos, se lo agradecería mucho.

—Bah. Yo no fumo. Espere.

Salió y regresó con dos cigarrillos.

—Hasta luego —le indicó—. Buena suerte.

Pero la actitud del oficial tenía alguna raíz profunda. Porque, poco tiempo después, se asiló en la Embajada de Italia, según sabría posteriormente Jorquera.

*

Carvajal seguía al segundo los hechos de La Moneda, como un supremo examinador de lo que hacían tanto las Fuerzas Armadas como sus enemigos.

Señaló a Leigh:

—Ha salido de La Moneda una cantidad de gente, pero todavía no me han confirmado si entre ellos está Allende. Parece que no.

“Actualmente, se está disparando intensamente, porque se está reduciendo a francotiradores que hay sobre todo en el Ministerio de Obras Públicas. Así es que están actuando los helicópteros y la infantería.

“En este momento se acaba de producir un cese del fuego. Espero que ahora se pueda producir la salida de Allende”.

—Van dos helicópteros más a abatir esos edificios —informó Leigh, refiriéndose al fuego de los francotiradores. Yo voy a mandar de todas maneras el helicóptero presidencial de inmediato a la Escuela Militar. Me interesa que tú le avises a la Escuela Militar que va a llegar el helicóptero y va a esperar allí hasta las 4, hora en que el Presidente debe tomarlo.

“Si no llega a las 4, yo ese helicóptero lo retiro y el Presidente queda preso esta noche”.

Todo eso se esfumó y sonó inútil y pueril pocos minutos después. Carvajal habló simultáneamente para Leigh y Pinochet.

El general Nuño acababa de entregarle una información.

Era algo más ancho que su pecho, una dinamita que estaba escupiendo:

—Gustavo y Augusto, de Patricio.

“Hay una información del personal de la Escuela de Infantería que está dentro de La Moneda. Por la posibilidad de interferencias, la voy a transmitir en inglés: *They say that Allende committed suicide and is dead now*. Díganme si lo entienden”.

—Entendido —dijo Pinochet.

—Entendido perfectamente —señaló Leigh.

—Augusto —añadió Carvajal—. Respecto al avión para la familia, no tendría urgencia entonces esa medida. Entiendo que no tendría urgencia sacar a la familia inmediatamente.

—Que lo metan en un cajón y lo embarquen en un avión, viejo, junto con la familia —dijo Pinochet—. Que el entierro lo hagan en otra parte, en Cuba. Si no, va a haber más pelota p’al entierro. Si éste, ¡hasta para morir tuvo problemas!

—Conforme. La información ésta se va a mantener reservada.

—Patricio, el avión con el cajón y se manda a enterrar a Cuba —dijo Pinochet—. Es conveniente que consideremos que puede tener dos caminos: que lo entierremos aquí en forma discreta o lo llevemos a enterrar a Cuba o a otra parte. Quiero una respuesta inmediata.

Un rato después, desde el puesto de Pinochet, en Peñalolén, un oficial transmitió nuevas instrucciones al Ministerio de Defensa, a Carvajal.

—Por cada miembro de las Fuerzas Armadas que sea víctima de atentados a cualquier hora, en cualquier lugar, se fusilará a cinco de los prisioneros marxistas que se encuentran prisioneros.

“Que se prepare un boletín conteniendo estas ideas”.

—Perfectamente claro —dijo el almirante.

—Dice el comandante en jefe lo siguiente: es indispensable que a la brevedad posible los médicos jefes del Servicio de Sanidad del Ejército, de la Armada y de la FACH y el jefe del Servicio Médico de Carabineros, más el médico legista de Santiago, certifiquen la causa de la muerte del señor Allende, con el objeto de evitar que más adelante se nos pueda imputar por los políticos a las Fuerzas Armadas el haber sido los que provocaron su fallecimiento.

“Esto interesa que sea a la brevedad y que usted se lo comunique a las respectivas instituciones”.

*

Palacios se desplazaba por Morandé, examinando la situación o dando órdenes a sus hombres. El pañuelo con que se había cubierto la herida de su mano atraía la mirada.

Cerca suyo estaba el grupo de los médicos de Allende.

Un bombero se acercó al jefe militar. Le indicó la alta figura de Jirón. Lo identificó como ex ministro de Allende.

Palacios miró a Jirón. Luego, se aproximó a los doctores. Hizo que se les retirasen sus cédulas de identidad. Luego les señaló que podían irse.

Los médicos ya estaban enterados de que habría toque de queda más tarde. Preguntaron al general qué podían hacer para regresar con seguridad a sus casas.

—Ese es ya un asunto de ustedes —respondió Palacios, con lógica estrictamente militar.

Agregó, con un gesto:

—Usted, doctor Jirón, no puede irse. Obviamente, usted tampoco, doctor Guijón. Ustedes van a ir al Ministerio de Defensa.

Los demás fueron caminando por Morandé hacia la Alameda, desde donde siguieron hacia el barrio alto, por la vereda norte.

Luego, tras esa caminata llena de precauciones, los liberados estaban frente a la Remodelación San Borja, compuesta de altos edificios de departamentos en medio de un espacio en que comenzaba a consolidarse un parque.

Arroyo vivía en el lugar, en el piso 19 de la torre 1. Se separó del resto junto a Oscar Soto y Danilo Bartulín. Soto se quedaría con él, pues tenía su casa demasiado lejos, en La Reina. Bartulín habitaba un departamento en la torre 3.

Arroyo y Soto se despidieron de Bartulín. Subieron hasta la vivienda de los padres de Arroyo, situada en el vigésimo piso de la torre 1. El médico tocó el timbre y saludó a sus progenitores. Luego, bajó a su departamento en el piso inferior acompañado por Soto.

Escucharon radio y vieron la televisión, para recoger más informaciones. Conversaron y bebieron. Arroyo se sentía choqueado.

Volvieron a subir para comer algo con los padres de Arroyo. Bajaron otra vez. Siguieron bebiendo. Luego se fueron a dormir.

Arroyo despertó a las cuatro de la mañana y no volvió a pegar los ojos. Todos los horrores, las incertidumbres, lo que pudo ser y lo que fue le calentaban la cabeza.

*

Un vehículo blindado pasó por el jefe de Fotografía de *El Mercurio*, Juan Enrique Lira, a las oficinas del diario.

El periódico se encontraba a tres cuadras de La Moneda.

Su director, René Silva Espejo, había pedido a Lira que se preparara. Los militares habían solicitado la presencia de un fotógrafo periodístico en el palacio de gobierno, para sacar instantáneas del cadáver de Allende.

Lira, un hombre delgado y extrovertido, dijo a Silva Espejo que se haría acompañar por otro fotógrafo: Hernán Farías. Quería tener la mayor seguridad para aprovechar bien su desplazamiento a la humeante sede de gobierno. Eso era penetrar en el pique de una mina periodística, en los detalles de un acontecimiento histórico.

Cuando el vehículo del Ejército llegó, el teniente que fue por Lira estaba trémulo. Hubo que hacerlo pasar a la oficina de la gerencia general. Le convidaron un poco de whisky.

Diez minutos después, partieron hacia La Moneda.

Lira se encontró a la entrada de Morandé 80 con el general Palacios. Notó su mano vendada.

—Hola, Juan Enrique —dijo el militar.

Lira le saludó.

Se conocían. Ambos habían participado en diversos torneos deportivos.

Palacios era esgrimista, y Lira, tirador al vuelo. Habían viajado juntos a los Panamericanos de Chicago.

El periodista notó la fila de prisioneros tendidos al frente, junto al Ministerio de Obras Públicas.

Palacios le explicó el porqué le necesitaban. No había llegado aún un fotógrafo que habían solicitado. Por eso habían pedido que fuera él, para que fotografiara el cadáver del Presidente, en la postura en que había sido encontrado, y quedase claramente establecido el suicidio.

Subieron las escaleras. Farías quedó en la puerta del salón, mientras Lira y Palacios ingresaban.

Aguardaba la instrucción de Lira para sacar fotografías.

Cuando éste observaba el cuerpo de Allende, ingresaron varias personas. Un oficial señaló a Farías:

—Bien. Llegó nuestro equipo. Muchas gracias, y retírense.

—Bueno, aquí terminó tu rol —dijo Palacios a Lira.

Este preguntó al general si podía tomar otras fotos, a lo que el militar asintió.

Lira dio una última mirada a la estancia, clavando los ojos en Allende, como si quisiera aspirar el cuadro que tenía ante su vista.

Buscó un lugar desde el cual pudiera dominarse la calle y, sobre todo, la acera en que estaban los prisioneros. Entró en la oficina de Puccio. Era una habitación en la cual había muchos kárdex. Desde allí sacó varias instantáneas.

Fotografió armas que habían sido encontradas en el edificio y acumuladas en una sala junto a la entrada de Morandé 80. Farías también las había captado con su cámara.

Cuando Lira decidió partir de regreso al diario, apenas unos 20 minutos después de haber llegado, fue a hablar con Palacios. Le pidió que le enviase de vuelta en el blindado.

—Ándate a pie, no más, si no va a pasarte nada.

—No, nada de estas cositas a pie. A mí me mandas dejar.

Le añadió que había muchos disparos en el sector situado enfrente al hotel Carrera. Palacios accedió a su solicitud.

Lira instruyó a Farías que se quedara. Le señaló que él retornaba al diario, a dar cuenta a Silva Espejo de lo que había visto.

Cuando regresó a El Mercurio, luego del corto trayecto de retorno en el blindado, Silva Espejo estaba escribiendo un editorial para el día siguiente: una edición que no podría ser publicada, al igual que la de ningún otro periódico, según la orden que se recibiría más tarde.

El director le miró con su cara flemática e impenetrable.

Lira venía excitado por lo que había presenciado. Silva Espejo le escuchó y comentó, sucintamente:

—Perdí un enemigo.

*

El subinspector Julio Navarro y el inspector Pedro Espinoza, de la Brigada de Homicidios del Servicio de Investigaciones, comenzaron a desnudar el cuerpo del Presidente en el Salón Independencia, sobre la alfombra beige de la habitación.

Habían llegado a La Moneda poco antes de las cuatro y media de la tarde.

Navarro estaba ese día de turno en el cuartel de Investigaciones: de ocho de la mañana hasta la misma hora del día siguiente. Alrededor de las tres de la tarde, había recibido una instrucción del prefecto de Santiago, Julio Rada: que subiera a su oficina, en el primer piso del edificio.

Navarro se encontraba en su despacho, ubicado en el subterráneo.

Era un hombre vivaz, de unos 40 años. El prefecto Rada le miró muy directamente a los ojos cuando estuvo en su oficina:

—Vas a tener que ir a La Moneda, porque se suicidó un general.

—Bueno, ¿y cómo voy a La Moneda?

—Te va a venir a buscar un carro blindado y te va a llevar. ¿Cuál es tu equipo?

Se refería a los expertos que le acompañaban en el turno: el perito balístico, el fotógrafo y el planimetría.

Navarro le dio los nombres.

Luego, partió de vuelta a su oficina. Cuando bajaba las escaleras, se topó con el jefe de la Segunda Inspectoría de Homicidios: su gran amigo Pedro Espinoza.

—¿Qué pasa? ¿Para dónde vas? —preguntó Espinoza.

—Voy a La Moneda.

—¿Qué pasó?

—Se suicidó un general.

—¿Con quién vas?

—Con el equipo.

—Vamos los dos —dijo el otro, decididamente.

—Subamos a decirle a don Julio.

Navarro asintió.

Rada estuvo de acuerdo con la idea. Los dos policías aguardaron. Una especie de jeep cubierto pasó por ellos. En su interior, iba un uniformado

manejando. A cargo estaba un capitán. Un soldado armado completaba la tripulación.

Navarro y Espinoza subieron. El vehículo tomó hacia el oriente y dobló hacia el sur por calle Morandé.

Cuando se acercaba a la plaza de la Constitución, Navarro observó un tanque que se encontraba inmóvil a una cuadra y media de distancia. La torreta comenzó a girar y el cañón a descender y a enfocar al vehículo que se acercaba.

Navarro vio cómo la boca se aproximaba: un agujero negro que podía pulverizarlos. El inspector Espinoza tuvo la sensación de que el cañón medía un metro de diámetro.

El *jeep* se detuvo. El capitán descendió y se acercó a pie al blindado. Habló un par de minutos, retornó y siguieron viaje. Observaron cómo La Moneda ardía.

Navarro y Espinoza fueron conducidos hasta el Ministerio de Defensa, en medio de los sonidos secos de disparos. El capitán les guió al segundo o tercer piso. Les hizo pasar a una oficina. En la habitación había dos generales de pie ante unos mapas: Herman Brady y Sergio Arellano Stark.

Los policías les saludaron.

—¿Ustedes son de la Brigada de Homicidios? —preguntó Brady.

—Sí.

—Bien. El muerto es el ciudadano Salvador Allende. Lo asesinó un GAP.

Navarro sintió una profunda sorpresa.

Brady les explicó que había que ir a La Moneda a examinar el cadáver y hablar con el general Javier Palacios. Espinoza dijo que necesitaban varios asesores especializados para cumplir el trámite.

—Todos los asesores que ustedes quieran se los ponemos nosotros —dijo Brady.

Los policías le explicaron que tenían que ser asesores juramentados ante los tribunales civiles para que el examen que realizarían fuera completamente legal.

Brady dio orden de que se hiciera concurrir a La Moneda a los peritos que los policías habían indicado.

Navarro y Espinoza aguardaron un rato. Al dejar el Ministerio, formularon un comentario sarcástico sobre Arellano y Brady: estaban jugando a la guerra ante esos mapas; estaban dichosos porque tenían, ¡por fin!, una oportunidad de aplicar algo de lo que habían aprendido.

Los dos policías fueron trasladados en el mismo jeep de antes al palacio de gobierno. El capitán que había ido por ellos seguía acompañándoles.

El oficial les dijo que ingresarían por Morandé 80. Les advirtió que estaban disparando desde el Ministerio de Obras Públicas.

—Ustedes corren hacia La Moneda. Yo voy a ordenar que se dispare hacia el Ministerio.

El vehículo se detuvo frente a la puerta del palacio gubernamental. Los policías echaron a correr. Ingresaron. Comenzaron a subir las escaleras. El capitán llegó a su lado, acompañándoles.

En la entrada del Salón Independencia, les recibió el general Palacios. Había hecho salir a casi toda la gente de la estancia.

Les saludó. Les mostró el cadáver con un ademán.

—Se suicidó. Ustedes pueden verificarlo.

Les enseñó un par de anteojos. Les dijo que los había encontrado a los pies de Allende. Los guardaba para entregárselos, posteriormente, al fiscal militar.

Navarro y Espinoza comenzaron a realizar una inspección ocular: un acostumbrado primer trámite, como el olfateo de los perros de caza.

Trataban de registrar mentalmente todos los pormenores y detalles, por si había algo muy especial que pudiera desaparecer: una característica ambiental, o un detalle cualquiera.

Al entrar al edificio, Espinoza y Navarro habían observado una fila de prisioneros tendidos en el suelo, con las manos sobre la nuca y el rostro pegado al suelo. Navarro había creído que se trataba de cadáveres.

Un tanque estaba dirigido hacia la hilera de cuerpos. Un soldado dijo a los prisioneros que el blindado les iba a pasar por encima.

El vehículo se movió, con un rugido, hacia adelante. Los prisioneros transpiraron y alzaron desesperadamente sus cabezas.

Estaban dispuestos a creer cualquier cosa, porque ya no tenían ningún argumento, ninguna palabra, que decir. Se habían entregado a los caprichos que pudiera ejercer la fuerza.

Navarro y Espinoza habían observado la escena a través de la ventana. Habían reconocido varios rostros.

—Señor —dijo Espinoza a Palacios—. Mucha de esa gente que está ahí abajo son detectives.

—Nosotros tenemos conocimiento de que allí hay personas que, teniendo placas, no son detectives. Cuando lo comprobemos, los vamos a poner en libertad —respondió Palacios.

Poco después, llegaron los expertos del equipo de Navarro.

A éste le llamó la atención que el arma del supuesto suicidio estuviese a un lado del cadáver, de una manera que daba a entender que se la había colocado cuidadosamente allí.

Luego, comenzó el trabajo fotográfico.

—Fije esta herida —ordenaban los policías, y el fotógrafo apretaba el obturador.

Tras esa tarea, durante la cual se tomaron 27 fotografías, le tocó el turno al planimetrista, que tomó la distancia a que se encontraba el cadáver de los muebles, su postura y otros detalles. Determinó que el salón medía 11 metros 35 centímetros de largo por seis metros de ancho.

El funcionario hizo un croquis de la sala y dibujó la postura del Presidente, así como el fusil ametralladora que estaba junto al cuerpo.

Navarro y Espinoza cogieron el cuerpo de Allende y lo tendieron en el suelo. Tras el cadáver había un abrigo de color beige. Se encontraba manchado con sangre que se había escurrido desde el cráneo del Mandatario.

Los policías comenzaron a desnudar al muerto. Ya le habían examinado la cabeza y seguían con el ritual que se aplicaba a cualquier cadáver: observar el resto del cuerpo para descubrir posibles heridas.

Pero no hacían bromas macabras por sobre los restos, como ante cualquier otro muerto, ni se cruzaban hipótesis en voz alta. Trabajaban casi en completo silencio. Formulaban observaciones escuetas.

Hubo un detalle que causó extrañeza a Navarro: Allende no llevaba prácticamente nada en sus bolsillos. Se preguntó si los militares lo habrían registrado ya. En el bolsillo superior izquierdo de la chaqueta había un pañuelo de seda azul con lunares rojos; y en el bolsillo izquierdo del pantalón, una llave y un papel blanco con un membrete que rezaba: “Presidencia de la República. Edecán”. Nada más.

En la muñeca izquierda, el Presidente llevaba un reloj automático de metal blanco, marca Galga Coultre. Anotaron un detalle adicional: en la pulsera, había dos calendarios del año 1973 que tenían marcada propaganda de la tienda Panamtur.

Una de las puertas del salón se abrió. Se asomó un bombero, que miró directamente en dirección al cuerpo de Allende.

Un colega suyo le había relatado lo que había en ese momento en el interior de la habitación.

Uno de los oficiales de Ejército que estaba en la estancia le señaló:

—¡Usted! Para afuera.

El bombero cerró y desapareció.

Navarro y Espinoza comenzaron a desvestir el cuerpo y a dictar a sus ayudantes, para que anotaran, las prendas que iban apartando a un lado.

A medida que los miembros quedaban al descubierto, fueron constatando que no había heridas ni rasguños en la piel.

Navarro tuvo otra sorpresa: el Mandatario usaba dos calzoncillos. Debajo, junto a la piel, tenía puesto uno de tipo *slip*. Encima, un *short*. Ambos, de color blanco.

Pensó que quizá Allende padecía algún problema genital, y que se sujetaba los testículos con el *slip*. Pero éste era un simple calzoncillo, y no uno de los breves adminículos elásticos empleados por los deportistas.

En la habitación se sintió un temblor. Se quedaron paralizados un segundo. Un bombero ingresó en el salón y señaló al general Palacios que ese tipo de remezones se producía cuando, por efecto del fuego, comenzaban a ceder algunas bases de los edificios. Aconsejó que terminasen cuanto antes.

Los policías habían encontrado dos vainillas en el piso. Pero no pudieron seguir haciendo un rastreo cuidadoso buscando otras, ni tampoco huellas de rebotes de balas, en vista de los peligros del incendio.

Solicitaron a Palacios que el salón fuese cerrado si era posible, para continuar al día siguiente con su pesquisa.

Cuando se retiraron, eran las 18 horas.

En su informe, Navarro consignó como causa probable de la muerte de Allende un “traumatismo craneo-encefálico por herida de bala de tipo

suicida”.

Su superior inmediato, el comisario Waldo Montecinos, les hizo varias preguntas a él y a Espinoza al retorno al cuartel.

—¿Y ustedes creen que fue así? ¿Fue suicidio?

Navarro le dio sus razones del porqué lo pensaba.

*

Dos microbuses de la Armada habían estado aguardando en Morandé, frente al Ministerio de Obras Públicas.

Los prisioneros fueron introducidos en los vehículos.

A los detenidos se les obligó avanzar en medio de un corredor de soldados que les dieron de puntapiés y culatazos. Les escupían. Un golpe le quebró la punta del esternón a uno de los policías cautivos.

Los soldados les hicieron colocarse de rodillas sobre los asientos, mirando hacia la parte trasera y con las manos en la nuca.

Los buses partieron a toda velocidad.

*

Alrededor de las cuatro de la tarde, los militares ingresaron al Ministerio de Educación.

Se escucharon dentro del edificio algunas ráfagas cuyo eco rebotó en las paredes y ascendió, tocando los nervios. El ministro Edgardo Enríquez escuchaba: el sonido de los disparos iba creciendo a medida que los uniformados reconocían cada piso en su ascenso.

Enríquez esperó en su despacho. Escuchaba los estampidos. Cuando los ruidos estaban cerca ya de él, distinguió las imprecaciones y las órdenes impartidas a los soldados.

Un capitán encabezando varios conscriptos ingresó en la oficina. Obligaron al ministro a salir al pasillo, donde había numerosos funcionarios del Ministerio sentados en el piso.

—¡Siéntese! —le ordenó el oficial.

Algo hacía permanecer a Enríquez de pie. No quería obedecer la instrucción del uniformado.

—¡Siéntese! —repitió el otro.

Enríquez siguió mudo y erecto. Un sargento le aproximó una silla. El ministro se acomodó en ella.

Cerca de las seis de la tarde, el sargento y algunos soldados se acercaron a él. Lo iban a conducir al Ministerio de Defensa.

Enríquez se levantó y avanzó. Los funcionarios que estaban en el pasillo se pusieron de pie y de ese modo lo despidieron. Los soldados apuntaban, apretando las mandíbulas, no muy satisfechos, pero les dejaron hacer.

Salieron del edificio. Serpenteando, se dirigieron al Ministerio.

Enríquez miró las ventanas del edificio. Algunas mujeres le observaban desde detrás de los vidrios. Se sintió raro, conspicuo, desagradado, como un animal en exhibición.

Cuando entró, un oficial se acercó hacia él, con cara de amabilidad y saludo.

Enríquez le reconoció: era el teniente 2º de la Armada, Daniel Gimpert.

El padre de Gimpert tenía el rango de capitán de navío y siempre había sido amigo suyo. A Enríquez le había tocado atender al propio Daniel, cuando niño, a causa de enfermedades como la tos convulsiva o el sarampión.

—Por aquí, doctor —le señaló el joven oficial.

Gimpert estaba desde temprano en el Ministerio. Según la versión que recibiría más tarde Enríquez, él había sido uno de los aprehensores del ministro de Defensa, Orlando Letelier, cuando éste había ingresado en el Ministerio en las primeras horas de la mañana.

El marino llevó a Enríquez a la oficina del general Lutz, jefe del Servicio de Inteligencia Militar, SIM.

Enríquez se encontró en esa oficina con un hombre alto, de impecable apariencia en su uniforme: el general.

Lutz saludó al ministro. Luego ordenó a Gimpert:

—Llévelo al sótano, debajo de la guardia.

El oficial y unos soldados condujeron a Enríquez al subterráneo.

Cuando llegaron al subsuelo, el ministro se topó con un espectáculo inesperado: una aglomeración de cuerpos desnudos.

Había tres oficiales de Ejército sentados junto a una mesa. Estaban con sus guerreras desabotonadas, bebiendo algo, con aspecto de cansancio.

Sobre el suelo había unos 30 hombres jóvenes tendidos de espaldas, con las manos amarradas atrás y sin ropa, excepto sus calzoncillos.

Los oficiales se levantaron, molestos:

—¡Para qué lo trae aquí! —increparon a Gimpert.

Enríquez observaba y hacía suposiciones. Ahí se interrogaba a los detenidos. Había un cenicero lleno de cigarrillos aplastados. El ministro concluyó que se aplicaba la brasa de tabaco sobre la piel, para obtener respuestas.

Se encontró con la mirada de uno de los prisioneros. El hombre le hizo gestos desesperados y elocuentes en el silencio, con los ojos y las cejas. Era una gesticulación impotente que le conmovió. El otro quería ayuda.

Enrriquez fue sacado del lugar por el oficial de Marina.

Cuando caminaban por los pasillos, señaló a Gimpert:

—Mire, ¿podría hablar por teléfono con mi mujer, que no sabe dónde estoy?

—Claro.

Gimpert observó las oficinas. Hizo entrar a Enrriquez a una en que no había nadie. Cogió el teléfono que se encontraba sobre una mesa.

—¿Cuál es el número?

Enrriquez se lo dio. Gimpert discó. Respondieron de inmediato.

Eso llamó la atención al ministro. En su departamento, el teléfono no estaba al alcance de la mano, sino en un rincón al que había que caminar.

Después de presentarse, Gimpert expresó:

—Señora, el doctor Enrriquez está aquí, conmigo, en el Ministerio de Defensa. Está muy bien, no se preocupe.

Enrriquez alcanzó a percibir alguna pregunta de la mujer que estaba al otro lado de la línea.

Se acercó un poco a Gimpert y señaló en voz alta, hacia la bocina:

—Soy yo, mujer. Estoy bien.

Gimpert se indignó y colgó bruscamente.

—¡Cómo se le ocurre hacer eso! —exclamó.

En su habitación del Hotel Plaza, en Mendoza, la ira le hace vibrar la piel a Enrriquez, catorce años después.

—Este canalla no llamó. Llamó a la telefonista del Ministerio. Ni se preocupó de llamar después, tampoco. Cinco meses después vine a hablar con mi mujer y ella me lo contó. Es un miserable. Y donde lo encuentre lo voy a insultar.

El oficial lo condujo a otra oficina. Lo dejó en ese sitio, a cargo de unos soldados.

Estaban repartiendo una colación a esa tropa. Café y pan.

Enríquez observó a los jóvenes uniformados. Se aproximó a uno de ellos. Le explicó que no había comido nada en todo el día. Le pidió un trozo de pan.

El conscripto dio una mirada de cautela a su alrededor y, sin decir una palabra, le pasó un pedazo de pan.

Poco después, fueron a buscar a Enríquez.

*

Palacios hizo cubrir al Presidente con un chamanto que estaba en la oficina de Osvaldo Puccio. La tela tenía unos bordados semejantes a los que exhibían los tejidos de los indios bolivianos. Pero provenía de mucho más cerca: de La Ligua. Lo había enviado de regalo a Puccio un abogado izquierdista de esa zona rural chilena.

Palacios, finalmente, ordenó bajar el cadáver.

Lo llevaron hacia la salida del palacio, por la escalera. Fue un descenso trabajoso. Ayudaban al traslado del cuerpo, en una camilla, algunos bomberos.

Los soldados observaban el paso de ese mínimo cortejo que llevaba un cadáver y que encabezaban dos soldados que apoyaban en su hombro la camilla.

Introdujeron los restos del Presidente en una ambulancia que partió inmediatamente hacia el Hospital Militar.

Algunos soldados y bomberos se dirigieron a los bomberos que habían colaborado como angarilleros.

—¿Cómo fue? ¿Cómo estaba? ¿Cómo murió?

La noticia se había difundido. Estaban ávidos de saber.

Los bomberos describieron la escena. Estaban impresionados. Y nadie les había dado una orden de callar.

Uno de ellos, opositor al gobierno de la Unidad Popular, comentó a un colega:

—Si no se mataba, lo mataban los guerrilleros que estaban dentro, sus mismos compañeros. O a lo mejor lo mataban los militares aquí afuera.

*

Una patrulla de unos quince hombres ingresó en la Cancillería. Los soldados iban en busca de Almeyda, Briones, los Tohá y Palma.

Todos estos temían ser muertos. Se habían puesto de acuerdo para que José Tohá fuese el primero en aparecer ante la tropa. Y el oficial a cargo reaccionó como habían esperado:

—Señor ministro —dijo a Tohá—. Los venimos a buscar.

Los militares habían demorado en cruzar la Alameda. Los francotiradores hacían nutridos disparos. Los conscriptos señalaron a los cautivos que el trayecto se había puesto sumamente peligroso.

Fueron caminando hacia el Ministerio de Defensa, en medio de las mayores precauciones. Llegaron a destino. En la Guardia del Ministerio, los prisioneros fueron registrados.

Palma sacó los objetos que llevaba en sus bolsillos. El llavero de su Fiat 600 cayó al suelo. Lo recogió y explicó a un teniente que su auto se encontraba al lado del Correo, frente a la Intendencia. Le pidió que llamara por teléfono a su mujer para que ella fuera a retirar su vehículo.

El oficial anotó los datos. No engañó a Palma y cumplió con su encargo. Un par de días después, la esposa del detenido iría a retirar el Fiat.

Los soldados introdujeron a los prisioneros en un ascensor y los llevaron a los pisos superiores. Los condujeron por un pasillo y los hicieron entrar en una oficina: era la del general Nuño.

El militar los recibió con deferencia.

—Adelante, ministro —señaló a Almeyda.

—¿Qué ha pasado con el Presidente? —preguntó Carlos Briones.

—El Presidente está muerto, pero no por una bala nuestra.

Nuño presentó al grupo sus condolencias, recalcando que la responsabilidad no había sido de las Fuerzas Armadas.

Agregó que la situación era complicada.

—Van a tener que permanecer una noche con nosotros. En este momento no hay condiciones para que se vayan; hay toque de queda, y por seguridad, por ustedes mismos, se podrán ir a casa mañana.

Recibió una llamada telefónica. Se excusó, señalando que debía retirarse. Añadió que ellos serían trasladados a otra dependencia.

Al ser sacados de la oficina y avanzar por un pasillo, observaron a Osvaldo Puccio sentado en una habitación.

Jaime Tohá caminaba con la sensación de que no había un verdadero cambio dramático; que habían cruzado un umbral del cual regresarían. Quizá dentro de algún tiempo, un par de meses, habría elecciones, y asumiría un nuevo gobierno. Había una tragedia, pero ese mundo seguía siendo el mismo.

Pero en la oficina a que llegaron, se toparon con la dureza. Los dos médicos que les atendieron, se burlaron de ellos.

Había algunos oficiales jóvenes y resueltos en la habitación. Hacían preguntas de una manera sumaria y cortante:

—¿Dónde están las armas de Tomás Moro?

A Tohá le impresionó la actitud de los médicos: el hecho de que formasen parte de la brutalidad y de la burla. Cuando los iban examinando, indicaban:

—Este gallito está re bien. No le hicieron nada. Ahora van a ver.

A Tohá eso le hería la sensibilidad mucho más que el culatazo de un concripto.

Uno de los militares llevó adelante una conversación forzada con Almeyda.

—¿Cómo fue eso de Argelia? —inquirió.

Almeyda explicó algunos detalles con su voz ronca y su cara difícil de escrutar. Pero hablaba sin ánimo, haciendo un esfuerzo. Parecía estúpido dar visos de normalidad a una situación en que todo lo habitual se hallaba trastocado.

Comenzaron a llegar más detenidos. Volvió a aparecer Puccio. También estaban allí Fernando Flores y Daniel Vergara.

*

Abajo, en el subterráneo, había siete personas de pie en un corredor con luz artificial. Tenían las manos en alto, con las palmas apoyadas sobre la pared.

Uno de los detenidos era el doctor Guijón. Cerca suyo, distinguió al ex alcalde de Santiago, el radical Ignacio Lagno.

Guijón había llegado al Ministerio conducido por el teniente Armando Fernández Larios. Sintió a alguien pasar detrás suyo. Esa persona se detuvo.

—¿Tú no soi el *Pachi*?

—Claro.

Guijón lo recordó al mirarlo. Era un oficial de Ejército. Lo había conocido y tratado entre los años 1962 y 1964 en Arica, cuando trabajaba en el hospital local. Habían jugado muchas veces baby fútbol juntos.

—¿Y qué estai haciendo aquí? —preguntó el militar.

—Ya te cuento.

El oficial le condujo a un pequeño casino que había al final del corredor.

Se sentaron. Estuvieron conversando. Guijón le relató lo ocurrido en La Moneda y el suicidio de Allende. Hasta ese momento, sólo había tocado el tema con Palacios.

Charlaron alrededor de media hora. Dos oficiales fueron luego por Guijón. Le guiaron a una reducida oficina situada en el corredor.

Estuvo cerca de dos horas ante sus interrogadores, respondiendo preguntas.

Fue un viaje por cada segundo de ese día: desde que se había levantado, hasta ese momento. Volvió a ver a Allende disparándose. Lo hicieron revivir sus pasos. Le preguntaron por su filiación política y sus datos personales.

Salió exhausto. Lo trasladaron a una oficina más grande. Hasta el mismo lugar condujeron a Edgardo Enríquez y Arturo Jirón.

Los tres se quedaron sentados en silencio en la estancia.

*

Mucho antes de su llegada a esa habitación, el doctor Jirón había sido conducido hasta el Ministerio de Defensa por un oficial y tres soldados.

Le trasladaron hasta una oficina en los pisos altos. Se encontró con un marino uniformado que le pareció que era el vicealmirante Carvajal. Los militares señalaron al supuesto Carvajal:

—Traemos aquí a este señor que dicen que fue ministro.

—Al calabozo con él.

El médico fue bajado hasta el sótano. Pasó por una sala en la que había unos 30 hombres jóvenes vestidos sólo con calzoncillos, de pie, con las manos amarradas a la espalda mediante cuerdas.

Eran francotiradores, según escuchó decir a los conscriptos.

Llegó hasta la sala de calderas. Había gente detenida. Todos estaban de pie, mirando a la muralla, con las manos atrás, separados entre sí por alguna distancia. Un guardia les vigilaba. Había personas que Jirón no conocía.

El médico fue colocado en la misma postura que los demás.

Miraba por el rabillo del ojo mientras pasaba el tiempo. Lentamente, la postura del cuerpo se le iba haciendo pesada.

Un joven conscripto se le acercó. Le habló quedamente, con precauciones:

—Para descansar, apoye un rato la frente en la muralla.

Jirón sintió una emoción, un agradecimiento. Había sido golpeado, escupido y tratado duramente al salir de La Moneda. Le habían propinado un violento culatazo en el estómago. Era el primer gesto de humanidad con que se topaba.

—Siéntese —le indicó el soldado un rato después—. Pero si le digo que se pare, usted se para al tiro.

Le ofreció un cigarrillo.

Jirón lo fumó. Estaba sucio y agotado.

Permaneció un par de horas en el lugar. Luego, le condujeron arriba, a una oficina en la que se encontraba el ministro de Educación, Edgardo Enríquez, sentado en una silla.

Enríquez notó el aspecto maltrecho de Jirón. Se levantó con alarma, porque observó la camisa manchada de sangre que llevaba el otro. Se acercó a él y le dijo:

—¿Qué le pasa? ¿Está herido?

—No. Es sangre de Augusto Olivares. Yo lo atendí en sus últimos momentos, después que se había pegado un balazo, y me manché con su sangre.

El ministro observó que Jirón tenía su ropa empapada. Este le explicó que lo habían obligado a tenderse boca abajo frente a La Moneda y que le había mojado el agua que los bomberos empleaban para combatir el incendio del palacio.

Tiritaba. Enríquez se despojó de su chaqueta para poder sacarse su chaleco de lana, que puso sobre los hombros de Jirón.

Sentía afecto por ese ex ministro. Había conocido a su padre, senador radical y primer presidente del Colegio Médico de Chile: Arturo Jirón Latapiat.

Soldados les vigilaban. Jirón contó a Enríquez que Allende había muerto.

En ese momento, ingresaron a Guijón. Jirón explicó a Enríquez quién era el otro. El ministro se levantó, a pesar de los gritos de los conscriptos que vigilaban, y le saludó.

Guijón estaba en silencio, ensimismado. Pero, aún así, en su rostro se veían las emociones.

Parecía estar marcado, tener algún sello impreso sobre su carne.

Un empleado civil del Ministerio ingresó en la oficina. Les pidió las cédulas de identidad.

Observaron cómo ingresaban otros prisioneros: Littré Quiroga, director de Gendarmería e Ignacio Lagno.

*

Junto a Marta Lizama, la auxiliar de la Posta Central de la Asistencia Pública, el doctor Alvaro Reyes, médico traumatólogo de ese servicio, bajó a ver a la *Payita*.

Conocía a Miria Contreras.

A fines de 1972, había concurrido a La Moneda a atender al Presidente Salvador Allende de un esguince en la rodilla.

Le había llamado el ministro de Salud de la época, Arturo Jirón, a la Asistencia Pública, pidiéndole que fuera a ver al Mandatario.

Reyes estaba de turno. Pidió autorización a la jefatura. El permiso se le otorgó de inmediato y él partió en ambulancia a La Moneda.

Examinó a Allende. Le enyesó la parte afectada. La *Payita* le atendió. Almorzó con ella.

Había transcurrido casi un año desde entonces.

Ingresó al box donde se encontraba la mujer. Su compañera explicó a la *Payita* que era el doctor Alvaro Reyes. Miria le reconoció.

El médico conversó brevemente con ella. Comprobó la hinchazón y la erosión que sufría en la rodilla.

La *Payita* le contó que Augusto Olivares se había suicidado. Y que Allende había muerto. Ella no lo había visto. Se lo habían contado.

Reyes quedó impresionado. No sólo por Allende. Conocía al *Perro Olivares*. Había sido amigo suyo. Junto con el Negro Jorquera y José Tohá, formaban una parte de un grupo que se reunía todos los días, en los años sesenta, en el café Sao Paulo, en calle Huérfanos, a conversar ante unos cafés y unas bebidas a la hora de almuerzo.

Reyes, junto a su compañera, sacó a la *Payita* del box y la llevó al cuarto piso. Le tomó una radiografía. No había lesiones mayores.

Sin embargo, le colocó una rodillera de yeso; una cubierta que iba desde encima del tobillo hasta la raíz superior del muslo.

No lo hizo por razones estrictamente médicas, sino preparando una escena para que ella pudiese salir del edificio.

No formuló preguntas a la mujer, para no ponerla nerviosa, y para que sintiera que estaba segura. La dejó en el mismo sitio: la sala del yeso. Casi no entraba gente allí.

El médico volvió a sus ocupaciones. El espectáculo de los cuerpos y más cuerpos que llegaban a la Asistencia era impresionante.

A él le había tocado ver escenas semejantes el 2 de abril de 1957, durante los disturbios masivos en la Alameda, bajo el gobierno de Carlos Ibáñez. Prestaba servicio en la anterior sede de la Asistencia, en la segunda cuadra de calle San Francisco.

En esa ocasión había muerto en sus brazos una muchacha de las Juventudes Comunistas que era amiga suya.

Ese día de sangre se reeditaba ahora.

No se había equivocado esa mañana. Al escuchar las informaciones radiales con la proclama de la nueva Junta Militar y las palabras de Allende, cuando iba en auto a su trabajo, había pensado que se trataba de una catástrofe.

Al llegar a la Asistencia Pública, varios trabajadores le habían preguntado qué podía hacerse. Le aguardaban. Aunque no desempeñaba cargos directivos en la organización de los trabajadores de la salud, Reyes tenía importancia política dentro de la Asistencia Pública.

Señaló que era imposible intentar nada.

—Esto es como cuando se viene encima una avalancha y usted se sujeta de una ramita y espera que pase y a ver si queda con vida. Y nada más.

Mientras Reyes seguía trabajando para reparar algunos cuerpos heridos en el curso de la lucha, surgió la oportunidad para la secretaria de Allende.

Poco antes del toque de queda, fijado para las seis de la tarde, cuando las nuevas autoridades insistieron en que todos los santiaguinos debían volver a sus casas, las ambulancias comenzaron a salir disparadas, llevando diversos heridos a sus hogares.

En una de ellas, Reyes despachó a la *Payita*.

Su compañera, Marta, había entregado a Miria Contreras la llave de su hogar: un pequeño departamento, con un dormitorio y un baño, situado en una casa antigua, que tenía una entrada independiente y teléfono.

Ella vivía sola en el departamento, que se encontraba en una calle cerca de Diez de Julio y Carmen.

Miria Contreras se instaló en la vivienda para una estada que se prolongaría tres días.

*

Los telefonazos a la casa del cardenal habían comenzado a arreciar después del mediodía.

Algunos provenían de las poblaciones. Desde La Legua, el sacerdote belga Luis Borremans señaló que había muchos problemas y que cinco jóvenes habían sido apresados por los militares. El cura nada sabía de la suerte de esos muchachos, que pertenecían a la Juventud Obrera Católica.

Poco después, él mismo era aprehendido, lo que mereció otro llamado de aviso al cardenal.

Desde otras parroquias se daba cuenta de allanamientos realizados por las tropas.

Silva Henríquez quería tener una dimensión exacta de lo que estaba aconteciendo. Su secretario, Luis Antonio Díaz, seguía en sus intentos por comunicarse con el vicario general castrense, Francisco Javier Gillmore. Pero éste no aparecía.

Cuando se enteraron de que habría toque de queda, el cardenal pidió a Díaz que tratase de obtener algún medio de transporte para el día siguiente, si fuese necesario, a fin de trasladar a los obispos hasta su casa.

El sacerdote se comunicó con su padre, el general de Sanidad del Ejército Eduardo Díaz Carrasco. El militar le señaló que trataría de conseguir vehículos de su servicio para que el encuentro se pudiese llevar a cabo.

Cerca de las tres de la tarde, el general Díaz telefoneó al cardenal. Era un católico observante, muy preocupado de la Iglesia. Avisó a Silva Henríquez que Allende se había suicidado.

El prelado y su secretario rezaron por el Presidente. El cardenal resolvió que no fuese colocada ninguna bandera chilena en la casa. Puso música en su escritorio y pidió a Díaz que dejase cerrada la puerta.

Era su forma de aislarse y meditar cuando algo le preocupaba o le perturbaba profundamente.

Díaz escuchaba el sonido casi inaudible de la música.

Silva Henríquez estaba dominado por pensamientos sombríos. El y la Jerarquía de la Iglesia habían temido un desenlace sangriento para el proceso chileno. Habían observado demasiados desafíos: tomas de predios agrícolas e industrias, arengas que propiciaban una rebelión del pueblo para la toma definitiva del poder.

Habían hecho lo posible por evitar el colapso de la democracia. Pero súbitamente, los acontecimientos estallaban, tomándoles por sorpresa por su rapidez y violencia.

Por la tarde, el Cardenal y Díaz siguieron los hechos a través de la televisión. Díaz llevó desde la cocina el aparato. Ni él ni Silva Henríquez eran devotos de la pantalla chica.

Cuando transmitieron imágenes de allanamientos y detenciones en las poblaciones, al cardenal se le deslizaron las lágrimas por las mejillas. Pidió a Díaz que apagara el televisor y se lo llevara.

*

José Antonio Viera-Gallo había partido poco después de las nueve de la mañana a ocultarse, tras despedirse con un abrazo de su mujer.

Iba acompañado de su padre, en el auto de éste. Se había puesto al volante. Se dirigía a la zona de Avenida Matta, junto al Parque Cousiño: un sitio plagado de militares, por las cercanías de unidades del Ejército, entre ellas el regimiento Tacna.

Iban rápido. Un auto se cruzó velozmente delante de ellos. Se produjo el impacto. El dueño del otro vehículo comenzó a gesticular. Viera-Gallo retrocedió, eludió el auto que le obstruía, y continuó.

Temía ser reconocido.

Su destino era un conjunto de bloques de departamentos, y dentro de él, un departamento duplex de dos niveles. Allí vivía José Vial, un sacerdote jesuita al que todos llamaban Pepe.

Viera-Gallo, católico observante, se había hecho muy amigo suyo dentro del grupo de estudiantes que formaban parte de la Parroquia Universitaria.

Un mes atrás, pensando en la posibilidad de un golpe, le había preguntado al cura si podría ocultarse en su vivienda, si era necesario.

El conjunto residencial era barato, destinado a personas de la clase media baja.

Cuando llegaba a las cercanías del lugar, Viera-Gallo observó varias patrullas militares que bloqueaban las calles. Las eludió. Se detuvo una cuadra antes de un grupo de edificios.

Se despidió de su padre y echó a caminar, con un maletín en una mano y un bolso en la otra.

Llevaba una pistola en su equipaje, la que no pasaba de ser un amuleto o un apoyo. Él nunca había disparado.

Hacía mucho tiempo que había estado en ese departamento. Entró en el primer edificio. Buscó la puerta. Tocó el timbre. Apareció un rostro desconocido.

Viera-Gallo se excusó. Tuvo la horrible sensación de quedar al descubierto. Se dirigió al edificio contiguo. Oprimió el timbre en la puerta que le indicaba su memoria. Esta vez sí estaba en el sitio preciso.

En el lugar, junto con el cura, vivían un estudiante español y un seminarista norteamericano. Pepe explicó a Viera-Gallo que el departamento había sido asignado como lugar de escondite para un GAP, si era necesario emplearlo con ese propósito.

El día transcurrió lentamente, mientras escuchaban las noticias de las radios y observaban la televisión.

“Tocan la puerta”, recuerdan las carillas escritas por Viera-Gallo.

Pepe entra con la cara un poco preocupada y nos dice que debemos bajar al subterráneo, porque la aviación va a bombardear.

“Inmediatamente hago ver que no puedo descender, pues corro el peligro de ser reconocido. Me quedaré en el departamento corriendo los riesgos.

“El mundo parece que se derrumba. Además —digo— no es posible que los aviones bombardeen la ciudad. Hay algo extraño en la información”.

El sacerdote bajó a averiguar. Era cierto. Se trataba de una orden de la Junta de Vecinos para evitar que niños y mujeres siguieran fuera de los edificios.

Otras personas llegaron a almorzar. Había sopa de cebolla preparada por Viera-Gallo y el seminarista norteamericano.

Los recién llegados eran Marcela Serrano, Eugenio Llona, su marido, periodista del Canal Nacional de Televisión, y otra persona. Iban a refugiarse allí.

Hubo risas nerviosas y pesadumbre mientras tomaban la sopa y comían.

Viera-Gallo observaba a los demás y a sí mismo. Relató:

“Se nota que son los curas los que nos dan ánimo, tratando de hacer nada el asunto. Me siento embotado, con un gran cansancio en todo el cuerpo. Apenas terminado el almuerzo, me voy a tender. Trato de dormir algo. Es imposible. Me doy vueltas en la cama hasta que quedo en una somnolencia”.

Luego, la tarde siguió, con las noticias negras, que eran como golpes sucesivos en pleno corazón.

El cura jugaba un solitario. Viera-Gallo había tomado una decisión mientras trataba de leer. Se asilaría en una embajada.

Luego, Marcela Serrano llamó a una de sus hermanas, con la cual ya se había comunicado antes.

En casa de los Serrano se tenía una importante información. El padre de las jóvenes, Horacio Serrano, redactor de artículos culturales en *El Mercurio*, había telefonado alrededor de las 5 de la tarde a René Silva Espejo, director del diario.

Lo llamaba para preguntarle qué estaba ocurriendo durante el transcurso del golpe. Quería saber la verdad.

—René, ¿qué pasa? —le interrogó.

Silva Espejo fue breve y directo.

—Allende se pegó un tiro. Está muerto.

Marcela escuchaba el teléfono mientras los demás la observaban.

“De pronto”, señalan los apuntes de Viera-Gallo, *“se pone a llorar. No puede hablar.*

“Todos estamos paralogizados.

“Suelta el aparato y se hinca en el suelo, luego se tiende totalmente y continúa llorando sin decir palabra. Llona toma el fono. Se pone pálido. Cuelga.

“Nos mira y nos informa:

“Allende ha muerto. Se ha suicidado junto con Augusto Olivares. Después lo han hecho Daniel Vergara, Aníbal Palma y Fernando Flores.

“No puedo resistir. Subo al segundo piso y me encierro en el baño a llorar. Lloro amargamente. No sé cuánto rato. Es el fin. Me vuelven a la memoria tantas escenas con Allende”.

*

Más tarde, Viera-Gallo y los demás decidieron llamar por teléfono a Fernando Castillo Velasco. El arquitecto estaba delicado del corazón.

“Le tengo, desde hace muchos años, una gran estimación, aunque su personalidad siempre me ha desconcertado”, escribe Viera-Gallo.

“Hablo con él y me informa que ha sabido de numerosos fusilamientos, incluso de personas que se han entregado a las nuevas autoridades.

“—Hay que hacer algo para poner término a esta barbarie —me dice.

“Sólo se me ocurre llamar al cardenal.

“Quedo en hacerlo y en informarle sobre el resultado de la gestión.

“Como tantas veces en estos últimos tiempos, marco el número. Sale al teléfono su voz recia, conocida. Cuando se da cuenta quién soy, casi sólo él habla:

“—¡Hijo, dónde está! He sentido tanto la muerte del Presidente. ¿Por qué no me hizo caso? ¿Por qué?

“Realmente creo que lo siente. Su tono es de angustia, casi de desesperación.

“Me recuerdo de mi última entrevista con él hace pocos días. Me dijo que lo peor sería una dictadura militar de derecha; que fuéramos prudentes y llegáramos a algún arreglo con los militares; que no se podía echar por la borda las conquistas sociales de tantos años, la organización popular; que salváramos, al menos, la organización.

“Pensaba que el Presidente podría pactar con los militares, hacer lo imposible.

“No hay duda que el cardenal estaba en una posición más abierta que la directiva de la DC. Prueba de ello fue su invitación al Presidente y a Aylwin para reanudar el diálogo.

“Me contó que Allende llegó alabando lo sui generis de un país en que un Presidente marxista es invitado por el jefe de la Iglesia Católica a comer con el jefe de la oposición. Allende siempre tuvo ese don de mundo, ese savoir faire que le daba tantas simpatías hasta entre sus enemigos”.

Viera-Gallo le habló de los fusilamientos. El cardenal le señaló que ya estaba enterado y que había hecho todas las gestiones pertinentes, y que le diera a conocer cualquier otra denuncia que llegase a sus manos, a fin de intervenir.

*

En Peñalolén, en el Puesto 1, Pinochet y sus asesores estuvieron analizando las implicancias de la muerte de Allende.

Se preguntaron acerca de la forma más adecuada de dar a conocer la noticia. Luego, un oficial transmitió a Carvajal las instrucciones.

—Estimamos que es necesario ser muy cuidadosos en puntualizar bien los hechos, porque hay dos aspectos sucesivos y que si no se explican, podrían parecer contradictorios.

“Uno es que depuso su actitud y aceptó entregarse, rendirse. Y, posteriormente, el hecho de que se le encuentra que se suicidó. También en esto tendría injerencia el informe de los médicos.

“Estimamos que toda esta materia tiene que ser muy cuidadosamente expuesta, de manera que no llegue en forma vaga u oscura y que refleje exactamente la realidad, para evitar que después se nos hagan cargos y se pueda pretender que nosotros hemos intervenido en esta decisión final”.

—Conforme, comprendido —observó Carvajal—. Tenemos todos esos puntos en vista. Vamos a preparar un borrador de la declaración correspondiente.

—Perfectamente —señaló el Puesto 1—. También esta declaración tendría que llevar una noción general de los hechos. Por ejemplo, la acción de los extremistas que dilató con el fuego de los edificios vecinos el desenlace final, incluso que impidió la rendición o la dilató: la gran presencia de extranjeros que se ha detectado; en seguida, algunos antecedentes sobre los focos de extremistas que aún quedan y el estado general de tranquilidad del país, que es total.

“Entonces, en general, creemos que estas ideas debieran dar una noción general de la situación en el comunicado”.

—Conforme, comprendido. Vamos a redactar un borrador.

*

Desde un departamento situado en calle Hernando de Aguirre, el senador y vicepresidente del Partido Demócrata Cristiano, Osvaldo Olguín, recibió un llamado del general Ernesto Baeza. Eran alrededor de las dos y media o tres de la tarde.

Baeza le indicó:

—Doctor, tengo que darle la triste noticia de que el Presidente se ha suicidado en La Moneda.

Y le agregó que, por lo tanto, no podía cumplir la promesa que le había hecho de que le sería respetada la vida a Allende y que se le permitiría salir del país con una comitiva.

Olguín estaba helado. Pidió a Baeza el número de teléfono en que se encontraba para meditar y decirle o proponerle algo en torno a esa tragedia algunos minutos después.

El senador era un hombre de ademanes y voz graves, que le daban un aire de solemnidad, como el de la liturgia. Relató al presidente del Partido Demócrata Cristiano, Patricio Aylwin , y al secretario general, Eduardo Cerda, lo señalado por Baeza.

Se encontraban en el departamento desde la mañana. La vivienda pertenecía a un militante demócratacristiano que había desempeñado importantes cargos durante el gobierno de Eduardo Frei.

Ese día, se había cumplido un acuerdo adoptado con anterioridad: si sucedía algo extraordinario, tan extraordinario como un golpe de Estado, por poner un caso, un grupo de militantes pasaría a buscar a la directiva para llevarles a un sitio seguro.

El dueño de casa había ido por Aylwin alrededor de las 9 de la mañana. Este se encontraba nervioso. Se paseaba por la acera, junto a su casa, con su portadocumentos en la mano. Esperaba la llegada de Sotito, el chofer del partido, quien le llevaría en auto. Pero el propietario del departamento donde se iba a dirigir pasó antes.

Las dos viviendas quedaban relativamente cerca, a unas diez o quince cuadras de distancia.

Aylwin, Olguín y Cerda habían seguido el curso de los acontecimientos a través de las informaciones de las radios y llamados telefónicos indagatorios.

Ante el anuncio de un bombardeo de La Moneda, Olguín llamó al Ministerio de Defensa para hablar con la nueva Junta Militar y pedirle que fuera respetada la vida del Presidente de la República. Y que también se le permitiera salir del país al Mandatario. Le comunicaron con el general Ernesto Baeza. Olguín le insistió en lo fundamental que era para la convivencia futura la inviolabilidad de la persona de Allende.

Baeza le escuchó. Le pidió su número telefónico y le señaló que le llamaría en cosa de diez o quince minutos.

El militar cumplió y dijo que la decisión del nuevo gobierno era poner a disposición del Presidente un avión para que pudiera salir del país con su familia. Agregó que el aparato ya se encontraba dispuesto en el aeropuerto de Los Cerrillos.

Olguín llamó a Los Cerrillos y confirmó que, efectivamente, el avión esperaba.

Poco después, desde el balcón, observaron y escucharon a lo lejos el bombardeo de La Moneda. Y ahora, acababa de sonar el teléfono y Baeza había dado cuenta del suicidio, del supuesto suicidio del Presidente.

Aylwin y Olguín se sintieron impresionados. Más tarde, sonó el teléfono otra vez. Era el diputado y médico Mariano Ruiz-Esquide, de la Democracia Cristiana.

El parlamentario pidió a Olguín que obtuviera autorización para que ambos, junto al ex diputado y médico Julio Montt, fueran admitidos en la realización de la autopsia de Allende. Olguín estuvo de acuerdo. El mismo, durante los diez años que había vivido en Calama, al norte del país, junto al gran yacimiento de Chuquicamata, había realizado unas dos mil autopsias.

El senador llamó a Baeza y le recalcó la necesidad de que hubiese testigos fidedignos cuando se examinara el cadáver del Presidente.

—Muy bien, voy a consultar y le aviso —respondió Baeza.

Aylwin, Cerda y Olguín comenzaron a preparar una declaración dando cuenta del mensaje que habían entregado a los militares a través de Baeza, para que se respetara la integridad física del gobernante. También consignaron cuán profundamente lamentaban el suicidio. Añadieron que la Democracia Cristiana pedía que la autopsia fuese hecha en presencia de parlamentarios médicos y especialistas, para establecer absolutamente la verdad.

También pidieron respeto por la vida de ministros, hombres de gobierno y parlamentarios detenidos, así como por el derecho a asilo de quienes se habían refugiado en embajadas.

El general Baeza interrumpió la tarea de redacción. Telefonó a Olgúin y le señaló que, por acuerdo de la Junta, él, junto a Ruiz-Esquide y Montt, podrían presenciar la autopsia. Le pidió la dirección de la vivienda en que se encontraban. Le indicó que, a las 17 horas, pasaría por él una patrulla militar en dos jeeps.

Después de la conversación, la declaración fue afinada. Olgúin llamó a Martita Caro, jefa del Departamento de Prensa del partido, para dictarle el texto. Ella lo anotó con una letra muy grande sobre las hojas de una libreta que se le escapaba mientras sostenía el teléfono.

Tan pronto cortó el senador, la periodista comenzó a telefonar a las agencias informativas y corresponsales extranjeros.

Olgúin esperó inútilmente por los jeeps. Se estaba iniciando una nueva era, con el crepúsculo de dignidades como el cargo político y parlamentario de Olgúin.

*

Alrededor de las cinco de la tarde, las altas jefaturas de las Fuerzas Armadas sentían que habían controlado la situación en Santiago. Sólo restaban misiones de segunda importancia y algunos bolsones adversarios.

Se había registrado resistencia aislada en algunos cordones industriales: ciertas plantas desde las cuales se tiroteaba a las tropas.

El propósito del Estado Mayor de la Defensa Nacional estaba plenamente cumplido: un alzamiento militar realizado en el mínimo tiempo y con fuerzas concentradas. El arrasamiento de determinados objetivos serviría de lección a los enemigos. El ejemplo había sido La Moneda. Hubiese bastado una compañía de tropas especiales y una media hora, según los cálculos militares, para apoderarse del edificio. Pero era necesario aniquilar ese símbolo de un modo categórico.

La ciudad de Concepción, urbe industrializada y con mucha militancia de la Unidad Popular, había sido rápidamente dominada por el general Washington Carrasco. El militar actuó sobre el barrio universitario. Lo copó e hizo detener a gran cantidad de dirigentes.

Así pudo ahogar cualquier grito o liderazgo de resistencia.

Carrasco se comunicó con el general Díaz Estrada desde la ciudad sureña. Le planteó que Santiago podía ser embanderada.

Díaz le comunicó, con un fondo de ironía, que todavía había enfrentamientos en la capital. Luego le sugirió, algo ásperamente, celoso de sus prerrogativas, que se ocupara de su provincia.

No sólo en Concepción y Santiago el golpe de Estado había sido vigoroso. La misma potencia se vio en otras grandes ciudades. Caían miles de detenidos.

En el Ministerio de Defensa, tras el resultado aplastante, se habían instalado el cansancio y el relajamiento de la victoria.

El general Díaz Estrada se sentía agotado. Se hallaba en el despacho del vicealmirante Carvajal.

Entró el capitán Ariel González, de la Armada, quien le había sido muy útil en varias oportunidades como oficial de inteligencia del Estado Mayor.

González sonreía.

—Mi general, le tenemos preparada una satisfacción para usted.

Le señaló que la sorpresa estaba en su propia oficina.

Díaz caminó hacia su despacho, acompañado por el oficial. Entró. El director de Investigaciones, el socialista Alfredo Joignant, estaba de pie, esposado. Le habían sacado la corbata, el cinturón y los cordones de los zapatos.

A propósito de la investigación del asesinato del edecán naval de Allende, comandante Arturo Araya, Díaz había tenido fuertes roces con Joignant. Este se había enfrentado también con el general Gustavo Leigh a causa del allanamiento de la casa situada frente a la industria Sumar.

Díaz le tenía particular antipatía a tres hombres de la Unidad Popular: el intendente Julio Stuardo, el ex intendente Jaime Faivovich, y Joignant.

Cuando vio a este último y la condición en que se encontraba, sintió lástima.

—Buenas tardes —le dijo.

Joignant le saludó con la cabeza.

Díaz se sintió participando en una situación que le resultó indeseable. Sobre el escritorio había una máscara antigás.

—¿Esto es suyo? —preguntó, señalándola.

Hablaba por decir algo.

—No —respondió Joignant.

Díaz no supo qué más agregar. Le puso la mano sobre el hombro.

—Lo siento, pues, mi amigo.

*

Hacia mitad de la tarde, Altamirano había dejado la casa cercana al Parque Cousiño. Estaba en el bungalow de un socialista de San Miguel y su esposa. Era un lugar de seguridad considerado originalmente para que se usara en caso de que la resistencia funcionara.

El senador ya sabía que Allende estaba muerto. Y antes había escuchado perfectamente el eco del bombardeo de La Moneda.

Se había ocultado en su nuevo refugio alrededor de las dos y media de la tarde. Le seguían acompañando Adonis Sepúlveda y Hernán del Canto.

Miraba el teléfono pensando en Paulina, su mujer. Le dieron deseos de tomarlo y marcar. Pero no lo hizo. Pensó que la llamada podía implicar un riesgo.

Su esposa, tal cual lo habían convenido ambos, había partido de la casa poco después que él. Se había ido al hogar de un amigo de los dos, un demócratacristiano que vivía en el barrio alto.

Desde esa casa, ella observó el bombardeo de Tomás Moro.

El senador, receloso y realista, había pensado desde un comienzo que su residencia sería allanada.

Sucedió eso, pero con algo que él no esperaba: su esposa estaba dentro.

Paulina decidió pasar por la vivienda a buscar algo de ropa y otros objetos. En cuanto ingresó, fue detenida. Alcanzó a contemplar el desorden, el virtual saqueo, realizado en la casa.

Altamirano volvió a mirar el teléfono, con la tentación en su cabeza. Pero se resignó, nuevamente, a no saber de Paulina. No le telefonaría hasta que estuviera seguro de que llamarla no constituiría un riesgo. Al menos, el contacto era prescindible por el momento.

Analizó con Sepúlveda y Del Canto la situación.

Habían mantenido conversaciones telefónicas con otros dirigentes izquierdistas. El ansia por saber y el acostumbramiento incipiente a la nueva realidad les hacía ser cada vez menos precavidos.

En el momento de sacar algunas conclusiones, aceptaron determinadas realidades que eran, con todo, difíciles de admitir: una Junta Militar había tomado el poder; Allende había sido asesinado; los ministros estaban detenidos; el gobierno se encontraba en el suelo, desplomado.

¿Qué hacer? ¿Cómo resistir?

Sólo se escuchaban los disparos de una resistencia aislada, inorgánica. Y sin dirección.

*

La hora del toque de queda, fijado para las seis de la tarde, se acercaba.

En la Plaza de Armas, el periodista de Radio Agricultura, Werner Arias, le hablaba a su grabadora, bajo el cielo gris, que se había puesto más tenebroso y en medio de la soledad que se iba haciendo ligeramente oscura. Su voz sonaba temblorosa. Era un susurro:

—Las cinco veinte de la tarde en plena Plaza de Armas de Santiago. Este es el silencio sepulcral que reina en la ciudad y estos son los pasos apresurados de algunas personas que se dirigen a sus hogares.

Tendió la grabadora hacia las piernas de un par de transeúntes, para captar sus pasos.

—Comienza a llover en Santiago —concluyó.

*

Tras haber logrado escapar del cerco de Indumet, Miguel Enríquez volvió con Sotomayor, Pascal y Villavela a la casa de reunión. Pero no a lamentarse de las muertes, sino a proponer acciones. Expuso ante la Comisión Política un plan para sacar a Allende de La Moneda.

Los demás le escuchaban con rostros impasibles. Algunos fumaban. Ya tenían un cuadro del grado de copamiento de Santiago que habían logrado los militares. Las palabras de Enríquez eran unas olas que no conmovían su diagnóstico.

Rechazaron la propuesta del secretario general.

La Comisión Política había evaluado también la magnitud de la resistencia al golpe en Santiago. Su conclusión era que había sido baja.

La resistencia popular no había logrado articularse. Por lo tanto, no tenía la posibilidad de paralizar, ni siquiera momentáneamente, la ofensiva militar.

De alguna manera, las fuerzas leales a Allende incrustadas al interior de los cuarteles habían sido neutralizadas. No había información de defecciones o insubordinación.

En suma, los supuestos estratégicos para la eventualidad de un golpe no se habían dado. Era un desastre adjunto a la catástrofe de la insurrección militar.

Lo único que cabía hacer era provocar un repliegue ordenado que permitiera preservar las direcciones, la militancia y los armamentos.

Este movimiento de retroceso tenía el propósito de impedir que la derrota se transformara en desmoralización general y escepticismo.

Si se lograba detener ese proceso que llevaría al colapso, podía abrigarse la esperanza de reorganizar y montar una ofensiva en la siguiente etapa, para empezar el combate y la resistencia activa contra la dictadura que se estaba instaurando.

Miguel estaba de acuerdo con esas ideas. Así lo manifestó a sus compañeros de la Comisión Política. Pero hizo una advertencia: el repliegue de las fuerzas no podía ir demasiado atrás, porque eso implicaría una derrota total y absoluta. Había que admitir una derrota, pero sólo parcial.

En vista de la decisión adoptada, era necesario anular algunos atentados contra garajes de buses o centrales telefónicas que estaban considerados en los planes de resistencia.

Sin embargo, había que demostrar que el MIR era un organismo vivo, que no había desaparecido ni había sido aniquilado. Por ello, era necesario efectuar acciones defensivas y de hostigamiento tendientes a impedir la consolidación del golpe y evitar una represión generalizada. Una persecución extendida y sin límites de los militares al pueblo implicaría un repliegue social mucho mayor.

Miguel señaló que al día siguiente la Comisión Política debía estudiar la posibilidad de adoptar otras medidas si es que se producía alguna inestabilidad de la situación.

Se ordenó a los jefes de los Regionales que estaban allí, así como de las demás estructuras, que fueran a materializar las tareas de repliegue.

Roberto Moreno se dedicó inmediatamente, junto a un miembro del Comité Central, a buscar casas de seguridad para los miembros de la Comisión Política y los integrantes del Comité Central que trabajaban más ligados a aquélla. La inhabilitación de la casa de acuartelamiento les obligaba a reconstruir una cadena de lugares de cobijo.

Moreno y su compañero se movilizaban en un auto. Hicieron un recorrido minucioso. Encontraron varios sitios de seguridad.

Moreno se instaló en una vivienda de la Gran Avenida. Perteneecía a un simpatizante del MIR que no tenía una conducta activa. El dueño de casa se mostró dispuesto a ayudarle a buscar otros inmuebles para los dirigentes del movimiento.

Moreno entregó a sus compañeros el número telefónico de la casa. Pero, de acuerdo a la cautela mirista, a su segunda naturaleza desconfiada, estaba claro que se telefonaría sólo en casos extremos.

*

En el departamento de calle Miraflores donde Vicente Garcés y Dolores observaban el televisor, sonó el teléfono. Estaba comenzando a caer la noche.

Garcés se levantó para atender. Durante toda la tarde, había intentado reunir información, telefoneando a diversas personas. Se había contactado con varios compañeros suyos del Partido Socialista.

Ni siquiera había sabido de su hermano Joan. Ignoraba su suerte. Levantó el fono. Era Joan.

Este le indicó que estaba bien, y que se encontraba en el departamento de Joaquín. Vicente entendió: Joaquín Leguina, español y funcionario de las Naciones Unidas que realizaba una investigación sobre demografía en Chile.

Leguina tenía un departamento a apenas tres cuadras del de Dolores.

Joan le dijo que había podido salir de La Moneda y que intentaba reunir información. Le agregó que, hasta donde sabía, no había habido ningún tipo de reacción contraria al golpe en las Fuerzas Armadas y que todavía era prematuro afirmar lo que podía pasar, pero que, hasta ese momento, le daba la impresión de que el golpe había triunfado.

Vicente le preguntó qué pasaba con Allende, ya que se hablaba de su suicidio.

Joan respondió, con mucha convicción, que no creía en esa supuesta muerte del Presidente. Pensaba que vivía.

Se negaba a creer en la desaparición del Presidente. A su juicio, esa versión era una maniobra de los militares que pretendía desalentar la resistencia.

Esa mañana, el Presidente virtualmente le había empujado fuera del palacio de gobierno.

Garcés había sido testigo de la decisión colectiva de los colaboradores del Mandatario de permanecer junto a él. Luego, Allende le señaló abruptamente que debía retirarse. Los demás escuchaban.

Allende le dio varias razones por las cuales debía alejarse. Por último, le señaló:

—Alguien tiene que contar lo que aquí ha pasado, y sólo usted puede hacerlo —dijo, y preguntó a los demás—: ¿No es cierto?

Ellos asintieron, reafirmando y dándole más peso a la decisión del Presidente.

El gobernante le hizo salir por la puerta principal de La Moneda.

Joan se encontró afuera, bajo el cielo nuboso, en un bolsón de calma. Los disparos se habían interrumpido. Echó a caminar por la calle Moneda hacia el oriente, en dirección al cerro Santa Lucía. Se dirigía al departamento de Leguina.

Una patrulla de carabineros le interceptó a un par de cuadras. Le preguntaron hacia dónde iba. El respondió que se dirigía a su casa. Le dejaron seguir, sin hacer mayores averiguaciones.

Estaban pendientes del bombardeo anunciado. Esperaban la acción de los aviones.

*

La Academia de Guerra Naval de Valparaíso miraba la bahía y el océano desde un cerro desnudo y abrupto, como un peñón.

Cerca de las cinco de la tarde, dos helicópteros encendieron sus motores en el patio. En uno de los aparatos subieron Merino y el almirante Sergio Huidobro, y en el otro, el almirante Rodolfo Vío y Miguel Versin Castellón, director de Sanidad de la Armada. Éste había llegado desde el Hospital Naval, a donde había sido llamado poco antes.

Merino se dirigía a Santiago a la primera reunión de la Junta de Gobierno, citada por Pinochet para las seis de la tarde en la Escuela Militar. El encuentro había sido convocado en primera instancia para realizarse en Peñalolén, en el mismo puesto de mando del comandante en jefe del Ejército, pero luego se había cambiado el escenario.

El doctor Versin tenía una misión triste y melancólica: encabezar, como presidente del Comité de Directores de Sanidad de las Fuerzas Armadas, la autopsia del cuerpo de Salvador Allende, que tendría por objeto identificar el cadáver y establecer las causas de su muerte.

Los helicópteros se elevaron y se dirigieron hacia el este, sobre los cerros, en dirección a la capital.

Dejaban una ciudad dominada por completo por las fuerzas de la Armada y el Ejército. A las ocho de la mañana, toda la zona estaba bajo control de los sublevados.

En la Academia había tenido lugar una peregrinación durante la jornada: el reconocimiento al nuevo poder nacional y local, constituido por las Fuerzas Armadas. Destacados civiles y figuras poderosas de la región concurrieron a saludar al almirante Merino y a ponerse a su disposición.

Lo mismo hicieron los jefes de los servicios públicos y de Investigaciones. También aparecieron otros uniformados: oficiales del Ejército y Carabineros.

Merino había sido, hasta esa mañana, antes de asumir el título de comandante en jefe de la Armada, comandante de la I Zona Naval. Pero, en verdad, su jefatura máxima la ejercía virtualmente desde hacía algún tiempo. En la Marina, cierto número de altos oficiales se sentía más interpretado por sus orientaciones que por las del almirante Montero.

Los helicópteros hicieron un vuelo rápido y estable. Aterrizaron en la Escuela Militar alrededor de las cinco y media. El almirante Carvajal les aguardaba. Había mantenido informado durante todo el día a Merino desde el Estado Mayor de la Defensa.

Merino y sus acompañantes pasaron al gran hall de la Escuela. Versin siguió en auto hacia el Hospital Militar.

Los cuatro miembros de la Junta ingresaron sin acompañantes a una oficina que daba al hall. Leigh se había trasladado en helicóptero desde la Academia de Guerra de la FACH.

Sostuvieron una reunión breve, más bien de conocimiento mutuo. Merino no había estado jamás con Mendoza. Sus conversaciones en Valparaíso habían sido con el general Arturo Yovane.

Luego, salieron a uno de los patios de la Escuela. Allí estaban depositadas armas que se habían encontrado ese día en diversos sitios. Algunos civiles

circulaban por el lugar. Uno de ellos era el embajador de Brasil, uno de los primeros en concurrir para comunicar la adhesión a la Junta.

Esa noche, Merino alojó en una casa situada en el recinto que poseía la Armada al interior de la Quinta Normal. Era una vivienda con escasos muebles y alhajamiento. Un auto le condujo al lugar junto a Huidobro y Vío.

Durante varios días, todos ellos dormirían allí.

*

El cadáver de Allende aguardaba los bisturís.

Hasta el Hospital Militar llegó el doctor Mario Bórquez Montero, director de Sanidad de la Fuerza Aérea y hermano de Israel Bórquez, ministro de la Corte Suprema.

Cerca de las cuatro de la tarde, había recibido un llamado telefónico en el Hospital de la FACH, donde se encontraba acuartelado.

Al otro lado de la línea estaba el jefe del Estado Mayor, almirante Patricio Carvajal. Este le señaló que debía presentarse de inmediato en su oficina.

Bórquez partió en una ambulancia de la FACH. Se sentó junto al conductor. En la parte posterior, iban dos soldados de la Fuerza Aérea.

Cuando bajaban hacia el centro de la ciudad, rodando ya por la Alameda, se encontraron con balaceras. Bórquez pensó en los hombres que iban atrás. Resultaban una protección nula. Se sintió absolutamente expuesto ante el fuego.

Llegó hasta el Ministerio de Defensa. Subió hasta las oficinas del Estado Mayor. Informó que había sido citado por Carvajal. Le hicieron pasar sin dilaciones.

—General Bórquez.

—Sí, mi almirante.

—Váyase de inmediato al Hospital Militar. En la sala de Otorrinolaringología hay un hombre muerto y queremos saber si se trata del individuo Salvador Allende Gossens.

Bórquez partió. Para llegar a su destino, debería rehacer parte del camino recorrido. En el viaje hacia el Ministerio, la ambulancia había pasado frente al hospital. Pensó que Carvajal le había hecho ir hasta su oficina posiblemente porque había temido que su mensaje fuera interceptado.

La sala de Otorrinolaringología estaba en el primer piso del establecimiento.

Había un pelotón de soldados resguardando la entrada a la estancia. Un capitán estaba a cargo del grupo.

Bórquez se reunió con el general de Sanidad del Ejército, José Rodríguez Véliz, y el general de Sanidad de Carabineros, Luis Veloso.

Todos estaban de uniforme.

Se les indicó que debían aguardar el arribo del director de Sanidad de la Armada, Miguel Versin Castellón. Este llegó poco después.

Ingresaron. Dentro de la sala estaban el doctor Tomás Tobar, del Instituto Médico Legal, y un médico joven.

Pero lo central era una camilla con un cuerpo cubierto por un chamanto. Cuando se levantó la pieza tejida, quedó a la luz un cadáver desnudo y con su cabeza semidestrozada.

El doctor Rodríguez Véliz no se encontraba en la sala. Estaba en una pieza contigua. Había sido compañero de Allende en la Escuela de Medicina. Prefirió no contemplar la autopsia. Padecía de una afección al corazón.

Bórquez observaba con rememoranzas el cadáver. Era otro de los que tenía ciertos hilos del pasado que se conectaban con el muerto.

El Presidente le decía, cuando se encontraban:

—Hola, colega.

Al investir a Bórquez como general, poco después de haber asumido la Presidencia, le había señalado que era un día histórico, porque, por primera vez, un Jefe de Estado médico oficializaba el ascenso de un médico a general.

El lado derecho de la cara de Allende aparecía totalmente deformado y aplastado. La mitad superior derecha del cráneo había volado. Versin había tratado al gobernante en varios actos oficiales de la Armada. Dificultosamente, le reconoció.

Alguien introdujo un paño en ese cráter craneano del Presidente para reconstruir su rostro. No cabía duda. Era Salvador Allende. Tobar realizó una cirugía para recomponer la faz, suturando los colgajos de carne.

A primera vista, el Presidente se había disparado en la región submaxilar derecha, junto al mentón. Había dientes incrustados en la masa encefálica. Los médicos dedujeron que podía haber recibido el impacto de dos balas, a juzgar por el destrozo causado por el recorrido de los proyectiles.

Desde el sitio de los impactos hacia abajo, el cuerpo del Presidente no presentaba ninguna herida ni lesión.

Tobar trabajaba en medio de un silencio absoluto. Los médicos uniformados se limitaban a observar.

Versin hizo un comentario: el excelente estado físico de Allende. El había escuchado hablar acerca de posibles daños al corazón o algún mal al hígado por un supuesto exceso de bebida del gobernante. Eran esas versiones dichas con aire de malicia. Pero los órganos estaban ante la vista de todos, completamente sanos.

Se extrajo sangre del corazón y luego líquido del estómago. Los médicos se proponían investigar la posible presencia de alcohol en el cuerpo del Presidente.

El examen necrológico duró varias horas. Luego, algunos de los médicos cenaron en el hospital.

Después de comida, llegó el general Javier Palacios. Había ido a visitar a los heridos en la acción centrada en La Moneda: especialmente, el sargento con el balazo en el estómago.

Llevaba los resultados de las muestras correspondientes al cadáver de Allende que se habían remitido al Instituto Médico Legal. No había rastros de alcohol en la sangre ni en el contenido estomacal del Presidente.

Luego de hacer un comentario sobre ese hecho, los médicos salieron. Cada cual volvió a su sitio de trabajo.

Versin permaneció en el hospital. La madrugada, afuera, hacía el cielo más espeso y silencioso. La oscuridad aplastaba. El médico se fue a acostar en una de las habitaciones. Por la mañana, a las 9,30 horas, le pasaría a buscar un auto de la Comandancia en Jefe de la Armada, para transportarle de regreso a Valparaíso.

El cuerpo de Allende, tajeado y explorado, quedó en la sala. Sólo restaba darle sepultura.

*

Los dos buses que transportaban los prisioneros de La Moneda iban a toda velocidad.

Cuando doblaban, los detenidos perdían el equilibrio y trataban de afirmarse, sacando las manos de detrás de la nuca. Los soldados les daban golpes y culatazos.

Los vehículos llegaron a su destino: el regimiento Tacna, frente al Parque Cousiño.

El oficial que estaba a cargo de los prisioneros les hizo formarse en el patio principal, con las piernas abiertas y las manos sobre la nuca. Llegó el comandante de la unidad.

Era bajo, de piel blanca.

El oficial se cuadró ante él. Le informó que ése era el grupo de personas detenidas en La Moneda.

El comandante miró a los prisioneros, con el rostro desencajado:

—¿Así que éstos fueron los que hicieron frente a mi general Palacios y lo dejaron herido?! —preguntó a gritos.

—Afirmativo, mi comandante.

—¡Van a ser fusilados en el acto! ¡De inmediato!

A Romero le pareció que estaba histérico: tenía el rostro enrojecido. El militar parecía próximo a escarbar la tierra, como un toro.

Se produjeron algunas carreras. Trajeron dos grandes ametralladoras que colocaron frente al grupo, en el suelo. Hicieron arrodillarse a los prisioneros.

—¡Despejen el área! —ordenaron los oficiales a quienes quedaban dentro del ámbito de tiro.

Los detenidos ignoraban si se trataba de un simulacro o iba en serio. Los oficiales hacían salir a la gente de las oficinas que podían ser alcanzadas por los disparos o los rebotes. Algunos de ellos hablaban con el comandante.

Los soldados comenzaron a pedir la documentación a los detenidos. Retiraron sus placas a los detectives. Echaban los objetos en una caja de cartón que había contenido tarros de leche en polvo.

El comandante abandonó el patio. Algunos percibieron que la situación había variado. Los ademanes de los oficiales no eran tan nerviosos.

Hubo órdenes a los prisioneros: debían avanzar hacia unas inmensas caballerizas, junto a un gran portón lateral de acceso desde el sector de la plaza Alonso de Ercilla.

Los hicieron dirigirse allí de rodillas. El suelo del gran galpón estaba cubierto de adoquines y polvo.

Ellos no eran los únicos prisioneros. El regimiento estaba repleto de detenidos. Había hombres y mujeres de pie.

Los de La Moneda fueron distribuidos en cuatro filas de diez personas. Les hicieron despojarse de sus zapatos, así como de sus chaquetas y parkas. Quedaron en pantalones, camisa y calcetines.

En una esquina del galpón, había tres soldados a cargo de una ametralladora. Otros tres se encontraban al otro lado, dispuestos para realizar un fuego cruzado en caso necesario. A un costado, había centinelas que se paseaban, vigilando.

Los militares comenzaron a pasar lista. Eran las siete de la tarde.

Hicieron tenderse boca abajo a los prisioneros y permanecer inmóviles. Debían estar con las piernas pegadas al suelo. Si alguien levantaba o movía éstas, los conscriptos se paraban encima de ellas o sobre la espalda del que no había mantenido la inmovilidad.

Los detenidos no podían conversar. Quien era sorprendido haciéndolo, recibía golpes.

La postura y el frío del suelo les agarrotaban el cuerpo. Poco a poco, iban quedando casi paralizados.

El tiempo era cruel, porque se había detenido. Los músculos no aguantaban.

Por la noche, cerca de las doce, un teniente les preguntó si querían hacer gimnasia. Asintieron.

—Ya. Todos, pararse.

El fue indicando los ejercicios que había que hacer. Luego, volvieron al suelo.

Cada oficial que entregaba la guardia a otro pasaba lista, para dejar confirmada la presencia de todos los prisioneros.

—Ah, ¿éstos son los de La Moneda? —preguntó uno de los oficiales.

—Sí.

—Ah, estos son los conchesumadre, hijos de puta, comunistas, guerrilleros. Mire, aquí están los que le querían hacer collera al glorioso Ejército de Chile. Estos eran los aniñados. Mire dónde están. ¿Y no iban a pelear tanto?

*

A pesar de que Mendoza estaba instalado en el edificio Norambuena y que aparecía como amo y señor, el general Jorge Urrutia resolvió dirigirse a su departamento en ese inmueble.

Iba nada menos que al cuartel general del nuevo director de Carabineros. Ya estaba oscuro. El general se sentía como un náufrago.

Su chofer le llevó. Bajó ante el inmueble: una construcción de arquitectura moderna que nada decía. Un adefesio más en Santiago.

Entró. Se introdujo en el ascensor. Marcó el octavo piso. Comenzó a subir. Había algo de ridículo en todo eso: regresaba a un territorio en el que nada tenía que hacer. En la transición relampagueante de una situación a otra registrada ese día carecía de rol.

En el séptimo piso, el elevador hizo una sorpresiva escala. Se abrieron las puertas. Una persona le tomó del brazo. El lugar estaba algo oscuro.

Urrutia pensó que lo estaban deteniendo.

—Mi general: no crea que he sido tan desleal con usted —dijo el que le retenía desde la penumbra.

Urrutia se dio cuenta de que era Mendoza.

—Mira, despreocúpate —le indicó—. Olvídate de eso ya. Hay una Junta de Gobierno. Eres el general director. Has triunfado. Te deseo suerte.

—No, no —insistió Mendoza—. No crea que he sido desleal con usted.

“La situación es ésta: eran las nueve de la noche de ayer. Llegó a mi domicilio el señor general Leigh acompañado de su ayudante.

“Yo estaba con mi señora. Nadie más. Y me dijeron: `Esto y esto hay. General Mendoza: a las 8 de la mañana asume la Junta de Gobierno formada por las tres ramas de las Fuerzas Armadas. Hemos venido aquí a invitarlo a usted para que forme parte en representación de Carabineros y como general director, en esta Junta de Gobierno’.

“Yo, general, no contesté nada y como estaba en silencio, Leigh me dijo: `Usted sabe, general, si dice no, en este momento queda detenido. Y si usted no acepta ya sabe lo que va a pasarle a Carabineros de Chile: va a ser reorganizado y va a pasar a depender del Ejército’.

“Ante eso, mi general, usted comprenderá que no pensé mayormente en quedar detenido y que Carabineros fuera reorganizado. Bueno, el hecho es que acepté”.

Urrutia fue práctico:

—Aprovecho esta ocasión para decirte: bueno, ¿y cuándo te entrego la Dirección General?

—Le avisaré.

Urrutia subió a su departamento. El mozo llegó a ofrecerle algo. El general se sirvió de comer.

*

A la medianoche, cojeando, ingresó en la oscuridad al regimiento Tacna el ex diputado Vicente Sotta.

Los uniformados le hicieron avanzar. En un sector del patio había bancas como las de una parroquia pobre. Había gente sentada. Se mantenía silenciosa. Instalaron allí a Sotta, quien intentó saludar a los más próximos a él. Los soldados le hicieron callar.

Logró conversar a media voz. Los prisioneros le señalaron que ellos eran funcionarios del Ministerio de Educación. Los habían detenido a todos al allanar el edificio de la Secretaría de Estado. Los militares buscaban a los francotiradores que hacían fuego desde las ventanas del inmueble.

Más allá, en otro sector, había miembros de los sindicatos textiles, según le indicaron. Y en otro lugar, más apartado, en que se veía el movimiento de algunas figuras, se encontraban los ocupantes de La Moneda: los que habían acompañado a Allende.

Sotta comenzó a sentirse incómodo en esas bancas sin respaldo. Era difícil encontrar una postura que resultara tolerable para la espalda.

En el sector de los de La Moneda, un oficial señaló a los detenidos.

—¡Ya, extremistas! Los próximos prisioneros que van a ser fusilados son ustedes, en una hora más. Para el que quiera confesarse, va a venir un sacerdote.

Estas exclamaciones y notificaciones llegaban en forma confusa hasta Sotta. Era imposible distinguir las palabras.

El ex diputado había sido detenido hacía un par de horas por carabineros.

A media tarde, mientras aún se encontraba en su casa de calle Palerio, había decidido abandonar el sitio con su hijo.

Habían salido en la camioneta del ex parlamentario. Su intención era subir el cerro y luego seguir hacia el oriente, al sector de La Dehesa, para lograr filtrarse por algún sitio.

Cuando subían la ladera, escucharon el sonido de campanas. Eran vecinos que avisaban para advertir que Sotta había salido de su parcela.

Decidieron quedarse en casa del doctor Miranda, en la parte alta de Lo Curro.

Más tarde, habían llegado hasta el lugar dos amigos de Sotta, habitantes del barrio, para señalarle que era preferible que no abandonase la vivienda, porque los vecinos estaban armados.

Al parecer, éstos querían sacarle de la casa. Lo miraban como un prófugo, alguien que había huido por razones oscuras y que pretendía resistir al nuevo gobierno.

A las once de la noche, Sotta escuchó el ruido de autos. Se asomó. Había ante el inmueble tres o cuatro vehículos particulares.

Un teniente de Carabineros subió la escalera hasta la puerta de la casa y golpeó. Sotta se identificó ante él. El oficial le preguntó por su mujer. Le respondió que no estaba.

Los carabineros decidieron realizar un registro, advirtiéndole que no querían emboscadas de ningún tipo y que todos estaban armados. Era una clara notificación.

Revisaron la vivienda. Luego, pidieron a Sotta que les acompañase.

Bajaron. Sotta observó civiles en los vehículos. A algunos los conocía de vista. Eran personas jóvenes, de unos 35 años. No dijeron nada.

El teniente le hizo sentarse a su lado en uno de los autos. En el asiento trasero, se instalaron otros policías.

Arrancaron y se dirigieron cerro abajo, hacia la comisaría de Lo Curro, situada junto al río, en medio de una tupida plantación de álamos tan derechos como palos de fósforos.

El teniente descendió del vehículo, entró en el recinto y regresó al cabo de pocos minutos. Había preguntado qué debía hacer con el prisionero. Le indicaron que le llevara hasta el regimiento Tacna. El auto partió al recinto militar.

Al ingresar al regimiento, el oficial señaló a la guardia que Sotta ya había sido registrado. Eso evitó al ex parlamentario un trámite duro.

Sentado en la banca de madera del Tacna al fin de esa jornada, Sotta tenía una apariencia de fuerza y paciencia bajo su poncho, aún en la oscuridad. Sus ojos captaban las expresiones de los demás. Era gente asustada, que no sabía qué le podía ocurrir.

*

Cerca de la medianoche, tres médicos ingresaron a la oficina en que se encontraban Edgardo Enríquez, Arturo Jirón y Patricio Guijón.

Uno de ellos era de la Armada: un hombre joven. Sin que nadie lo pudiera observar hizo un gesto de simpatía hacia Enríquez. Otro de los recién llegados era el general Luis Veloso, jefe de Sanidad de Carabineros.

—Desnúdese —ordenó Veloso a Enríquez.

El ministro le miró y le dijo:

—No me voy a desnudar.

—¡Se tiene que desnudar!

—No.

Enríquez se sentía consumir de indignación. Veía a Veloso prestándose para vejarle a él y a los demás.

—¡Pero es que yo tengo que dar un informe de la salud de ustedes!

—Pregúnteme, entonces —señaló el ministro.

Le hicieron las consultas verbalmente, lo mismo que a Guijón y Jirón.

*

Enríquez, así como Jirón y Guijón, fueron finalmente sacados de la habitación en que se encontraban.

En el pasillo, los guardias hicieron un alto en otra oficina, para que se uniera al grupo Osvaldo Puccio, que estaba allí.

Los cuatro fueron llevados hasta el hall central del Ministerio. Les habían señalado que irían a otro lugar.

—Yo no me puedo ir sin mis medicamentos para el corazón —señaló Puccio. Yo he tenido un infarto. Los medicamentos que tenía me los quitaron aquí. Y no me puedo ir sin ellos.

El hall estaba copado con prisioneros. La mirada experta de Enríquez descubrió a los oficiales. Estos presidían distintos grupos de interrogatorios.

En ese movimiento se veía violencia y heterogeneidad. La luz artificial le daba un aire crudo y tenebroso a los gestos y acciones, como si fuera la escena de una película implacable, concebida con un ojo cruel.

Había gritos y voces en tono enérgico. Era irreal observar interrogatorios severos, con ayuda de apremios físicos, delante de numerosos detenidos. Enríquez estaba estremecido.

El jefe del Servicio de Inteligencia Militar, general Lutz, apareció ante los cuatro detenidos. Saludó con mucha amabilidad a cada uno de ellos estrechándoles la mano. Hacía como que ignoraba todo lo que estaba más allá de ellos. Enríquez volvió a experimentar su irritación sorda. Todo le parecía una soberana hipocresía.

Lutz escuchó lo que le decían en torno a los medicamentos de Puccio.

Pareció alarmado, como si le hablaran de un asunto de la más extremada importancia.

—Que le traigan los medicamentos al señor secretario del Presidente —ordenó.

Se quedaron de pie.

Los detalles de lo que les rodeaba comenzaron a entrar cada vez con mayor claridad por sus ojos. Un prisionero era interrogado con ayuda de golpes del cañón de un fusil de uno de los grupos.

—¡Habla ahora! —decía uno de los uniformados.

Los oficiales determinaban distinta suerte para los aprehendidos. Los enviaban “al estadio” o “al regimiento”.

Los detenidos partían bajo una lluvia de golpes.

—Letelier me contó en la isla Dawson que los “del regimiento” eran ajusticiados de inmediato. Una confesión arrancada bajo tortura decidía su suerte —asevera Enríquez—. Claro que hubo otros que fueron muertos en el Estadio Nacional.

El ex ministro es un hombre que camina con una visible inclinación del cuerpo, doblado sobre sí mismo. Es un problema de columna. Tiene una voz profunda, capaz de vibrar bajo el influjo de la ira.

Lutz se intranquilizó. Era imposible sustraerse a lo que sucedía frente a ellos. Estaban asistiendo a un espectáculo desagradable. Con un gesto, el general los invitó a pasar a la oficina del cuerpo de guardia y les acompañó.

Aunque ahogados, los gritos e interjecciones del hall llegaban hasta ellos en cuanto guardaban silencio.

Lutz estaba disgustado. Mandó a buscar a un teniente. Este se cuadró ante él.

—¿Qué pasa con los medicamentos del señor Puccio?

—Mi general, los medicamentos del señor Puccio están en el polvorín.

—Que los traigan, pues.

—Es que las llaves del polvorín, señor, las tiene...

Y dio el nombre del encargado.

Debieron aguardar un largo rato.

Apareció un soldado sosteniendo cuidadosamente una almohada sobre sus manos. Sobre esa base blanda, había cuatro pequeños frascos de medicamentos. Soldados con fusiles acompañaban al portador.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó Lutz, encontrando desproporcionado lo que observaba.

—Es que estos frasquitos tienen nitroglicerina, mi general.

Enríquez y Jirón sintieron deseos de lanzar una carcajada. Puccio ingería Trinitrina, un medicamento que contenía una solución al uno por mil de nitroglicerina: era un vasodilatador coronario.

Explicaron a Lutz de qué se trataba.

En ese día amenazante, un día en que sólo había amigos y enemigos y nadie que pudiera no tener partido, y en que para unos y para otros los adversarios eran diabólicos, algún oficial había creído descubrir materiales explosivos en esas grageas de apariencia gelatinosa.

Era muy tarde. Los sacaron al exterior, a la noche. Los subieron a un bus de la Escuela Militar que tenía unos 60 asientos de capacidad. Los instalaron separadamente.

Nadie más ocupaba el vehículo, salvo ellos y sus custodios.

—Al menor movimiento sospechoso, ráfaga con ellos —instruyó un oficial a los conscriptos.

El bus partió hacia la Escuela Militar.

*

En la comuna de San Miguel, los disparos quebraban la noche. Dejaban la impresión de que había muchos enfrentamientos.

Roberto Moreno escuchaba los estampidos.

El teléfono sonó. Moreno fue a atender. Le llamaba Nelson Gutiérrez, miembro de la Comisión Política del MIR. Era uno de los más conocidos integrantes del movimiento. Había sido uno de sus fundadores en Concepción, en 1965. Moreno le escuchó.

Gutiérrez sentía un malestar en la conciencia. Le incomodaba profundamente el hecho de que hubiera gente combatiendo en las poblaciones mientras el MIR estaba replegado, seguro, dedicado a observar.

Esas palabras encontraban un eco en el espíritu de Moreno. Resultaba imposible ignorar las balaceras. Sin embargo, había instrucciones. Moreno señaló a su compañero que todo eso que decía era cierto, pero que combatir no tenía sentido.

Le agregó que la idea ya se había discutido y que había que pasar a la fase de reorganización y de creación de las condiciones para poder seguir resistiendo. Si algún miembro de la Comisión Política era muerto, el hecho retardaría los esfuerzos para entrar nuevamente en acción.

Moreno insistió ante Gutiérrez: lo principal consistía en hacer lo que se había acordado colectivamente y cumplir con rigurosidad las instrucciones que se habían impartido.

Gutiérrez, frustrado, se despidió.

Pero, aún en las condiciones de repliegue, en las casas en que varios de los dirigentes miristas se ocultaban había comenzado a aparecer el miedo.

Había signos mínimos de ello. Era como vivir en un ambiente en que se estaban multiplicando microorganismos que se metían en el cuerpo e iban a inquietar la mente.

Se veía en el rostro de los anfitriones cuando se iban enterando, a través de los llamados telefónicos y de las versiones que se transmitían, acerca de la gran cantidad de muertos y detenidos que se estaban produciendo.

El general Díaz continuaba en sus tareas. Las luces del Ministerio estaban encendidas y brillaban. Esa era la sede de un triunfo.

Los militares sentían todo sometido a su poder, a su voluntad. Díaz sabía que tenían todo en un puño.

A las once de la noche, la telefonista le informó que el embajador de Cuba, Raúl García Incháustegui, se encontraba al teléfono.

Desde la mañana se había registrado un intercambio de disparos entre gente de la Embajada y efectivos del Ejército que habían tendido un cordón en torno a la sede diplomática.

—¿Qué desea? —preguntó secamente Díaz.

—Señor general: han disparado contra nuestros diplomáticos en la puerta de la Embajada. Tengo personal herido.

—Muy bien. Voy a tomar las medidas para enviarle un médico del Hospital Militar para que los atienda.

—No. Yo me las arreglaré.

—Quiere decir que no están tan graves.

—Esa no es manera de contestar.

—Y no es manera de estar jodiendo y hueviando a esta hora —replicó el general.

Colgó el teléfono.

*

El galpón bajo el cual los prisioneros de La Moneda se encontraban en el regimiento Tacna tenía dos de sus costados descubiertos. Por allí entraba, sin obstáculos, el frío nocturno.

La llovizna se había acumulado y se filtraba. Caía en forma de goterones espaciados en algunos sitios.

El detective Carlos Espinoza había quedado junto a Eduardo Paredes en el suelo. Sintió (y los golpes parecían estar a punto de tocarle), cómo el ex director de Investigaciones fue golpeado varias veces.

En uno de los ataques hechos con ojeriza, Espinoza recibió el duro puntapié de un bototo en el cráneo. El hueso de la sien derecha se le hundió ligeramente.

—¡Aníñate ahora, conchadetumadre! —gritaban los soldados a Paredes.

A la una de la mañana, Espinoza fue sacado en compañía de otro detective y tres GAP. Les hicieron pasar por un simulacro de fusilamiento en un rincón del patio. Más tarde, repitieron el escalofriante teatro.

Cuando los militares descubrieron la importancia de Enrique Paris, lo fueron a observar como un pájaro raro. Paris era militante del Partido Comunista y asesoraba a Allende en materias de educación y ciencia. Lideraba lo relativo a las universidades.

En la madrugada, hicieron levantarse a Paris. Le dijeron:

—Usted va a ser ajusticiado. Aquí está el capellán de la Segunda División del Ejército. ¿Querís confesarte? Así te vai a demorar más tiempo.

—No, muchas gracias. No soy creyente —dijo Paris.

Lo sacaron del lugar.

Mucho tiempo después, cuando llegase el momento de rastrear sus últimos momentos, no habría unanimidad entre quienes estaban cerca suyo para decir si volvió esa madrugada, o si nunca más le vieron.

En las horas del sueño profundo, el galpón fue una pesadilla. Uno de los prisioneros pidió permiso para orinar.

—¡Méate aquí, conchadetumadre! —le ordenó un conscripto, y lo obligó a hacerlo a fuerza de puntapiés, en la misma postura en que se encontraba.

Nadie más quiso pedir, esa noche, autorización para ir al baño.

*

En un dormitorio del departamento en que se ocultaba, José Antonio Viera-Gallo despertó sobresaltado. Estaba tendido en una cama. Calculó que eran las 4 de la madrugada. Pepe, el sacerdote dueño de casa, que ocupaba la otra cama, estaba mirando por la ventana. Viera-Gallo se levantó. Fue a observar. Semanas después, cuando recapituló la escena, la volvió a vivir:

“Por la calle van pasando hacia el sur muchos camiones del Ejército con tropas armadas; y, por ambas aceras, camina en fila india el resto de un regimiento, tal vez el Tacna. Cuento los que van a pie: son más de 500. Por un momento, pienso que pueden hacer un registro general en los edificios en que estamos, pero luego me doy cuenta de que van rumbo a San Miguel. Seguramente se trata de un operativo para ocupar alguna fábrica o hacer allanamientos generales en alguna población. Santiago es una ciudad ocupada. En la noche resuena el paso cadencioso y monótono de las tropas. Paso fatídico que anuncia la muerte. Volvemos a acostarnos. Ya no puedo dormir y opto por esperar el amanecer. Todo es una incógnita. Hemos perdido hasta la mínima seguridad que el hombre necesita para vivir. Pienso en tantos compañeros dispersos en Santiago. ¿Qué será de ellos? Comienza a despuntar el alba”.

*

Temprano, en el regimiento Tacna, hicieron desayunar a los prisioneros. Los detenidos formaron filas.

Vicente Sotta, de regreso de haber consumido esa sumaria colación, se cruzó con los prisioneros de La Moneda.

Estos tenían los rostros cubiertos con el polvo del suelo. Sotta levantó el puño y los saludó:

—¡Fuerza, compañeros, fuerza! —les dijo fervorosamente, con voz apasionada.

Los soldados parecían no haber notado su actitud. Ninguno le gritó ni le golpeó.

Sotta había reconocido al economista Jaime Barrios y a Arsenio Poupin dentro del grupo.

Mientras se cruzaban, uno de los integrantes de esa fila, de baja estatura, a quien Sotta no identificaba, se llevó la mano a la sien, en forma de pistola:

—El compañero Allende... —y chasqueó los dedos.

Sotta, cuando regresó a su sitio, habló con unos oficiales. Les indicó que deseaba conversar con el comandante del regimiento. Creía que su rango de ex parlamentario le serviría de algo.

El mensaje le fue llevado al jefe del regimiento, quien se negó a otorgarle una audiencia. El oficial que le entregó la respuesta le añadió que más adelante se volvería a examinar su petición.

Sotta quedó encerrado en una antigua caballeriza impregnada de olor a orines de los equinos. El sitio tenía una larga extensión. Había comederos y también paja.

Un muchacho fue arrojado por los soldados al interior del lugar. Lo habían detenido en el Parque Cousiño. Le acusaban de haber disparado contra los militares. El joven casi no hablaba.

Sotta notó que en el bolsillo de su chaqueta portaba documentos que podían resultar comprometedores en la nueva situación que vivía el país. Tenía la tarjeta de visita de un ministro de la embajada soviética. El funcionario se la había entregado en el curso de un acto de presentación de la astronauta rusa Valentina Tereshkova realizado en casa de Sotta.

Pidió permiso para ir al baño. Rompió la tarjeta, junto con su talonario de cheques, y los dejó ir por el inodoro, tirando de la cadena.

A pocas decenas de metros, los 17 detectives de La Moneda comenzaron a ser llamados. Los uniformados les devolvieron sus placas y documentos de identidad. Les dieron un plato de porotos.

Luego que los policías comieron, se les invitó a lavarse y se les permitió fumar.

Los condujeron a una oficina. El trato era menos severo. Adivinaron que estaban en la antesala de la libertad. Les comenzaron a preguntar algunos datos.

Pero el procedimiento con el inspector Seoane fue algo distinto. Le señalaron que un oficial le tomaría una declaración y que luego le dejarían ir. “Tate, aquí me voy a quedar”, pensó Seoane. Los soldados daban la impresión de haber recibido instrucciones muy precisas sobre él.

Los detectives observaron la llegada de un inspector y un detective de Investigaciones. Comprendieron que los iban a buscar. Uno de los policías que serían liberados se aproximó a Seoane y le pasó su suéter. El inspector le pidió que avisara a su casa dónde se encontraba y que estaba bien.

Los detectives fueron trasladados al cuartel de Investigaciones. A su llegada, los médicos del servicio los examinaron. Fue una comprobación breve, superficial.

Los hicieron pasar a la oficina del director. En el despacho, se encontraban el general Ernesto Baeza, que había asumido la jefatura, y el prefecto Julio Rada.

Había una tercera persona presente: el comandante Sergio Badiola, ex edecán de Allende.

—Señor director —señaló Rada—. Este es el personal que estaba en La Moneda.

Badiola añadió:

—Mi general, esta es gente muy abnegada de Investigaciones. Yo los conozco bien. Tuve el agrado de conocerlos durante el desempeño de mis funciones en La Moneda.

Baeza les observaba. Les indicó que desde el momento en que se había enterado que había personal de Investigaciones detenido había tratado de recuperarlo sano y salvo. Les hizo hincapié en que en ese minuto debían borrar de su cabeza el lugar en que habían servido y lo que habían hecho. Lo pasado, pasado. Se reintegraban al servicio.

Fue una entrevista muy breve. Luego, varios vehículos de la policía les fueron a dejar a sus casas. Quedaron citados para presentarse al día siguiente a las ocho y media, como en cualquier día normal.

*

A las 7 de la mañana del miércoles 12, aún había disparos en torno al Ministerio de Defensa.

El edecán aéreo del Presidente, Roberto Sánchez, entró rápidamente en el edificio y se dirigió a las oficinas del Estado Mayor.

Iba a encargarse de acompañar a los familiares de Allende que iban al entierro del Presidente. Era una comisión que debía cumplir.

La noche anterior lo había llamado a su casa el comandante Sergio Badiola. Le preguntó quién creía que estaría dispuesto a ir a sepultar al Mandatario.

—Yo voy —dijo Sánchez—. Dígame lo que tengo que hacer.

Badiola le dejó esperando unos instantes en la línea. Formuló algunas consultas. Le pidió que al día siguiente, a las 7 de la mañana, estuviese en el Estado Mayor de la Defensa. El vicealmirante Patricio Carvajal le daría las instrucciones.

Tras unos pocos minutos de espera junto al despacho de Carvajal, el Secretario del Estado Mayor, coronel Pedro Ewing, le hizo pasar. Sánchez señaló al vicealmirante que esperaba sus instrucciones.

—Me dijeron que usted quería ir a enterrar al Presidente Allende —expresó el marino.

—Sí, mi almirante, no tengo inconveniente. Dígame usted lo que tengo que hacer.

—En Los Cerrillos, hay dispuesto un avión DC 3, a las diez y media de la mañana, para que vuelen hasta Quintero y desde Quintero lleven el cuerpo a Viña, al cementerio de Santa Inés.

—¿Dónde está el cuerpo?

—En el Hospital Militar. Y usted tiene que ir a buscarlo allá.

—A su orden, mi almirante. Tomo las medidas y me voy al Hospital Militar.

Sánchez salió cerca de las ocho y media del Ministerio. Las ráfagas de balas continuaban. El oficial de aviación se dirigió al hospital en el auto que conducía su chofer.

Ingresó en el establecimiento. Hizo consultas. Se enteró de que el cadáver ya había sido retirado.

Se sorprendió. Fue a la guardia. Le señalaron que habían salido varias tanquetas de Carabineros al mismo tiempo. En una de ellas, iba el féretro. Pero no sabían en cuál.

Asimismo, ignoraban por qué calle habían tomado los vehículos.

Sánchez ordenó a su chofer que bajase hacia el centro por Avenida Providencia, con la mayor rapidez. Ambos iban observando el camino. En Plaza Italia, encontraron una de las tanquetas.

El auto se detuvo al lado del pequeño blindado. Sánchez preguntó a los carabineros si llevaban el cuerpo del Presidente. Los policías pusieron los ojos estrechos. Se achinaron. Respondieron que sólo andaban patrullando.

Sánchez ordenó al conductor de su auto que siguiera por Avenida Vicuña Mackenna hacia Diez de Julio. No se divisaba otra tanqueta. El auto siguió su viaje hacia Los Cerrillos sin encontrar nada.

Cuando Sánchez llegó al aeropuerto, el DC 3 de la Fuerza Aérea estaba con su tripulación lista y preparado para despegar. Pero el ataúd no había arribado aún.

Ya estaban aguardando Laura, la hermana de Allende, y Patricio Grove Allende, sobrino del Presidente e hijo de la hermana mayor de éste, en cuya casa había dormido Laura.

Tras una espera de media hora, la tanqueta apareció por el sector del Grupo 10 y avanzó, cruzando el terminal de la pista. En ese momento, llegó la viuda del Mandatario, Hortensia. La traía en su auto Eduardo Grove Allende. Les acompañaba Jaime Grove Kimber, de 17 años, hijo de Eduardo.

La *Tencha* había alojado en casa del ex presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, Felipe Herrera. Éste vivía en calle El Cerro, en Pedro de Valdivia Norte.

La mujer había llegado allí el día anterior. Herrera guardaba cama. Había sido operado del hemisferio derecho del cerebro por el doctor Alfonso Asenjo, en el Instituto de Neurocirugía. Tenía afectado el lado izquierdo de su cuerpo. Recién comenzaba a levantarse a ratos.

La *Tencha* llegó poco después del mediodía. Herrera ya estaba enterado de la sublevación desencadenada por los militares. Junto a su esposa, Inés Olmo, escuchó un auto detenerse frente a la residencia. Y luego, el timbrazo. La esposa de Allende había llegado acompañada de un médico, un policía de Investigaciones y su chofer.

La *Tencha* contó a los Herrera que esa mañana, al abandonar Tomás Moro para irse a La Moneda, Allende le había ordenado:

—Tú no te mueves de allí.

Ella se quedó en la casa.

Pero, súbitamente, poco después del bombardeo de La Moneda, los aviones de la FACH comenzaron a sobrevolar la residencia.

Había también ruido de helicópteros que rondaban el lugar.

La casa comenzó a vibrar con el eco de sucesiones de disparos de armas de fuego. Los perros, desconcertados o intimidados por los ruidos infernales, comenzaban a aullar. Era el acompañamiento preciso para la desgracia.

Un chofer de la Presidencia de la República se acercó a la *Tencha*. Estaba alarmado ante la posibilidad de un bombardeo. Urgió a la mujer a abandonar el inmueble.

Ella apenas argumentó. Aceptó la exhortación.

El chofer aceró el auto a la puerta de la cocina, para evitar en lo posible a la *Tencha* el peligro de las balas.

La mujer se introdujo al vehículo. Lo mismo hicieron otras dos personas que se aproximaron en ese momento: un detective del grupo asignado a la custodia de Tomás Moro y uno de los médicos del equipo del Presidente, a quien le había sido imposible alcanzar el palacio de gobierno, por lo que, en su defecto, se había dirigido a Tomás Moro.

El auto arrancó con sus cuatro ocupantes.

En medio de un itinerario indeciso, que ponía distancia entre ellos y la casa amenazada, el vehículo fue a dar a Avenida Kennedy. La *Tencha* había descartado la idea de acudir a alguna Embajada. Iba con peluca y anteojos, para disimular su apariencia.

—Vamos donde Felipe Herrera —señaló, e indicó la dirección, que era muy cercana.

Los Allende y los Herrera eran amigos. Herrera había sido candidato a rector de la Universidad de Chile, en representación de la Unidad Popular,

en la elección realizada en abril de 1972. Periódicamente, ambos matrimonios intercambiaban visitas a comer.

El coche llegó frente a la casa de los Herrera, donde se estacionó. En una vivienda vecina, una mujer desplegab una bandera chilena en el balcón, adhiriendo al golpe militar. La *Tencha* pidió que aguardaran. Los cuatro ocupantes del vehículo quedaron unos minutos en silencio, cerciorándose de que no había peligro.

La mujer dio instrucciones al chofer para que bajara y preguntara a la señora de Herrera si ella podía quedarse en la residencia. El conductor volvió con la respuesta afirmativa. Trepó en el auto.

La puerta del garaje se abrió. El auto ingresó con el cuarteto al interior.

Herrera se había levantado ante las noticias de la llegada de la esposa de Allende. Esperaba a la visitante en la puerta, junto a Inés.

La *Tencha* le explicó que venía con otras tres personas. Herrera respondió que podía quedarse todo el tiempo que quisiera, al igual que sus acompañantes.

En el curso de la tarde, Inés recibió la información de que Allende había muerto. Se acercó donde su marido. Se pusieron de acuerdo: tratarían de que Hortensia no se enterase del hecho. Intentarían mantener apagados los radiorreceptores y el aparato de televisión.

Inés conversó con el médico que acompañaba a la *Tencha*. Este se mostró de acuerdo en ocultar la noticia a la ahora viuda del Presidente.

Poco después, telefoneó Alfonso Asenjo. Confirmó a Inés la muerte del Mandatario.

Varios funcionarios internacionales y diplomáticos habían pasado por casa de Herrera o llamado por teléfono. Algunos de ellos ya sabían que la *Tencha* paraba en el lugar.

Eduardo Grove Allende telefoneó. Habló con Herrera. Le informó sobre la muerte del gobernante. Agregó que gestionaría la presencia de la familia en el entierro que, al parecer, tendría lugar al día siguiente, en Viña del Mar.

*

Alrededor de las 19 horas, en su oficina del Ministerio de Defensa, el vicealmirante Carvajal pidió que le comunicasen con Eduardo Grove Allende.

El teléfono sonó en la casa del sobrino del difunto Presidente, situada en calle Polonia.

Grove era un ingeniero textil. Políticamente, le hacía honor a su sangre: militaba en el socialismo. No sólo tenía parentesco con Allende, sino con el extinto Marmaduke Grove, figura legendaria del socialismo chileno, quien también había sido tío suyo.

Carvajal señaló a Grove que le llamaba a nombre de los cuatro miembros de la nueva Junta. Le informó que Salvador Allende había muerto. Añadió que el gobierno había estudiado a quién podría entregar los restos del Jefe del Estado y que había concluido que él era la persona indicada.

Grove accedió.

Había tenido una estrecha relación con Allende. Este, en muchas oportunidades, cuando era senador, le había pedido que le acompañase a entrevistas que requerían de la máxima discreción: como aquella con Jorge Alessandri, en 1958, cuando el Paleta, como se llamaba popularmente al Mandatario, había asumido recién como Presidente de la República.

Allende ingresó por Morandé 80 junto con Grove. Les recibió Hugo Rosende, secretario privado de Alessandri. El senador le indicó:

—Espero que usted tenga la delicadeza de no informar a la prensa sobre esta entrevista.

El Presidente lo había invitado a reunirse con él. Luego, al término de la conversación, Allende contó a Grove que su anfitrión le había pedido que lo ayudara a hacer un buen gobierno y que no le atacara gratuitamente.

Alessandri llegó a afirmar que tenía mucho de socialista. Allende rió. Le dijo que en eso sí que no estaba de acuerdo con él. Añadió que a él, personalmente, no lo atacaría jamás. Pero quería ser leal señalándole que con sus colaboradores y partidarios sería implacable.

Alessandri y Allende tenían una especial relación humana. Del primero siempre se dijo que había estado enamorado de Inés, la hermana del Presidente y madre de los Grove. Y Eduardo Grove había sido testigo de las visitas de Alessandri a ella, cuando moría de cáncer. Recordaba una escena en particular: su madre, consumida y próxima ya a la muerte, mientras Alessandri le tenía cogida una mano y Allende la otra. Por sobre el lecho, los dos políticos hablaban en un susurro.

Pero Grove, luego de aceptar hacerse cargo de los restos del Presidente Allende, planteó a Carvajal que lo haría siempre y cuando el entierro se efectuase en la capital.

Carvajal rechazó de plano la idea. Le indicó que era imposible. Y que el cuerpo sólo sería entregado para que fuera sepultado en el cementerio de Santa Inés, en Viña, en la tumba de la familia Grove. Un avión trasladaría a la urna y los familiares.

—Conforme —cedió Grove—. Lo enterramos en Viña. Pero con la condición de que vayamos por tierra.

Desconfiaba de la seguridad que podía ofrecer algún avión acondicionado precariamente para el transporte del cadáver.

Carvajal le dijo que, en principio, estaba de acuerdo con su solicitud, pero que debía consultar para darle una respuesta definitiva. Quedó de llamarle un rato después.

Fue en ese momento que Grove telefoneó a Felipe Herrera para informarle de la gestión que realizaba.

Carvajal volvió a comunicarse con él. Le señaló que el traslado por tierra no podía ser. Grove le indicó que deseaba ponerse de acuerdo con el intendente de Valparaíso, el almirante Adolfo Walbaum, a quien conocía, acerca de la forma en que se materializaría el funeral.

Carvajal le ofreció una comunicación inmediata con Walbaum. Usaron un sistema trabajoso, pero que funcionó: el ministro de Defensa escuchaba por el teléfono a Grove y transmitía por radio el recado a Walbaum, quien, por su parte, contestaba por la misma vía. Grove escuchaba perfectamente sus respuestas que brotaban de un parlante.

Luego, él y Carvajal continuaron conversando. El ministro le indicó que, para que el funeral pudiera realizarse al día siguiente, necesitaría de un permiso de circulación, lo mismo que los demás familiares. Agregó que le enviaría a su casa personas que le exten dieran las autorizaciones.

Los uniformados llegaron a la medianoche. Tocaron el timbre. Eran dos altos oficiales de la Armada y un tercero del Ejército. Cumplieron el trámite.

A Viña viajarían, la *Tencha*, Laura Allende, los hermanos Patricio y Eduardo Grove y el hijo de éste, Jaime. Eduardo Grove resolvió el viaje de Jaime porque el muchacho era ahijado del Presidente. Quería que guardase un recuerdo del funeral: la última ocasión en que podría ver el cuerpo de su padrino.

Grove ya había llamado a casa de Felipe Herrera, por segunda vez, para avisar que pasaría al día siguiente, temprano, por Hortensia Bussi.

La *Tencha*, por su parte, percibía, de algún modo, que algo terrible había sucedido. La mujer de Herrera seguía velando por ella: advertía de la situación a quienes telefoneaban.

*

Eduardo Grove salió de su casa, con su hijo Jaime, a las 8 de la mañana del martes 12. Su propósito era pasar primero por casa de su hermano Patricio

en calle O'Brien, junto a Vitacura, para entregarle los pases que se le habían extendido a él y a Laura Allende.

Cuando avanzaba en su auto por calle Alonso de Córdova, a punto de llegar a Vitacura, varios soldados le hicieron detenerse.

Se movilizaban en un bus del Ejército estacionado a un costado. Grove y su hijo debieron bajar. Los hicieron apoyar las manos sobre el techo del auto mientras les registraban.

Un capitán comandaba el grupo. Examinó los permisos. Les señaló que los llevaría detenidos, mientras se confirmaban los datos de los documentos, porque éstos carecían de timbre. Sólo tenían firmas.

Grove le explicó quién era él y la tarea que estaba cumpliendo. Y que debía atenerse al horario fijado con el almirante Carvajal y el intendente de Valparaíso.

El capitán le miraba directamente a los ojos. Parecía molestarle el discurso de Grove. Hizo un gesto corto y resuelto: una negativa. Ordenó que padre e hijo fueran subidos en el bus.

El vehículo enfiló hacia el oriente. Cuando llegaba a Tabancura, los militares recibieron una voz de alerta: por el sector se desplazaba un bus ocupado por supuestos carabineros.

El capitán hizo detener el vehículo y bajar a sus hombres, que se desplegaron. Detuvieron la marcha del transporte. Gesto erróneo: quienes ocupaban el bus eran auténticos policías.

Grove observó al capitán de Ejército conversando con un oficial de Carabineros. Cuando el militar regresó, le insistió en su situación. Su argumentación finalmente tuvo efecto en la mente suspicaz del uniformado. Este le señaló que podía irse con los carabineros.

El oficial a cargo del grupo policial le escuchó. Le pidió que subiera al bus. Le trasladó a la Escuela Militar. Allá, el propio director de ese

establecimiento, el coronel Nilo Floody, le hizo extender nuevos permisos, y luego ordenó que una patrulla le condujese de vuelta a su automóvil.

Había pasado una hora desde el momento de la detención de los Grove.

*

La *Tencha* había dormido inquieta, preguntándose por su marido. Los Herrera le habían facilitado sedantes. Inés la despertó a primera hora:

—Prepárate para ir al Hospital Militar, porque Salvador está herido —le dijo.

Le habló con extremada suavidad.

Cuando la *Tencha* iba al baño, sonó el teléfono. La llamaban. Era un amigo suyo. Cogió el aparato. Su interlocutor le dio el pésame por la muerte de su esposo.

Quedó trémula, blanca.

—Inés, Salvador está muerto —musitó, mirando fijamente a la señora de Herrera.

Quizá se negase a creerlo. Porque cuando Eduardo Grove la pasó a buscar y le señaló con el afán de aproximarla a la verdad: “*Tencha*, vámonos para el Hospital Militar”, ella preguntó:

—¿Cómo está Salvador?

—*Tencha*, Salvador murió.

Grove condujo su auto hacia el Hospital. Según el acuerdo a que había llegado con Carvajal, pasaría a buscar el cuerpo de Allende a ese sitio.

Llegaron. Descendieron. Se aproximaron a la gran puerta de hierro custodiada por soldados. La viuda de Allende indicó que iba en busca del cadáver de su marido, el Presidente Salvador Allende.

—No está en el hospital —contestó uno de los centinelas, desde detrás de las rejas.

La *Tencha* se aferró a los hierros, insistiendo. Los militares la miraron, pero no respondieron.

Ella continuó insistiendo. Los guardias eran unas estatuas.

El director del hospital llegó en ese momento. Bajó de su auto. Reconoció a la *Tencha*. Se acercó a ella. Trató de calmarla. Le indicó que los restos de Allende habían sido trasladados más temprano hacia el aeropuerto de Los Cerrillos.

Los deudos de Allende treparon de nuevo al auto. Grove veía cómo transcurría el tiempo. Aceleró.

*

Al llegar al aeropuerto, la *Tencha* y Grove observaron que el DC 3 que transportaría el cadáver de Allende estaba rodeado de soldados. A uno de los uniformados se le escapó un tiro de su arma. El comandante Roberto Sánchez reaccionó:

—¡Tírense al suelo! —gritó, dirigiéndose a los miembros de la familia Allende.

Todos éstos se veían desconcertados. Parecía dominarles cierto embotamiento.

La *Tencha* indicó al comandante Sánchez que quería conversar a solas con él.

El oficial la hizo entrar a un edificio. Ella le señaló que deseaba comunicarse con sus hijas. Le preguntó si sabía donde estaban.

Sánchez asintió. Se lo indicó.

La viuda de Allende telefoneó. Habló con *Tati*.

Le dijo que deseaba que ella y sus dos hermanas la acompañaran a enterrar a su padre.

Su hija le señaló que ninguna de ellas disponía de salvoconducto y que el peligro era muy grande. No había seguridad de poder llegar al aeropuerto. Agregó que su marido y el embajador García Incháustegui casi habían perdido la vida intentando alcanzar la Cancillería.

Evitó dar detalles a través del teléfono, temiendo una intercepción. Su esposo había hablado con ella. Le había relatado cómo los militares les habían convencido a él y a García Incháustegui de abandonar la Embajada para ir a parlamentar. Y cómo, al salir ambos, los habían tiroteado.

Ellos debieron arrojar al suelo, protegiéndose tras unos vehículos.

El Embajador había resultado herido en una mano.

Fernández Oña terminó advirtiéndole a *Tati* que no fuese a ninguna parte, porque los militares podían tenderle una celada para apoderarse de ella.

Por eso, Beatriz terminó señalando a su madre que les sería imposible acudir al aeropuerto y acompañarla al entierro.

La *Tencha* y el comandante Sánchez volvieron a la losa. Todos subieron al avión. El aparato despegó en seguida, con los despojos a bordo. El ataúd iba cubierto con el chamanto de Puccio bajo el cual el cuerpo de Allende había sido sacado de La Moneda.

Los viajeros iban incómodamente sentados, mirándose de frente, con sus espaldas apoyadas en el metal del fuselaje. A un lado estaban Patricio Grove, la *Tencha*, Laura y Sánchez. Al otro, Jaime, Eduardo y un sargento de la FACH.

La urna se hallaba situada entre ellos, al centro de la aeronave. Eduardo Grove había notado que el avión estaba destartado: era un tubo metálico desnudo, inhóspito y lleno de crujidos. El sargento se inclinó hacia su oído. Le dijo que era una vergüenza que el último viaje de un Presidente de Chile se realizara en un aparato en tan malas condiciones.

De vez en cuando, Sánchez se levantaba e iba a la cabina de los pilotos, para enterarse de lo que les faltaba recorrer. Luego, comunicaba en pocas palabras a los viajeros la información.

En Quintero, descendieron en la pista de la base de la FACH. El avión enfiló para su aterrizaje desde el mar. Un carro funerario de la Armada y dos automóviles esperaban. La *Tencha* quiso asegurarse de la identidad del cuerpo que enterrarían. Levantó la tapa del féretro. Pero un trozo de tela blanca impedía observar a través de la pequeña ventanilla el rostro del cadáver.

Se le dijo que luego podría contemplarlo. Pero, para evitar un nuevo intento de la viuda, el ataúd sería sellado.

Había una orden terminante para impedir que alguien viese los restos del Presidente.

El pequeño cortejo motorizado se dirigió hacia Viña del Mar por el camino alto que arrancaba desde Concón, y que en el curso de su trayectoria pasaba a un costado del cementerio de Santa Inés.

Al pasar junto a los grandes edificios populares del cerro, cerca del camposanto, alguien reconoció a Laura Allende. Se corrió de inmediato la voz: iban a enterrar al Presidente.

En el cementerio, esperaban el intendente Walbaum y algunos oficiales navales. Varios hombres de seguridad se paseaban por los alrededores, vigilantes.

Walbaum y sus acompañantes intentaron saludar a la *Tencha* y Laura. La viuda les hizo una simple inclinación de cabeza. La hermana del difunto Jefe del Estado les ignoró.

Los familiares de Allende se sentían sumergidos en la irrealidad. Les había resultado extraña esa ciudad prácticamente inmóvil, y la ausencia casi total de vehículos y personas durante el trayecto desde Quintero.

No hubo responso. El féretro fue introducido en el mausoleo de la familia Grove. Los familiares del Presidente y el edecán Sánchez lanzaron un puñado de tierra sobre la urna.

La viuda de Allende había cogido unas flores en los alrededores de la tumba. Las arrojó sobre el féretro y dijo:

—Que todos sepan que aquí yace el Presidente constitucional de Chile.

No había llorado. Se había propuesto no quebrarse delante de sus enemigos.

A la salida del cementerio, notaron un grupo de gente contenida, a alguna distancia, por marineros armados. Eran los habitantes del sector, que habían querido estar presentes en ese inesperado funeral.

La *Tencha* dijo, en voz alta, que quería pasar por el palacio presidencial del Cerro Castillo. Quería retirar algunas pertenencias familiares. Fue un deseo dicho de modo desafiante, cortante.

La petición le fue transmitida al almirante Walbaum. El marino intentó comunicarse con Santiago, para plantear la solicitud y recibir alguna instrucción.

La respuesta tardaba. Walbaum tomó una decisión. Bajo su responsabilidad, autorizó la visita.

La caravana partió. La *Tencha* y sus familiares estuvieron apenas un cuarto de hora en el lugar. La viuda cogió sólo algunos juguetes de madera de su nieto Gonzalo Meza Allende y unas cuantas fotografías. Comenzaba a sufrir teniendo en sus manos, ante su vista, objetos que ya habían echado raíces dolorosas y palpitantes en el pasado. Eduardo Grove se emocionó observando a la mujer juntar esos juguetes tan simples, que habían cobrado un significado melancólico.

Treparon a los autos y regresaron a Quintero. La marcha fue rápida. Se reemprendió el vuelo de regreso.

Desde Los Cerrillos, Sánchez se dirigió al Ministerio de Defensa. Subió al despacho de Carvajal y le dio cuenta del cumplimiento de la orden.

Conservaba en su bolsillo la llave de la estantería de La Moneda que le correspondía, como edecán, para guardar sus pertenencias personales. Se la entregó al marino. Fue un gesto de automática prudencia. A veces, los reglamentos podían tener insospechadas vueltas.

*

Mientras sus colegas de la policía se retiraban del regimiento, Seoane fue conducido a otra caballeriza.

En el lugar se encontraban cuatro jóvenes detenidos por infracción del toque de queda. Había varias lonas dobladas. Parecían pertenecer a camiones.

La tarde pasó con lentitud. Cuando vino la noche, Seoane y los muchachos se metieron entre las lonas, buscando calor. Al inspector le fue imposible dormir. Pensaba en el día siguiente y en lo que podía esperarle.

Por la mañana, el oficial con la herida al cuello que había visto fuera de La Moneda apareció acompañado de un sargento. Tenía un pequeño vendaje bien colocado. Pasaron a ver a los detenidos provenientes del palacio de gobierno.

Los militares llevaban consigo alambres de cobre forrados con cubierta de plástico verde. Golpearon a los prisioneros.

Seoane y los jóvenes fueron enviados a limpiar letrinas. La multitud de prisioneros las había dejado inmundas. Seoane intentaba transformarlas en un espejo. Tras asearlas, les pasaba la mano, como si se tratara de bronce o plata. Temía que le golpearan.

Un hombre fue a interrumpirle en su tarea. Iba vestido con un terno gris pizarra a rayas y con una pechera de cuello alto color naranja similar a las que los soldados habían usado el día anterior en sus uniformes como signo de identificación.

Le llevó donde se encontraban los prisioneros de La Moneda. Habían sido emplazadas ametralladoras para vigilar lo que se estaba realizando.

Los conscriptos comenzaron a amarrar a los detenidos con alambre galvanizado. Con alicates, lo daban vuelta y lo cortaban. Los prisioneros quedaban con las manos a la espalda y los pies inmovilizados.

Observó cómo llevaban a Arsenio Poupin para ser amarrado.

Seoane también sufrió el tratamiento. Tenía puestos unos botines de caña corta. Se los abrieron para poder cumplir la operación.

Eduardo Paredes estaba frente a una mesa donde, previamente, se le iba preguntando los datos personales. Le preguntaron el nombre.

—Eduardo Paredes.

—¡Vos te llamai *Coco* Paredes!

—*Coco* Paredes.

—¡No! Eduardo Paredes.

Todos quedaron sobre el suelo, como sacos. Habían agregado a un par de jóvenes detenidos en el Parque O'Higgins y a un hombre grueso, de traje gris, que no articulaba palabra. Le acusaban de haber hecho resistencia armada y estar relacionado con la imprenta Horizonte, del Partido Comunista.

Posteriormente, llegaron unos camiones. Se estacionaron junto al grupo. Los soldados comenzaron a preguntar por cada uno según las listas.

Los cuerpos eran arrojados en los vehículos. Seoane escuchó la voz de Enrique Huerta, intendente de Palacio, quejándose del peso de los demás, que le ahogaban.

Desde la caballeriza, Sotta había percibido la llegada de los camiones y luego golpes sordos, como de bultos.

Uno de los conscriptos que estaba de guardia le había entregado, subrepticamente, palabras de aliento. Parecía ser un simpatizante de la izquierda.

Los camiones partieron.

Pocos minutos después, el conscripto, en un momento en que nadie lo observaba, volvió a acercarse a Sotta. Le susurró que los camiones habían sido cargados con los prisioneros de La Moneda y que se los habían llevado a Peldehue, para fusilarlos.

El ex parlamentario quedó consternado. Pensó en Poupin y los demás.

Un oficial que en ese momento no estaba de servicio llegó a hablar con Sotta. El militar le demostró simpatía. Le indicó que su mujer era una de las funcionarias del Ministerio de Educación que habían sido detenidas. A Sotta le dio la impresión de que quería hacer un paralelo entre su situación personal, supuestamente afectada por lo de su esposa, y la de los que estaban sufriendo privación de libertad.

Pero era una comparación absurda.

Sotta aprovechó la oportunidad para plantearle lo que le había contado el conscripto, aunque sin mencionar a éste.

—¡Jamás! —exclamó el oficial. —Yo jamás permitiría una cosa así.

*

Seoane, amarrado como un paquete, había quedado demolido por la escena del cargamento de los camiones con los prisioneros.

Estaba trémulo. Si le hubiesen ordenado que no respirara, habría dejado de hacerlo.

Tras la partida de los vehículos con su carga humana, le habían llevado de vuelta al galpón de las lonas, arrojándole allí. Dos soldados quedaron vigilándole.

El oficial de la herida en el cuello fue por él.

—¿Usted es don Juan Seoane? —le preguntó.

—Sí.

—Lo vamos a llevar para un interrogatorio. ¿Se va a portar bien?

—¿Cuándo me he portado mal?

—Entonces le vamos a cortar el alambre de los pies.

Hicieron funcionar el alicate. Le condujeron hasta la misma sala donde habían estado el día anterior, antes de ser liberados, los demás policías.

Había tres personas de civil sentadas tras un escritorio. Seoane fue instalado en una silla, al frente. Otros dos hombres quedaron detrás del inspector.

Comenzó un interrogatorio que iba desenvolviéndose al estilo policial: nombre, edad, lugar de nacimiento, tiempo de servicio en Investigaciones, cargo. Parecía una rutina.

Luego le preguntaron por las armas en La Moneda: los lanzacohetes y los fusiles AKA. ¿De dónde habían salido? ¿Quién estaba a cargo de ese arsenal? Seoane trataba de dar respuestas lógicas, verosímiles, que no fueran interpretadas como un intento de despistar.

—Claro que había armas en La Moneda —indicó.

—¿Y por qué no las denunció?

Seoane usaba su experiencia, su conocimiento de los hechos sobre los que se le interrogaba, para sortear las preguntas y responder.

—Es que mi jefe, mi superior, era el director general de Investigaciones. Y él es un elemento político colocado por el Presidente de la República. ¿Qué sacaba yo con decirle que había armas, que el Presidente tenía armas?

“Además, estas armas no sólo las conocía yo. Nunca viví en Tomás Moro. Sin embargo, muchas más posibilidades que yo de estar allí tuvo el edecán militar, los edecanes”.

Seoane no era de esos policías de cara dura o expresión astuta o taimada. Tenía unos ademanes y una mirada abierta, con un brillo sincero.

Le interrogaron sobre el Plan Zeta. Se lo explicaron: era una planificación izquierdista para eliminar físicamente a los dirigentes políticos y personeros importantes que pudieran oponerse a una toma del poder total por parte de la Unidad Popular.

—Pero, ¿de qué Plan Zeta me están hablando? No tengo idea del Plan Zeta.

“Yo les puedo hablar de las cosas que hay. Soy un profesional y tengo 20 años de servicio”.

Señaló que realizaba su trabajo dentro de determinados límites, en su ámbito funcionario, de manera que ¿en qué Plan Zeta podía estar metido él? Era un profesional respetable. Además, no militaba en ningún partido ni formaba parte de ningún aparato paramilitar.

Le exhibieron fotografías de los GAP. Todos esos guardias empleaban nombres falsos (chapas en el lenguaje de los entendidos) o apelativos. Seoane sólo había conocido por su verdadera identidad a uno de ellos: Wagner Salinas, que había sido campeón nacional de boxeo. No pudo decir nada acerca de cómo se llamaban esas personas.

El interrogatorio duró un par de horas. No lo golpearon. Sólo preguntas y respuestas.

Casi al final, pidieron el alicate y le cortaron el alambre que le inmovilizaba las manos. Le ofrecieron una taza de café y un cigarrillo. Cuando terminaron con él, y quedó listo para retornar a su cautiverio, le amarraron las muñecas con una corbata, pero sin apretarla demasiado.

Le fueron a dejar a otra caballeriza. Había muchos camastros con paja encima. Se encontró con Vicente Sotta.

Seoane, ante esa mirada de solidaridad, no pudo contenerse más. Comenzó a llorar. Sotta le abrazó:

—Lo que ha sufrido, compañero.

Dos soldados que vigilaban con sus armas en la mano les estaban observando, pendientes de sus movimientos.

Sotta se dirigió a ellos, en voz alta:

—¿Por qué no le van a conseguir una taza de café y un plato de comida al compañero?

Seoane lo miraba como un salvador, como el único que podía confortarle. Sotta le hizo recostarse.

—Duerma, duerma. Yo voy a velar por usted.

El inspector dormitó un rato. Luego llegó un oficial. Seoane estaba con los ojos abiertos. El militar le miró y le dijo:

—Lo vienen a buscar, así es que, ¿por qué no se arregla un poco?

Notas

¹ Personaje protagónico de una teleserie inglesa de terror que durante esa época se transmitía en Chile con gran éxito. Los opositores bautizaron así a Vergara por considerar que se parecía al actor que encarnaba a Barnabás y porque éste era el principal “malo” de la película.

² Oficial de Ejército que posteriormente participaría en los preparativos del asesinato del ex canciller Orlando Letelier perpetrado en Washington en septiembre de 1976 por instrucciones de la DINA, según determinó la justicia norteamericana. Fernández Larios confesó ante los tribunales estadounidenses el papel que le correspondió jugar.

EPÍLOGO

JUAN SEOANE

Cuando le llevaron al baño del regimiento para que se aseara un poco, el inspector Seoane sólo pudo echarse agua en la cara como si sus manos fuesen un par de espátulas. Los dedos no se le doblaban. Los tenía rígidos. Sus nervios cubitales habían sido afectados.

Le transportaron al edificio del cuartel de Investigaciones. Lo examinaron físicamente.

Muy poco después, el 18 de septiembre, lo dieron de baja. Desde esa época, está prohibido su ingreso a todos los recintos de Investigaciones del país.

CARLOS BRIONES

Un bus trasladó a los prisioneros de primer rango que se encontraban en el Ministerio de Defensa el día 11, hasta la Escuela Militar.

El general César Raúl Benavides, quien tenía su puesto en esos vastos edificios inconclusos de la Escuela, envió un par de veces por Briones a su habitación. El pequeño ex ministro era despertado por quienes le iban a buscar.

Benavides le esperaba con café en su despacho. Le preguntó por el Plan Zeta. Señaló a Briones que le reconocía un pensamiento distinto a los extremistas. Tenía una carpeta con discursos y recortes de periódicos que consignaban los planteamientos de su prisionero.

Esa fue la razón para que no lo enviaran a la isla Dawson, en los fríos del sur, cerca de Punta Arenas, con los demás ex altos funcionarios.

En uno de esos trayectos, hacia la oficina de Benavides, descendió con el oficial y los soldados hasta la planta baja. Cruzaron por corredores abiertos. El oficial le señaló:

—No mire aquí en los pasillos.

Pero Briones observaba por el rabillo del ojo. Veía lo que le parecieron algunos cadáveres y también personas heridas. Los cuerpos estaban tendidos o yaciendo en los patios.

Briones estuvo luego seis meses bajo arresto domiciliario.

INGESTIÓN A LA FUERZA

Desde el Ministerio de Defensa, el joven estudiante de Derecho Osvaldo Puccio fue llevado al regimiento de blindados situado en Santa Rosa, cerca de Avenida Matta. Había sido la sede del regimiento Maturana.

Lo dejaron en una pieza, para ser objeto de interrogatorio. Un teniente le preguntó:

—¿Dónde hace Allende sus reuniones clandestinas con el GAP?

—Excúseme, teniente, pero ¿para qué Allende va a hacer reuniones clandestinas con el GAP si anda todo el día con ellos metidos en el auto?

—Ah, ¿estai pichulero, huevón?

Sus interrogadores le propinaron una golpiza. Le arrancaron el bigote y le obligaron a comérselo.

Más tarde, le pidieron el teléfono de su casa para avisar a su madre que se encontraba bien. Puccio se lo proporcionó.

Esa noche y las siguientes, estuvieron llamando a la mujer. Le indicaron que, si tenía alguna influencia, la usara, porque su hijo iba a ser fusilado. En

uno de esos telefonazos anónimos, le avisaron que fuera a retirar el cadáver, porque el muchacho ya había sido ejecutado.

INTERROGATORIO SOBRE SEXO

En el Ministerio de Defensa, de regreso del entierro de Allende, el comandante Roberto Sánchez fue informado que Verónica Ahumada estaba entre las personas detenidas en el edificio.

Sánchez la conocía bien. Se topaba a cada momento con ella en La Moneda. Bajó hasta el lugar de la reclusión. Saludó con un abrazo a la muchacha. Le señaló que trataría de ponerse en contacto con su familia.

En cuanto tuvo oportunidad, lo hizo.

Verónica y Cecilia Tormo fueron informadas que se les sometería a interrogatorio. Ese anuncio, fuese cual fuese el tono con que se decía, era suficiente para desencadenar pensamientos obsesivos, con la persistencia de las olas.

Tres miembros del Servicio de Inteligencia Militar llevaron a cabo, esa noche, la sesión de preguntas y respuestas, en uno de los pisos superiores del Ministerio.

Primero ingresó a la sala, Cecilia.

Cuando le tocó el turno a Verónica, la periodista, al entrar, observó varias armas sobre una silla.

Le preguntaron su nombre y sus actividades en La Moneda. Ella respondió que era periodista y les describió su trabajo diario, toda la rutina, con la preparación de un resumen de prensa para el Presidente.

Le interrogaron acerca de su militancia. ¿Era socialista? Ella asintió. ¿Había disparado?

—No.

Le mostraron las armas que estaban en la silla. ¿Las reconocía? Contestó negativamente.

Le preguntaron si era efectivo que había viajado dos veces a La Habana y que había recibido adiestramiento guerrillero. Verónica señaló que había estado en La Habana, sí, pero dentro de una comitiva de periodistas, y que jamás había recibido instrucción alguna allí. Sólo la habían invitado a conocer las instalaciones del diario *Granma* y de la agencia Prensa Latina, así como aspectos de la producción cinematográfica cubana.

Los uniformados le hicieron un comentario: no sabían qué hacer con ella y Cecilia Tormo.

Las llevaron otra vez hacia abajo. Pero no las hicieron retornar al subterráneo, sino que las dejaron en una sala de espera.

La puerta abierta les permitía observar el paso de uniformados y otras personas. Vieron cruzar delante de la entrada a varios prisioneros izquierdistas que conocían: Mario Céspedes, profesor universitario, y Benjamín Teplizky, alto dirigente del Partido Radical.

Les ofrecieron café. El día anterior, en su encierro en el subterráneo, no habían aceptado nada. Esta vez, lo hicieron. El gesto de los soldados las alentó. Pidieron la oportunidad de hablar por teléfono. Les permitieron usarlo.

Tuvieron una sorpresa. El padre de Verónica apareció en el lugar. Les llevaba sandwichs y cigarrillos.

Varios soldados fueron a buscar a Verónica. Ella dejó su lugar de detención con una inquietud profunda. La llevaron hasta una oficina donde había dos uniformados.

Ella, desde sus 23 años, los vio como un par de viejos de 60 años o algo así. Estaban en tenida de combate, lo que impedía determinar a qué rama de las Fuerzas Armadas pertenecían.

Tenían apariencia seria, pero cuando comenzaron a formular preguntas, le parecieron a la muchacha un par de sucios interrogadores. Sus consultas eran desagradables e intencionadas.

Uno de ellos le dijo que a Allende siempre le había gustado trabajar con jovencitas como ella. Le preguntó si había sido amante del Presidente. Si el auto que tenía se lo había regalado Allende.

Ella lo negó.

Los uniformados siguieron. ¿Había participado en fiestas en El Cañaveral? ¿En las de Tomás Moro?

Respondió que sí, que había participado en celebraciones en Tomás Moro: fiestas de Navidad en las cuales se reunía el personal y sus familias y durante las cuales Allende entregaba regalos.

—¿Cuántas veces te acostaste con Allende? —preguntó uno de los interrogadores.

Verónica respondió que tenía una visión de Allende que era la de un padre. Que nadie ignoraba que el Presidente tenía aceptación entre las mujeres, pero que con ella jamás había tenido una insinuación de ese tipo.

—¿Por qué te quedaste en La Moneda?

Dijo que ella cumplía con una labor periodística y que su lugar era ése. Que tenía muy claro lo que le habían enseñado en la Escuela de Periodismo en cuanto a estar donde debía: en el teatro de los hechos.

El día 13, le señalaron que podía volver a su casa, pero bajo arresto domiciliario, y que su padre la iría a buscar a las 11 de la mañana.

Los anuncios se cumplieron. Mientras se dirigía a su hogar, su progenitor le indicó que la vivienda había sido allanada dos veces: una por Investigaciones, y otra por la Fuerza Aérea. Y que su automóvil había sido incautado por la FACH.

Su padre estaba tenso por ella. Le dijo que debía salir inmediatamente del país.

—Hay que tratar de conseguir un papel en el Ministerio de Defensa que certifique que ya estuviste allí —señaló a Verónica.

El mismo concurrió a la Secretaría de Estado y obtuvo el documento.

Pero no fue necesario utilizarlo. El día 14, en un avión, Verónica partió a Buenos Aires. En Pudahuel, la Policía Internacional no le preguntó nada.

CAMBIO DE MANDO

El 12 de septiembre, el general Jorge Urrutia telefoneó al general César Mendoza desde su oficina de la Dirección General de Carabineros. Preguntó a éste cuándo podría hacerse cargo formalmente de la máxima jefatura institucional. Mendoza le respondió que al día siguiente.

El general Mendoza le llamó más tarde para indicarle que la ceremonia se realizaría a las 11 horas en la oficina que ocupaba Urrutia.

El acto fue breve.

Los generales que habían asistido se pusieron a conversar luego de esa investidura efectuada sin ninguna solemnidad que impresionara.

Arturo Yovane señaló al general Alfonso Yáñez:

—A ti te tengo propuesto para ministro del Interior.

La cúpula de Carabineros conversaba animadamente sobre el cambio de dependencia del cuerpo. En adelante, estaría subordinado al Ministerio de Defensa, dejando atrás su ligazón tradicional con el Ministerio del Interior.

—Somos fuerza armada —dijo un general, con visible satisfacción.

Urrutia se sintió avergonzado, ruborizado, por la expresión de ese anhelo que era, a la vez, un complejo siempre latente. Nunca habían faltado oficiales que habían querido militarizar a Carabineros en lugar de que continuara como esa entidad más civil, más amable, más exenta de rigidez ante las flaquezas y realidades humanas que siempre había sido.

Después Urrutia se acogió a retiro.

GENERAL CARLOS PRATS

El día 12, el joven Gonzalo Rodríguez notó la tristeza y preocupación que habían pintado de gris el rostro y expresión del general Carlos Prats. El ex comandante en jefe del Ejército, girando en círculo por su pesadumbre, se mantenía permanentemente escuchando las noticias.

Se paseaba por el living comentando el horror de los acontecimientos y su significado.

—¡Cómo se fueron a meter en esto! —decía, fumando sin cesar.

Decidió comunicarse con Pinochet. Telefonó a las oficinas del Comando en Jefe del Ejército. Dejó un recado: que se informara a Pinochet que deseaba salir del país y que solicitaba un salvoconducto y garantías.

Le señalaron que entregarían el mensaje al general.

El día 13, Gonzalo y Cecilia, la hija de Prats, se dirigieron a la residencia del comandante en jefe, ahora semivacía, a retirar algunos objetos.

En la casa, alguien les informó, en un susurro, que el guardaespaldas de Prats había sido amenazado de muerte si continuaba cumpliendo su labor de proteger al general. El informante les añadió que era inconveniente que Prats siguiera conduciendo su automóvil, porque las características del vehículo eran muy conocidas.

Inmediatamente, Rodríguez y el doctor Víctor Castro, yerno de Prats, avisaron telefónicamente al ex comandante en jefe que no saliera de casa de sus padres, donde se encontraba en ese momento. Ellos le irían a buscar.

Castro volvió con Prats a casa del general Ervaldo Rodríguez.

El día 14, Pinochet pidió por teléfono a Prats que hiciera una declaración por televisión puntualizando que no comandaba ningún ejército rebelde, como decían los rumores que circulaban a través del país.

Añadió que, con esa aclaración, podría obtenerle el permiso que necesitaba para ir al extranjero. En cambio, si no la hacía, sería difícil lograr de la Junta la conformidad para su salida.

Prats supo que la autorización era muy cuestionada por los almirantes José Toribio Merino y Patricio Carvajal.

Luego le visitaron el general Rigoberto Rubio, secretario del Comando en Jefe, en quien él tenía confianza, y el mayor Osvaldo Zavala, ex oficial de órdenes suyo. Definieron los detalles del viaje y la declaración por televisión.

Le habían pedido que leyera el texto ante las cámaras en casa de su hija Angélica, pero el general se negó, porque podía poner en peligro a los ocupantes de la residencia. No quería involucrar a su familia en el episodio. Pidió que el lugar fuese la Vicaría General Castrense.

A las 13,30 horas, una patrulla militar lo pasó a buscar para trasladarle a la Vicaría. Allí grabó su intervención.

Prats tomó esa tarde té con su familia, para despedirse.

Manifestó su temor por la forma en que los nuevos gobernantes pudieran hacer uso de la declaración formulada por él. Señaló que si la daban completa, creía no tener problemas para irse al día siguiente. Pero si la presentaban cercenada, quizá se produjesen dificultades y él tuviera que pedir asilo.

El mensaje fue difundido sin cortes. En él, Prats señaló que estaba marginado de toda actividad oficial y política desde el momento en que había renunciado a la comandancia en jefe del Ejército y que no pretendía dirigir ningún movimiento de resistencia, porque no iba a contribuir a ningún derramamiento de sangre entre hermanos.

La tristeza de Prats crecía. Su hija Sofía esperaba un hijo y él no podría estar presente. Era otra aguja en el corazón.

El día sábado 15, un vehículo militar con escolta le condujo al aeródromo de Tobalaba, luego que Prats se despidió de su mujer y de su hija soltera. Trepó en un helicóptero Puma del Ejército. Iba hacia Portillo, a uno de los puestos fronterizos cordilleranos con Argentina.

A las 7,15 horas de la mañana, desde el patio de su casa, Angélica y su familia vieron pasar el aparato. Era una mañana vacía: les había desgarrado el alma, dejándola con sabor a papel.

En Portillo, aguardaba a Prats su antiguo chofer con su auto particular. Cruzó hacia el puesto argentino de Caracoles.

Prats miró hacia lo que quedaba detrás suyo: ¿volvería alguna vez?

Nunca pudo hacerlo. El 30 de septiembre de 1974, en Buenos Aires, una bomba colocada bajo su automóvil, en el garaje del edificio donde habitaba, hizo volar en pedazos a él y su mujer. El crimen fue atribuido a la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, de Chile, pero no se pudo probar fehacientemente su autoría.

DOCTORES ARROYO Y SOTO

El miércoles 12, Oscar Soto escuchó a través de la televisión que figuraba en una de las listas de quienes tenían que presentarse en el Ministerio de Defensa.

Decidió cumplir con la convocatoria.

Todavía se encontraba en el departamento de Patricio Arroyo. Este intentó disuadirlo. Pero Soto partió.

Tomó el ascensor, bajó y salió de la torre. Se acercó a la primera patrulla militar que vió, tal cual instruía el bando. Se identificó. Fue conducido al Ministerio, a siete u ocho cuadras de distancia.

Poco rato después, llamó desde la torre 3 el doctor Danilo Bartulín. También estaba en la lista de requeridos. Deseaba conocer cuál iba a ser la actitud de Soto. Cuando supo que Cacho ya había partido, él hizo lo mismo.

Cerca del mediodía, el doctor Soto estaba de regreso. Contó a Arroyo que le habían interrogado. Cuando se encontraba en el Ministerio, se había topado con un militar conocido suyo. Probablemente gracias a ese oficial, le habían dejado en libertad.

Soto, con ese paso tan breve por el Ministerio, se había dado cuenta que su situación podía tornarse peligrosa. No era ninguna fiesta lo que se estaba viviendo cuando se caía bajo la sospecha o la suspicacia de los militares.

Decidió asilarse en alguna embajada. Habló con su familia y comunicó su decisión.

El jueves 13, cuando se levantó momentáneamente el toque de queda, partió hacia la Embajada de México. Su familia le esperaba allí, de acuerdo a las instrucciones telefónicas que él había dado.

Bartulín, en cambio, no regresó. Había quedado detenido en el Ministerio.

Soto se dirigió tiempo después a España, al exilio. Bartulín, tras diversas penurias, también logró salir al exterior.

Arroyo trabaja en Santiago y se le ve en tareas de la Federación de Colegios Profesionales, intentando terminar cuanto antes con ese régimen que le tocó ver nacer desde la misma Moneda.

ACTA DE ENTREGA

Raúl Montero no parece muy deseoso de recordar; o, al menos, de hacerlo en voz alta.

Es el invierno. Está ligeramente encogido sobre sí mismo, fumando, en una oficina desprovista de calefacción, sin sacarse su grueso abrigo azul marino. Hay en él una renuencia a admitir que había sido sobrepasado en los últimos meses de gobierno de Allende y que el almirante Merino actuaba con el aire de jefe de la Armada ante la cúpula de la Marina.

El día 13, en su casa de comandante en jefe, recibió un llamado telefónico desde el Ministerio de Defensa.

Le avisaron: le irían a buscar para que fuera a hacer entrega oficial de la comandancia en jefe. Le recomendaron que fuera vestido de civil por su propia seguridad, porque había muchos tiroteos.

Poco después llegó el auto enviado por él. Descendió un oficial de la Armada. Montero subió al vehículo. Iba de civil. Eran cerca de las 11 de la mañana.

En las inmediaciones del Ministerio había baleos.

El ascensor subió con Montero y su acompañante al séptimo piso. Caminaron hacia la oficina de la comandancia.

El almirante Merino aguardaba a Montero junto a su ayudante. También se encontraba en la habitación el almirante Hugo Cabezas, jefe del Estado Mayor de la Armada.

Montero y Merino se trataron de una manera fría y deferente. La situación era rígida. Montero se sentó en el sillón de su escritorio: el puesto del comandante en jefe. Merino se instaló frente a él.

Montero se explayó acerca de algunos de los puntos del acta de entrega del cargo que estimó necesario desarrollar. Se refirió a todas las operaciones o planes de importancia que la institución estaba llevando adelante.

Pidió agregar un anexo al documento: un acta de entrega de los 65 mil dólares de fondos reservados.

Agregó que lo que no estuviera expresado en el acta lo conocía perfectamente el almirante Cabezas.

Montero indicó a Merino que iba a dejar a la brevedad la casa de la comandancia. Le indicó que su residencia en Viña había sido afectada por el terremoto y la estaba reparando, por lo que no podía trasladarse allí aún.

Merino le respondió que, en todo caso, no iba a ocupar la casa de la Marina, porque le parecía demasiado expuesta y vulnerable.

Tenía una expresión alargada y aguzada, como la de un pájaro, y levantaba ligeramente la barbilla.

Merino iba a cumplir lo que se proponía. Porque luego se trasladó desde la casa que estaba ocupando en la Quinta Normal a una ubicada en Francisco de Aguirre, cerca de la Avenida Vitacura, que quedó como residencia oficial del comandante en jefe de la Armada.

En esa misma vivienda pararon, en los primeros tiempos, los ministros de Estado que pertenecían a la Armada. Los fines de semana, todos iban a Valparaíso, a ver a sus familias. En una oportunidad, recibieron en una cena al presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano.

Montero y Merino se miraron. El cambio de mando en el Ministerio finalizó tan glacialmente como había comenzado. Duró unos diez minutos.

Montero bajó y partió de vuelta a casa.

EL CARDENAL Y SU SECRETARIO

El día 13, el cardenal Raúl Silva Henríquez recibió a un mensajero de alto rango de la Armada.

El enviado le señaló que el nuevo gobierno quería seguir manteniendo las mejores relaciones con la Iglesia Católica y que, a través suyo, le entregaba sus más plenas seguridades que se iba a esforzar en ese propósito.

El mismo recado se le iba a comunicar al presidente de la Corte Suprema y al contralor general de la República.

La idea de realizar estas visitas aprobadas por la Junta había sido de la Armada. El propósito era tranquilizar a los destinatarios; inspirarles confianza en la gestión de la Administración que surgía.

El gesto mezclaba la buena voluntad con la buena crianza.

El cardenal miró al oficial de alto rango que le estaba comunicando las intenciones del gobierno militar. Señaló que le interesaba prioritaria y angustiosamente el respeto a la gente. Las seguridades para la Iglesia le parecían innecesarias. Pensaba en los casi dos mil años de existencia de la institución y en que, verdaderamente, nadie había podido destruirla.

Al día siguiente, jueves 14, el secretario del prelado, Luis Antonio Díaz, llegó al Ministerio de Defensa alrededor de las ocho y media de la mañana.

Llevaba en su mano la declaración elaborada por Silva Henríquez y un reducido número de obispos durante los días 12 y 13. Hasta donde sabía, nada se podía publicar en los periódicos sin haber recibido previamente el visto bueno de la Secretaría de Prensa de la Junta.

Díaz, que era también director del Departamento de Opinión Pública del Arzobispado, fue recibido por el nacionalista Álvaro Puga, a quien acompañaba un comandante de la Armada.

Puga se mostró agresivo y seco. Usaba anteojos y tenía contextura más bien corpulenta. Comenzó a preguntar a Díaz qué tipo de cura era. Criticó a su primo Mariano Puga: un sacerdote proveniente de la clase alta que se había transformado en uno de esos religiosos que vivían y trabajan entre la gente pobre, como curas obreros.

Díaz le señaló que llevaba consigo una declaración de los obispos, y que deseaba autorización para publicarla.

Puga la cogió, la leyó en silencio y comenzó a tarjar varios párrafos, sin ocultar para nada sus gestos.

—No me gusta —dijo—. Hay que hacerle varias correcciones.

—No soy el llamado a estar aceptando correcciones, porque no le puedo enmendar la plana a los obispos. Voy a llamar al señor cardenal, para ver qué le parece a él.

Díaz había enrojecido. Le dominaba el disgusto. Telefoneó a Silva Henríquez. Le dijo:

—Mire, don Raúl, aquí quieren censurar varias partes de la declaración, para que pueda ser publicada.

Trataba de ocultar su irritación ante Puga.

—Vente inmediatamente. No te preocupes, porque esto ya salió publicado en *El Mercurio* de hoy.

El cardenal siempre leía el diario después del desayuno. Él mismo había visto la crónica.

La tarde anterior, Díaz había encargado que una de las copias de la declaración fuese llevada a *El Mercurio*. Ese periódico, confiando posiblemente en su tradicional poder, la había consignado en su edición.

En ese momento entró otro marino en la habitación con *El Mercurio* en la mano.

—Miren: la declaración ya apareció publicada y nosotros estamos hablando de eso —indicó.

Puga miró con enojo a Díaz. Cogió el teléfono para que le comunicaran con la dirección del diario.

Díaz se disculpó y salió de la oficina.

Actualmente, es párroco en Lo Barnechea. El cardenal, en tanto, ya retirado, vive en una casa en calle Los Pescadores, en la comuna de Ñuñoa, un sitio de clase media.

A veces hace incursiones por otras ciudades de Chile o por el exterior, merced a invitaciones que se le formulan. Y ocupa fugazmente alguna tribuna.

LOS DETENIDOS DE LA ESCUELA MILITAR

En las pocas noches que pasaron en la Escuela Militar, los ex altos funcionarios del depuesto gobierno de Allende sufrieron una presión psicológica. No les dejaban dormir en paz.

Los instalaron en habitaciones que tenían cuatro camas cada una.

Edgardo Enríquez se acostó, en su primera noche, sin haber recibido ningún alimento: ni siquiera algo de beber. Fuera de su pieza, había cuatro cadetes de la Escuela armados con ametralladoras.

Sintió que le remecían en pleno sueño. Le alumbraban los ojos con una linterna.

—¿Cómo se llama? Póngase de pie.

A los demás les aplicaban el mismo tratamiento. Cada cierto lapso, muy corto, repetían la inspección.

Cuando volvían al pasillo después de la operación, para retomar la vigilancia, los cadetes hablaban entre sí en voz alta, chillona, expresándose con insultos de Allende y la *Tencha*.

Uno de esos días llegó a verles Jaime Puccio, el dentista militar hermano de Osvaldo. Preguntó si tenían algún recado. Ellos enviaron mensajes a sus

familiares.

Aníbal Palma, como todos los demás, volvía sobre ese pasado reciente que no habían podido modificar, y que había desembocado en la tragedia.

Recordaba nítidamente el último discurso de Allende, anunciando virtualmente su propia muerte.

Palma creía comprender lo que había detrás de esas hermosas palabras postreras.

Allende había pensado mucho en la alternativa que debería enfrentar. Por eso había sido preciso, coherente, elevado, en esa última alocución. Palma veía al Presidente, esa mañana final, en La Moneda, como un hombre ya liberado de tensiones, de situaciones indefinidas, con el terrible desenlace ante sus ojos: alguien que tenía sus decisiones tomadas.

En agosto, un mes antes del día de la aniquilación, Palma había estado con Allende en una comida en Tomás Moro. Junto con él, habían sido invitados por el Presidente los integrantes del Centro de Estudios de Opinión Pública, Cenop, un organismo dependiente de la Secretaría General de Gobierno y que hacía encuestas para explorar los sentimientos y opiniones de la ciudadanía que tenían significado político.

En la mesa se encontraban los miembros del Cenop Claudio Jimeno, sociólogo; el médico Jorge Klein y Arsenio Poupin.

Ninguno de los tres sería vuelto a ver vivo después de formar parte del grupo de detenidos del regimiento Tacna.

Allende y sus acompañantes analizaban las últimas evaluaciones del Cenop. Y también las declaraciones del general César Ruiz Danyau, recién renunciado a su cargo de comandante en jefe de la FACH, en el programa de televisión “A esta hora se improvisa”. Cayeron en el tema permanente: la posibilidad de golpe de Estado.

Allende cambió ligeramente de aspecto. Se distendió, pareció estirar sus piernas para estar más cómodo.

—Ustedes saben lo que yo he planteado —dijo—. Estoy dispuesto a morir en el desempeño de mi cargo.

“Quiero que me entiendan: no es, como lo he dicho otras veces, que yo tenga vocación de mártir o pasta de apóstol, sino que entiendo perfectamente cuál es mi obligación con el movimiento popular y, además, con el cargo que desempeño.

“Yo tengo mucho respeto por el cargo de Presidente. Por respeto a mi propia dignidad de Presidente, no me veo en el exilio golpeando puertas, pidiendo ayuda para algo que no supe defender o que no estuve dispuesto a defender hasta las últimas consecuencias.

“No es que yo no ame la vida. La vida me ha dado muchas satisfacciones. Soy un hombre que ha sabido disfrutar de ella (e hizo un gesto con la copa de licor que tenía en la mano, como si la saborease con el movimiento).

“Pero, también entiendo que hay cosas superiores a esto.

“Por otra parte, si hay un golpe aquí, va a venir una etapa muy dura, muy larga, y yo, por mi edad y mis costumbres (e hizo un gesto con la otra mano, tocando significativamente el paño de su chaqueta), no serviría para ser parte de una resistencia clandestina. Más bien sería una carga que una ayuda”.

*

Uno de esos días de cautiverio, los detenidos recibieron una visita sorpresiva: el ministro de Justicia de la Junta, Gonzalo Prieto Gándara.

Su nombre había sido propuesto por la Armada, que tenía gran influencia en esos primeros tiempos por el rol protagónico que había cumplido en el golpe.

Había sido auditor de la Marina. Le acompañaba el subsecretario Max Silva.

Prieto tuvo un trato muy deferente con los prisioneros. Se dirigió a quienes habían sido secretarios de Estado como “señores ministros”.

Dijo que la situación nacional estaba extraordinariamente tensa y que en la Escuela Militar sus vidas estaban resguardadas. Agregó que se alegraba de verlos, pues había rumores de que varios de ellos habían muerto.

Agregó algo que desagradó instantáneamente a los prisioneros: la Junta estaba considerando la posibilidad de expulsarlos del país.

Los detenidos rechazaron categóricamente la idea. Intervinieron José Tohá, Clodomiro Almeyda y el ex senador socialista Aniceto Rodríguez, señalando que el grupo no estaba dispuesto a aceptar eso. Querían enfrentar los cargos que se les formularan, pues no habían cometido ningún delito y eran funcionarios de un gobierno democrático y constitucional.

Fue una respuesta firme. Prieto parecía sorprendido.

Quedaron de acuerdo en que enviarían una carta al ministro con esos planteamientos.

El documento se redactó. Lo firmaron todos. Pero no llegó a ser enviado.

El viernes 14, toda la rutina que se había iniciado en la Escuela Militar quedó interrumpida. Cuando estaban haciendo cola para almorzar, se les ordenó regresar al dormitorio y tener sus pertenencias listas para llevarlas consigo en diez minutos.

Esa misma mañana se les había unido el hijo de Puccio. El joven había sido ubicado en el Estadio Chile por el nuevo director de Investigaciones, general Ernesto Baeza, quien lo envió a la Escuela Militar, a juntarse con su padre.

Todos los prisioneros arreglaron sus escasos útiles y ropas.

Les pasaron lista. Nombraron a Osvaldo Puccio. Tanto el padre como el hijo dijeron “presente”.

El militar que leía la nómina les miró con cara de duda.

—Bah, serán los dos, entonces.

Fueron conducidos al grupo 10 de la Fuerza Aérea. Desde allí, volaron con destino desconocido.

Estaban vestidos con ropa delgada. Aterrizaron de noche. Estaban en Punta Arenas. Fueron sacados y conducidos con violencia hasta el puerto. Los embarcaron en una barcaza.

Les esperaba la desolada isla Dawson, con un trato durísimo y algunos oficiales de la Armada que les trataron como a peligrosos animales. Estuvieron en ese lugar meses. Después, irían al exilio.

Salvo uno. José Tohá sufrió un proceso de demolición interna. Se sintió traicionado por aquellos a quienes había considerado sus amigos: los altos mandos de las Fuerzas Armadas, a los que había tratado estrechamente cuando había sido ministro de Defensa.

Todos ellos habían sido muy corteses, muy cordiales. Pero en la isla Dawson, sufriendo humillaciones y malos tratos, esa verdadera burla, esa carcajada silenciosa, ese desengaño que sentía, lo aniquilaron, tal cual el general Bachelet había sufrido su propio desengaño. Tohá comenzó a sentir la profunda amargura que le paralizaba la lengua. El concepto caballeresco que tenía de su persona, su autoestima, había sido pisoteada.

Por último, introvertido, consumido, transformado en un virtual esqueleto, murió en el Hospital Militar. Explicación oficial: suicidio.

QUINTÍN ROMERO

El *Chico* Romero fue trasladado a la Tercera Judicial, que cubría el sector del río Mapocho hacia el norte, incluyendo Independencia y Recoleta.

Una de esas mañanas, su jefe le llamó:

—Quintín, ¿por qué no cumples esta orden?

Era algo con respecto a lo cual sólo era necesario llevar a cabo un par de trámites: una mera formalidad. Había que ubicar oficialmente a Enrique París: el hombre —recordó Romero— que había estado al mismo tiempo que él en La Moneda, a quien había encontrado en el regimiento Tacna y a quien había visto ser sacado de ese lugar.

Ahora estaba muerto.

El jefe le indicó que tenía que ir al Instituto Médico Legal, a la Universidad de Chile, al antiguo domicilio del extinto, y punto.

Romero concurrió a las Torres de San Borja, donde había vivido París. No había nadie en su departamento.

En la Universidad de Chile, constató oficialmente que había sido profesor.

En el Instituto Médico Legal, se le informó que el cadáver de París había llegado como N.N. (sin identificación) y que después se le había reconocido.

El cuerpo había aparecido en el sector de Portugal con Marcoleta. Tenía varios impactos de bala. La versión oficial fue que había estado combatiendo.

El día 10 de octubre, el prefecto Julio Rada informó a Romero que quedaba exonerado de Investigaciones.

—Lo lamento, *Chico*, pero tú sabes que en estos minutos mandan los señores de la gorra.

La fotografía de Romero quedó clavada en los ficheros de todos los cuarteles de Investigaciones. Al igual que Seoane, no podía ingresar en los recintos de la policía civil. Lo acusaban de ser un extremista peligroso.

La misma prohibición de desplazarse por Investigaciones le impidió realizar sus trámites para retirar sus fondos de la Caja de Previsión de Carabineros.

Ahora es dueño de una farmacia de barrio, en el sector de Maipú. Tiene una especie de filosofía consistente en carecer de filosofía. Simplemente le echa

para adelante.

BACHELET

El viernes 14 de septiembre, el general de la FACH Agustín Rodríguez Pulgar se presentó en casa de los Bachelet, en la población de la Fuerza Aérea.

Dijo que estaba allí para que no se alarmaran, porque Bachelet debía presentarse al Ministerio de Defensa para responder algunas consultas.

—Pero como vino un jeep militar, yo preferí venir a decirles, para que no se pongan nerviosos. El jeep está parado frente a mi casa.

Cuando el general se retiró, Bachelet miró a su mujer.

—¿Tú no crees que me vienen a buscar para que les coopere con el problema de distribución de alimentos? Porque realmente es un problema serio y deben tener dificultades. ¿Qué crees tú?

Ella sintió una reacción hostil, desagradada.

—Mi opinión es que, con ellos, nada. Pero eres tú el que tiene que decidir.

No era nada de eso. Ni siquiera remotamente semejante.

Ángela sólo pudo volver a verlo un mes y medio después. El general había estado detenido durante todo ese tiempo. Lo habían torturado, según le relató. Había sufrido un pre infarto.

Dejó su lugar de reclusión para quedar bajo arresto domiciliario.

En diciembre, llegó al departamento de Bachelet el comandante Edgardo Ceballos: el mismo que había participado en la detención del general en el Ministerio de Defensa el día 11, arrebatándole su arma y registrándole. Le acompañaba otro oficial.

Bachelet estaba en el departamento contiguo al suyo, ubicado en el último piso de un edificio situado en Américo Vespucio con Apoquindo, y que pertenecía a su hija.

Ceballos habló con Ángela. Le dijo que iba a buscar “a Bachelet”.

—No lo entiendo. ¿A quién viene a buscar? —preguntó ella, hirviendo por dentro.

—A Bachelet.

—Aquí hay varios Bachelet en este momento. Está mi marido, está mi cuñado, está mi sobrino. ¿A quién viene a buscar?

—A Alberto Bachelet.

—Mi hijo también se llama Alberto Bachelet. Así es que dígame a quién viene a buscar. ¿Al general Bachelet?

—A ése.

Las preguntas ácidas de Ángela tenían una paradoja. Ese Ceballos rudo y aplastante, observaría o llevaría más adelante centenares de interrogatorios como miembro del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea.

—¿A quién? Dígame: ¿a quién? —insistió Ángela.

—Al general Bachelet.

—Espere un momento —señaló ella, súbitamente convertida en un hielo, en una mujer fríamente desesperada.

Le fue a avisar a su esposo.

Bachelet estaba en mala condición física. Había perdido ocho kilos. Dormía mal. Le sobresaltaba el mero sonido del timbre.

Ceballos y el otro se lo llevaron.

Bachelet estuvo en prisión y luego en la Academia de Guerra. Le acusaban de haber estado involucrado en el Plan Zeta.

Fue demasiado. Murió en la cárcel en marzo de 1974.

Su mujer salió del país. Años después, regresó y se dedicó a colaborar con organismos de derechos humanos.

Tiene una voz ronca y dramática. Sus recuerdos son escalofriantes para sus interlocutores.

CON EL EX GENERAL DIRECTOR

—El día 13 de septiembre fui a casa del general José María Sepúlveda a darle una explicación.

El general (R) de Carabineros Arturo Yovane, que tras el golpe llegó a ser ministro de Minería y embajador en Honduras, Irán, Paquistán y Turquía, recuerda esa conversación.

—Yo le dije a Sepúlveda : “Mi general, quiero que me perdone por lo que he hecho. Creo que era un deber mío como amigo haberle dado cuenta de lo que iba a ocurrir. Lo hice por estas razones...”

Y se las dijo: que él, el general Sepúlveda, era un constitucionalista; y que si hubiese recibido un aviso, sus lealtades habrían sido puestas duramente a prueba.

—“Mire”, me dijo. “Si todo estaba preparado y no había más que hacer, yo me habría puesto al frente de Carabineros. Si toda la institución estaba involucrada, yo no me iba a marginar”.

CURIOSIDAD

Oculto en el pequeño departamento de Marta Lizama, la auxiliar de enfermería, Miria Contreras prácticamente no comió durante la noche del martes, ni tampoco al día siguiente.

Marta llegó a verla en la tarde del jueves, cuando se levantó el toque de queda. Preparó la única comida que tenía, y que había ofrecido telefónicamente, el mismo martes 11, a su huésped: porotos en conserva.

El viernes 14, la *Payita* hizo un llamado telefónico. Buscaba más seguridad. En la casa en que se hallaba el departamento había más arrendatarios que podían reconocerla.

—Va a venir un auto de color verde a la esquina de Diez de Julio con Lira —indicó a Marta—. Se va a bajar una señora alta.

Le señaló que debía hablarle y llevarla hasta ella. Le agregó que se iba a ir a ocultar a una población de oficiales militares.

Marta salió poco después a la calle. Esperó el vehículo. Lo vio estacionarse en Diez de Julio. Se acercó. Cuando la conductora bajó y comenzó a caminar, le dijo:

—Usted anda buscando una persona.

La mujer siguió andando.

—La persona que usted busca soy yo. La señora Miria está conmigo.

La otra se detuvo. Se dirigieron a pie hacia la casa.

Poco después, la mujer y la *Payita*, que vestía ropas prestadas por Marta, se alejaron.

Días más tarde, la *Payita* fue llevada por sus anfitriones hasta la Embajada de Suecia, donde se asiló.

El 5 de junio de 1974, Miria llegó al aeropuerto de Pudahuel desde el recinto diplomático. Se dirigía al exilio.

No se fijó en un general delgado, de uniforme, que la observaba.

Era Javier Palacios, el hombre que había ordenado que la trasladaran a un hospital el 11 de septiembre de 1973.

Palacios la miraba con curiosidad. La *Payita* había llegado a ser, después del golpe, un personaje público aún más notorio, por la publicación de fotos en que aparecía con Allende y por la ligazón sentimental con el difunto Presidente que le adjudicaba la prensa.

Ya antes había sido una mujer conspicua, cuando se determinó que varios autos pertenecientes a un partido de gobierno, el MAPU, aparecían inscritos a su nombre. Todos los medios de comunicación opositores explotaron el caso.

Palacios vio pasar una mujer arreglada, “interesante”, según diría después. Miria llevaba anteojos oscuros. Iba con un traje negro de dos piezas: una larga chaqueta y pantalón. Sonreía. La acompañaba el encargado de negocios de la Embajada de Suecia. Se embarcó en el vuelo 958 de SAS.

Varias veces los compañeros de armas del general le habían preguntado:

—Pero, ¿no te acuerdas cómo era?

—¡Cómo me voy a acordar, si lo que yo vi fue un espantapájaros que estaba toda nerviosa y gritaba! Lo único que yo quería era sacarla del grupo, porque la notaba a muy mal traer.

Y luego agregaba:

—Yo venía de vuelta de Alemania y no la conocía. Si me dicen que es “Miria Contreras”, yo tomo otras medidas, porque la conocía de nombre.

Palacios la observó alejarse.

Había estado aguardando un rato, para verla, cuando supo que ese día iba a dejar el país.

LOS HERMANOS GARCÉS

Vicente Garcés pasó cuatro o cinco días en el departamento de su novia Dolores.

Más de alguno de sus compañeros socialistas llegó a verle, en medio de las mayores precauciones. Él telefoneaba a menudo. Seguía intentando reunir información.

Había gente que velaba por él y su hermano Joan. Esas personas habían tomado contacto con el embajador de España para lograr asilarles.

Vicente tenía ciertas dudas acerca de la actitud que podría adoptar la Embajada de su país. Al fin y al cabo, la sede encarnaba un régimen de derecha, un gobernante que tenía mucha semejanza con los militares que estaban al frente de Chile. Franco era un dictador al que Garcés combatía. Sus representantes no le inspiraban confianza.

El embajador, Enrique Pérez Hernández, comunicó a los intermediarios que estaba en condiciones de recibir a los hermanos Garcés y de hacer todo lo que estuviera en sus manos para lograr que salieran del país.

Eran palabras alentadoras. El viaje de Vicente y Joan a la Embajada se preparó con rapidez.

En dos distintos momentos, sendos autos de la Embajada pasaron a buscar a ambos hermanos a los lugares en que se ocultaban. Fueron llevados a la propia residencia de Pérez Hernández, en el barrio alto.

El diplomático les iba informando con todo detalle de la reacción del régimen chileno ante la petición de salvoconducto para ellos.

Primero, la Cancillería se sorprendió desagradablemente. La respuesta inicial fue una rotunda negativa. Las autoridades indicaron que Joan Garcés no podía salir del país.

Era extranjero y había sido colaborador estrecho y connotado de Allende. Los militares hubieran deseado ponerle la mano encima.

Una noche, llegaron tropas a casa del embajador. Alcanzaron a ingresar al jardín y a permanecer algunos minutos en el lugar antes que Pérez Hernández saliera.

El diplomático habló con el oficial que comandaba el pelotón. Le señaló que se encontraba en un sitio que tenía inmunidad y extraterritorialidad.

Los militares se retiraron.

El embajador quedó alarmado. Comunicó a los hermanos Garcés sus temores. Expresó que no podía asegurar la inviolabilidad de su residencia ante una acción de fuerza. ¡Dios! Ellos eran testigos de lo que había sucedido. Podía pensarse que ésa había sido una acción deliberada, un amedrentamiento, un mensaje.

Los hermanos Garcés estaban convencidos de que lo que les había asegurado el diplomático en torno a su gestión era cierto: esto es, que había expresado al gobierno de Chile que la nacionalidad española de ambos estaba por sobre toda otra consideración. Pérez Hernández reivindicaba el derecho de cualquier ciudadano hispano a salir del país.

Mientras el embajador llevaba adelante sus conversaciones y trataba de jugar lo más hábilmente posible con la figura de Franco y la semejanza de ambos regímenes para lograr la salida de los Garcés, éstos, como habitantes de un islote en el que sólo cabía esperar, conversaban mucho.

No habían tenido todo el tiempo para hacerlo en su antigua casita de calle Toledo.

A Joan le afectaba una profunda depresión. Para él, había cosas inexplicables, como la falta de reacción de sectores de las Fuerzas Armadas ante la sublevación del día 11.

Aún se negaba a creer que Allende estuviese muerto. Vicente le contradecía, un poco preocupado ante lo que le parecía una actitud poco

racional:

—¡Vaya! *Tiene* que estar muerto. ¡Cómo no va a estar muerto!

Para él, eso era una certeza.

Joan le relató cómo había salido de La Moneda. Recordaba la actitud de Allende por la mañana del golpe: tranquilo, sereno, midiendo cada paso.

Uno de esos días de espera, el embajador llegó con el rostro suelto, con la actitud del que trae un regalo: les señaló que el gobierno chileno les concedería salvoconductos.

Agregó que un hecho que había facilitado esa decisión había sido el pronto reconocimiento de España a la Junta Militar.

—El día que salimos de la Embajada, nos embarcaron en el coche del embajador, junto con él. En un segundo coche venían dos españoles y un chileno: Ernesto Torrealba, que apenas alcanzó a ser ministro de Agricultura un día o dos —relata Vicente.

“Protegiendo la comitiva, iba una camioneta con militares. Salimos de la Embajada con la ropa puesta. En nuestra casa de calle Toledo quedó todo lo demás”.

Vicente sigue político y reflexivo. Y en su casa, en España, le aguarda su mujer: Dolores, esa muchacha que también vivió el golpe. Joan es un abogado exitoso y conocido en Madrid.

DERROTERO DEL MIR

En la tarde del día 11, cuando escuchó la noticia de la muerte de Allende, Carmen Castillo tocó la mano de la madre del doctor Humberto Sotomayor en la casa de calle Zurich Sur.

No le dijo nada, ni la otra tampoco abrió la boca. El mismo mutismo, con esa comunicación subterránea entre ellas, guardó la mujer de Sotomayor.

Luego, cuando aparecieron en la pantalla del televisor fotos de los hombres más buscados, entre ellos Miguel Enríquez, sacaron a los niños al jardín, para entretenerles jugando. Y en el patio trasero, comenzaron a quemar panfletos de propaganda del MIR.

Miguel y el doctor Sotomayor sólo reaparecieron al día subsiguiente, en un auto que no era el Austin Mini de Miguel. También habían alterado su propia apariencia física.

El MIR había tomado las máximas precauciones. Ahora sí que estaba en juego el pellejo.

Sus dirigentes se comunicaban dos veces al día entre sí, mediante la vía telefónica o enlaces.

El día 12 se dio orden de no asilarse a los militantes.

El 13, la instrucción fue modificada para los miristas de nacionalidad extranjera. Para ellos era mucho más difícil encontrar una “base social” o un lugar de repliegue.

A pesar del peligro, Miguel se negó a quemar libros ni documentos históricos que guardaba en su casa. Él atesoraba la virtual historia del MIR. Era un hombre que quería dejar huella, que se negaba a que la trayectoria hecha se transformara en cenizas.

En el barrio, la Abuela, antes del retorno de su hijo y de Miguel, había propalado la especie de que éstos eran vendedores viajeros, y que el golpe los había sorprendido en Valparaíso. Por eso no se les había visto ni el 11 ni el 12 de septiembre.

Carmen vio, asombrada, el surgimiento de una sensibilidad en sí misma: reconocía a la gente que estaba al lado de la izquierda, aún cuando no dijese una palabra. Algo en el rostro, en la actitud, le daba la clave.

Poco a poco, los militares lograron seguir las huellas al MIR. Se fueron aproximando. Le propinaron golpes en la médula.

El 15 de diciembre de 1973, Bautista van Schouwen, el amigo de la infancia de Miguel, y uno de los fundadores del MIR, desapareció para siempre. El ayudante apresado junto a él fue fusilado.

En julio de 1974, el Comité Central del Movimiento decidió que Miguel dejara el país para organizar la solidaridad y ayuda exterior. Su relevo sería Andrés Pascal Allende, puesto que van Schouwen ya había desaparecido.

Enríquez se negó a salir de Chile. Pidió tiempo hasta fines de 1974 para pensarlo. A su juicio, él, como secretario general, tenía una obligación moral básica: encabezar la lucha de resistencia planteada por el MIR.

El Comité Central del movimiento —organismo más amplio que la Comisión Política— discutió por vía epistolar la situación.

Pero todo quedó inútil y trizado el 5 de octubre de 1974. Ese día, en calle Santa Fe, en la comuna de San Miguel, en una casa de un piso, Enríquez murió baleado al ser atacada la vivienda por fuerzas de seguridad.

Su compañera, Carmen Castillo, resultó herida en el brazo derecho.

Poco después, la mujer salió exiliada de Chile desde el Hospital Militar, donde había estado internada y la habían interrogado, incluso en presencia del jefe de la DINA, coronel Manuel Contreras.

Su hijo murió un mes después de nacer.

Roberto Moreno cayó en manos de la FACH en marzo de 1974. Sufrió torturas. Luego permaneció un año completo detenido, agobiado por la opresión psicológica que le aplicaban sus custodios.

Fue condenado a diez años de cárcel. En marzo de 1977 logró salir del país, al ser cambiada su pena por la de extrañamiento.

Sí, esa defensa del gobierno de Allende el 11 de septiembre fue mínima e insuficiente.

—El golpe viene cuando la gente estaba perdiendo entusiasmo, confianza, fe. Había un reflujo —señala Moreno.

“Si se hace un cálculo de la gente que habría resistido para el tanquetazo si éste hubiera pasado a mayores, la respuesta es dos o tres veces la que lo hizo en el momento del golpe.

“Si nosotros hubiéramos tomado de algún modo la iniciativa, si hubiéramos puesto en movimiento las fuerzas que estaban dentro de las distintas unidades militares, si hubiéramos reunido el armamento que teníamos y lo hubiéramos distribuido, eso habría hecho diferencias con respecto a cuánta gente se pudo haber movido ante la avalancha militar que se viene encima el día 11, que asesina y siembra el terror.

“El mismo Allende llama al pueblo a no dejarse masacrar; y nosotros, con los socialistas, no pudimos, ni en los días anteriores al golpe ni el mismo día, organizar un dispositivo de resistencia militar sobre el que los comunistas tenían un tipo de discusión interna.

“Todo eso hizo que, al final, los que combatieron fueran comparativamente unos pocos, una minoría, si tú quieres”.

PRUDENCIA

Unos pocos días después del golpe, el detective David Garrido fue llamado a la oficina del subdirector del servicio.

Cuando ingresó en el despacho, se encontró con que a ese funcionario le acompañaba un comandante del Ejército que oficiaba de coordinador militar del director de Investigaciones, general Ernesto Baeza.

Muy pocas personas sabían de la escena que había presenciado Garrido en La Moneda: el momento de la muerte de Allende y una fugaz visión del cadáver. Pero Garrido no quería volver a tocar el tema. Se daba cuenta que era un asunto peligroso.

El subdirector le preguntó precisamente sobre ello. La experiencia de Garrido le llevó a responder que no había visto nada. Había escuchado balazos, pero sin tener oportunidad de presenciar lo ocurrido.

Él sabía perfectamente que ninguno de los otros testigos, sobre todo sus colegas de la policía, había dicho nada.

Cuando se enteró de que el inspector Seoane había mencionado su calidad de testigo, le señaló, reprochándole:

—Oiga, Juanito, para qué me está nombrando a mí.

Pero nunca más alguien le volvió a preguntar sobre el tema. Sólo le interrogaron en la Fiscalía Militar, para preguntarle cuál había sido su participación en La Moneda el día 11. Querían saber si había disparado. Por último, lo exoneraron del servicio.

EFFECTOS DE LA PAYITA

En la misma tarde del día 11 de septiembre se recibió en la Posta Central el cadáver del periodista Augusto Olivares.

Una chispa de ingenio de un camillero socialista había permitido sacar el cadáver de La Moneda. Había reconocido al *Perro*. Lo examinó. Se dio cuenta de que estaba muerto.

—¡Este hombre está herido! —vociferó a los soldados.

Logró subirlo en la ambulancia.

El doctor Alvaro Reyes se enteró de la presencia del cuerpo. Bajó a la morgue, al subterráneo. Allí estaba, en el recinto refrigerado, ese antiguo amigo, con un impacto en la sien.

El propio Reyes se encargaría de acompañar a la esposa de Olivares, Mireya Latorre, y mostrarle el cadáver.

—Hay gente que es recia, que puede soportar cualquier cosa. El Perro no. Y la Mireya me lo dijo —recuerda Reyes.

—“Mira, yo pienso que no podía ser de otra manera. Él no habría resistido”, me señaló ella —agrega el médico.

Diez días más tarde, Reyes fue suspendido en la Asistencia Pública. Y alrededor de un mes después de ocurrido el golpe, lo despidieron.

—Estuve preso desde diciembre de 1973 hasta octubre de 1974 —relata—. No me acusaban de nada específico. Pero se me investigó por el asunto de la Paya. Eso se supo, creo yo, porque hubo una delación.

“Yo no sabía que había una orden de detención contra mí. Y a lo mejor, ni la había.

“Después que había sido despedido de la Asistencia me dieron oportunidad de trasladarme a otro hospital: el Barros Luco, cuyo jefe de Traumatología me dijo que me podía ir allá.

“En el ánimo de empezar a trabajar pronto y llevar rápidamente mis papeles y antecedentes, fui un día a la Asistencia Pública a hablar con la jefa de Personal. De pronto entró un carabinero y me dijo:

“—Sígame.

“Y de ahí para adentro a patadas.

“Primero me llevaron a la Sexta Comisaría, unas horas, y después al Paradero 30 de la Gran Avenida, a la Escuela de Especialidades de la FACH.

“A esa Escuela llegó detenida otra gente de la Asistencia Pública. Después de algunos días me sometieron a torturas e interrogatorios.

“Me preguntaban sobre mi militancia, gente que conocía, y acerca de la Payita. Me demoré mucho en reconocer lo de la Payita. Tuvieron que forzarme. Terminé por aceptarlo. Tenían una información bastante completa.

“De la FACH pasé a Investigaciones, desde después de Navidad hasta después del Año Nuevo. A continuación me llevaron al Estadio Chile, donde permanecí en enero. Y de ahí a la Penitenciaría, donde se permitía recibir visitas.

“Comencé a recibir recados de la Payita. Supe por un abogado que la Paya se había preocupado de mí y que incluso había enviado ayuda económica para mi defensa.

“Y siempre me mandó saludos. Yo sé que se acuerda de mí”.

DUDAS

Después de su regreso desde la isla Dawson, el ex ministro Edgardo Enríquez quedó bajo arresto domiciliario.

Nunca volvería a hablar con su hijo Miguel.

Sólo su esposa, Raquel, recibió algunos llamados del líder mirista, que maniobraba en el ambiente espeso de la clandestinidad. El revolucionario intentaba tranquilizar a sus padres.

El ex ministro recibió únicamente de él unas breves cartas que destruía tan pronto leía, temiendo los allanamientos. Las visitas de los agentes de seguridad y la policía eran periódicas.

Luego vino la muerte de Miguel. Su padre, ante el vacío, lo recordó cada vez con más cariño, rememorando esos talentos naturales que había visto en él: inteligencia “realmente superior”, señalaba; y físicamente hermoso.

Después, cuando estaba en el exilio en Oxford, fue informado de que su hijo Edgardo había desaparecido en Argentina. Se supuso que había caído en manos de la inteligencia trasandina, que quizá lo hubiera entregado a sus colegas chilenos.

Nunca más se volvió a saber de él.

Durante su permanencia en la isla Dawson y a lo largo de sus sufrimientos de los años siguientes, Enríquez se negó a creer que Allende se hubiese suicidado. Había escuchado en Dawson, de labios del doctor Patricio Guijón, su testimonio sobre la muerte del Presidente.

No quedó convencido. Y, muchos años después, sigue manteniendo su incredulidad.

—Que me perdone Guijón —señala— pero me contó tres versiones distintas de la muerte de Allende. Por eso dudo.

“Guijón estaba muy amenazado. Hay varios hechos que hacen sospechosa la muerte de Allende: que hayan participado en su autopsia sólo médicos militares y que no lo haya hecho el doctor Alfonso Asenjo, que fue al Hospital Militar y no vio la autopsia.

“El otro que trató de ver a Allende fue, según me contó Asenjo, René García Valenzuela, que fue durante años Gran Maestro de la Masonería.

“Llegaron al hospital y no les permitieron mirarlo. García fue con Asenjo hasta el Ministerio de Defensa a hablar con los militares. Y les dijeron que el Presidente estaba muerto y que le estaban haciendo la autopsia.

“Dicen que Allende tenía más de una bala en el cuerpo”.

El doctor Oscar Soto entregó su testimonio en la película *Acta General de Chile*, de Miguel Littin. Dijo:

—Al llegar a la calle todos fuimos agrupados en la puerta de Morandé 80 con las manos atrás. La persona que estaba al lado mío en un momento me sorprendió, porque estaba muy emocionada, sollozando. Le pregunté qué había pasado y él me comunicó que el Presidente estaba muerto. Eso fue después que escuchamos una balacera muy intensa en la segunda planta.

Otra versión —recogida en el libro *Laberinto*, de Eugene Propper y Taylor Branch— indica que el teniente de Ejército René Riveros había cosido a balazos con su metralleta a Allende, desde el cuello a la ingle, al

encontrarse ambos con sus armas en la mano, en el segundo piso de La Moneda.

Riveros formaba parte, según el relato, del contingente del general Palacios. Mucho después, integró la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, bajo las órdenes de Manuel Contreras.

EL ENEMIGO PÚBLICO N° 1

El día 12, Carlos Altamirano, Adonis Sepúlveda y Hernán del Canto tenían claro que debían abandonar la casa en que se ocultaban.

Se sentían como un grupo que atraía el peligro y que lo irradiaba, poniendo en riesgo la vivienda y la familia que la ocupaba. Mientras más horas permanecieran en el mismo sitio, más riesgo corrían.

Conversaron sobre esas perspectivas y resolvieron separarse, para tener mayor seguridad en su espera clandestina.

Altamirano había creído notar miradas suspicaces, desconfiadas, de las casas vecinas.

Había escuchado a las radioemisoras transmitiendo boletines que indicaban quiénes debían presentarse al Ministerio de Defensa. Para él, había algo clarísimo: eso era algo que él no debía hacer.

—Yo estaba atento a si se producía un milagro, un cambio de situación, que si ya antes hubiera sido milagroso, en ese minuto lo habría sido mucho más señala enfáticamente, como siempre.

No se le agota el hilo de la conversación ni del relato. Es locuaz. No necesita siquiera preguntas para extenderse.

Se dividieron. Se entregaron mutuamente los números de teléfonos de las casas en que estarían.

—Para mí —añade Altamirano— la salida de la primera casa fue prácticamente providencial, porque no hacía una hora que yo la había abandonado cuando fue allanada.

A medida que pasaban los días, las conexiones iban desapareciendo. Cada cual se sentía más y más solitario, librado a sus propias fuerzas. Se movían en zigzag para evitar ser detenidos, trasladándose de un lugar a otro.

Altamirano cambiaba de casa nada más que en el área de San Miguel. Se hallaba convencido de que no podía permanecer más de 48 horas en el mismo sitio.

Se admiraba de esos compañeros que le entregaban hospedaje asumiendo un gravísimo riesgo. Estaba seguro de que si era capturado en una de esas casas, le asesinarían no sólo a él, sino a todos quienes estuviesen a su alrededor.

—En una ocasión, trasladado de un punto a otro, el auto en que iba fue detenido por los militares. Fuimos obligados a bajarnos rápidamente y a colocarnos contra la pared: cosa que yo hice con mucha obediencia y mucha rapidez, para que no me vieran la cara.

“Y varias otras veces”, prosigue Altamirano, “supe de allanamientos pocas horas o minutos después que yo había estado en determinado lugar, ya sea por casualidad, ya sea porque había información. No lo sé.

“Por ejemplo, en una ocasión me refugié en determinada casa y al cuarto de hora golpean y un niño dice: ‘Mire, le mandan decir de cuatro casas más allá si puede venir. Que vaya’. ‘¿Quién?’ ‘Una persona importante’.

“Era uno de los dirigentes máximos del MIR. Un niño me había visto entrar. Yo salía rápidamente del auto y ¡pum!, tres pasos y dentro de la puerta. En esa fracción de segundo alguien me había reconocido”.

Tenía el temor de alguna mirada fugaz a pesar de los anteojos oscuros o el sombrero que usaba; o la ojeada de algún vecino que pudiera asomarse al patio en que él estaba.

Se ocultaba en casas en que las familias vivían una existencia normal y rutinaria.

Sus dos enlaces se acercaban previamente hasta el dueño de casa escogido: un socialista de lealtad indudable. ¿Podía ir allí un compañero muy importante?

La tarea de buscar para él el refugio siguiente continuaba de inmediato.

Altamirano notaba la evolución psicológica de la familia anfitriona: su sorpresa al reconocerle; el nerviosismo que iba creciendo, a pesar de la voluntad de frenarlo y ahogarlo.

—Cuando se trataba de trasladarme de un punto a otro, un enlace tomaba un taxi y le decía al chofer: “Voy a buscar a un amigo”. Y el amigo, que era yo, rápidamente cruzaba la vereda, se metía en el auto con el calañé puesto e íbamos a otra casa.

“Ahí me dejaba. Y el taxista no tenía la más puta idea, para decirlo en español, que llevaba al enemigo público número uno en su taxi.

“Eran distintos los mecanismos y procedimientos. Pero, en general, lo mejor era el taxi: lo menos peligroso”.

Altamirano no llevaba consigo más ropa que la que tenía encima. En los lugares en que se ocultaba, alguien le regalaba una camisa o calzoncillos.

La dueña de casa le lavaba la ropa interior, meditando sobre el peligro, con un temblorcillo por dentro.

“Yo trataba de que el compañero me ‘prestara’ la chaqueta, digámoslo así, en forma elegante; que me regalara la chaqueta, porque, lógicamente, me interesaba aparecer con ropa más grande o más chica que la de mi tamaño”.

Durante todo ese tiempo de huida, de permanencia en diversas casas, se comunicó unas cuantas veces con su mujer.

Ella se encontraba, generalmente, en hogares de demócratacristianos, o bien en casa de los hermanos del fugitivo. Y las conversaciones que sostenían eran breves y elementales: unas pocas palabras que no dejaran rastro para los servicios de inteligencia de los uniformados.

Altamirano ya tenía constancia del énfasis y la tenacidad con que era buscado. Los militares habían allanado casas de personajes derechistas con los que él había mantenido relaciones sociales o a los que le ligaban lazos de familia.

Los soldados también habían penetrado violentamente en casas de socialistas, los que eran detenidos y torturados.

—La gente de cierto nivel social, como se trataba de una dictadura clasista desde el comienzo, no sufría el mismo trato —señala.

Los pocos que seguían conformando, en la práctica, la diezmada dirección de ese Partido Socialista desmantelado y con ausencias producidas por la muerte, llegaron a una conclusión que era una evidencia. Dijeron a Altamirano:

—Tú eres un peligro público.

Le plantearon que debía salir del país, porque ponía a mucha gente en un alto riesgo.

Más allá, en las conversaciones en voz baja, en las especulaciones de la ciudad, muchos se preguntaban por la suerte de Altamirano.

¿Estaba todavía en Chile?

Se pensaba, entre las variadas posibilidades, que podía asilarse en la Embajada de Venezuela, porque un hermano suyo era casado con la poderosa Clara Rosa Otero, dueña del diario *El Nacional* de Caracas. Además, se sabía que Altamirano era muy amigo del Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez.

—Hasta el día de hoy dice irónicamente Altamirano no sé dónde queda la Embajada venezolana. Pero sé que está cerca de una iglesia (la de la plaza Pedro de Valdivia).

“En la torre de la iglesia se apostaron decenas de militares apuntando a la Embajada.

“No sólo la Embajada de Venezuela iba a ser violada por los militares, sino así fuera la de Estados Unidos, igualmente lo iban a hacer si yo estaba en ella”.

Estaba convencido de que la posibilidad de asilo era imposible para él.

Resolvió hacer lo que había supuesto desde un comienzo: buscar la forma de salir de Chile. El parecer de los miembros de la dirección del Partido Socialista con quienes se había comunicado reafirmaba su creencia.

—Busqué y encontré un procedimiento que, como todavía se ocupa y utiliza, yo no estoy en condiciones de conversar sobre la forma concreta en que salí.

“Lo hice clandestinamente, a fines de noviembre, alrededor del día 20 o 25.”¹

“Aparecí en Cuba el día 1º de enero de 1974, en el acto en La Habana que se realizaba en esa fecha.

“La noticia fue difundida y en Chile se decía que no, que no había ninguna garantía sobre ella, que era falso y que podía ser un doble mío y tatatá...

“A mi mujer la habían allanado, la habían detenido por semanas, la soltaban y la volvían a detener. Hasta que ella se refugió en la Embajada de Venezuela. Salió de Chile en mayo de 1974”.

Altamirano, en el lapso de dos meses en que estuvo ocultándose por Santiago, pasó en unas veinte casas distintas, según sus recuerdos.

UNA ENTREVISTA CON LA JUNTA

El día 10 de octubre de 1973, a las 12,10 horas, la Junta de Gobierno recibió a la directiva del Partido Demócrata Cristiano en el Ministerio de Defensa.

La audiencia estaba fijada para las 11,30 horas.

Patricio Aylwin, presidente de esa tienda; Osvaldo Olgún, vicepresidente; y Eduardo Cerda, secretario general, hicieron antesala en una habitación situada junto a las oficinas en que estaba sesionando la Junta.

Había otras dos personas esperando ser recibidas: los ministros Sergio Crespo, de Agricultura, y el almirante Lorenzo Gotuzzo, de Hacienda.

En ese tiempo muerto que se arrastraba mientras esperaban, conversaron y tocaron diversos temas: los problemas presupuestarios y de producción que encontraba el nuevo gobierno; la cuestión planteada por la gran masa de funcionarios públicos.

El secretario general de la Junta, general González, salió del despacho en que sesionaba la Junta para dar una explicación a los dirigentes demócratacristianos por la demora. Les ofreció un café.

Poco después, la Junta recibió a los políticos.

Aylwin había estado sólo en una ocasión, con anterioridad, junto a Pinochet. Había sido en 1972, bajo el gobierno de Allende. En un acto en la Presidencia del Senado, en el cual se formalizó la donación que hacía el general Cañas Montalva de su biblioteca a la Cámara Alta. Aylwin había conocido y conversado con el actual comandante en jefe del Ejército. En la ocasión, éste usaba unos lentes oscuros.

Los miembros de la Junta estaban instalados en una mesa cuya cabecera ocupaba Pinochet. A la derecha del militar se encontraba el almirante José Toribio Merino.

Los tres visitantes notaron que ante Merino, sobre la mesa, había una cajetilla de cigarrillos Pall Mall y una pistola. El almirante se había despojado del arma para estar más cómodo.

Se saludaron. Luego, Pinochet dijo:

—Le escuchamos, don Patricio.

Los demócratacristianos iban a plantear el problema del receso político y la necesidad de que durara poco.

Expresaron su deseo y esperanza de que, después de terminado ese período, se permitiera, en virtud de la dictación de normas reglamentarias, que la Democracia Cristiana pudiese realizar un trabajo de tipo doctrinario y formativo entre la gente.

El argumento que dio Aylwin fue que quien más cosecharía con un receso absoluto sería el Partido Comunista.

Merino se quejó de la “Declaración de los 13”, firmada por igual número de demócratacristianos encabezados por Renán Fuentealba, que habían condenado el golpe inmediatamente después de producido.

Los visitantes le señalaron que la Democracia Cristiana era un partido democrático y que los camaradas que expresaban esa opinión eran personas que nunca habían usado de la violencia y que sólo defendían sus ideas.

Agregaron, sin embargo, que la postura de esos militantes no era la de la directiva; y que la de ésta representaba el 98 por ciento de las bases del partido. El juicio de los dirigentes había sido expresado a través de una declaración formulada el 13 de septiembre, que seguramente ellos conocían, y en un documento de circulación interna del día 27 de ese mismo mes.

Pinochet tomó la palabra. Dijo que las Fuerzas Armadas habían visto que el país se hundía y que por eso habían debido actuar sin una larga preparación.

—El operativo salió perfecto, quizás demasiado, y sólo hubo tres días de acción —dijo Pinochet. A lo mejor, si tenemos más tiempo, habríamos

hechos más cosas.

“Personalmente, me habría gustado que hubiera unos quince a 20 días de combate, puesto que así habrían aflorado las armas, los extranjeros, los extremistas. Esto fue demasiado rápido. ¿No es así, César? Tú puedes decir que supiste a última hora, igual que todos”.

—Así es —corroboró Mendoza.

—Por otra parte —agregó Pinochet— debo decirles que el Partido Comunista está intacto y el MIR igual. Ellos están sumergidos y piensan actuar en octubre o noviembre, antes de enero...porque creen que si pasan marzo están perdidos por muchos años.

Leigh habló con el acento de inclemencia que siempre le dominaba cuando sentía irritación. Criticó a la Democracia Cristiana indicando que en tiempos de Frei se había relajado la autoridad. Señaló que había gobernado como partido único, lo que había sido un error. Y haber elegido a Allende en el Congreso Pleno había sido otro error.

Añadió que el Partido Comunista había realizado un congreso clandestino el 23 de septiembre, pocos días después de la caída de Allende. Agregó que las Fuerzas Armadas tenían algunos antecedentes sobre ello.

Afirmó que los comunistas sostenían que debían prepararse para la resistencia; que el Partido Socialista estaba destrozado y el MIR sumergido. Y que el futuro pasaba por la Democracia Cristiana, por lo que había que tratar de dividirla para cobijarse en su sector izquierdista.

La entrevista duró alrededor de una hora y media. Los dirigentes demócratacristianos se retiraron con una sensación poco optimista.

¿LIBERACIÓN?

Carlos Jorquera, cuando aún está en su exilio de Caracas, examina la escena de la muerte de Olivares. Lo debe haber hecho muchas veces.

¿Pudo el Perro haber muerto a causa de una bala que se coló por la ventana entreabierta? Si se suicidó, ¿no lo habría hecho al verse en la disyuntiva de tener que cumplir con su compromiso de disparar su última bala sobre Jorquera para darse muerte luego, tal como lo habían convenido en la mañana del 11?

El mismo Jorquera lo reconoce: ese pacto parecía la escena de una mala película, pero con la diferencia de que fue real.

Jorquera observa el holocausto de La Moneda como el momento de ruptura de presiones que eran insostenibles.

—Para nosotros fue como una liberación.

“Yo fui viejo reportero policial. El Ñato Eloy se faja en Pirque y lo cazan y le meten balas.

“Recuerdo que uno de los tiras que participaban, que era de la Rural de aquella época, me contó algo que le impresionó mucho: cómo el Ñato, moribundo, no lloraba de dolor ni de rabia ni de impotencia, sino de liberación. Se habían acabado los problemas. Eran tantos, que ya se habían acabado.

“En el fondo, estaba liberado. No diría que murió agradecido, pero el Ñato Eloy no murió enojado.

“Y así ha pasado con mucha gente acosada.

“Nosotros estábamos acosados: un grupo, el más leal a Allende.

“Acosados e incomprensidos aun por gente muy cercana a uno.

“No fue, entonces, el último período de Allende, ningún show, una cosa alegre, primaveral. Fue extraordinariamente dramático.

“Para haber llegado al extremo que yo te he confidenciado esta noche (el pacto mortal propuesto por Olivares) tú comprenderás que tiene que haber habido unos procesos mentales muy duros por los que pasaron gente que fuimos muy amigos en la vida, porque con el Perro Olivares lo único que

tratamos fue de pasarlo bien y de vivir intensamente todas las oportunidades que se nos presentaron. Pero esto lo hicimos con alguna decencia.

“Para que veas tú: un golpe, para alguna gente, fue eso, un momento de definiciones”.

MUERTES EN CUBA

Beatriz Allende Bussi, *Tati*: en octubre de 1977, se suicidó en La Habana. Fue una muerte oscura, hermética, de la que no se dieron detalles.

Laura Allende: el 23 de mayo de 1981, la hermana del difunto Presidente se arrojó por la ventana del departamento del cuarto piso en que vivía en el hotel Habana Riviera, junto al mar, en la capital cubana. Padecía de cáncer óseo. Muchas negruras le atormentaban el alma. No sólo su enfermedad y sufrimientos familiares, sino las negativas del gobierno chileno a que pudiera entrar al país.

NOTAS

¹ Altamirano declaró en 1989 a la periodista Patricia Politzer. Cruzó hacia Argentina a través de Portillo, oculto en la maleta de un auto manejado por un alemán oriental que simulaba ser vendedor de cosméticos.